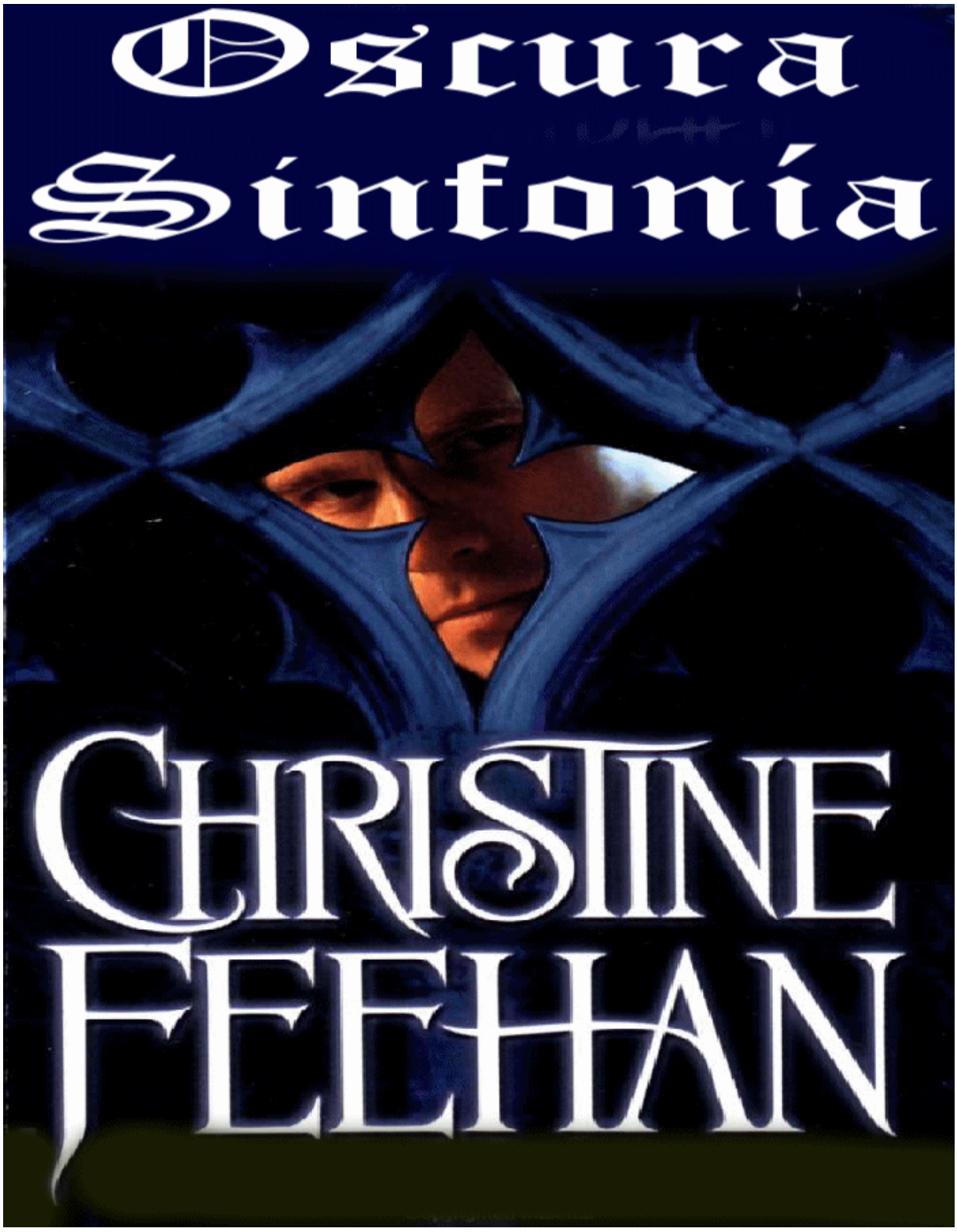
OSCURA SINFONÍA
CHRISTINE FEEHAN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

La niebla espesa tendía su mano sobre el cielo, ahogando todo los sonidos. Ahogando el sonido de la conspiración. Del crimen que acecha en las sombras de la noche. De intenciones oscuras y malignas ocultas en los remolinos de la bruma blanquecina y en la más negra penumbra. La niebla era la cobertura perfecta para el depredador, que surcaba los cielos silenciosamente en busca de su presa. Había pasado demasiado tiempo solo, lejos de sus semejantes, luchando contra la insidiosa llamada del poder, la llamada del mal que le susurraba al oído cada minuto de la vigilia.

Allá lejos, muy por debajo de él, quedaban los humanos, sus presas. Sus enemigos. Sabía de qué eran capaces cuando capturaban a un ejemplar de su especie, si llegaban a descubrirlo. Aún se despertaba ahogándose en medio del sueño, atrapado en aquellos primeros momentos conscientes de su pasado. En su cuerpo siempre llevaría las cicatrices de la tortura, aún cuando fuera casi imposible dejar cicatrices en los de su especie. Él era un cárpato, una especie tan antigua como el tiempo, dotaba de tremendos poderes para dominar el tiempo, la tierra, e incluso los animales. Podía adoptar otras formas y volar por las alturas, podía correr con los lobos aunque, sin una luz que alumbrara su oscuridad, era presa fácil de los susurros de la tentación, de la llamada del poder, de aquello que lo haría sucumbir a la maldad. Poseía la capacidad de encarnarse en criaturas inertes, y ésa era la condición que muchos de su especie habían elegido.

Deambulaba por el mundo cazando al vampiro, procurando mantener un equilibrio en un universo de soledad abyecta, intentando conservar el honor cuando creía haberlo perdido. Y entonces llegó a sus oídos la música. Provenía de un televisor en una de las tiendas por las que había pasado tarde aquella noche, y la música lo cautivó como nada lo había cautivado jamás. Lo atrapó. Lo hipnotizó. Le envolvió el alma en notas áureas hasta que no pudo pensar sino en la música. Sólo escuchaba aquella música resonando en su cabeza. Era tan poderosa que llegaba a mitigar el hambre insaciable que siempre le acompañaba. Viajó hasta Italia, atraído por ella. Y allí se quedó, por otras razones mucho más convincentes.

Volaba por los cielos, sigiloso, y con cada despertar se dirigía hacia el mismo punto. Su fino olfato captó la esencia salina que traía el mar, el combustible de un barco llevado de un lado a otro por el fragor de las olas. El viento también le trajo el olor de un ser humano. Por un instante, de sus labios brotó un gruñido sordo, y los incisivos se le alargaron, hambrientos. Con un gesto de desagrado. La mayoría de los humanos se habían convertido en sus enemigos. Aún así, él buscaba su protección. Los humanos lo utilizaban como cebo para atraer a otros de su especie, y casi habían conseguido aniquilar a la compañera de su príncipe.

Siempre llevaría consigo el estigma de la vergüenza. Aquello siempre le impediría sentirse del todo cómodo en su tierra natal y con otros de su especie. Jamás les rogaría que lo perdonaran, porque no podía perdonarse a sí mismo. La penitencia que se había impuesto había sido beneficiosa para los suyos. Se había dedicado activamente a la caza de su mortal enemigo, el vampiro, y se había enfrentado con él en incontables batallas, aún cuando él no tuviera vocación de guerrero. Iba de un país a otro en una caza implacable y sin misericordia, decidido a librar al mundo del mal que lo acechaba en esta especie. Cada ejecución lo acercaba un poco más a la locura. Hasta que la música llegó a sus oídos.

La noche lo arropó, lo abrazó como a un hermano. En la oscuridad, sus ojos brillaron con el resplandor feroz de un depredador en libertad. Muy por debajo de él atisbó las luces de las villas, desdibujadas por la espesa niebla, las casas apiñadas unas junto a otras y

construidas precariamente en las colinas. A lo lejos, apenas alcanzaba a distinguir el palacio Scarletti, una obra de arte construida hacía siglos.

Ése era el origen de la música, el gran *palazzo*. Los conciertos y las óperas eran compuestas y ejecutadas en un piano perfectamente afinado. Permaneció en las cercanías para escuchar la belleza de aquellas obras maestras, primero creadas y luego interpretadas. Las notas apaciguaban e infundían en él un atisbo de esperanza. Llegó al extremo de comprar varios CDs y un aparato con que escucharlos. Guardaba ambos tesoros en las profundidades de su guarida, en el refugio que conservaba para permanecer cerca de la mujer que, sabía, le pertenecía sólo a él.

Con sólo mirarlo, la familia de ella sabía que él era un ser peligroso. Intuían en él al depredador, pero Antonietta se sentía a salvo a su lado. Era la única mujer que él quería. La única mujer que tendría.

Antonietta Scarletti tenía la mirada perdida en las elegantes vidrieras de color del *palazzo*. Más allá de las murallas de la villa, el viento chillaba y gemía. Tocó el vidrio con la yema de sus dedos sensibles, siguiendo el hilo de plomo y el contorno de los dibujos que le eran tan familiares. Cuando lo intentaba, conseguía recordarlos, con sus vivos colores y sus imágenes aterradoras. Aquel pensamiento le arrancó una risa sonora. De niña, las gárgolas y demonios que decoraban aquel palacio del sigo xv le infundían un miedo horrible. Ahora, sencillamente apreciaba su belleza, a pesar de que sólo podía verlos con la punta de los dedos.

El que era su hogar había sido restaurado muchas veces a lo largo de los siglos, pero se había conservado la arquitectura gótica lo más fielmente posible al original. A ella le fascinaban los corredores secretos con sus trampas maquiavélicas, cada una de las piedras perfectamente talladas que constituían su casa. Curiosamente, ahora tenía sueño. La mayoría de las noches deambulaba totalmente despierta por los anchos pasillos o se sentaba a tocar el patio, y la música fluía desde su ser interior hasta las teclas, derramándose en un torrente de emociones que a veces amenazaba con engullirla. Esa noche, con el aullido del viento y el mar golpeando contra las rocas de los acantilados, se recogió el pelo en una gruesa cola y pensó en algún poeta oscuro.

Tasha, su prima, había comentado durante la cena que comenzaban a adivinarse hebras teñidas de blanco en su larga cabellera. Antonietta era consciente de lo vanidosa que era con su pelo, pero aquello era su única llamada a la gloria, y ahora que comenzaban a aparecer las primeras canas, era sólo cuestión de tiempo para que se desvaneciera ese leve orgullo. Se burló de sí misma con una risa suave mientras cruzaba la sala sin vacilar, directa hacia el piano. Deslizó los dedos sobre las teclas, respondiendo espontáneamente a la risa que nacía en su corazón.

A pesar de su ceguera, Antonietta amaba su vida. La vivía tal como quería vivirla. La música fluía hacia la noche. Una llamada. Ella sabía que la música lo llamaba. Byron. Antonietta pensaba en él día y noche. Era una obsesión secreta de la que no podía desprenderse. Él sonido de su voz la tocaba como a veces imaginaba sus manos tocándole la piel. El sonido como caricia. Él era su único reproche. El dinero y la fama permitían a Antonietta llevar la vida que quisiera, a pesar de haber perdido la vista, pero también se alzaba como una barrera entre ella y cualquier hombre. Incluso con Byron. Sobre todo con Byron. Su silenciosa aceptación, su interés permanente, tan absolutamente centrado en ella, amenazaba con envolver a la vez sus emociones y su cuerpo, y eso era algo que no podía permitirse.

Antonietta se sentó en el taburete, y de pronto sintió el peso de su cuerpo con un cansancio inesperado. Sus dedos corrieron ágiles sobre las teclas de marfil. La música llenó el espacio, un amor no correspondido, una pasión sin límites que no obtiene respuesta. Calor. Fuego. Una sed que jamás sería saciada. Byron, el poeta oscuro. Meditabundo. Misterioso. Un hombre que se prestaba a la elaboración de fantasías. Ignoraba por completo su edad. A

menudo él respondía a la llamada de su música. Desde aquel día hacía cuatro meses, cuando había salvado a su querido abuelo de un accidente de coche, aparecía de pronto en la sala con ella, después de haber burlado la seguridad mediante algún subterfugio, entraba y se sentaba en silencio mientras ella tocaba. Era un aspecto de su obsesión que ella nunca le cuestionaba, nunca le preguntaba cómo conseguía entrar en su casa, en su salón de música. Antonietta siempre sabía en qué momento había entrado Byron, aunque nunca oyera ni un solo ruido. Su familia ignoraba con qué frecuencia la visitaba, o cómo aparecía en el gran salón a última hora de la noche y la acompañaba hasta la madrugada. Rara vez hablaba, sólo escuchaba la música, aunque en ocasiones jugaban al ajedrez o hablaban de libros y de los problemas del mundo. Eran los momentos que ella más anhelaba, cuando se sentaba a escuchar el sonido de su voz.

La gestualidad de Byron era la de un hombre del Viejo Mundo, y hablaba con un acento que ella no conseguía identificar. Antonietta se lo imaginaba como un príncipe caballeresco que acudía a su llamada cada vez que ella permitía que se impusieran sus fantasías juveniles. Él rara vez la tocaba, pero no manifestaba reparo alguno cuando ella lo tocaba a él, cuando leía las expresiones de su rostro. Cada vez que se encontraba con ella en la misma sala, quedaba sin aliento.

La música crecía al contacto con sus dedos, ascendiendo hacia un *crescendo* de emociones turbulentas. Byron. El amigo de su abuelo. Los demás miembros de la familia desconfiaban de él y se sentían irritados por su presencia. Casi todos abandonaban la sala poco después de que él hiciera su entrada. Veían en él a un ser peligroso. Antonietta pensaba que podía serlo, a pesar de que con ella era siempre amable. Ella sentía que tras aquella exterioridad apacible de Byron se ocultaba un depredador lanzado a la caza. Escudriñando. Acechando. Esperando el momento propicio. Aquella no hacía sino añadirle atractivo. La fantasía inalcanzable. El príncipe peligroso y oscuro acechando en la sombra… Observándola… a ella.

Antonietta volvió a reírse de sus absurdas fantasías. Ella proyectaba una cierta imagen ante el mundo, la imagen de una concertista de piano de gran renombre, una mujer segura de sí misma, una respetada compositora. Elaboraba sus sueños apasionados y los convertía en sublimes notas musicales para expresar el fuego que ardía en lo profundo de su ser, allí donde nadie alcanzaba a ver.

Sus dedos volvieron a deslizarse sobre el teclado, aletearon, juguetearon, y la música cobró vida. No medió aviso alguno. Antonietta se había extraviado en su música y, de repente, una mano gruesa le tapó la boca y la arrancó de su taburete.

Antonietta mordió con fuerza y se tensó entera para asestar un golpe en la cara a su asaltante. Pero entonces constató que el cuerpo le pesaba como si fuera de plomo, adormecido, casi reacio a responder a sus órdenes. En lugar de golpear con fuerza, apenas alcanzó a tocar al hombre. Se percató de que luchaba contra una fuerza muy superior a ella. El hombre olía a alcohol y menta. De pronto, le puso un paño sobre la nariz y la boca.

Antonietta tosió, doblándose en un esfuerzo por desprenderse de aquella sustancia de olor insoportable. Sintió que se mareaba y ya no pudo moverse más, se derrumbó y cayó en un estado semiconsciente. Dejó inmediatamente de resistirse, y quedó inmóvil como una muñeca de trapo, fingiendo haber perdido el conocimiento. El paño desapareció y su agresor la levantó en vilo.

Sintió que la transportaban, que alguien respiraba con dificultad. El corazón se le aceleró. Y luego estaban fuera, en medio de un frío punzante y del viento que ululaba. El mar encolerizado tronaba con fuerza, hasta que un velo de espuma le mojó el rostro.

Pasaron unos momentos antes de que se percatara de que no estaban solos. Oyó la voz de un hombre, pastosa, incoherente, preguntando algo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Junto a ella, alguien arrastraba a su abuelo, indefenso a sus ochenta y dos años, por el sendero de los acantilados. Decidida a no permitir que le sucediera nada, Antonietta luchó por recuperase, respiró profundamente para llenar sus maltrechos pulmones, hizo acopio de

fuerzas y esperó el momento. Comenzó a cantar su nombre para sus adentros, valiéndose de él como una oración, una letanía que invocaba la fuerza: *Byron. Byron. Te necesito ahora. Date prisa, date prisa. ¿Dónde estás?*

Byron Justicano voló en círculos por encima de la pequeña ciudad antes de poner rumbo al palacio. Mientras surcaba el cielo, sintió un hambre voraz, el cuerpo que le pedía alimentarse, pero él lo ignoró, respondiendo a una sensación repentina e inquietante que le retorció las entrañas. Algo estaba sucediendo. Una vibración intangible en el aire hizo que se percatara del drama que tenía lugar más abajo, en las rocas, y gruñó, enseñando los colmillos. Sus ojos brillaron con un fulgor rojizo y amenazador en la oscuridad de la noche. De su boca escapó un rugido salvaje y bestial mientras surcaba el cielo a toda velocidad por encima del imponente palacio con sus múltiples plantas, torres y almenas.

Por encima de las numerosas terrazas y plantas superpuestas, asomaba una torre alta y circular donde, según los rumores, más de una mujer había sido asesinada en tiempos de un pasado turbio, por lo cual el palacio había recibido el dudoso nombre de *Palazzo della Morte*. Unas gárgolas aladas lo miraban con ojos vacíos a través de la niebla pesada y blancuzca, con una apariencia casi irreal, criaturas que asomaban en bandada por un muro del edificio. El enorme castillo se alzaba sobre los abruptos acantilados, dominando las aguas turbulentas, oscuro y agorero, con los ojos vacuos de sus estatuas siempre vigilantes.

Los tupidos bosques que antaño habían crecido silvestres y procurando refugio a multitud de animales, habían desaparecido hacía tiempo, reemplazados por pastizales y viñedos. Byron prefería la libertad de los bosques y las montañas a su tierra natal, donde podía correr con los lobos si lo deseaba, pero la necesidad de proteger a quien habitaba el palacio se había convertido para él en una actividad absorbente.

La sensación de peligro se volvió más intensa, hasta convertirse en una oscura premonición de la que no podía desprenderse. Byron aumentó la velocidad de su vuelo, cruzó el cielo como una flecha, volando bajo por encima de los enormes dominios. El palacio apareció de pronto en medio de la bruma, una arquitectura de una época perdida en el tiempo, construido de piedra y vidrieras de colores, casi vivo en medio de la agitada niebla. Ignorando las viejas estatuas y las ventanas luminosas, escudriñó la niebla con otros tantos ojos.

Al principio oyó la voz susurrándole. *Byron. Byron. Te necesito. Date prisa. Byron. ¿Dónde estás?* Ella nunca había recurrido a una comunicación telepática con él. Él nunca había bebido de su sangre, pero oía las palabras con claridad y, por eso, imaginó que su aflicción debía ser grande para llegar hasta él.

Los tridentes demoniacos de un relámpago estallaron como latigazos de una nube a otra con una furia que él no podía contener. ¡Antonietta estaba en peligro! Alguien se había atrevido a amenazarla. Los cielos rugieron, los truenos rasgaron las nubes y desvelaron la furia vestida de llamas. Él respiró hondo, luchando por controlar esa aprehensión elemental que sentía por su suerte. La tierra ahora reaccionaba, agitándose en medio de convulsiones a medida que su ira iba en ascenso.

Byron voló aún más rápido hacia la cueva y las rocas escarpadas con el pulso latiéndole al ritmo de las olas. El viento cambió y trajo consigo el eco perdido de un grito. El corazón casi dejó de latirle. Era el ruido de la agonía, de la misma muerte. Voló a ras de las aguas, ya sin temor a que lo divisaran y descubrieran en él al depredador. Las olas se encumbraban hacia las alturas, soltaban su espuma y se derrumbaban con estruendo, furibundas, clamando por el sacrificio de una criatura viva.

¡Byron! Esta vez pronunció su nombre en voz alta, su única salvación mientras las nubes hilaban sus hebras oscuras y la bruma se volvía más densa, como si quisiera abortar cualquier intento de huida. *Ayúdanos*. El viento impulsó aquel grito desesperado por encima de las olas revueltas y lo trajo directamente hasta sus oídos.

Había una plegaría en su voz, suave, musical y viva, consciente de su destino. Sabía que él estaba cerca, como siempre parecía saberlo. Antonietta Scarletti. La heredera de la fortuna de los Scarletti. Alma creadora de la música más bella que el mundo había conocido en mucho tiempo y dueña del Palazzo Scarletti, un monumento de incalculable valor. El *Palazzo della Morte*. Byron temía que la maldición del palacio propiciara la muerte de Antonietta, y estaba decidido a impedirlo.

Su grito de auxilio dio vida a los colores de la noche, fuertes, vivos y concentrados, ahí donde durante tanto tiempo había reinado un gris opresivo. Su corazón vaciló, titubeó, como siempre sucedía ante aquel don inesperado. Sucedía lo mismo cada vez que escuchaba su voz, cada vez que ella pronunciaba su nombre con voz aterciopelada. Cuando iluminaba su mundo con colores y vivos detalles que él había perdido hacía mucho tiempo.

Byron voló tan bajo que las olas encrespadas los salpicaron en su carrera sobre las aguas, un vuelo recto hacia el origen de su voz. Más allá de los remolinos de niebla, Byron divisó a don Giovanni Scarletti que caía a las ávidas aguas, buscando desesperadamente un asidero entre las rocas. Las olas golpearon al anciano con dureza, lo arrastraron como si fuera un pequeño trozo de alga. La espuma de las aguas se cerró por encima de su cabeza plateada y lo engulló.

¡Byron! La llamada se repetía. Inconfundible. Sabía que escucharía esa voz resonando para siempre en sus sueños como un eco.

La vio sobre las rocas escarpadas, cerca del filo de los acantilados, luchando contra un hombre fornido. A sus pies, allá abajo, el agua se estrellaba contra las rocas, alcanzando cada vez mayores alturas, como si quisiera arrastrarla a sus profundidades. Sólo la furia creciente de la tormenta y los temblores, cuyas ondas reverberaban a través del acantilado, impedían que el asaltante de Antonietta la lanzara al mar. El hombre trastabilló, estuvo a punto de caer, pero no dejó de luchar con ella. Estallaron relámpagos a su alrededor, latigazos de energía que explotaron en una lluvia de chispas incandescentes. El trueno rugió con tal intensidad que el hombre lanzó un grito de terror.

Los colmillos asomaron, asesinos, en las fauces de Byron, y el oscuro veneno se revolvió en sus entrañas. En un instante llegó adonde estaban y, arrastrándolo hacia atrás, lo apartó de ella. Con la ferocidad de su naturaleza animal, con el furor de su naturaleza humana, sacudió al agresor de Antonietta y sus manos se cerraron en torno a su cuello. Se oyó un crujido siniestro, sonoro, incluso por encima del mar que rugía haciéndose eco de su ira.

Byron soltó el cuerpo con un gesto de indeferencia y dejó que la carcasa, vacía ya de vida, se derrumbara. Se giró rápidamente hacia Antonietta. Ella intentaba alejarse de ellos, caminando con los brazos estirados hacia delante, como palpando por dónde iba. No había nada más que espacio vacío delante de ella y, más abajo, el mar hinchándose y bramando con furia irrefrenable.

—¡Detente! ¡No te muevas, no des un paso más! —La orden rasgó el aire de la noche, llegó hasta ella en lo alto de los acantilados. Confiando en que obedecería aquella firme prohibición, Byron se lanzó directamente hacia las aguas. Se hundió, profundo, en lo más hondo del abismo frío y negro hasta que sus dedos encontraron el cuello de la camisa del anciano, lo cogió con fuerza en el puño cerrado y se impulsó con todo el vigor de sus piernas para llevarlos a ambos a la superficie.

Byron surgió de las aguas impulsado directamente hacia lo alto, y en su vuelo estrechó el cuerpo inerte del anciano contra el suyo y enfiló hacia el acantilado. La bruma blanca se espesó y giró en torno a él como una capa viva, creando un escudo que lo protegía de miradas indiscretas. El anciano se ahogaba y luchaba por respirar, por vivir. Se cogió convulsivamente de Byron, apenas consciente de dónde estaba, incapaz de creer que volaba por los aires. Don Giovanni, el abuelo de Antonietta, cerró con fuerza los ojos mientras su pecho se agitaba y el agua salada brotaba de su boca. El agua se escurría de las rocas y el pelo de los dos, mezclándose con las gotas de niebla en el aire cuando Byron posó su carga ligeramente en tierra.

El anciano comenzó a rezar en voz alta en su propia lengua, pidiéndole a los ángeles que lo salvaran, pero en ningún momento abrió los ojos.

Antonietta se giró hacia el punto de donde provenía el ruido, pero siguió plantada peligrosamente cerca del borde del acantilado, justo donde se encontraba cuando Byron gritó su orden. Con el alma en vilo, Byron depositó con cuidado al anciano sobre el suelo, lejos del borde, y corrió a coger a Antonietta en sus brazos. En brazos de la seguridad. La estrechó, sabiéndola a salvo, respiró hondo y se obligó a controlar su rabia y su temor por calmar aquella violenta tormenta.

A pesar de que sus ropas estaban empapadas, ella acurrucó junto a él. Palpando, encontró su rostro sin vacilar y dibujó un mapa de sus rasgos con el roce amoroso de sus dedos.

—Sabía que vendrías. Nuestro ángel de la guarda. ¿Y mi abuelo? ¿Se pondrá bien nuestro Nonno? Lo oí cuando caía al mar. No pude alcanzarlo. Mi ceguera no me ha permitido llegar hasta él y ayudarle. —Giró la cabeza hacia donde provenía la tos y los gemidos del anciano, las lágrimas brillando en sus ojos enormes y oscuros.

—Se pondrá bien, Antonietta —le aseguró Byron—. No permitiré que sea de ninguna otra manera. —Y lo decía en serio. No soportaba ver aquellas lágrimas asomando en sus ojos.

—Tú lo has salvado, ¿no es verdad, Byron? Por eso estás empapado. Siempre acudes a nosotros cuando tenemos problemas. *Grazie*. No podría vivir sin mi abuelo. —Se puso de puntillas, su cuerpo suave y flexible, derritiéndose contra el cuerpo robusto de Byron y, ajena a la ropa empapada, acercó la boca a la comisura de sus labios.

Aquel pequeño tributo lo sacudió hasta lo más hondo de su ser. El fuego se derramó por sus venas, cada una de sus células reaccionaron, buscándola. Necesitado. Hambriento. Los brazos se le endurecieron por un instante con un gesto posesivo. Byron tenía que ser consciente y recordar su propia fuerza, tenía que recordar que ella ignoraba quién era él, o qué era.

Byron la levantó en vilo, arropándola con su propio cuerpo. Antonietta temblaba bajo el viento hiriente.

—¿Te ha hecho daño? ¿Estás herida, Antonietta? —Era una pregunta, llana y sencilla.

—No, sólo asustada. Muy asustada.

—¿Por qué estabais en el acantilado? —Habló con voz más ruda de lo que hubiera querido—. ¿Y dónde está el resto de tu familia?

Ella le recorrió el rostro con los dedos, una exploración íntima. Lo había palpado en muchas ocasiones, pero esto parecía diferente por algún motivo, o quizá era que él estaba demasiado consciente de ella.

—Alguien me tapó la boca y la nariz con un paño y me arrastró afuera. Tuve mucho miedo por Nonno. Recuerdo que oí el mar. —De las yemas de sus dedos emanaron diminutas llamas que le lamieron la piel cuando le tocó la cara y le recorrió la frente—. El mar estaba enfurecido, muy parecido, a como suena tu voz ahora. No pude llegar hasta el abuelo, y lo oí caer por el acantilado. —Guardó silencio un momento y apoyó la cabeza en su hombro—. Tuve que luchar contra el hombre que me arrastró hasta aquí fuera. Quería lanzarme al mar, a mí también. —La voz le temblaba, pero hacía lo posible por recuperar la compostura.

—¿Dijo algo?

Ella negó con un gesto de la cabeza.

—No lo reconocí en nada. Estoy segura de que nunca ha venido al palacio. Nadie nos dijo nada, sólo intentaron lanzarnos al agua.

Byron la dejó descansar en el suelo junto al anciano.

—Quiero ver cómo está tu abuelo. Creo que se ha tragado medio océano. No te muevas. Aquí arriba es peligroso. Estamos en lo alto de los acantilados, y si los bordes ceden, la caída podría matarte. —Apenas soportaba ver aquella inocencia en su cara, su confianza infantil. Sabía que ella le pertenecía pero que, una vez más, había fallado en su cometido de velar por la seguridad de quienes había jurado proteger—. Ahora mismo, aunque no te des

cuenta, Antonietta, estás en estado de shock. No te muevas —murmuró—, quédate aquí y respira por mí.

Byron venía de una raza antigua, una especie que podía aspirar la inmortalidad. Había conocido el paso del tiempo, y había sido testigo de cómo su raza había llegado a los límites de la extinción. Sin mujeres y sin niños, era imposible vivir otra existencia que no fuera triste y desolada. A menos que uno tuviera la suerte de encontrar a su pareja, la compañera de toda una vida. Antonietta Scarletti era su pareja. Él lo sabía con absoluta certeza. Ella provenía de una antigua estirpe de telépatas, personas dotadas con talentos más allá de lo observable a simple vista. Byron había escuchado a menudo la historia de su familia. Sabía que muchos de los antepasados de Antonietta, hombre y mujeres, habían sido notables telépatas y sanadores. Sólo un humano telépata podía convertirse en pareja de uno espécimen de la antigua raza de los cárpatos, y Antonietta Scarletti era una telépata que poseía una fuerza extraordinaria.

Don Giovanni intentaba incorporarse, con el pecho agitado y luchando por recuperar el aliento. Se cogió de los anchos hombros de Byron con manos crispadas.

—¿Cómo supiste cuándo tenías que venir? El mar había reclamado mi vida, pero tú me has traído de vuelta. —Los dientes le castañeteaban de frío, y su cuerpo enjuto se sacudía con espasmos descontrolados—. Es la segunda vez que me salvas la vida.

Byron lo sostuvo con un gesto de cuidado.

—No hable tanto, querido amigo. Veamos que puedo hacer por usted para quitarle esos temblores.

Antonietta no veía a Byron pero, como siempre, la intrigaba el sonido de su voz. Era un sonido bello y seductor, muy parecido a la sinfonía musical que siempre se repetía en su cabeza. Quería pensar en él como el amigo de su abuelo, pero aquello le resultaba difícil cuando escuchaba su voz y anhelaba hasta el más mínimo contacto físico entre ellos.

Antonietta sabía, desde hacía años, que no era el tipo de mujer que los hombres miran por razones ajenas a su fortuna. El orgullo de los Scarletti era demasiado vivo en ella para dejar que la amaran por su dinero. No creía que los hombres pudiesen comprarse, aunque sabía que muchas mujeres de su condición hacían precisamente eso. Ella no era ninguna jovencita para soñar con príncipes azules. Era una mujer en plena madurez, con una figura voluptuosa y un rostro escarificado, producto de la explosión que la había cegado. En su caso, no habría amantes agraciados montados en corceles blancos y dispuestos a llevársela lejos a vivir interminables noches de amor. Antonietta era una mujer práctica, una pianista y compositora de éxito, que vertía todos sus sueños en la música, ahí donde correspondían. Palpó cuidadosamente a su abuelo, para verlo, para asegurarse de que sobrevivía a su inmersión en el mar. Sus manos encontraron a Byron. Dejó descansar los dedos suavemente en el dorso de su mano. Él nunca expresaba malestar cuando ella lo tocaba. Nunca reaccionaba con gestos de rechazo o impaciencia con ella. Ahora, sencillamente siguió con lo que estaba haciendo, mientras ella le cogía las manos y escuchaba el ritmo lento y uniforme de su respiración, hasta que sus propios resoplidos frenéticos se calmaron para seguirle el ritmo.

Las manos de Byron generaban un enorme calor. Ella imaginaba que fluía como un vino antiguo y noble en las venas de su abuelo, devolviéndole lentamente a la vida. No se atrevía a hablar pero lo *sentía. Oía* su respiración, los latidos de su corazón. A pesar de su ceguera, veía cosas invisibles para los demás. Sabía que Byron era mucho más que un ser mortal. Ahora mismo, era un hombre que obraba milagros. Lo veía con extraordinaria claridad y, sin embargo, lo hacía sólo a través de las yemas de los dedos, que apoyaba ligeramente en el dorso de las manos de Byron.

Él cerró los ojos y se abstrajo de todos los sentidos y esencias de la noche. Era difícil ir más allá de ese contacto con la mujer con la que siempre soñaba, pero en su prospección había detectado algo en los pulmones del anciano. Don Giovanni era demasiado viejo y frágil para luchar contra una infección o una neumonía. Byron se separó de su cuerpo, y liberó su espíritu para penetrar en el anciano, tendido sobre las rocas, frío y desvalido. Como los de su

especie, cuando sanaba lo hacía desde dentro hacia fuera, y realizó una detallada exploración, decidido a darle al abuelo de Antonietta todos los años de vida que fuera posible.

El viento soplaba por encima de los acantilados, colándose por los pliegues del vestido de Antonietta, a pesar de que Byron se había situado entre ella y el viento. Antonietta sentía el calor que irradiaba Byron hacia su abuelo. Pero había otra cosa, algo aún más extraño. Comprendió que Byron Justicano había dejado se propio cuerpo y había entrado en el de su abuelo. No necesitaba ojos para ver el milagro de un auténtico curandero. Lo percibía. Sentía la energía y el calor. Sabía que la concentración debía ser total, y no hizo nada que pudiera distraerlo. Se quedó sentada en el frío penetrante y dio gracias al cielo de que Byron hubiese acudido a velar por su familia.

—Ha sufrido un envenenamiento. —La voz grave de Byron la sobresaltó—. Son pequeñas cantidades, como si lo estuvieran alimentando a diario, pero el veneno se ha alojado en los músculos y tejidos.

—No puede ser —negó Antonietta—. Seguro que te equivocas. ¿Quién querría hacerle daño a Nonno? Todos lo quieren en la familia. ¿Y cómo podría pasar algo así, por accidente? Debes estar equivocado.

—Cuando era joven e impetuoso, me equivocaba, Antonietta. Ahora tengo mucho más cuidado con las cosas que digo y hago. En las cosas que aprecio e intento llamar mías. Soy muy cuidadoso cuando se trata de mis amistades. A don Giovanni lo han envenenado, como le sucedió a uno de sus antepasados. ¿Acaso no es ésa la leyenda de la familia Scarletti? —Antonietta se estremeció y apartó las manos, esperando que él no notara su reacción.

—Sí, hace siglos, otro don Giovanni, uno de nuestros ancestros, y su joven sobrina fueron envenenados. Mandaron a buscar a alguien para sanarlos, y se presentó Nicoletta. Él la convirtió en su novia. No creo en las maldiciones, Byron. No hay ninguna maldición que pese sobre mi casa o mi familia —afirmó, abrazando a su abuelo.

—Y yo te digo que en su organismo hay un veneno que lo acabará matando si se acumula. También hay restos de un somnífero. Cuando te examine, estoy seguro de que encontraré las mismas sustancias.

—¿Crees que mi cocinero intenta matarme? —Antonietta cogió con fuerza a su abuelo, su serenidad pendiente de un hilo—. Eso es ridículo, Byron. No tendría nada que ganar. Enrico ha trabajado para nosotros desde que yo era niña, y es un hombre completamente dedicado y fiel a todos los miembros de la familia Scarletti.

—Yo no he hablado de tu cocinero, Antonietta —respondió él, paciente—. Puede que ésa sea tu interpretación, pero no es la mía. —Al ver que ella guardaba un obstinado silencio, Byron expresó su exasperación con un suspiro—. Tengo que eliminar el veneno en el organismo de tu abuelo. Y luego me ocuparé de ti. —Sus dientes lanzaron un destello de blancura en la oscuridad, pero ella no lo vio, sólo escuchó la amenaza en su voz.

Antonietta se estremeció, consciente de que sabía muy pocas cosas acerca de él.

—Byron. —Pronunció su nombre para conservar la calma, para recordar que él siempre había sido amble con ella. Alguien que vigilaba sus pasos. Antonietta siempre había estado a salvo con él. No permitiría que las secuelas de aquel ataque le hicieran perder la calma ni le infundieran temor ante el hombre que había acudido a su rescate—. Es verdad que los accidentes siempre han sido una maldición en la historia de la familia Scarletti. Ha habido intrigas, políticas y de las otras. Nuestra familia siempre ha tenido un enorme poder y mucho dinero.

—Tus propios padres murieron al explotar vuestro yate. Tú quedaste ciega, Antonietta. Fue una pura cuestión de suerte que un pescador se encontrara cerca y te salvara antes de que el mar diera cuenta de ti.

—Un accidente —Pronunció las palabras como un susurro, aunque lo que pretendía era transmitir certeza.

—Tú quieres creer que fue un accidente, pero sabes otras cosas. Había algo cortante en su voz. Antonietta tuvo la impresión de que quería que viera la realidad.

No quería hablar de la explosión en el yate que la había dejado ciega y también huérfana. Sentía culpa y miedo y demasiadas otras emociones, y aquella puerta seguía firmemente clausurada en su recuerdo.

—¿Quién es? —Sabía que su asaltante había muerto. Debería sentir miedo ante esa manera que había tenido Byron de matar, tan expeditivo, tan certero. Pero la verdad era que estaba agradecida.

—No tengo ni idea, pero es imposible que haya actuado solo. Alguien tiene que haberos drogado, alguien del palacio. Para traeros hasta aquí arriba, tenían que ser dos personas. No queda tan lejos, pero el camino es abrupto y, con los dos drogados, no habrá sido fácil. Habría tenido más sentido lanzaros directamente al mar. Seguro que uno de ellos tenía otras intenciones.

—¿Qué pasará con mi familia, Byron? —preguntó Antonietta, tirándole de la manga—. Puede que estén indefensos, o que los hayan drogados mientras dormían, y ahora estén en manos del destino. Y nosotros aquí, hablando. Por favor, ve a ver qué pasa con ellos.

—Es más probable que hayan venido a buscar algo y no creo que pretendan asesinar a toda la familia.

Antonietta quedó sin aliento, y se llevó una mano al cuello.

—Tenemos muchos tesoros. Obras de arte de valor incalculable. Joyas, objetos. Nuestros barcos transportan cargas secretas, y las patentes se suelen guardar en las oficinas del palacio y no en los despachos del muelle porque los sistemas de seguridad son mucho más fiables. Podrían estar buscando cualquier cosa.

—Ve, Byron —lo alentó don Giovanni—. Debes velar por que mi familia esté a salvo. Scarletti es un nombre antiguo y respetado. No podemos permitir que ninguna duda manche nuestra reputación. Ve y comprueba que no hayan cogido nada del despacho.

—¿Queréis que os deje a los dos aquí, desprotegidos, en el acantilado? Sería demasiado peligroso. —Byron se incorporó, ayudó a levantarse al anciano y atrajo a Antonietta hacia él—. Os llevaré a los dos al palacio. Pon tus brazos alrededor de mi cuello, Antonietta.

Ella quiso protestar. Era demasiado pesada. Él no podría cargar con los dos. Tenía que darse prisa. Al sentir su impaciencia, Antonietta guardó silencio, siguió sus instrucciones y le puso los brazos alrededor del cuello. Luego se apretó contra él. El cuerpo musculoso de Byron era duro como el tronco de un árbol. Nunca se había sentido tan femenina, tan consciente de las curvas y la suavidad de su propia figura. Fue como si se derritiera al contacto con él.

Antonietta se alegró de que fuera de noche y la oscuridad ocultara aquella sensación que le extendía el rubor por todo el cuerpo. Debería pensar en el honor del nombre de su familia. Y, en cambio, pensaba en él, Byron Justicano. Se apretó con fuerza contra él y sintió que sus pies perdían contacto con el suelo. Su abuelo lanzó una exclamación de terror y, cuando intentó resistirse, Byron le murmuró algo suavemente en el oído, algo que Antonietta no captó, aunque entendió que ocultaba una orden implícita. Su abuelo hundió la cabeza y fue tal su mutismo que Antonietta creyó que se había desmayado.

Giró la cara hacia el viento, relajándose, queriendo saborear cada momento. Era ciega, pero estaba viva. Viva en un mundo de sonidos y texturas ricas y excepcionales, y quería entregarse a todo lo que la vida podía ofrecerle. Ahora se desplazaban por el espacio surcando el cielo, con el mar rugiendo y tronando por debajo de ellos, las nubes arrastrándose por encima de sus cabezas. Y se sentía segura en brazos de Byron.

Aquella noche, que debería haber sido la más horrible jamás vivida, se había convertido en la experiencia de toda una vida.

—Byron. —Susurró su nombre con un dolor oculto, esperando que el viento arrastraría los sonidos y los arrastraría lejos, hacia el océano, donde nadie podría oír su deseo más secreto.

Byron hundió la cara en la fragancia de su cuello mientras rasgaban el aire en su velo. Antonietta no tenía miedo, y eran escasas las situaciones en que Byron detectaba en ella el temor. Le costaba penetrar en sus pensamientos porque los patrones de su cerebro eran tan diferentes, aunque lo conseguía sin dificultad con la mayoría de los humanos. Ahora que su corazón había recuperado su ritmo normal, admiraba cómo Antonietta había luchado por su vida allá en el acantilado. Era una mujer extraordinaria, y le pertenecía. Pero ella aún no lo sabía.

Antonietta tenía un carácter fuerte y una feroz motivación por ser ella misma quien controlara su vida y sus asuntos. Una petición de manos a la usanza de su gente, sospechaba Byron, no sólo sería rechazada sino también le causaría una profunda tristeza. Años atrás, había aprendido una difícil lección al intentar conseguir ciertas cosas con demasiada prisa, pensando en su provecho, pero no en las consecuencias.

Antonietta era su mundo. Byron no podía permanecer indiferente ante sus propias necesidades e impulsos, ni ante las terribles ansias de darle aquello que ella quería. Podría tenerla para él, lo sabía. No había otra alternativa para ninguno de los dos, pero quería que ella viniese a él por decisión propia. Que lo escogiera a él. Que escogiera su vida, su mundo. Y aún más, quería darle todas las cosas que sospechaba jamás había tenido en la vida. Quería que supiera cuál era su valor como mujer. No como una Scarletti. No como pianista. No como magnate de una compañía naviera. Como mujer.

—¿Tienes miedo? —Fue apenas una pregunta pronunciando en un susurro, a medias en voz alta, a medias mentalmente, aunque sabía que no era miedo lo que sentía, y ahora sólo quería que se percatara de lo que estaba haciendo. No le había advertido ni protegido ante esa manera suya de transporte. Puede que fuera ciega, pero era más consciente que cualquier otro ser humano conocido.

Antonietta soltó una risa de alegría.

—¿Cómo podría tener miedo, Byron? Estoy contigo. No pienso preguntarte cómo consigues volar hasta que tenga los pies sanos y salvos en tierra. —Le había contestado con toda la franqueza posible. Antonietta sintió una brutal excitación. Si lo que tenía era miedo, sólo era un miedo a lo desconocido. Volar por los cielos era un sueño, una fantasía hecha realidad. Sus sueños infantiles de volar habían sido tan vívidos que a menudo creía haber surcado los cielos por la noche—. Me encantaría verlo todo desde aquí —dijo, con un dejo de melancólica tristeza en la voz que no pudo ocultar, y se avergonzó de que él lo hubiera percibido—. Quisiera que tuvieras el tiempo para describírmelo.

—Hay una manera de que veas lo que yo veo. —Ahora el corazón se le había disparado. En cuanto se dio cuenta, dejó que buscara el compás de Antonietta. Y luego conectarlos, corazón con corazón. Ella se aferró a él con más fuerza. Por primera vez, giró la cabeza hacia su cuello. Él sintió su aliento tibio, y su cuerpo reaccionó endureciéndose, anticipándose.

—¿Qué dices? —Ahora el corazón de Antonietta era el que galopaba. Byron podía obrar milagros. Sanar. Acudir a una llamada de auxilio al otro lado del mar embravecido. Sumergirse en las aguas turbulentas, sacar de las profundidades a un hombre que se ahogaba y llevarlo hasta un refugio. Volar por el cielo de la noche cargando con dos adultos como si no pesaran más que un par de niños. No se atrevía a esperar lo imposible.

Hablaba en voz baja, pero tenía los labios apretados contra su piel. Contra su pulso. El cuerpo de Byron ardía, latía de necesidad, de deseo. Ella pareció no percatarse de su reacción. Él luchó contra el impulso de su especie, que empezaba a apoderarse de él, y apartó la cabeza, lejos de la tentación que ella le ofrecía. No podía responderle alargando los incisivos ni demostrándole que la deseaba con todo su ser.

Afortunadamente, se encontraban cerca del enorme palacio. Byron concentró su atención en saber dónde estaban los seres humanos allá abajo. Paseó la mirada por la mansión y las tierras aledañas. Aún vibraban en el aire las secuelas de la violencia, pero si el segundo asaltante había vuelto a la casa a buscar la patente de los transportes o los tesoros de la familia

Scarletti, ya habría conseguido lo que quería y desaparecido hacía rato. O quizá se encontraba en la cama, fingiendo que dormía. Byron no detectó presencia enemiga en el interior del recinto amurallado.

Los miembros de la familia dormían apaciblemente. El palacio entero parecía ajeno al ataque que Antonietta y don Giovanni acababan de sufrir. En el corazón de Byron había nacido una sospecha.

Capítulo 2

Byron no dejó en el suelo a don Giovanni y Antonietta hasta entrar en la habitación del anciano.

—Tendría que haber sonado la alarma —dijo Antonietta—. Debería haberse activado con los intrusos. ¿Cómo habrán entrado? ¿Cómo entras tú?

—No de la misma manera que ellos —respondió Byron, totalmente seguro de lo que decía—. En este momento no hay intrusos dentro del palacio.

—Tú no puedes saberlo —protestó Antonietta—. Hay más de cien habitaciones en esta casa. Podrían esconderse en cualquier rincón. ¡Si ni siquiera has mirado en el despacho!

—Volveré a mirar más tarde, sólo para enterarme de por dónde han hurgado. No hay intrusos, sólo tu familia, todos en sus respectivas camas —respondió Byron, paciente—. Don Giovanni se está congelando después de caer al agua y de ese viento que hiela los huesos. Le está bajando la temperatura a un ritmo alarmante. Ve a tu habitación y toma un baño caliente, Antonietta —dijo, con voz brusca y cortante mientras comenzaba a desvestir al anciano—. Estás temblando de frío.

—No me gusta que me den órdenes —respondió Antonietta. Le castañeaban los dientes, a pesar de sus desesperados intentos por evitarlo. Estaba congelada de arriba abajo—. Don Giovanni es mi abuelo y es mi responsabilidad.

—Entonces, pórtate con la dignidad que se merece. —La voz de Byron se había vuelto tan suave que su textura era como un terciopelo oscuro. Antonietta se estremeció.

Antonietta dio un paso atrás. Por un momento, sintió un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla. Le ardían los ojos. No había llorado en años.

Él la tomó con firmeza por el mentón.

—No quiero parecer brusco, pero no tenemos tiempo que perder. Si te he ofendido, lo siento. El corazón de tu abuelo está muy débil y su resistencia ha disminuido, a pesar de mis cuidados. —Inclinó la cabeza hacia ella y acercó la boca a sus labios. Con la ligereza de una pluma, apenas un roce. Ella sintió que le llegaba hasta los pies, y un calor alojado en la boca del estómago. Fue incapaz, por un momento, de pensar con claridad ni pudo recordar por qué quería llorar.

—Porque alguien ha intentado matarte a ti y a tu abuelo —respondió él en su lugar—. Alguien lo envenenó y probablemente también a ti, os drogó a ambos. Estás cansado y tienes frío, y yo he sido brusco al hablarte. Cualquiera lloraría, Antonietta. Yo me ocuparé de don Giovanni mientras tú te das un baño caliente y te metes en la cama.

La voz de Byron era tan tierna que a Antonietta le dio un vuelco el corazón y las lágrimas le quemaron en los ojos. Él apartó la mano y ella se volvió para irse, cautivada por la belleza de su voz, por el bálsamo de su sabiduría. Dio un paso atrás para irse antes de darse cuenta de lo que hacía.

—Gracias, Byron, pero puede que mi Nonno necesite mi ayuda en el baño. No puedo verlo, soy ciega, ya sabes. —Byron era la única persona que nunca parecía percatarse de su ceguera.

Byron lanzó la camisa sucia de don Giovanni a un lado.

—No tienes por qué atender a todo, *cara mia*. Ahora, vete. Me ocuparé de él en la ducha y procuraré que esté cómodo.

—Ve. —Don Giovanni señaló con mano temblorosa hacia la puerta—. Haz lo que dice, Toni, ve a tomar un baño. Yo estaré bien. La verdad, podéis iros los dos. Quiero que cuides de ella por mí, Byron. Ocúpate de que se abrigue con algo caliente.

—¡Nonno! —Antonietta estaba sorprendida—. Puede que sea ciega, pero te aseguro que Byron no lo es. No creo que pueda ocuparse de mí en el baño.

—Quiero que alguien la proteja. ¿Qué pasará si vuelven? —Don Giovanni ignoró las protestas de su nieta—. No te apartes de ella en ningún momento.

—No importa si vuelven, don Giovanni. No le volverán a poner las manos encima a su nieta.

Byron se inclinó hacia Antonietta y ella sintió, por primera vez, que él temblaba. La rabia era un ente vivo que respiraba en la habitación con ellos. El aire se volvió más denso, se convirtió en una masa pesada, en una nube oscura de energía turbia hasta que se hizo difícil respirar.

En lo más profundo de Byron, el demonio rugió pidiendo su liberación, reclamando su castigo. Le pedía que la llevara donde nada jamás podría hacerle daño.

—Estarás mucho más segura en el baño a solas que conmigo montando guardia, *cara*. Ahora, déjame para que pueda atender a tu abuelo. —Su voz fue como un silbido entre dientes. Una promesa. Un voto. Una absoluta convicción.

A Antonietta le costaba mantener un asombro de dignidad mientras los dientes le castañeteaban y toda ella temblaba sin control. Pero era una Scarletti, y alzó el mentón.

—Hay que avisar a la policía. Si no me equivoco, hay un cadáver allá en el acantilado.

—¿Un cadáver? —Don Giovanni se hundió en una silla mientras Byron le quitaba amablemente los zapatos y calcetines empapados—. ¿El cadáver de quién?

Byron se encogió de hombros como si no quisiera prestarle importancia.

—Uno de ellos intentó lanzar a Antonietta al mar. Quizá lo he tratado con demasiada rudeza. Estaba furioso y temía por su vida, y no medí mi propia fuerza.

Don Giovanni sacudió la cabeza.

—Es preferible que el cadáver haya caído al mar, y que nosotros no sepamos nada de lo que le sucedió. Habéis luchado, y él cayó. Es preferible no arriesgarse con la policía cuando se trata de una muerte.

—¡Nonno! —exclamó Antonietta, sorprendida.

—Si te quedas ahí parada con la ropa mojada, temblando como una hoja, yo mismo te llevaré al baño y te meteré en la bañera —advirtió Byron—. No me hago responsable de lo que pueda suceder después. Y no cometas el error de pensar que estoy bromeando.

Antonietta sintió que el corazón se le aceleraba al oír esa advertencia. Puso todo su empeño en adoptar una actitud irritada, para luego tocarle la mano al abuelo y abandonar apresuradamente la habitación.

—Nunca le quitas los ojos de encima —dijo don Giovanni, con gesto de aprobación—. Eso está bien. Siempre he querido un hombre como tú para ella. Es una mujer de mucho carácter, Byron. —Los ojos enrojecidos del abuelo lo miraban fijamente—. Podrías hacerle daño.

—Yo no, don Giovanni. Yo, nunca. —Byron ayudó al anciano a incorporarse—. Apóyese en mí, y lo llevaré hasta la ducha.

—Estoy demasiado débil para levantarme solo —reconoció don Giovanni, avergonzado.

—No lo dejaré caer, querido amigo —lo alentó Byron. En lugar de tomarse la libertad de cogerlo en vilo, dejó que el anciano avanzara con pasos titubeantes y cruzara la habitación hasta su cuarto de baño privado. Sabía instintivamente que el orgullo de don Giovanni insistiría en aquella pequeña muestra de independencia, aunque estuviera demasiado débil para caminar sin ayuda—. Ha sido una noche tremenda. Sin duda, se ha percatado de que su vida y la de su nieta corren peligro. Ella necesita protección, y usted también la necesitará.

Don Giovanni suspiró mientras alargaba los dedos encrespados para abrir la puerta de vidrio de la ducha.

—Es una chica muy testaruda. He dependido demasiado de ella y ahora se siente responsable de todos nosotros. No querrá contratar a un guardaespaldas.

—Ya lo sé. —Byron ayudó al anciano a desprenderse de sus últimas prendas y reguló la temperatura del agua—. Pero será necesario. No puedo estar presente la mayor parte del día. ¿Por qué querría alguien veros muertos a los dos?

Don Giovanni volvió el rostro hacia la ducha mientras el chorro de agua empezaba a calentarle el resto del cuerpo. Byron actuaba con toda naturalidad, permitiendo que el anciano se apoyará en él mientras el agua los mojaba. Esperó hasta que don Giovanni dejara de temblar antes de apagar el chorro de agua caliente y envolverlo con una toalla.

Los cárpatos sabían regular la temperatura de su cuerpo y no tardaban más que un momento en secar sus ropas. El anciano apenas se dio cuenta mientras Byron le ayudaba a ponerse el pijama y meterse en la cama.

—Ve a verla, Byron. Asegúrate de que no le ha pasado nada.

—Eso haré —le aseguró él—. Ahora duerma y no se preocupe. —Con su voz hipnótica, acabó de persuadir al anciano.

—¿Qué pasará con los demás? ¿Con mis otros nietos? ¿Te cerciorarás de que también ellos se encuentran a salvo? ¿Y mis bisnietos? —Don Giovanni apenas consiguió pronunciar las últimas palabras.

—Ahora, duerma. —Byron le propinó otro gentil empujón con su fuerza mental. Lo tapó con las mantas y le cubrió el pecho.

Al ver que al viejo Scarletti le costaba conciliar el sueño, Byron entonó el antiguo canto ritual de los sanadores mientras se ocupaba de que toda huella de veneno desapareciera del organismo de don Giovanni. La operación tardó más de lo que había calculado, sobre todo porque se esmeró en fortalecer los órganos internos.

—No te morirás en muchos años, viejo amigo —murmuró al incorporarse. Miró a su alrededor atentamente, dejando que sus sentidos se desplegaran y llegaran a todos los rincones de aquella larga sucesión de habitaciones—. Hace muy poco que lo conozco, don Giovanni, pero es una persona importante para mí y para su nieta. Tengo un gran respeto por usted. —Se inclinó y acercó sus labios al oído del anciano—. Vivirás y serás fuerte.

Alguien había estado recientemente en la habitación de don Giovanni. Alguien que pertenecía, o quizá no, a la familia Scarletti. Aún quedaban reminiscencias del olor en la habitación. Byron se tomó su tiempo, escudriñó y examinó en profundidad la habitación en busca de cualquier cosa que pudiera tener efectos letales en don Giovanni. No detectó organismos vivos, ni siquiera una araña venenosa. El intruso había arrastrado al anciano fuera de su cama. No habría tardado más de un instante en reducirlo. Habría vuelto a la habitación después de haber lanzado a don Giovanni desde el acantilado. Byron dedujo que se trataba de un miembro de la familia o de un criado que pernoctaba en el palacio, aunque el olor no le era familiar. De lo contrario, el intruso habría salido inmediatamente después de volver a la habitación, lo cual no tenía sentido.

Byron modificó su aspecto y adoptó la forma de un enorme lobo de pelaje rojizo y marrón oscuro. Alzó el morro para volver a oler la habitación. En seguida torció los labios con un gruñido. Era un olor sutil, pero ahí estaba. Salvaje. Felino. Un depredador. Eso explicaba la veloz huida. ¿Acaso había un vampiro que participaba en una trama contra la familia Scarletti? Un vampiro le habría chupado la sangre al anciano, no lo habría lanzado sin más al amar. Los vampiros eran seres malignos y deseaban el sufrimiento eterno de quienes los rodeaban.

El lobo buscó por la habitación del palacio. ¿Cómo había entrado el intruso en la casa sin activar el sofisticado sistema de alarma? Byron sencillamente se convirtió en niebla, como hacían los suyos, y se coló por una ventana entreabierta en una de las muchas habitaciones

vacías. Cualquier vampiro podría hacer lo mismo. El lobo subió trotando la escalera curva del ala este del palacio, donde los primos de Antonietta tenían sus dependencias.

Antonietta abrió la puerta de su habitación empujándola con la palma de la mano. Se había desplazado con demasiada prisa y se alegró de que los niños no hubiesen dejado sus juguetes donde ella pudiera tropezar con ellos. Normalmente, cuidaban bastante esos detalles, pero el pequeño Vincente a veces lo olvidaba. Antonietta había acabado con magulladuras en más de una ocasión y, después de tropezar con uno de esos camiones, también su orgullo había quedado herido. En una de esas ocasiones, se habría precipitado escaleras abajo si Justine no hubiese estado ahí para sujetarla. Vincente negó que hubiese dejado los juguetes en la escalera prohibida, pero su padre, Franco, lo había castigado de todas maneras. Marieta, la madre de Vincente, se retorcía las manos y lloraba a gritos por el terrible trato infligido a su hijo pero, por una vez, Franco había tenido la última palabra, furioso porque Antonietta había estado a punto de caer por las escaleras de mármol.

Con gesto pensativo, Antonietta cerró la pesada puerta de su suite y se apoyó contra ella. Se le ocurrió que quizá Vincente había dicho la verdad. Alguien bien podría haber puesto esos juguetes en lo alto de la escalera con la esperanza de provocar un accidente. *¡Vaya! Aquí me tienes, pensando en conspiraciones.*

Se produjo un breve silencio. Byron se asombró de que ella utilizara con tanta facilidad aquella forma íntima de comunicación entre las parejas. Era una telépata con notables poderes, aparte de otras cosas. A menudo lo llamaba con su música, aunque no se diera cuenta. *Por fin comienzas a entender lo que sucede a tu alrededor. Cerrar los ojos voluntariamente ante una posible amenaza no es una actitud sabia.* Antonietta empezó a desabrochar lentamente los pequeños botones perla de su blusa. Le temblaban los dedos de frío y, quizá, también de miedo, y la operación se le hacía difícil

Podría venir a ayudarte.

Antonietta se quedó sin aliento. Se giró, como si pudiera mirar por la habitación y tener un atisbo de él en su mundo de tinieblas.

Su risa era suave. Seductora. *La noche me pertenece. Salgo de las sombras. Puedo estar en cualquier parte. Incluso ahí en la habitación contigo ahora mismo, ayudándote cuando te desvistes.* Aquella voz suya, como un embrujo, le acariciaba como un fuego líquido que la recorría por entero y se le acumulaba más abajo como una necesidad dolorosa.

Siempre sé cuándo estás en la habitación conmigo, y no lo estás en este momento. Antonietta dejó de temblar, y se dio cuenta de que ahora sonreía, a pesar de los acontecimientos de aquella noche y de la grave situación. Byron le estaba comunicando calor deliberadamente, y consiguiendo que se relajara. *No creo que contar con tu ayuda para desvestirme sea una idea especialmente brillante. ¿Qué haces?*

La idea de ayudar a desvestirte me quita el aliento.

Antonietta guardó silencio. Dejó su blusa en el respaldo de una silla. Con los dedos, recorrió la seda, deseando tocar el pecho de Byron. La imagen de él ayudándola a desvestirse también a ella le quitaba el aliento. El aliento y el habla. No conseguía pensar con claridad. Se quitó la cinta del pelo y comenzó a deshacerse la trenza mientras cruzaba hacia el cuarto de baño.

Estoy inspeccionando el palacio para ver qué intenciones tenían los intrusos, y también echaré una mirada a tus primos para cerciorarme de que no los han envenenado ni drogado. Una pregunta mucho más interesantes es ¿qué haces tú?

Me estoy soltando el pelo.

Byron cerró los ojos y aspiró hondo, como si pudiera arrancar su esencia desde lo más profundo de sí mismo. *Hay algo muy erótico en la imagen de una mujer soltándose el pelo. ¿Te has quitado los pantalones?*

La blusa. Lo reconoció sin vacilar. Era parte de su mundo de sueños. Él estaba lejos y era una diversión inofensiva. La distraía del terror de haber estado a punto de morir a monos de un asesino. De alguien que la odiaba tanto como para planear su muerte. Con la punta de los dedos, acarició los pechos hasta el pezón. Le dolía no sentir su contacto. Jamás había deseado tanto a un hombre. *No tiene sentido.*

Tiene todo el sentido.

Jamás había hablado así con un hombre, ni siquiera con un amante. Jamás se había sonrojado ni tartamudeado ni deliberadamente tentado a un hombre. Byron jamás le había dado a entender que se interesaba por ella como algo más que una amiga. Quizá hiciera el ridículo, pero no importaba. Byron era una obsesión.

Mientras avanzaba por el suelo de baldosas blanquinegras del baño, unas imágenes de color saltaron ante sus ojos sin previo aviso. Matices de rojo y amarillo intenso. Dejó escapar un grito y cerro los ojos instintivamente. Los colores eran tan fuertes que le dolieron y le provocaron mareos.

¿Qué sucede?

Estaba desorientada, paralizada, no sabía decir en qué lugar de la habitación se encontraba. *Veo algo. Colores. Rojos y amarillos. Como imágenes de calor.*

Respira hondo, el corazón te late demasiado rápido. No hay peligro. Deja que se desvanezcan las imágenes. Puede que hayas visto lo que yo estaba viendo. Nuestra conexión es muy intensa. Byron tuvo que reprimir su gruñido de amenaza, el pelo que se le erizaba en el lomo. Volvió a mutar hasta adoptar su aspecto humano y se inclinó sobre el primo que dormía.

Con cautela, Antonietta abrió los ojos y vio la reconfortante oscuridad. *Me ha dado náuseas. Qué curioso.* En lugar de utilizar la piscina del antiguo baño, ahora modernizada, Antonietta llenó su bañera privada y echó sales perfumadas en el agua. Quería sentirse bella esa noche. Necesitaba sentirse bella.

¿Dónde estás? No quería estar a solas. A pesar de su bravuconada, le asustaban los acontecimientos de aquella noche y deseaba el consuelo de la poderosa presencia de Byron. Se quitó los pantalones empapados y los dejó sobre el tocador. El sencillo acto de quitarse la ropa interior de encaje la hizo sentirse femenina. Una sirena tentadora.

Entró en el baño, se hundió en la tan ansiada agua caliente y dejó descansar la cabeza en el borde de la bañera.

Estoy observando a tu primo, Paul. Está profundamente dormido, y no creo que sea un sueño normal. Tendré que examinarlo durante un rato. ¿Las ventanas de tus habitaciones están cerradas con pestillo?

Sus pechos flotaban sobre el agua fragante mientras se relajaba.

No he pensado en comprobarlo. Lo haré antes de meterme en la cama.

¿Has olido algo raro? Un felino salvaje. Un espécimen grande. Antonietta se incorporó, el agua se condensó en gotas que se deslizaron por su piel. *¿Por qué pensarías eso? ¿Por qué me lo preguntas?* Byron guardó silencio y pensó en su forma de hablar. Había un miedo latente en su voz. Había miedo en su mente, aunque sus barreras estaban intactas y eran sólidas. Por un momento, pensó en presionarla para conseguir la información que necesitaba, pero ella era su pareja, y él había aprendido demasiado bien los peligros que podía acarrear la manipulación. Paciencia, se recordó a sí mismo. Por encima de todo, un cárpato macho sabía perseverar.

Antonietta no podía escapar de él ahora que la había encontrado. No había contemplado la posibilidad de que el peligro anidara en su propia casa.

¿Byron? ¿Por qué crees que hueles a felino salvaje?

En su voz asomó una profunda ansiedad. Por primera vez, Byron deseó ver imágenes de su entorno a través de los ojos de ella. Sentía las texturas, pero no había imágenes en que apoyarse. Tenía que valerse de las sensaciones. Las emociones aún le eran extrañas, tenían algo de embriagador. Lo volvían peligroso y lo empujaban al borde del descontrol.

Huelo un felino aquí, en esta habitación. He olido la misma criatura en la habitación de tu abuelo. Respondió diciendo la verdad porque le hablaba a su pareja, pero su instinto le decía que Antonietta sabía algo que él ignoraba.

¿Estás con Paul o con Franco?

Con Paul.

Otro largo silencio. Byron aguzó su poderoso oído hasta localizar su habitación. El agua de la bañera salpicaba como si Antonietta estuviera agitada. Él cerró los ojos con un leve gruñido, imaginando su exuberante cuerpo desnudo flotando en el agua de esencias aromáticas. Su pelo sedoso se derramaría en el agua, una imagen que jamás podría resistir.

De pronto se le tensó todo el cuerpo, se le endureció hasta provocarle un dolor penetrante. Antonietta. Cuánto la deseaba. Y cuánto le costaba esperar. Se deleitaba con el placer de cada instante en su compañía. Y sentía que su creatividad, ausente desde hacía tanto tiempo, ahora renacía gracias a ella.

¿Es Paul? ¿Huele a felino? Había cierta reserva en su voz, como si hablando pudiese traicionar a alguien… o a algo muy preciado para ella. También había una nota subyacente de temor. Intentaba disimularlo, pero era perceptible.

Byron se inclinó sobre Paul, escudriñó cada centímetro de su cuerpo, prestando atención a sus uñas, sus brazos, buscando rasguños, cualquier indicio de que había participado en el ataque contra don Giovanni y su nieta. En el interior del antebrazo izquierdo tenía un largo rasguño. Parecía reciente y feroz.

¡Byron! Por favor, dime, ¿hueles a felino?

El *palazzo* Scarletti y la familia que lo habitaba tenía casi tantos secretos como los suyos. Byron respiró hondo. El olor del felino invadía la habitación. Era difícil saber si aquella esencia emanaba de Paul. *No tengo ni idea. Aquí dentro el olor es muy intenso. Si no es Paul, el felino ha estado aquí. ¿Tenéis gatos grandes o sabéis de alguien que los tenga?*

Un ligero ruido en la planta de abajo lo distrajo de inmediato. Alzó la cabeza como un resorte y sus ojos oscuros brillaron con una repentina amenaza. Alguien subía por la escalera larga y curvada. Pisadas suaves y sigilosas. Furtivas. Byron distinguió con claridad el roce del material contra la gruesa balaustrada. Una sonrisa imperceptible de lobo asomó en la comisura de sus labios. No salió a echar una mirada, sino que se limitó a esperar en la oscuridad a que su presa viniera a él.

Desde luego que no.

Las pisadas habían llegado al primer rellano. Quien quiera que fuese vaciló y luego se dirigió hacia las habitaciones que ocupaba Paul. Byron se encogió en la sombra. Asomaron sus largos incisivos y, cuando la puerta se entreabrió, la luz difusa del pasillo dio a sus ojos un tinte feroz de rojo sanguinolento.

La reconoció al instante. La fiel asistenta de Antonietta, Justine Travis, entró cautelosamente en el dormitorio y cerró la puerta a sus espaldas. Dio unos cuantos pasos hacía el centro de la habitación pero se detuvo, sin atreverse a cruzar hasta la cama.

—¿Paul?

El silencio fue la única respuesta. El hombre en la cama no se movió. Byron estaba seguro de que lo habían drogado, pero tendría que verificarlo. En cualquier caso, eso no significaba que fuera inocente. Un hombre avispado podría cometer un asesinato y después drogarse para fingir que él también había corrido peligro.

El hambre se agitó en él, una necesidad oscura y terrible que se apoderaba de él, implacable. Byron no se había alimentado, y había gastado una energía considerable al rescatar a don Giovanni de las frías profundidades del mar. La curación lo había agotado, y después de librar al anciano del veneno que atacaba su frágil organismo, sus entrañas rugían, hambrientas e insatisfechas. Oía la llamada de la sangre espesa y cálida corriendo por sus venas, llena de la vida que necesitaban sus células desnutridas. Se movió, un abrir y cerrar de ojos y ya estaba detrás de Justine. Ésta llevaba el pelo cogido en una simple cola, separado del cuello, que quedaba expuesto. Ahora veía el pulso que le latía aceleradamente.

Justine lanzó un suspiro y retorció las manos, a todas luces agitada.

—Paul, despierta. Tengo que hablar contigo. Lamento que hayamos discutido, pero tienes que entender que no puedo arriesgarme a perder mi empleo. —Se llevó una mano al cuello, un movimiento defensivo, como si intuyera al predador cerca de ella—. Sabes que haría cualquier cosa para ayudarte. Encontraremos otra manera de conseguir el dinero. Yo te ayudaré. Te lo aseguro.

Paul no respondió y siguió inmóvil en la cama.

Justine sollozó suavemente.

—No hablaba en serio cuando te dije que lo nuestro había terminado. Encontraré una manera de ayudarte, Paul. No hagas nada precipitado hasta que se me ocurra qué podemos hacer. Sabes que tu vida sería una miseria si hicieras cualquier cosa que dañara o traicionara a tu familia. —Esperó un momento—. Por favor, Paul, contéstame. —Cuando Paul no contestó ni se giró hacia ella, Justine se apretó el puño contra la boca para ahogar sus sollozos.

Una sombra oscura cayó sobre ella y Justine se estremeció y se giró a medias, los ojos desorbitados por el terror. El depredador en la sombra le habló suavemente, le susurró una orden mientras la rodeaba con sus brazos. Ella inclinó la cabeza y lo miró como presa de un rapto ciego.

Byron la miró a la cara. Su mente era un caos desbordante de pensamientos sobre Paul. De cuánto lo amaba, de cómo no quería traicionar a Antonietta pero… Ahora sonrió, y no había humor en aquella sonrisa, sólo una exhibición de colmillos.

—Eres una persona traicionera por naturaleza, y has optado por la alianza equivocada. —En la voz de Byron había un latigazo de desprecio, y así fue que, bajo aquel oscuro embrujo, Justine se estremeció. Byron inclinó la cabeza, los dientes penetraron en la carne suave y bebió.

Antonietta salió del baño y se envolvió con una toalla gruesa. Eras diez pasos exactos hasta el tocador, y ahí se hundió en la silla y cogió el cepillo que siempre se encontraba a la derecha. El mango era frío y suave y se le ajustaba a la mano como si estuviera hecho para ella. Era una reliquia del pasado, pero a ella le fascinaba y lo usaba todas las noches para alisarse el pelo. Al pasarse el cepillo por la larga cabellera, sintió una palpitación en el cuello, un ardor que le quemaba por encima del pulso, de pronto acelerado.

Con un sobresalto, Antonietta soltó el cepillo y se cubrió aquel punto, buscando instintivamente a Byron. No encontró a su poeta reposado y tranquilo sino a una bestia desatada con un hambre demoníaco, en medio de un festín, chupando la energía y vitalidad de una criatura cálida y viva. De un ser humano… De pronto, la visión se interrumpió.

Sintiendo que se ahogaba, Antonietta se llevó unas manos temblorosas al cuello mientras intentaba captar mentalmente el significado de aquella bestia oscura y sombría que rugía ansiando liberarse. ¿Habría conectado con el felino salvaje que Byron olía en la habitación de su primo? ¿O era su imaginación que le estaba jugando una mala pasada?

Se sentía cansada y atemorizada y deseaba un consuelo. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había venido a buscarla? *¡Byron!* Lo llamó bruscamente, aterrada por la violencia con que lo necesitaba, desgarrada entre el deseo de que viniera a su rescate y la esperanza de que se mantuviera alejado. Ésa noche se sentía débil, tal vez no sería capaz de resistirlo. Lo último que quería era destruir su amistad portándose como una mujer pueril.

Byron oyó la llamada de su adorada Antonietta como un eco que penetraba en su mente. Que le llegaba al corazón y le tiraba del alma. De pronto, cobró conciencia y supo dónde se encontraba y qué hacía. Se apresuró a pasar la lengua por el cuello de Justine y cerrar las diminutas marcas. Alzó lentamente la cabeza, con un esfuerzo enorme, para sustraerse al fuerte mareo que sentía tras esa infusión de fresca vitalidad. Pensando en Antonietta, que le tenía simpatía a Justine, fue más amable de lo habitual al dejar a la mujer en el suelo y apoyarla contra la pared.

Estoy aquí.

Antonietta no podía creer en el alivio que la inundó y se apoderó de su cuerpo y su cabeza. *Pensé, por un momento, que sucedía algo horrible*. Buscó su cepillo en el suelo. Sus dedos encontraron el mango suave. La toalla cayó y su cuerpo quedó expuesto al aire frío.

Afuera, la lluvia comenzó a golpear contra los vidrios de colores. Antonietta cruzó la habitación. Con los pies desnudos, las baldosas de mármol eran frías. Tenía el cuerpo caliente, y se ruborizó con sólo pensar que él pudiera entrar inesperadamente y verla. Ignoraba por qué el sonido de su voz la hacía sentirse tan femenina. Le daban ganas de tentarlo y seducirlo. Él siempre era tan frío y tranquilo, y ella deseaba que por una vez perdiera el control.

Estoy un poco nerviosa y agitada esta noche, reconoció Antonietta. Se acercó desnuda a las vidrieras de colores, escuchando como caía la lluvia, y luego levantó los brazos como una ofrenda a los dioses de la fantasía. De los sueños ¡Traedlo hasta mí! Que venga a mí esta noche. Quiero saber que me ha mirado como una mujer y no como una cuenta bancaria.

Deberías estar en la cama. Entre tus cálidas sábanas, y no paseando por tu habitación. Se trataba de que cuidaras de tu salud.

¿Cómo podía afectarla tanto una simple voz? ¿Cómo podía dejarle el cuerpo ardiente, dolido y necesitado de un solo hombre? Era algo que no conseguía entender. Se alejó de la ventana y se dirigió sin titubear hacia el gran armario. Un día, en un arranque de generosidad, Tasha le había regalado un camisón de encaje blanco, una prenda que Antonietta nunca había usado. Se lo puso, dejando que se deslizara por su piel, como si estuviera vivo, agudizando sus sentidos y exacerbando las acuciantes necesidades de su cuerpo. Era un camisón hecho para seducir. Para tentar. Se ajustaba a cada curva y mostraba sus carnes. Se sentía como una bella tentación.

¿Cuidar de mi salud? Qué prosaico.

Estás muy nerviosa y agitada. Yo también. Podría ser una combinación peligrosa.

Antonietta se recogió el pelo, deleitándose con la sensación del encaje que le acariciaba la piel. *¿Eso piensas? Es probable que tengas razón. Me siento muy rara y me cuesta reconocerme a mí misma.* Con un suspiro, retiró las mantas y se deslizó entre las sábanas.

Byron se inclinó para verificar el pulso de Justine. Estaba bien, sólo un poco mareada. Le susurró algo al oído, un cántico tranquilizador, y plantó en ella la idea de volver a su habitación sin recordar su visita a Paul. Justine obedeció como una sonámbula, cayó bajo su embrujo hipnótico y, al salir, incluso cerró quedamente la puerta.

No es de extrañar, Antonietta. Seguramente te sentirás indispuesta durante algún tiempo, y con toda razón. Byron volvió a inclinarse sobre Paul. Su primo. Un traidor que quizá tramaba la muerte de Antonietta. Sintió por un momento el impulso de aplastarlo con la fuerza de sus puños, un impulso que casi se apoderó de él. Se inclinó aún más, y los incisivos se alargaron cuando se acercó al pulso que latía con fuerza en el cuello. Si bebía de la sangre de Paul, no sería difícil leer sus pensamientos.

¡Byron! La voz aguda de Antonietta revelaba su temor. *Tengo una terrible sensación de que vas daño a mi primo. Prométeme que no lo harás.*

Byron cerró los ojos, respiró profunda y pausadamente parar sosegar a los demonios que pugnaban por liberarse. La conexión era demasiado estrecha. Ella lo sabría. Lo sentiría. *Te has dejado llevar por tu imaginación, Antonietta.*

¿Por qué siempre me llamas Antonietta? Todos los demás me llaman Toni. Byron se concentró en el sonido de alivio en su voz. Antonietta, su vínculo con la sensatez y el control cuando sus emociones eran tan poderosas como el mar embravecido. *Tu familia te llama Toni. Todos los demás te llaman signorina Scarletti, un título de mucho respeto.*

Eso no me explica por qué tú no me llamas Toni.

Antonietta es tu nombre, y es un hombre bello. Lo dijo sencillamente, sin afectación.

Ella entrecerró los párpados. Estaba cansada y el ritmo regular de la lluvia comenzaba a adormecerla. Las palabras de Byron no eran especialmente románticas ni brillantes, ni

siquiera poéticas, pero Antonietta pensaba en ellas de esa manera. *Tu voz es hipnótica. Podría escucharte siempre.*

Eso está bien. Es agradable saber que vamos progresando.

No sé por qué de pronto te cuento esto. Lo supe la primera vez que oí tu voz. Podría quedarme sentada y escucharte siempre. Y cuando te vas, escucho la música en mi cabeza y en mi cuerpo, y sé que es tu música. Te pertenece a ti más de lo que me pertenece a mí.

Es el cumplido más bonito que jamás me han hecho. Byron salió de la habitación de Paul y se dirigió a la tercera planta donde vivía Franco Scarletti con su mujer y sus dos hijos. *He decidido que necesitas un perro, Antonietta.*

Antonietta rió. *Sólo a ti se te podría ocurrir que necesito un perro. Soy ciega. ¿Para qué querría un perro? Y espero que no estés pensando en un perro lazarillo. No sé absolutamente nada de animales. Siempre se han mostrado distantes conmigo.*

Byron percibió el interés implícito en la voz de Antonietta a pesar suyo, y sonrió. *Todavía no has conocido al perro adecuado. El mundo animal es único y asombroso. El perro adecuado es un compañero de incalculable valor. Pueden ser animales fieles y entregados. El perro adecuado te escoge, teje vínculos y trabaja contigo.*

¿Cuál sería el perro adecuado para mí, en tu opinión?

Byron se inclinó por encima de la pequeña que dormía, inocente y apaciblemente, en su cama. La idea de un intruso que hiciera daño a la niña le arrancó un amago de gruñido. En esta habitación el olor del felino era intenso. Cuando tuvo la certeza de que no había ni drogas ni veneno en su organismo, examinó las ventanas buscando posibles puntos de entrada. Alguien podría haberse dejado caer desde las almenas de más arriba. O un felino podría haber saltado desde las almenas a una ventana abierta. No encontró indicios de la presencia de intrusos en las habitaciones de los pequeños. Se dirigió a la habitación de los padres, tomando la precaución de hacerse invisible al ojo humano.

Los borzois, desde luego. Son excelentes cazadores y pertenecen a una raza que se ha conservado pura a lo largo de siglos. Solían ser los escogidos de la realeza y aquí en el palacio sin duda se sentirían en casa. Los borzois eran cazadores de lobos. En una ocasión, cuando era un joven cárpato y aún no dominaba del todo sus poderes, mientras practicaba los cambios de forma con Jacques, su mejor amigo, dos borzois los habían descubierto cuando se transformaban en los lobos en medio de un campo. Los borzois eran cazadores veloces y silenciosos y los persiguieron, implacables. En aquella época, ninguno de los dos dominaba demasiado bien el arte de cambiar de forma y a duras penas consiguieron llegar a los árboles y encaramarse torpemente a las ramas superiores. Jacques había estado a punto de caer del árbol presa de un ataque de risa. Los dos habían tardado un buen rato en disminuir sus pulsaciones y conectar con los borzois. Desde aquel episodio, Byron tenía un enorme respeto por aquellos animales que poseían el corazón de un león y la naturaleza noble de una oveja.

Jamás había visto un animal parecido a los borzois y opinaba que la reina Victoria había acertado al pedir que aquellas criaturas habitaran en el Palacio Real. Le había causado una gran tristeza enterarse de la masacre perpetrada contra aquellos animales tan inteligentes y letales, aunque nobles, cuando los campesinos se habían rebelado y destruido todo lo que llevara la marca de la realeza. Tal vez se identificaba con ellos, puesto que su especie también era perseguida y ellos también podían ser letales y nobles a la vez. Byron no sabía por qué, pero los borzois siempre estaban presentes en su pensamiento. Más que cualquier otra cosa, deseaba que Antonietta experimentara esos vínculos y esa fidelidad y que, a la vez, gozara de la protección de un animal tan único.

No era fácil contarle su propia anécdota con los borzois, de modo que escogió otra. *En una ocasión vi aun borzoi macho proteger a su dueña, sencillamente porque ella tenía un pie malherido. Él se quedaba a su lado cuando la veía cojear, dejaba que se apoyara en él mientras caminaba y se negaba a dejarla durante todo el día, renunciando incluso a las cacerías, actividad para la cual han nacido han sido criados. Llevan la caza en la sangre y, aún así, la*

devoción por su compañera era superior. Son animales extraordinarios, y no lo digo con ligereza.

¿Tú tienes perros?

Si los tuviera, serían borzois. Viajo demasiado, y sería poco justo con el animal, pero si algún día tuviera la suerte de decir que tengo un hogar, tendré varios ejemplares.

Franco Scarletti dormía vuelto hacia su mujer, un brazo por encima de ella como si la guardara para sí. Marita, su mujer, estaba girada hacia el otro lado, e incluso en su sueño tenía una mueca de amargura. El aire en la habitación era frío y Byron encontró la ventana abierta en seguida. A pesar del viento, aún olía a gato. Aquel felino había visitado a Franco y a Marita, como había hecho con los demás.

Con un gruñido quedo y amenazador, Byron se dirigió hacia las habitaciones de Tasha. A ella pertenecía el ala que circundaba la temida torre donde se decía que un Scarletti había estrangulado a su mujer y había golpeado a su amante hasta matarlo. Todas las habitaciones de Tasha tenían el mismo penetrante olor a felino. El animal había estado un rato largo en aquella ala del palacio. Como había observado en Franco, en Marita y sus hijos, en Tasha no había rastro de veneno ni drogas.

Quedaba todavía la cocina y el cocinero. El acre y penetrante olor a felino le dio de lleno en los pulmones, estaba presente en cada rincón de las habitaciones privadas del cocinero y en la cocina.

¿Antonietta? Estaba casi dormida y por alguna razón a Byron le pareció más sensual que nunca. Se la imaginó tendida en la cama, esperándolo, el cuerpo ardiente y húmedo y sediento del suyo. Dejó escapar un suave gruñido. Puede que Antonietta flirteara con él desde lejos, pero siempre había guardado cierta distancia, incluso durante sus numerosas conversaciones a solas. No solía mostrarse coqueta con los hombres, lo cual estaba bien, porque Byron había descubierto que en él había una vena celosa.

Todavía estoy despierta, pensando en la idea de tener un perro. No sé si lo cuidaría bien, pero sería agradable no estar siempre tan sola.

Sí, sería agradable. Respondió de todo corazón, directamente del alma. Le alegró saber que estaba despierta. Aún le quedaban algunas cosas pendientes. No podía abandonar el cuerpo en el acantilado. Don Giovanni tenía razón. No era conveniente dar a la policía demasiadas cosas en que pensar. Sin embargo, Byron quería ver a Antonietta. Tenía que verla. Tocarla. Sentir su piel cálida al contacto con sus manos. Saber que estaba viva y a salvo.

Capítulo 3

—¿Cómo has conseguido entrar? —Antonietta no quería gritar, a pesar de que él la había despertado bruscamente de su sueño. Siempre le había parecido una reacción inútil y lamentable frente a un intruso. En cualquier caso, sabía perfectamente quién estaba sentado a los pies de la cama. Le preocupaba más no tener puestas las gafas oscuras para ocultar sus horribles cicatrices, o que la espesa cola de su peinado fuera una maraña de pelo, después de tanto agitarse, incansablemente, en la cama. Esperando. Deseando que él viniera a ella para contarle cómo estaba el abuelo. Segura de que no vendría. Una cosa era mantener conversación con él a distancia, con o sin coqueteo, y otra muy diferente tenerlo en su habitación, en carne y hueso, convertido en realidad. Solo en su habitación. Ahora que realmente estaba ahí, su camisón de encaje blanco parecía una elección ridícula. No quería que él pensara que se lo había puesto por si él venía a verla aunque, en realidad, ése era el motivo. Tampoco se pondría la bata para ocultar el fino encaje, con lo cual sería mayor la atención que él prestaría a su escasa vestimenta.

—Deberías tenerme miedo, Antonietta —fue el reproche de Byron—. No tienes ningún sentido de la supervivencia.

Antonietta se incorporó con cautela, y quedó sin aliento cuando él le rozó el pecho al alargar el brazo para acomodarle las almohadas. Su cuerpo entero se volvió cálido. Él no se disculpó por aquel contacto. Al contrario, sus manos siguieron hacia abajo para arreglarle el pelo. Ahora Antonietta sintió el pequeño tirón de su peine. Ese contacto íntimo apenas la dejaba respirar. Pensó que, con toda seguridad, había sido una casualidad y se quedó sentada con las manos cruzadas. Para no sentir como le ardía el cuerpo, alzó el mentón y se concentró en adoptar un aire regio.

—Tengo un gran sentido de la supervivencia —negó—. Y he tenido la serenidad suficiente para llamarte cuando mi abuelo cayó al mar.

—Tu abuelo no cayó al mar, Antonietta. Lo empujaron. Sabes que alguien os drogó a los dos y os llevó al acantilado. Y sabes que alguien contrató a esos hombres para mataros. Esto no puede seguir. No lo permitiré. —Había una clara voluntad en su voz—. No basta con sólo desear que este atentado contra tu vida no se hubiera producido.

Algo en su bella voz le hizo sentir un escalofrío en la espalda. Byron, siempre tan tranquilo. Lo imaginaba como un ángel moreno, pensativo y misterioso enviado a velar por ella y su abuelo. Y, sin embargo, hablaba como si fuera peligroso. Antonietta hizo un esfuerzo por sonreír.

—Yo no me limito a desear que las cosas desaparezcan, Byron, yo me enfrento a ellas. De mí depende este palacio, y mi familia confía en mí. No suelo defraudarlos fingiendo, ni creyendo que basta con simples deseos.

—Entonces deja de cerrar los ojos ante la posibilidad de que alguien te quiera ver muerta.

—Me estas riñendo como si fuera una niña. Ni siquiera recuerdo la última vez que alguien se atrevió a hablarme así. Incluso has tenido la audacia de decirme que me retire y me vaya a acostar en mi propia casa, algo que nadie se había atrevido a hacer desde que era pequeña.

—Te estás congelando, Antonietta, y empiezo a sentir una tentación irresistible de meterte en la bañera con agua caliente y darte un baño de pies a cabeza.

El corazón le dio un vuelco. El sonido de su voz era una caricia, un roce de dedos recorriendo su cuerpo. Lo sintió hasta que le llegó a los pies. Por un momento, fue incapaz de pensar, ni siquiera de respirar. Antonietta apretó con fuerza los dedos para impedir que temblaran o que se soltaran par buscarlo, para dejar que sus manos le acariciaran el pecho.

—Habría sido una experiencia inolvidable, Byron. —Intentó volver a reír, frívola, temiendo que esta vez su risa se hubiera convertido en un graznido ronco. Sentía la intensidad de su mirada quemándole la cara. Un fuego lento comenzó a consumirle la boca del estómago.

—Ni te imaginas la experiencia que sería. —Su tono de voz era descaradamente sexual. Era inconfundible.

Estaba coqueteando con ella. Aquella idea le pareció a la vez exasperante y terrible.

—Necesito mis gafas oscuras. —No soportaba la idea de que la mirara a sus ojos muertos, que viera sus cicatrices, mientras ella se inflamaba escuchando su voz.

—¿Por qué? La habitación está a oscuras. Ni siquiera hay una franja de luna capaz de penetrar las nubes esta noche. Sólo estamos tú y yo. —Le rozó la cara con dedos ligeros como una pluma. Siguió hacia sus pronunciados pómulos, su boca ancha y generosa. Había algo de posesivo en su manera de tocarla, el palpable interés de un hombre.

Antonietta respiró hondo y se hundió en las almohadas, temiendo haber quedado en ridículo.

—¿Qué haces?

—Te estoy tocando. Sintiendo tu piel. Puede que esta noche no te hayas asustado, pero a mí me ha aterrado. Tengo que saber que estás a salvo, de modo que no hagas nada y déjame hacer.

—Byron, lo que dices no tiene sentido. Desde luego que estoy a salvo. Estoy aquí en el palacio, segura en mi cama gracias a ti. —Intentaba ser práctica. Antonietta siempre era una persona práctica, incluso en la cama vestida con un coqueto camisón de encaje blanco.

Byron la tomó por la nuca y la atrajo hacia sí. Estampó la boca contra la de ella y la tierra crujió. Se desplazó de su eje. Se quedó inmóvil. Antonietta se derretía. Byron ardía. El beso se hizo más profundo y se transformó en metal al rojo vivo. Era tierno, pero ardiente e implacable al mismo tiempo. El mundo explotó en un calor de metal fundido del que ninguno de los dos se recuperó. Las chispas saltaron de una piel a otra, crearon un arco entre ellos. El relámpago bailaba en sus venas.

Antonietta sencillamente se fundió en él, le perteneció. Siempre le había pertenecido. Byron, su poeta oscuro y pensativo con su voz de terciopelo oscuro y sus misteriosos procedimientos. Se entregó a él, abrazando la magia de aquel momento, vertiendo en su respuesta la pasión fogosa que brotaba en ella como de una fuente, acompasando el latido de sus corazones, una llama tras otra.

Del fondo de la garganta de Byron escapó un gruñido, más parecido a una bestia que a un hombre. Apartó la cabeza a sólo unos centímetros de ella.

—¿Tienes alguna idea de lo que provocas en mí?

Su aliento era cálido sobre la piel de Antonietta. Con los labios, rozó la comisura de su boca. ¿Una caricia? ¿Una provocación? ¿Un accidente? No tenía ni idea. Antonietta negó con la cabeza, tocándose los labios ardientes para confirmar que no estaba atrapada en un sueño.

—¿Cómo podría sospecharlo? Jamás has dicho una palabra insinuando que te sientes atraído por mí. —No era fácil hablar, ni mantener una apariencia de normalidad cuando lo deseaba con cada fibra de su ser.

—¿Atraído por ti? —Había un dejo de burla en su voz, burla de sí mismo—. Difícilmente llamaría atracción a lo que siento cuando me encuentro cerca de ti. Ardo por ti. Cada segundo de mi existencia. Me consumo por ti.

Antonietta se apartó de él, se hundió aún más en las almohadas. Se llevó los dedos temblorosos a los labios. Aún podía saborearlo. Aún lo sentía en lo profundo de sí misma como si le hubiese traspasado la piel y se hubiera enroscado alrededor de su corazón.

—Jamás has dicho ni una palabra. Jamás.

La música se desplegaba en su mente, notas claras y melódicas que imploraban libertad. Ella distinguía las notas más agudas. Las notas que desentonaban. El estruendo repentino de los timbales, que lanzaban una nota discordante.

—¿Después de tanto tiempo, de pronto decides que me deseas? ¿Debo pensar que eso no tiene nada que ver con quién soy? ¿Sólo por mi cara bonita? —Se obligó a sí misma a pronunciar esa detestable acusación, aún cuando todo en ella le pedía guardar silencio, tomar lo que él le ofrecía por la razón que fuera por la razón que fuera. Quizá lo habría tomado si hubiera sido cualquier otro en lugar de Byron.

Se percató del movimiento cuando él se incorporó de la cama, pero no oyó ni un solo ruido. El silencio se prolongó hasta que ella estuvo a punto de dar paso a las lágrimas que le quemaban los ojos. Pero, al contrario, alzó el mentón y esperó. Que se fuera al infierno por dejarla en ridículo.

—Jamás he pensado que fueras una cobarde. —Su tono de voz era reflexivo, no acusador—. Tienes mucha confianza en ti misma. Te he visto tocar delante de diez mil personas. Te he visto salir sola al escenario, sin ayuda.

Antonietta percibía el dejo de admiración en su voz. Lo imaginaba de pie junto a las vidrieras de colores, dándole la espalda, situado donde la clara resonancia de sus palabras quedaba ligeramente ahogada. Se había puesto a propósito el camisón de encaje blanco con la esperanza de seducirlo, y ahora estaba más irritada consigo misma que con su reacción. ¿Era ésa una actitud cobarde? Nunca pensaba eso de sí misma.

—La primera vez que te vi fue en un concierto. No podía quitarte los ojos de encima. Estabas tan bella, con las luces sobre tu pelo resplandeciente. Te acercaste directamente al piano, con una confianza absoluta, sin vacilar. Recuerdo que se me cortó la respiración, y aún no habías tocado ni una sola nota.

Su voz se alejó de la ventana, hacia la puerta. El corazón de Antonietta latía desacompasadamente, aterrorizada por la idea de que él la dejara para no volver. No sabía casi nada acerca de él, Byron. El hombre de los misterios. El hombre que convertía sus sueños en realidad.

—Ya me asoman las primeras canas, y no soy una mujer demasiado agraciada, Byron, pero te agradezco el cumplido. —Se llevó la mano al cuello para ocultar su pulso acelerado. Él había dicho que se le cortaba el aliento con sólo verla y, en cambio, ella se quedaba sin aliento con solo escucharlo hablar.

Él rió. Era una reacción sorprendente, lo último que ella esperaba, dado su precario estado emocional.

—¿Por qué dices que te asoman las primeras canas? Tienes un pelo que brilla como las alas de un cuervo. Si tienes algún hilo plateado, sólo resalta la profundidad y exuberancia de tu color. Nadie tiene un pelo tan bello. Seguro que lo sabes.

Antonietta quedó prendida de la sinceridad de sus palabras. Buscó en su mesa de noche las gafas oscuras, sintiéndose más desnuda sin aquella máscara para sus ojos que con aquel camisón de encaje que apenas la cubría. Byron no la ayudó, como normalmente haría. Siempre era el caballero perfecto, le abría las puertas y le acercaba las cosas disimuladamente, sin decir palabra.

—¿Cómo estaba mi abuelo? —Debería haber preguntando enseguida en lugar de reaccionar a su presencia como una colegiala. Quería dejar de ser el centro de atención, que su reacción pasara desapercibida—. ¿Has estado mucho rato con él?

—Don Giovanni está bien. Le he extraído el veneno del cuerpo y ahora duerme tranquilo. También he examinado a los demás miembros de la familia.

Tras las gafas oscuras, Antonietta cerró los ojos, sintiéndose más ridícula que nunca. Era capaz de salir a un escenario y sentirse dueña de la escena, pero aquí, en su propia casa, con este hombre, se sentía como una tonta. Él ejercía en ella aquel efecto extraño. No quería ni pensar que había estado en una habitación a solas con su prima, Tasha. Intentó conservar un talante tranquilo.

—¿Habían envenenado a alguno de ellos? —Intentaba no pensar en Byron inclinándose sobre Tasha en su lecho, porque recordaba la elocuencia con que los hombres hablaban del cuerpo perfecto de su prima.

—Por extraño que parezca, sí. Hay rastro del mismo veneno en el organismo de Paul. Pequeñas cantidades. También lo han drogado, como a don Giovanni y, según sospecho, como a ti. Eso no implica que sea un inocente. En realidad, parece curioso que lo hayan drogado pero no lo hayan arrastrado hasta el acantilado.

Byron se había acercado. Ella no soportaba quedarse en la cama, sentada allí, impotente mientras él se paseaba como un tigre por su habitación. Lanzó la ropa de cama a un lado con la intención de incorporarse, pero con el silencio sorprendente de un felino al acecho, él ya estaba junto a su cama. Ahora sintió la presencia de su cuerpo y el calor que despedía. Con la mano le rozó sin querer la dura columna del muslo. Todo el cuerpo reaccionó con una crispación. El calor se difundió y se convirtió en un dolor agradable. Aquella era posiblemente la peor noche de su vida. Al menos, la más vergonzosa.

Antonietta tragó con dificultad.

—¿Así que a Paul lo han drogado y envenenado? ¿Estás seguro? —Le inquietó percibir ese gruñido leve en su voz cuando él pronunció el nombre de Paul. Ocultaba una amenaza, y ella tuvo miedo.

—Sí, lo envenenaron. Quiero examinarte a ti, no sólo por el rastro de somníferos sino también de veneno. Creo que tendrás que aceptar que se trata de un ataque personal contra ti y tu abuelo y, posiblemente, contra Paul, aunque no me imagino por qué a él no intentaron lanzarlo al mar. Supongo que habría representado una amenaza más contundente que tú. También he buscado en el palacio. Alguien ha estado hurgando en los cajones de tu despacho y lo ha dejado todo revuelto. Pero sospecho que lo han hecho para que la policía no descubra que lo que ha sucedido realmente esta noche puede calificarse de atentado contra vuestras vidas.

—Aún estaba despierta, recuerdo que tenía sueño, aunque suelo acostarme al amanecer. —Antonietta no pudo evitar el ligero rubor que tiñó sus mejillas. Byron conocería sus horarios de sueño mejor que cualquiera—. Quizá entraron pensando que estaríamos adormecidos, pero el abuelo y yo aún estábamos despiertos. Quizá intentaron matarnos porque les entró el miedo.

—Eso no es lo que realmente crees. Cuando conocí a don Giovanni, su coche se había salido del camino en una curva del acantilado y caía hacia las rocas. Conseguí sacarlo sólo segundos antes de que el coche se estrellara y se hiciera añicos. Tuvo suerte de que pasara por allí.

—Le fallaron los frenos. Son cosas que suceden, Byron. —Pero ahora comenzaba a pensar que quizá tenía razón—. ¿Por qué querría alguien matar a Nonno? Todo el mundo lo aprecia.

—Por el dinero. Según mi experiencia con los humanos, casi siempre el motivo es el dinero. Y tú y tu abuelo tenéis mucho más dinero que la mayoría de la gente.

Mi experiencia con los humanos. Había llegado a conocer a Byron en todos sus misteriosos aspectos. Ahora había utilizado esa expresión deliberadamente. Como se había acercado a ella deliberadamente. Y como se había referido deliberadamente a ese rescate imposible de su abuelo. Recordaba bien la historia. Don Giovanni le contaba a quien quisiera oír el relato absurdo y totalmente increíble de su rescate del vehículo mientras se despeñaba desde lo alto del acantilado. La puerta arrancada por las bisagras en el aire y él sustraído y transportado hasta el acantilado por Byron, su flamante amigo. Byron se limitaba a sonreír cuando escuchaba aquella historia, sin confirmar ni negar lo imposible. En cuanto a ella, había llegado a creerla.

Esta noche la había transportado a ella por el viento y las nubes. Había sentido el soplo del aire en la cara y sus pies no habían tocado el suelo. Por ridículo e imposible que pareciera, estaba segura de que la había llevado volando por el cielo. Si era capaz de conseguir eso,

podía sacar a su abuelo de un coche que caía al vacío. Un cuento de hadas. Pero ella vivía en un cuento de hadas, y sabía que todo era posible.

Antonietta se frotó la sien, esforzándose en ordenar sus pensamientos y concentrarse en la amenaza contra su vida y la de su abuelo.

—¿Insinúas que alguien de mi propia familia, uno de mis seres queridos, ha intentado matar al *mío Nonno*? ¿Qué intentaría matarme a mí? ¿Matar incluso a Paul?

Byron le acarició la frente con la de los dedos, le arregló el pelo detrás de las orejas y le quitó las gafas oscuras. Encontró sus sienes y se quedó un momento hasta que cesaron los latidos.

—Creo que al menos deberías contemplar esa posibilidad, Antonietta. A nadie le agrada sospechar de sus seres amados cuando se trata de estas cosas, pero la avaricia y los celos son pecados que han arrastrado a muchas personas al asesinato. —Deslizó la mano hasta apoyarla en su hombro, con suavidad pero presionándola contra las sábanas—. Tu abuelo es dueño de una empresa de mucho éxito. Tú has heredado las acciones de tu padre, todas sus propiedades y, de hecho, posees más acciones que cualquier otro miembro de la familia. No es ningún secreto que tu abuelo depende de gran medida de tus consejos. Tu primo, Paul, no ha demostrado interés alguno por la empresa. Tu otro primo, Franco, trabaja mucho pero cometió un grave error cuando le hizo caso a su mujer y ella le envenenó la cabeza con sus constantes reproches. Tu abuelo nunca ha confiado en él desde que se supo que había cobrado una buena suma de dinero a cambio de información confidencial sobre la adjudicación de los contratos. Eso lo sabe todo el mundo, *cara mia*, fue un escándalo de mucha resonancia pública. Tasha no tiene ningún interés en la empresa, no vacilaría en venderla y sería capaz de gastarse todo el dinero en un año. Una vez más, no es ningún secreto que tu abuelo tiene la intención de dejártelo todo a ti. Si lo hace, tendrías más acciones de la empresa que los demás, a menos que ellos se unieran y sumaran fuerzas.

—¿Has olvidado que soy ciega? Me sería muy difícil gestionar la empresa con este defecto. Mi dependencia de otras personas sería excesiva.

—En tu caso no es una desventaja, Antonietta, es un activo. En las reuniones de la junta puedes sentarte tranquilamente sin hablar. Ellos te tratan como si fueras sorda además de ciega, y eso te permite recopilar información. Lo utilizas como una ventaja.

—¿Cómo sabes esas cosas? —inquirió ella, y se llevó instintivamente la mano al cuello, quizá para ocultar las pulsaciones que la delataban. ¿Qué más sabía acerca de ella? Había muchos recursos que Antonietta utilizaba en el despacho de su abuelo y, cuando se trataba de conseguir ciertos resultados, echaba mano de métodos que era preferible no saber ni comentar.

—Y luego, está Justine Travis. Ella es tu mirada y tus oídos y, al parecer, te es completamente fiel.

—Justine es un tesoro —convino Antonietta—. Tuve que entrevistar a cientos que se presentaron para el puesto de asistente, y estoy muy satisfecha de haber esperado hasta encontrar la persona perfecta. —Inclinó la cabeza y frunció el ceño cuando un frío repentino le recorrió la espalda. El aire en la habitación quedó inmóvil. Era como si el palacio entero hubiera dejado de respirar—. ¿Qué quieres decir con eso de al parecer, te es fiel? No tengo ninguna duda. A Justine le pago un sueldo excelente y, aparte de eso, es mi amiga y confidente. Lo ha sido durante años y confío en ella por descontado.

—¿Es verdad que es fiel? ¿Te tiene a ti como confidente? ¿Te cuenta su vida personal?

Antonietta oía el viento que arreciaba y hacía vibrar la enorme vidriera de colores. A la luz de la conversación, era un ruido agorero.

—Justine es una persona muy reservada, como yo. No compartimos todos los detalles.

—¿Sabías que tiene una relación con Paul? —Byron formuló la pregunta pausadamente, atento a la expresión de Antonietta, sabiendo que la hería, pero también que no había otro modo de hacerle entender que estaba rodeada de personas que amaba y que tenían

razones para traicionarla. Incluso él tenía planes ocultos, planes que ella no aprobaría pero que, él lo sabía, eran necesarios.

Antonietta sintió la punzada de dolor en el corazón, pero mantuvo el mentón en alto. Sentía el peso de su mirada, sabía que estaría registrando cada matiz de su expresión. No quería darle a entender que había ganado un punto. Su sentido del olfato se había afinado. En más de una ocasión, habría jurado que Paul estaba en la habitación, y se equivocaba. Entendió que su olor también debía estar en Justine.

—Mi asistente tiene derecho a entablar las relaciones que desee. Y eso incluye a Paul.

—¿Aunque eso atente contra su fidelidad?

—Confío en Justine. Ha estado conmigo muchos años. Y debo señalar que a ti te conozco desde hace muy poco tiempo.

Él volvió a reír por lo bajo, una respuesta inesperada. Al parecer, su reacción no lo había ofendido, sino más bien le había hecho gracia.

—Creo que tienes un radar incorporado para saber quiénes son tus aliados, y ésa es una de las razones por las que tu abuelo prefiere que seas tú quien participe en los grandes negocios.

—Si eso es lo que piensas, Byron, entonces no hace falta que me cuentes cosas de mi familia ni de quienes tengo por más próximos. —A pesar de su intención de mantener un tono neutro, sus palabras sonaron vagamente altaneras, incluso a sus propios oídos.

—Sí, pero tu familia es un asunto totalmente diferente. Te niegas a prestarle atención a tu sistema de alarma.

—¿Tengo un sistema de alarma?

—Claro que lo tienes. Sospecho que también tienes otros dones que te son ventajosos. —Con la mano apoyada en el hombro de ella, Byron la mantenía inmovilizada, y le impedía incorporarse, puesto que se preparaba a examinar su organismo por si hubiera rastro de somníferos y constatar si, como su abuelo, había sido envenenada. Antonietta no protestó al verse clavada en la cama, ante esa demostración palpable de que Byron era capaz de hipnotizar a cualquiera o cualquier cosa. Jamás había permitido que nadie dictara sus movimientos y, sin embargo, ahora no conseguía pronunciar ni una sola palabra de protesta. ¿Y cómo sabía él esas cosas?

—¿Quién eres, Byron?

Siguió un breve silencio. Fue como si la habitación se llenara de una fragancia de flores. Ella inhaló la esencia, la guardó en lo hondo de sus pulmones. Había varias velas encendidas, lo supo por el leve olor de la mecha junto a un aroma que no le era familiar.

—En este preciso momento, *cara*, soy tu curandero.

Antonietta se dejó caer del todo contra las almohadas cuando él se lo pidió. No pudo evitar taparse los ojos con una mano.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Byron. Le quitó suavemente la mano y le acarició los párpados alrededor de los ojos.

Por un momento, ella estaba segura de que le recorría las huellas de sus cicatrices. No se atrevió a respirar. La tierra dejó de girar, como cuando él la había besado. Levantó una mano para cogerlo por la muñeca.

—No me gusta que me miren las cicatrices.

—¿Cicatrices? ¿Te refieres a estas líneas pequeñas y tan delgadas que haría falta un microscopio para verlas? —Byron se acercó aún más y se inclinó hasta que ella sintió su aliento cálido en el rostro. Ella sabía que él escrutaba sus ojos, pero sólo atinaba a pensar en su boca, tan cerca—. Yo mismo tengo cicatrices mucho peores. ¿Te molestan las imperfecciones físicas?

Se produjo un silencio. Sus labios, suaves como el terciopelo, le rozaron los ojos. Le rozaron el borde de los ojos con una ternura exquisita. Al cabo de un momento, sin poder pronunciar palabra, hizo un esfuerzo por tragar aire.

—No, desde luego que no. ¿Cómo podría molestarme una imperfección física si no puedo ver, Byron? —Antonietta no quería que él la viera como una mujer superficial que se preocupaba por las cicatrices de otra persona—. Sé que mi rostro es un desastre desde el accidente. —Se encogió de hombros, como si quisiera restarle importancia—. Sucedió hace mucho tiempo, y he aprendido a vivir con ello.

Byron se relajó en la cama junto a ella. Ahora comenzaba a entender.

—Alguien te ha dicho que tenías cicatrices. —No quería ni imaginar cómo sería de difícil para una pequeña perder a sus padres, quedarse ciega y escuchar que alguien le dice que tiene terribles cicatrices.

—Yo quise saberlo —dijo ella, para eximir de culpa a su prima.

—Te mintió. No tienes que decirme quién te contó esa mentira. Sé quién es. Tasha tiene una lengua viperina cuando cree que otra mujer recibe más atención que ella. Entiendo que contigo se habrá sentido marginada. Eres una mujer bella, tienes talento y no le temes al trabajo. —Con la punta del dedo volvió a rozarle la piel—. Tienes varias líneas blancas muy delgadas a lo largo de la parte exterior de tu ojo derecho. No se pueden ver, a menos que las busques expresamente. Alrededor de tu ojo izquierdo, hay varias líneas blancas muy pequeñas, también a penas visibles. Hay una cicatriz más grande que va desde la sien hasta el borde del ojo. No es fea, pero es más ancha que las otras cicatrices. —Byron conservaba deliberadamente un tono clínico. Sintió el repentino impulso de dirigirse a la habitación de Tasha y enseñarle los colmillos, que supiera de verdad cómo podía desfigurar una cicatriz. Siguió con el dedo la línea más larga, mostrándole a Antonietta la suave curva—. En algunos países, cuando se fabrica un artefacto para el hogar, se le añade un pequeño defecto, porque creen que si el objeto fabricado es demasiado perfecto, una maldición caerá sobre el fabricante.

Antonietta sonrió.

—Difícilmente podría decirse que no tengo defectos, Byron.

—Quizá otras personas no comportan tu opinión.

Ella no pensaba hablar de eso.

—¿Qué aspecto tienen mis ojos? —No sabía si creerle o no a propósito de las cicatrices. Tenía una manera de hablar que hacía casi imposible sospechar que mentía, aunque su intención fuera levantarle el ánimo. Aún así, ¿sería capaz Tasha de mantener viva una mentira durante años? Antonietta nunca le había pregunta a su abuelo acerca de su cara después de que Tasha había gritado, alarmada, exclamando que las cicatrices eran horribles—. Dijeron que el cirujano plástico no me había reparado la cara. Un nudo le apretaba la garganta con el doloroso recuerdo de aquella confesión.

—Tus ojos son grandes y muy negros. Las pestañas son increíblemente largas. Me gustan sobre todo tus pestañas. —Byron observaba sus enormes ojos, intentando sin éxito conservar un talante clínico—. Tienes los pómulos prominentes y una bella boca. Confieso que he tenido mi dosis de fantasías con tu boca.

Antonietta sintió que el cuerpo entero se le ruborizaba. Y le excitó lo de las fantasías con su boca.

—¿Por qué, de pronto, me cuentas todas estas cosas?

Él se encogió de hombros, sin importarle que ella no pudiera verlo.

—Tal vez porque esta noche me has asustado. Tal vez porque deberíamos ser honestos el uno con el otro, y se podría interpretar mi silencio como una forma de engaño. En cualquier caso, no puedo estar contigo durante el día. Quisiera que pienses muy seriamente en contratar a un guardaespaldas personal.

Antonietta se puso rígida. La mano de Byron se deslizó por su sedosa cabellera hasta su hombro con una suavidad exquisita.

—Antes de que protestes, escúcheme. Eres capaz de investigar y encontrar tú misma un guardaespaldas. Si no quieres darte la molestia, déjame a mí. Tengo algunos contactos.

Estoy dispuesto a pasar mis noches aquí contigo, cuidándote, pero no puedo estar siempre presente. Si aceptas, me ayudarás mucho a aliviar mis preocupaciones.

Antonietta sabía instintivamente que no le contaba todo. En su voz había una nota de alarma, algo que no podía definir con certeza. Ella era una Scarletti, y los Scarletti tenían una manera de ver las cosas que otros desconocían. Byron le estaba dando un ultimátum. No era algo que le agradaba hacer, pro estaba decidido a seguir un camino que ella no veía en toda su profundidad. Un camino con el que no estaría de acuerdo, de eso estaba seguro.

Se quedó tendida en silencio, y sintió el peso de su cuerpo cuando se tendió sobre ella. También sintió su calor.

—No eres del todo humano. —Pronunció las palabras antes de que alcanzara a censurarlas. Antes de que pudiera detenerse. Un desafío. Una exigencia. Un error.

El silencio se prolongó. Creció. Ella sabía que era deliberado, un reproche por su audacia. A su poeta oscuro no le agradaban las preguntas. Al otro lado de las ventanas el viento sopló contra las vidrieras. Susurró, agorero. Antonietta, siempre sensible a las vibraciones, sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Crispó los dedos bajo las mantas pero conservó una expresión serena. No había nada que la conmoviera. No se amilanaba ante la autoridad ni ante las amenazas. Ella era su propia ley. Él ya podía lanzar todas las miradas de desaprobación que quisiera.

—Eres una Scarletti. Me pregunto si eres del todo humana. ¿Qué eres? —Deslizó las manos hasta su cuello y acarició el pulso que latía aceleradamente.

Su contacto la hipnotizó. La deslumbró, la desequilibró cuando lo que más necesitaba era mantener los sentidos alertas.

—Bueno, está el cuento que todos les contamos a nuestros hijos —respondió, queriendo darle cierta ligereza a la conversación. Deseaba creer que el viento que aullaba y vibraba con tanta persistencia contra sus ventanas era la causa de su escalofrío—. Puede que te interese escuchar esa versión. Hay unos relieves en los túneles secretos y oscuras referencias en los diarios, suficiente para pensar que hay algo de verdad en el absurdo relato. —Su intención era distraerlo, conseguir que se quedara con ella sólo un poco más. Pero empezaba a revelar cosas que no debiera.

—Cuéntame ese cuento.

—¿Me dejarás incorporarme? —Que se lo tomara como un cuento entretenido antes de dormir.

Byron seguía con la mano en su cuello, los largos dedos abiertos, apoyando la muñeca en la protuberancia suave de sus pechos, apenas cubiertos por el tejido de encaje, que se tensaba por encima. Ella sentía el calor de su mano con cada movimiento de su respiración. Se estaba volviendo difícil respirar, casi imposible.

—No, te voy a besar.

Pronunció las palabras junto a la comisura de sus labios. Ella sintió la calidez, la anticipación, los músculos tensándose y miles de alas de mariposa de pronto rozándole el vientre. Tenía la respiración cogida, atrapada en el pecho. ¿Se quedaría tendida ahí como una Sabina cautiva, esperando su boca? ¿Esperar que él tomara posesión de su corazón y de su alma? Instintivamente, con las dos manos intentó rechazar el contacto con su torso. Lo tocó con las palmas y sintió la dureza de sus músculos, a la vez que el calor.

No había manera de rechazarlo. De repente, sus fuerzas la habían abandonado y sintió que se derretía en un deseo tan intenso que la hizo sacudirse. Lo deseaba con cada aliento, sus ganas de él asomaban de la nada y la consumían, le arrebataban hasta el último gramo de sensatez y sólo la dejaban con una acuciante necesidad. Atinó a pronunciar un gemido de protesta. O una plegaria para recibir su oscuro abrazo. Francamente, ella mismo no lo sabía. Sólo sabía que había nacido para él, para que la estrechara en sus brazos. Byron le estaba prohibido, por la naturaleza de su condición, por lo que ella era. También por quién y qué era él. Pero eso no importaba. En ese instante, en la oscuridad de su habitación, con el viento

levantando su protesta, Antonietta sencillamente se entregó a sus cuidados. Y tomó lo que estaba deseando.

Con la boca buscó su cuello. Probó el sabor de su piel. Respiró su esencia. Con la ligereza de una pluma, se deslizó hasta su cuello y su garganta. Con un gesto de osadía, le mordisqueó el mentón. Sintió la reacción de su cuerpo que se endurecía y se agrandaba contra ella, los dos fundidos en un solo abrazo.

Las manos de Byron se cerraron en torno a ella, las enredó en su pelo y acercaron su cabeza a la de él.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —Pedía que le contestara con la verdad. Exigía la verdad—. No hay manera de volver atrás, Antonietta. No renunciaré a ti. Me niego a volver a asumir el papel de amigo de tu abuelo y tener contigo nada más que conversaciones educadas.

—Quiero que me beses, Byron —dijo ella, más segura de lo que jamás había estado en su vida—. He soñado con tus besos —dijo. Y puso a Dios por testigo.

La boca de Byron era caliente, dura y posesiva. Era todo lo que ella siempre había soñado. El calor perfecto que ardía en él, que ardía en ella. Ahora Byron le devoraba, besándola como si nunca pudiera saciarse. Ella podía perderse en esa pasión ardiente, sabía que podía. Sencillamente inflamarse y alzarse con el viento y las nubes y los cielos nocturnos donde volaría libre de las intrigas y los dramas de cada día.

—Byron. —Susurró su nombre en el calor aterciopelado de su boca, con las manos en la larga y abundante cabellera de Byron, enredándose en ella, mostrándose tan posesiva como él.

Él cerró la mano sobre su pecho y ella dejó que las llamas se propagaran por su cuerpo. Su boca abandonó la de Antonietta y le dejó un reguero de besos hasta su cuello. Le sintió su pulso con la lengua, mientras le cogía el pecho en el cuenco de la mano a través del fino encaje y con el pulgar le acariciaba el pezón hasta convertirlo en una corona endurecida y anhelante.

Antonietta se ahogaba, sumida en el placer y la excitación. ¿Cuánto tiempo había soñado con él? ¿Añorado sus manos? Desde el primer momento que oyó su voz, sabía que sería un amante perfecto. Un amante por instinto.

La boca de Byron siguió explorando, y su lengua reemplazó al pulgar, demorándose en el pezón, hasta que ella reaccionó agarrándose el pelo con fuerza. Su boca era caliente y salvaje, y bebía intensamente de su necesidad. Antonietta oyó su propio quejido, un suave susurro de deseo que nació de sus pechos ardientes y penetró hasta su interior, espesándole la sangre. El apetito y la necesidad eran intensos y terribles, tan intensos que llegó a asustarse. Jamás había estado tan ardiente, jamás su cuerpo tan dueño de su mente. No podía dejar de entregarse más profundamente a su boca, ni impedir que escaparan de su garganta esos breves y urgentes gemidos.

Byron apartó la boca de sus pechos y ella dejó escapar un gritillo de desolación. Él la abrazó con fuerza y la atrajo hacia sí. El corazón le latía con fuerza, desbocado, ella siguió el ritmo con sus propios latidos. Soltó un gemido de deseo cuando, con los dientes, él comenzó a jugar acariciando arriba y abajo el pulso que le latía en el cuello. El deseo le restallaba en la sangre con el más leve de los mordiscos. Jamás había imaginado que aquello pudiera ser tan excitante.

Él le susurraba. Ella no captaba las palabras, pero las intuía. Inquieta y nerviosa, ardía de ganas de encontrar satisfacción. De poseerlo. Se giró en sus brazos, incapaz de mantenerse quieta mientras se inflamaba cada centímetro de su piel. Pero él se tomó su tiempo, y siguió explorando hacia abajo con la boca, hasta llegar a la hendidura de sus pechos. Antonietta volvió a sentir sus dientes y miles de alas de mariposa aletearon en la boca de su estómago. Un deseo caliente y líquido brotó de su entrepierna. Sus músculos se endurecieron. Y en ese momento un relámpago incandescente estalló en su interior, un dolor fulgurante que precedió el más absoluto placer. Con un gesto instintivo, Antonietta le cogió la cabeza para atraerlo,

como si le perteneciera. Como si fueran dos mitades del mismo todo, ahora fundidas, piel con piel, sangre con sangre. Oyó su voz, apenas un susurro, palabras dulces pronunciadas en un dialecto que ella no conocía, a pesar de su familiaridad con no pocas lenguas. En realidad, las palabras no importaban, sólo el sonido de su voz que burlaba su guardia y le marcaba a fuego su nombre en el corazón. En el alma.

Ella no deseaba su nombre marcado en el corazón. Deseaba un amante sin ataduras. El terrible encantamiento que él había lanzado la empezaba a envolver en algo imposible para ella. Quiso resistirse y luchar, quiso volver a respirar, a encontrar una manera de que su cerebro embotado volviera a activarse.

Byron barrió con la lengua las diminutas huellas, le susurró, le ordenó que dejara su resistencia y se hundiera aún más en su encantamiento. Dejó ir la cabeza hacia atrás contra su hombre y él no pudo resistir la tentación de su cuello. El sabor era lo que él esperaba. Una mujer valiente y dulce. Una mezcla conflictiva de confianza en si misma y duda de sí misma. Una contradicción entre la inocencia y la experiencia.

La hizo girar en sus brazos, con el cuerpo endurecido hasta el dolor, sabiendo lo que estaba a punto de perpetrar. Se abrió la camisa, se miró la mano hasta que una de sus uñas se alargó, cortante como una navaja. Con un certero movimiento, se abrió un corte en el pecho y la hizo beber a ella, apretándole la boca contra su piel, susurrando una segunda orden.

Al primer contacto con sus labios, él echó hacía atrás la cabeza, presa del éxtasis, sacudido por la reacción ante su contacto, ante la visión de su rostro, sublime en aquella penumbra. Ante su cabellera abundante que brillaba como una nube oscura. Byron había aprendido a ser paciente a lo largo de los últimos años, una virtud que había cultivado con regularidad y tesón y que ahora, atesoraba. Antonietta lo despojaba de su autodisciplina. Él la deseaba, peor aún, la necesitaba. Se había tomado su tiempo para averiguar todo lo que quería sobre ella, y sabía que Antonietta nunca se detenía a pensar en una relación permanente. No le importaría tenerlo como amante, pero no solía pensar en el matrimonio ni en vínculos eternos.

Su primer pensamiento fue sencillamente tomarla, pero descartó ese impulso de inmediato, se negó a actuar como un egoísta, a cometer un error que pudiera causarle daño. Había decidido cortejarla hasta el momento en que la había visto luchando por su propia vida en el acantilado. Lo más importante era la seguridad, y él pertenecía a la tierra, le sería imposible protegerla durante las horas del día. De modo que se veía obligado a atarlos el uno al otro, antes de que ella estuviera dispuesta a aceptar su condición.

El cuerpo se le sacudió con el esfuerzo para no pronunciar las palabras rituales que los atarían para toda la vida. Ella tenía que permanecer en la superficie, y él tendría que volver al subsuelo mientras el sol estuviera en el cielo. Temblando de necesidad, Byron detuvo el intercambio en el momento preciso en que se consumaba entre ellos un verdadero vínculo.

Era relativamente fácil seguir y leer los pensamientos de la mayoría de los seres humanos, pero con Antonietta y muchos miembros de su familia, era más difícil. No era sólo la familia Scarletti, sino también unas cuantas personas en la ciudad y algunos criados del palacio. Los patrones de su cerebro no eran normales. Si él superaba las barreras, ellos se enterarían de su presencia, sabrían que hurgaba en sus pensamientos y les arrebataba los recuerdos. Él tenía que entender sus curiosos patrones cerebrales antes de intentar algo que después, quizá, lamentaría. Ignoraba del todo qué otras diferencias caracterizaban a la gente de la región. Con el vínculo de sangre que había creado con Antonietta, la podría encontrar fácilmente en cualquier parte y comunicarse mentalmente cuando quisiera. No había manera de que ella pudiera escapársele, y a él le sería más fácil protegerla, si fuera necesario. Era la única verdadera solución y lo único seguro que podía pensar para garantizar su protección.

—Despierta, Antonietta —ordenó con voz suave.

Ella lo miró pestañeando con sus enormes ojos oscuros, casi como si no pudiera enfocarlos bien. Con las yemas de los dedos encontró sus labios sin vacilar.

—Jamás nadie me ha besado así. Creo que si hubiésemos seguido, me habría inflamado.

—Eso no puede ser. La noche casi ha acabado, y aún tengo que examinarte y ver si hay rastro del veneno. Cuando haga el amor contigo, Antonietta, deseo tener tiempo para hacerlo como se debe.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Dices *cuando* haga el amor? ¿No dices *si*?

—No creo que haya dudas de que los dos queremos lo mismo. —La devolvió suavemente a la cama, sin dejar de acariciarle el suave bulto de los pechos—. Descansa tranquila y déjame asegurarme de que no hay veneno en tu organismo ni quedan rastros del somnífero.

Antonietta deseaba verlo. Tenía la impresión de una gran fuerza, de un hombre alto y de hombros anchos. Tasha le había dicho que Byron era atractivo y llevaba el pelo largo. Su prima había mencionado especialmente su torso y su apretado trasero. Curiosamente, ella sentía de otra forma. Su oído, siempre tan agudo, lo parecía aún más, como si pudiese oír cada aliento en sus pulmones. Estaba aún más alerta a la presencia de Byron, a cada uno de sus movimientos, sabiendo el lugar exacto que ocupaba en la habitación.

—Duerme, Antonietta. Mañana tu familia estará aquí para pedirte lo de siempre, y tú deberás estar recuperada.

Ella dejó caer lentamente los párpados, casi como si él se lo hubiera ordenado. Sintió que le recuperaba energía, intuyó el calor y la fuerza, y supo en qué momento él había penetrado en su organismo para descubrir si la habían envenenado como su abuelo.

—Byron. —Murmuró su nombre porque se deslizaba hacia el sueño a pesar de que quería permanecer junto a él, no quería dejar ir aquella noche mágica.

—No te preocupes, *cara*, nadie tendrá la ocasión de hacerte daño ni a ti ni a tu abuelo. Duerme y descansa tranquila.

Una pequeña sonrisa le asomó en la comisura de los labios.

—No pensaba que ninguno de los dos pudiera correr peligro. Solo pensaba en ti. —Luego sucumbió a la llamada del sueño, con su nombre en los labios y su sabor en la boca.

Capítulo 4

—¡*A*ntonietta, despierta! ¡Si no despiertas, llamaré al medico! —Tasha Scarletti-Fontaine no paraba de sacudir a su prima—. No lo digo en broma, ¡despierta ahora mismo! —En su voz asomaba el pánico.

Antonietta se movió entre las sábanas. Abrió apenas los ojos, lo cual indicaba que se había despertado.

—¿Qué sucede, Tasha? —Tenía la voz pastosa, y volvió a cerrar los párpados y a tapar sus ojos invidentes. Apoyó la cabeza en las almohadas y se cubrió bajo la ropa de la cama. Estaba cansada, demasiado cansada para levantarse. Todo en ella le pedía seguir durmiendo al menos un par de horas más. Era imposible que ya hubiera anochecido…

—¡No, eso no! Antonietta Nicoletta Scarletti, ¡despierta en este mismo instante!

Viendo que su prima estaba totalmente decidida, Antonietta hizo un esfuerzo supremo para sacudirse las ganas de seguir durmiendo.

—¡Por todos los cielos!, ¿es que se ha producido alguna catástrofe de la que no me haya enterado? —Antonietta se frotó los ojos y se obligó a incorporarse, mientras intentaba desesperadamente entender de dónde le venía esa idea absurda de esperar a que llegara el crepúsculo—. ¿Se puede saber qué te pasa? —Estaba algo desorientada y adormecida, como si un velo le cubriera el pensamiento y no acabara de recordar cosas importantes. Quería dormir para siempre.

Se llevó las manos a las orejas. Su oído era tan agudo que alcanzaba a percibir el latido regular del corazón de Tasha. Como un tambor. Aquello amenazaba con enloquecerla. La respiración de Tasha sonaba como un soplo de viento. Afuera, el mar tronaba y la lluvia seguía cayendo. Antonietta se llevó la almohada a los oídos par apagar los ruidos antes de caer en la cuenta de que esos murmullos que percibía eran, en realidad, conversaciones en alguna parte del palacio.

—¿Que qué me pasa a mí? —Tasha estaba indignada—. Te haré saber que ya son casi las cuatro de la tarde y nadie ha podido despertarte. Nonno nos ha contado lo del robo y ha dicho que os han drogado a los dos. Dice que los agresores lo lanzaron desde el acantilado. Que tontería más absurda pensar que Byron Justicano le salvó la vida sacándolo del fondo del mar. Nadie podría hacer algo así. Creo que Nonno se esta volviendo senil. En fin, la policía espera tu versión de los hechos. ¡Y tu aquí durmiendo todo el día como si no pasara nada! Y, por si fuera poco, ha desaparecido Enrico, el cocinero, se ha ido sin decir palabra. Y no tenemos nada para comer. El ama de llaves se está poniendo histérica.

Antonietta no se imaginaba al ama de llaves, la señora Helena Vantizian poniéndose histérica. Helena era una mujer de hábitos regulares, una señora paciente y bien preparada, perfectamente capaz de llevar el mando del palacio.

—¿Por qué habrá desaparecido Enrico? —Antonietta apartó con gesto de cautela la almohada de sus oídos, intentando bajar el volumen de los ruidos en el ambiente. Sólo faltaba que le silbaran los tímpanos.

—¿Y yo qué sé de lo que piensa ese señor ridículo? Es tan característico en ti eso de escoger el tema menos interesante y menos importante de todos. Han venido las autoridades. ¿Qué no me has oído? Han estado esperando todo el día.

Antonietta tuvo unos deseos irrefrenables de reír, pero no estaba del todo segura que el impulso naciera de la alegría. Era divertido que para Tasha fuera completamente normal dormir todo los días hasta mediodía, o quizá le irritara ese curioso fenómeno que aquejaba a

su oído. Siguió por un instante el ruido de los pasos de un insecto que corría por el suelo. Hizo un esfuerzo para concentrarse en la aflicción de su prima.

—¿Están esperando ahora? —Volvía paulatinamente a recomponer el cuadro desordenado de cosas que se apiñaban en su cabeza. No eran los detalles de un intento de asesinato sino el placer puro y sensual. Era Byron

—Nonno les dijo que se fueran. Dijo que tenías que descansar después de lo que viviste anoche. A veces tiene actitudes tan bruscas. Espero que hables con él.

Antonietta reconoció el dejo de arrogancia que asomaba en la voz de Tasha.

—Ya sabes perfectamente que Nonno es agudo como pocos. —Aún así, llegaba a ser muy brusco cuando creía que alguien se portaba como un idiota. A menudo tenía ese trato brusco con Tasha—. Por un momento pensé que estabas preocupada por mí.

—También lo he pensado, pero no me gusta preocuparme, Antonietta, ni tengo ganas de que me salgan esas horribles arrugas de preocupación que tiene la gente seria como tú. ¿Y cómo se explica que siempre seáis vosotros los que tenéis las aventuras? ¿Por qué no tratan de matarme a mí? —Su voz cobró un tinte agudo, una especie de lamento que obligó a Antonietta a taparse los oídos—. No sirve de nada hablar contigo de esto. Tú eres tan *tú*. Mírate, ahí sentado con toda la calma del mundo. Yo sería una víctima *perfecta* y estaría pálida y agitada y tendría un aire *interesante*. Pero, mirándote a ti, se diría que no te ha sucedido nada extraordinario.

—Créeme, Tasha, no fue una experiencia particularmente divertida. No hace falta que alguien intente matarte para que parezcas una mujer interesante. Tú siempre lo consigues, sin problemas. No tienes por qué ponerte pálida y agitada, eres una mujer bella, y lo sabes.

Tasha rechazó esas palabras, evidentes para ella, con un gesto.

—Ya lo sé, ya lo sé —suspiró—. La belleza sin más no siempre basta para atraer la atención, Antonietta. A algunos hombres sólo les interesan las cosas absurdas, como los asesinatos. ¿Qué se supone que debo hacer yo? ¿Contratar a alguien que me asesine sólo para llamar la atención? —Se incorporó y comenzó a pasear de un lado al otro de la habitación, dando pasos rápidos y nerviosos—. Es ridículo pensar en ese hombre que pasa horas contigo. ¡Y tú, que ni siquiera puedes verlo! Es sencillamente inconcebible.

—¿Byron? —Antonietta lograba a duras penas seguir el diálogo de su prima y, al mismo tiempo, controlar el volumen de su oído. El roce de los zapatos de Tasha al andar reverberaba en su cabeza.

—¡Oh, qué hombre odioso! *Él* no. Sabes que no soporto estar en la misma habitación con él. Es rudo y repugnante, y lo odio. —Tasha miraba su imagen reflejada en el espejo sobre el tocador—- ¿Cómo es que tienes un espejo aquí? Nunca lo he entendido. —Se puso de lado y dejó de respirar para mirarse el vientre liso.

—Venía con los muebles —explicó Antonietta—. ¿De qué hombres hablas? No acostumbro a pasar horas con ningún hombre. —Giró la cabeza para ocultar a su prima el rubor que de pronto le tiñó las mejillas. No podía pensar demasiado en los momentos pasados junto a Byron. No en las reacciones que había tenido con él.

—El policía, Antonietta —dijo Tasha, impaciente—. Por el amor de Dios, levántate. Esto es importante.

—¿Todo esto por un policía? —preguntó Antonietta, y suspiró con una mezcla de alivio y exasperación—. Natasha, estás comprometida y vas a casarte. Tienes un novio, un novio muy rico, debo decir.

—¿Y qué tiene que ver eso? Me casaré con Christopher, pero es un aburrido. Y, además, es un celoso. Eso acaba cansando. Su vida no va más allá de la familia, la iglesia y los negocios. Sólo sabe pensar en los barcos y la religión.

—Su familia es propietaria de la segunda compañía naviera más grande del mundo, Tasha —observó Antonietta—. Y en Italia las familias casi siempre están muy unidas.

—Hijos de mamá —dijo Tasha, con un mohín de desprecio—. En el caso de Christopher, de papá. Insisten en que tengo que acompañarlo a la iglesia.

—Tu sabías que el noviazgo para él significaba que te convirtieras a su religión.

—Pero no sabía que tenía que tomarlo tan en serio. Y él va y trae a ese sacerdote espantoso todas las semanas, y se supone que yo tengo que estudiar. Bastaría con ir y sentarme con él durante la misa. No tengo por qué aprenderme toda esa parafernalia añadida. Dudo que alguien se la haya aprendido alguna vez. En cualquier caso, ¿por qué no puede ser católico, como todos los demás? ¿A quién le importa cuál es la verdadera religión y quién rompió con qué? Es todo un absurdo.

Antonietta volvió a suspirar.

—No puedes tener una aventura con un policía si estás comprometida con uno de los hombres más poderosos del mundo. La prensa acabaría por enterarse.

—¿Quién ha dicho nada de una aventura? Me quedaría con él, ya lo creo, tiene el torso más maravilloso que puedas imaginar. Ni siquiera Byron tiene un torso como el suyo. En fin, no tan perfecto. —Se corrigió, con un ruido desagradable—. ¿Cómo puede gustarte?

Antonietta fingió que no le había entendido.

—No he conocido a tu policía, Tasha, así que ¿cómo podría darte una opinión?

—¡Sabes perfectamente bien que me refiero a Byron!

—¿Por qué no te gusta? —contraatacó Antonietta.

—No me dirige la mirada. Nunca. Sencillamente, no es normal —aseveró Tasha—. Todos los hombres me miran. Y él tiene miedo. No hay otra palabra para describirlo. Tiene unos ojos planos y fríos y mira a las personas como si las penetrara. Nunca sonríe. —Tasha se estremeció—. Me recuerda a un tigre que vi una vez en el zoo, paseando de un lado al otro de su jaula y mirándome sin pestañear.

—Yo lo he visto sonreír.

—Enseña los dientes, que no es lo mismo —De pronto dejó escapar una exclamación ahogada—. ¡Antonietta! ¿Qué tienes en el cuello? ¡Es un mordisco amoroso!

Antonietta sintió la repentina quemazón, un latido en el cuello que le provocó una reacción física inmediata. Un fuego le ardía en la boca del estómago, y sintió una palpitación similar entre las piernas. Por un momento, fue como si estuviera su sabor en la boca. Salvaje. Indomable. Un sueño oscuro y erótico que sería preferible dejar para la noche pero que persistía en las horas del día. El latido se expandió y llegó hasta un punto en la curva de su pecho. Intentó no sonrojarse, recordando la boca de Byron, caliente, húmeda y salvaje sobre su piel. Se llevó una mano al cuello, apresando su beso, conservándolo con esa leve caricia.

—¡Es un mordisco amoroso! ¡Ha estado aquí contigo, anoche! —Era una acusación en toda regla, como si juzgara a Antonietta por un delito—. ¡Has metido a Byron Justicano en tu cama! ¡Mírate, mira lo que llevas puesto! —Tasha estaba al borde de la histeria—. ¡Si ese encaje apenas te cubre! ¿No tienes ni una pizca de decencia?

—Tasha. —Antonietta se obligo a conservar la calma cuando, en realidad, deseaba sacar a su prima de la habitación cuanto antes—. Tú me compraste este camisón. Me lo pongo para dormir porque es cómodo y siempre he pensado que tú eres un ejemplo insuperable del buen gusto.

—Pues, sí, vaya, es verdad. —Tasha parecía algo apaciguada—. Pero no tenía la intención de que te lo pusieras para ese espanto de hombre. No es más que un cazador de fortunas, lo único que persigue es tu dinero. Tanto tiempo fingiendo ser amigo de Nonno, cuando su verdadera intención era seducir a una mujer ciega.

—¿Siempre tienes que ponerte tan dramática, Tasha? Tengo treinta y siete años. ¿Alguna vez te has preguntado si me he acostado con un hombre? Quizá te sorprenda saberlo, pero no hace falta ser vidente para tener relaciones sexuales con alguien. —Antonietta se puso la bata y echó mano de sus gafas oscuras—. Y no me gusta que me digas que tengo unas cicatrices horribles cuando apenas se ven. —Pasó junto a su prima de camino al amplio cuarto de baño. Acostarse con él, eso es lo que tendría que haber hecho. Había sido una idiota consumada por no acostarse con él. Todo era tan borroso. Había querido que Byron hiciese el

amor con ella. ¿Se había quedado dormida en medio de todo el asunto? La sola idea era humillante.

Tasha la siguió.

—Eso fue hace años, Toni, y tú lo sabes. Las cicatrices eran mucho peor entonces. Y tu recibías tanta atención de todo el mundo. Pobre huerfanita. Era como una película. ¿Te imaginas lo que podría haber hecho yo con ese papel?

—No era un papel, Tasha. —La exasperación se colaba en la voz de Antonietta a pesar de su esfuerzo por mostrarse paciente—. Perdí a mi madre y a mi padre. Fue horrible. Fue una tragedia.

—Ya lo sé. Yo he nacido para la tragedia.

—Tú has sufrido una tragedia.

—Nada que v alga la pena mencionar —objetó Tasha, con un gesto de indignación—. Nadie ha vuelto a pensar en tus cicatrices en años.

—Yo pensaba en ellas cada vez que salía a un escenario.

Tasha se contemplaba una uña perfectamente cuidada.

—Si no fueras tan vanidosa, siempre pensando en tu aspecto, ni siquiera te habrías acordado.

Antonietta tuvo que morderse la lengua para no señalar que Tasha se pasaba la mitad del día frente al espejo.

—Deberías haberme dicho que eran tan graves. El que tú no seas el centro de atención cada minuto de tu vida no es razón para hacerme daño.

—Ay, por todos los cielos, Toni, ya sabes que lo siento, eso pasó hace años. Y sabes que me cuesta superar esta necesidad de que me prodiguen afecto constantemente. Mi psiquiatra me ha dicho que es culpa de papá. Dice que Paul era el centro de toda la atención.

—No paraba de hacerte regalos —replicó Antonietta—. Eras su pequeña princesa. Te daba todo lo que pedías.

Tasha se hundió en una silla de gruesos cojines.

—Los regalos nunca pueden reemplazar el afecto de los padres, y tú sabes perfectamente que el mundo de papá eran los campos de polo. Yo no soportaba ensuciarme los zapatos, y él nunca me lo perdonó. Y se llevaba a Paul a todas partes. —Tasha siempre se entregaba a esos alardes de sufrimiento perfecto con Antonietta, pero esta vez no tuvo ganas de abandonarse a ellos.

—No se puede decir que no sepas reescribir el pasado. El pobre Paul no sabía hacer nada bien. Se pasó años intentando complacer a tu padre. —La verdadera afición del padre de Tasha y Paul eran las mujeres, no los campos de polo, pero Antonietta se abstuvo de corregir esa versión que Tasha tenía del pasado.

—Y entonces Paul se dio por vencido y comenzó a jugar y a beber y ah hacer todo lo posible por desprestigiar el nombre de nuestra familia —recordó Tasha—. Se gastó hasta el último centavo de lo que había heredado, primero de mamá, después de papá. Y luego perdió todo mi dinero. Papá tenía toda la razón cuando decía que tenía un carácter débil.

—Tú misma te gastaste la mayor parte de tu dinero y luego insististe en aquella inversión que te propuso Paul. Yo te advertí que aquello no ofrecía garantías. Tú sabías que invertir equivalía a tirar el dinero, pero lo hiciste de todas maneras.

Tasha se incorporó de un salto.

—Oooh. ¿Y tú qué sabes de lo que siento? Todo lo que tocas se convierte en oro. No tienes por qué venderte a un hombre que parece un témpano.

—Tú y Paul tenéis suficiente de qué vivir, Tasha, y siempre tendrás tu casa aquí, eso lo sabes. Tampoco tienes por qué venderte. Te advertí que no invirtieras tu dinero. Según recuerdo, te lo dije con toda claridad, pero tú no querías escuchar. —Para impedir que la discusión continuara, Antonietta cerró firmemente la puerta del baño. Se tomó su tiempo en la ducha, con la esperanza de que Tasha desapareciera antes de que saliera a vestirse, aunque sabía que eso era improbable. Su prima se volvía tenaz cuando había un hombre de por

medio, y por lo visto, la policía había cometido el gran error de enviar a un detective demasiado atractivo. No podía ni imaginar a donde habría ido el cocinero del palacio, Enrico, pero se estremeció con un escalofrío que le recorrió la espalda, a pesar de la ducha caliente. Byron estaba seguro de que alguien ponía veneno en la comida. ¿Era posible que hubiera una relación entre eso y la desaparición de Enrico?

Antonietta apoyó por un momento la cabeza contra las baldosas de la pared, dejando que el agua se le escurriera por todo el cuerpo. Byron era muchas cosas que ella no acababa de entender, pero no habría asesinado a Enrico. No dejaría que Tasha, con todos sus dramas, infundiera sospechas en ella. Suspiró mientras cerraba el agua caliente, y se secó las gotas aún adheridas a la piel. Con la toalla, se detuvo en un punto de su pecho que guardaba el calor y palpitaba reclamando atención. Se vistió con cuidado, se recogió la espesa cabellera y la convirtió en un intrincado nudo para darle más realce. Para darse más confianza en sí misma.

Tasha seguía en la habitación. Antonietta olió su perfume distintivo y captó el roce nervioso de su ropa al andar. Tasha no era una persona paciente ni tranquila, y la espera habría sido difícil de sobrellevar. Antonietta sonrió a pesar de sí misma.

—Aún sigues aquí. Será por algo muy importante.

—¡Por fin! Podrías haberte dado prisa, Toni. —Tasha la cogió por le brazo—. Sí, se trata de algo importante, no tienes idea de lo importante. Tienes que hablar con Nonno. Y tienes que dejarme entrar en la habitación cuando la policía vuelva a interrogarte.

—Hablaré con él —concedió Antonietta.

Se produjo un breve silencio mientras Tasha buscaba las palabras adecuadas.

—No te irrites conmigo. Sabes que siempre cuido de ti. No eres una persona tan mundana como yo aunque, desde luego, eres *mucho* mayor.

—Tasha, ¿has olvidado que cumplimos años el mismo día?

Tasha dejó escapar un silbido de susurro para librarse del agravio.

—No te conocía esta actitud, Toni. ¿Ves lo que digo? ¡Ese hombre ya está poniendo barreras entre tú y tu familia!

—No pienso seguir conversando contigo, Tasha. Yo no me meto en tus asuntos personales, por muy extraños que me parezcan. Lo único que te pido es que me tengas el mismo respeto. Lo que yo hago es asunto mío, de nadie más. No te atrevas a volver a mencionar a Byron ante el resto de la familia.

—¿De verdad hablarás con Nonno de mi parte? —inquirió Tasha.

—Ya te he dicho que sí.

Se oyó un sonoro golpe en la puerta. Antonietta reconoció la típica manera que tenía Marita de anunciarse. Marita hacía lo posible por rodearse de un halo de autoridad e importancia, incluso cuando se trataba de asuntos menores.

—Entra, Marita. —De seguir así, dentro de nada su habitación acabaría invadida por todos sus primos y primas.

—Mi marido, Franco, me ha pedido que venga a verte porque le preocupa tu bienestar, Antonietta. —Marita pronunció el formal anuncio en voz alta—. Que recordemos, nunca has dormido tantas horas.

—Marita, llevas diez años casada con Franco —dijo Tasha, con tono exasperado—. Sabemos que es tu marido. ¿Tienes que anunciarlo cada vez que entras en una habitación? Tú tienes tu propia identidad. Si fueras a ver al doctor Venshrank, no tendrías esta necesidad de identificarte tanto con Franco.

Marita mantuvo el mentón en alto.

—Sólo porque lleve diez años casada y feliz con mi marido y tú hayas tenido dos maridos y tres novios, nos significa que tenga que ver a un médico, Tasha. Franco es un hombre bueno, y estoy orgullosa de ser su mujer. En cualquier caso, te recuerdo que también soy un miembro de la familia, aunque sea por matrimonio.

—Eres tan insegura —dijo Tasha, entornando los ojos con expresión de disgusto—. Hace diez largos años que perteneces a la familia, tienes dos hijos, y se diría que ya habrías

superado la triste realidad de pertenecer a una clase absolutamente inferior, de nula condición social, cuando Franco te encontró. Por nuestra parte, lo hemos superado.

—No empecéis, vosotras dos. Tengo que hablar con la señora Helena inmediatamente y saber qué ha pasado, o puede que no tengáis qué comer durante los próximos días. —Antonietta estaba exasperada con las dos mujeres, personas adultas que no paraban de pelearse.

—Marita lo soportaría perfectamente un día o dos, pero yo no sobreviviría. —Tasha se palpó el vientre liso con un gesto de cariño.

Marita estuvo a punto de soltar un grito de exasperación.

—Mi vientre está perfectamente, a pesar de dos *bambini*, y tú ninguno.

—¡Basta! —Antonietta estuvo a punto de gritar—. No quiero que vuelvas a decirle eso a Tasha en mi presencia, Marita.

—Lo siento, perdóname, Tasha. Toni tiene razón, no debería haber dicho una cosa así.

—No presto atención a nada de lo que dices —respondió Tasha, beligerante, aunque con voz temblorosa.

Marita se volvió hacia Antonietta.

—Toni, es verdad que tengo que hablar contigo. Se trata de Franco. Ahora está reunido con Nonno, y no quiero que los interrumpas. Tienes que cerciorarte de que le den una segunda oportunidad. Ya es hora de que Nonno reconozca lo que vale y le recompense como se merece. Franco debería ser el vicepresidente y tener el respeto de todos.

—Ya sabes que no tengo ninguna influencia en las decisiones de Nonno, Marita.

—Sólo prométeme que no arruinarás las posibilidades de Franco. Debo insistir, Antonietta. Sabes que Franco trabaja mucho y merece más de lo que Nonno le da. Habría que poder perdonar un pequeño error.

—No fue un *pequeño* error, como bien sabes, Marita. Tú empujaste a Franco hasta convertirlo en un hombre amargado y furioso y deseoso de tu respeto. Traicionó a su familia y a nuestra empresa. Tuvo suerte de que no lo denunciaran y de que Nonno atendiera a los ruegos de Tasha y míos y le permitiera quedarse. Si te propones volver a empujarlo para que haga algo que más tarde lamentará, piénsatelo bien, Marita. Nonno no perdonará una segunda traición, ni siquiera por los niños y, Marita, para que lo sepas, yo tampoco.

—Pero si tú sabes que renunció a una oferta estupenda para unirse a la empresa de Cristopher. Una fusión sería beneficiosa para las dos empresas. Franco ha dado muestras de fidelidad, aunque sepa que la fusión nos haría ricos a todos.

—Ya somos ricos, Marita —suspiró Antonietta—, y para nuestra empresa no hay beneficio alguno en una fusión, sólo para los Demonesini. Sabes muy bien que el padre de Cristopher se propuso cortejarme con la esperanza de que se concretara la fusión.

—Las familias quedarán unidas cuando Christopher se case con Tasha.

Un fuerte estruendo, seguido de un grito de dolor sobrecogedor interrumpió a las dos mujeres. No había duda alguna, era el grito prolongado de agonía de un niño. Tasha se giró inmediatamente hacia el ruido.

—¡Es la pequeña Margurite! —Cuando gritó el nombre, ya había salido corriendo de la habitación.

Los gritos, que provenían de la planta baja, eran espantosos. Antonietta jamás había oído nada parecido.

—A Margurite le ha pasado algo grave de verdad.

—Lo que quiere es atención. —Marita se tapó los oídos con ambas manos—. Será mejor que Tasha la haga callar, ningún Scarletti debería montar una escena así. Es la influencia de Tasha. Si Franco la oye, vendrá corriendo a ayudarla, ¡en lugar de seguir con sus asuntos como debiera! —Pero mientras se quejaba, Marita ya se alejaba corriendo.

Antonietta escuchó su tono, no las palabras. Marita estaba aterrada, su respiración era una sucesión de desgarros ahogados. Antonietta la cogió por la mano cuando ambas bajaron de prisa por el amplio pasillo hacia el origen de los gritos. Tuvo que ir más lento en la ancha

escalera porque no quería arriesgarse a dar un paso en falso. De pronto, Marita le soltó la mano y se apoyó contra la pared. Antonietta oyó a Tasha calmando a la pequeña de seis años.

—Ya está, venga. Toni está aquí, y se encargará de que venga el médico. Él te pondrá bien. Tu madre está aquí. Todo se arreglará. Por la dirección de la voz, Antonietta intuyó que Tasha estaba sentada en el duelo junto a la niña justo al comienzo de la escalera. Bajó con cuidado el último peldaño y se detuvo, temiendo tropezar con ellas.

Marita lanzó un grito, una exclamación terrible, que se sumó a los gritos de dolor de Margurite. Se oyó un golpe seco cuando se desplomó.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado, Tasha?

—No te preocupes por Marita. Se ha desmayado como siempre que se presenta una crisis. Ven, Toni —Tasha le cogió la mano y la guió hasta el suelo junto a la niña que lloraba. Los gritos iban convirtiéndose en sollozos mientras Margurite intentaba recuperar la calma—. Es la pierna derecha. Dime, ¿qué te parece? Quédate tranquila, *piccola*, sólo tardaremos un momento en mirarte y ya sabes que Antonietta siempre tiene mucho cuidado. Tu madre está bien. Sólo se ha desmayado. Ya la has visto hacer lo mismo en otras ocasiones. —Tasha no paraba de darle besos en su cabeza de pelo rizado, una y otra vez, y en las lágrimas que le bañaban la carita—. Ten cuidado, Toni, hay escombros por todas partes.

Antonietta pasó las manos suavemente por encima de la delgada pierna. Tuvo un sobresalto cuando sintió el hueso astillado que asomaba.

—Tasha tiene razón, *cara mia*, tenemos que llamar inmediatamente al médico. Eres muy valiente quedándote aquí con Tasha. —Alzó la voz, sabiendo que su asistente, atraída por los gritos, estaría cerca—. ¡Justine! Necesitamos una ambulancia de inmediato.

Justine Travis llevaba trece años con ella como asistente y su función consistía en ser sus ojos y oídos en aquella casa en constante transformación.

—¡Enseguida, *signorina* Scarletti! —respondió Justine desde alguna parte del pasillo—. Helena vendrá enseguida.

—Diles que se den prisa, ¡es muy urgente! —Antonietta conservaba una voz tranquila porque no quería alarmar a Margurite—. Intenta despertar a Marita. Y que venga Franco.

—*Bambina. Mia bambina* —gemía Marita—. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? Tenía la cara apartada, mirando hacia un lado, y dejó que Helena la ayudara a levantarse—. Hay tanta sangre, y el hueso. Quedará lisiada de por vida.

—¡Marita! —Tasha susurró con un silbido de voz—. Eso no ayuda nada. Ve a buscar a Vincente. Debe estar asustado con los gritos de Margurite. Franco se ocupará de ella.

—Sí, sí, tienes razón, Tasha. —Marita se llevó una mano al vientre, volvió la cabeza y se sintió enferma—. *Grazie*, cuida de mi pobre bambina.

Franco abrazó a Tasha y a su hija.

—Helena, lleva a Marita a su habitación. Tiene náuseas, y esto es demasiado para ella.

Helena obedeció y cogió a Marita por los hombros mientras una de las criadas comenzaba de inmediato a limpiar el suelo.

Tasha se mecía hacia atrás y hacia delante, intentando calmar a la niña y a sí misma.

—Haz algo, Toni. No soporto verla sufrir de esta manera —imploró Tasha, con apenas un susurro de voz—. ¿Cómo ha podido suceder esto?

—Date prisa, Toni, alíviale el dolor —pidió Franco.

—Descríbeme lo que ves.

—El escudo de armas de los Scarletti que estaba encima de la puerta de Nonno se ha caído. ¿No habíamos hecho que lo miraran para asegurarlo? Margurite salía de la habitación de Nonno y el escudo cayó justo sobre ella. Podría haberla matado. —En su voz, entremezclada de sollozos de Tasha, se intuía la rabia—. Fue a ver a Nonno y él no estaba.

Antonietta se puso rígida. Estaban realizando obras y ella había estado con los inspectores durante el recorrido del ala de la casa donde vivía su abuelo. Sabía que habían prestado atención especial al escudo de armas de los Scarletti, debido a su enorme peso.

—No toquéis nada. Dejaremos que tu policía eche una mirada.

De pronto, la casa que Antonietta amaba, la casa que le era tan familiar, empezaba a cobrar un aire siniestro.

Margurite estaba tendida sobre el regazo de Tasha, lamentándose quedamente de su dolor mientras su padre le acariciaba la cara y el pelo, murmurándole cuánto la quería. Los dedos de Tasha se crisparon al coger a Antonietta.

—Haz algo, quítale el dolor, Toni. Ahora, no soporto verla sufrir así.

—Pronto llegará la ambulancia —murmuró Antonietta, pero conservó las manos sobre la delgada pierna de Margurite. Respiró hondo y se concentró, bloqueando los sonidos de sus quejas, bloqueando las emociones avasalladoras de quienes estaban en la habitación. Dejó que todo fluyera en ella, a su alrededor, hasta encontrar en su interior la fuente profunda que podía liberar la energía, aquella poderosa energía que poseía por herencia.

Antonietta sabía que Byron Justicano podía curar porque esa capacidad también pertenecía al legado de su familia. Ella no podía sanar de la misma manera que él, pero sabía diagnosticar un mal, y ayudar a los suyos a recuperarse. Sintió que el calor aumentaba, se extendía, se desplazaba por su cuerpo hasta sus manos y hasta la pierna de la niña.

Casi en seguida, Margurite se clamó, sus sollozos se espaciaron y se suavizaron en breves espasmos. Antonietta percibió que gran parte de la tensión en Tasha se desvanecía.

Franco se inclinó y besó a su prima. Tenía la cara mojada por las lágrimas.

—*Grazie*, Toni. Como quisiera yo poder hacer eso.

Tasha abrazó a Margurite contra su regazo.

—La ambulancia está en camino, Antonietta —avisó Justine, mientras se abría paso entre los escombros—. También he dado parte a la policía. Las tuercas que sujetan el escudo de los Scarletti están completamente rasgadas. Esto no ha sido un accidente. —Antes de que su jefa protestara, Justine se apresuró a tranquilizarla—. No te preocupes, he tenido cuidado de no tocar nada y no he dejado huellas dactirales. He visto suficientes películas para saber que no hay que hacer eso. —Se arrodilló junto a Antonietta con un gesto casi protector—. Esto no ha sido un accidente, y ya que ha sucedido justo después de lo de anoche, creo que no deberías seguir exponiéndote al peligro.

—Creo que tienes razón, Justine —convino Antonietta—. Por favor llama a Joie Sanders y dile que necesito verla. Pregúntale si estaría dispuesta a venir aquí al palacio.

—Me ocuparé en seguida. Sanders es famosa por sus medidas de seguridad, pero es muy difícil dar con ella. Eso sí, puede que nos recomiende a alguien. ¿Quieres que cancele tu actuación en el centro de beneficencia del pueblo la próxima semana?

Antonietta negó con un gesto de la cabeza.

—No, es por una buena causa. Pero también quiero que Nonno esté protegido. Es importante, Justine. Ocúpate de que nuestra gente de seguridad lo vigile de cerca hasta que pueda resolver algo con Sanders.

De pronto entró don Giovanni en la sala, con prisa, respirando con dificultad tras la breve carrera.

—¿Qué ha pasado, qué ha hecho? Franco, ¿se pondrá bien? Su voz, habitualmente autoritaria, ahora le temblaba.

—La llevaremos al hospital, Nonno —dijo Franco, con voz suave—. En seguida le curarán la pierna.

—Siéntate, Nonno —dijo Tasha, preocupada—. Toni le ha aliviado el dolor y Margurite está mucho mejor—. Se apresuró a darle a la niña un apretón en los hombros para darle ánimos—. Eres muy valiente, *cara mia*. ¿Verdad que es valiente, Toni?

—Mucho —dijo Antonietta y estampó un beso en la cabeza de Margurite, guardando el contacto con la delgada pierna con la esperanza de mantener el dolor a raya.

La niña busco hasta que consiguió coger a Antonietta por la manga, y tiró de ella.

—Entonces ¿soy una verdadera Scarletti?

Librodot

Tasha hizo chasquear la lengua y se giró para lanzarle una mirada de irritación a Franco. Estaba molesta porque la niña, con los continuos reproches de Marita, se volvía insegura.

—Siempre has sido una Scarletti, Margurite. Eres una niña valiente y maravillosa y todos te adoramos. ¿Verdad que es adorable, Toni? ¿Franco?

—Margurite, eres una Scarletti de pies a cabeza —afirmó Antonietta sin vacilar.

—Siempre te has parecido a mí, Margurite —dijo Franco, y besó a su hija en la cabeza—. ¿No es verdad, Nonno?

—Tienes los ojos de tu padre y su buena disposición —le aseguró el anciano.

—*Signorina* Scarletti, la ambulancia ha llegado —anunció Helena—. Por aquí —dijo, e hizo entrar a los camilleros.

—*Grazie*, Helena —dijo Antonietta. Confiaba que Justine guiaría al personal médico entre los escombros hasta la niña.

Después de examinarla y de una breve conversación con Franco, decidieron que llevarían a Margurite al hospital, donde podrían tratar la fractura de la pierna como convenía.

—Por favor, que no sufra —imploró Tasha, abrazando a la niña con gesto protector—. Hemos esperado mucho rato a que vinieran y tiene mucho miedo.

—Cuidaremos de que le duela lo menos posible —dijo el enfermero—. Podemos darle algo para el dolor cuando la movamos. Antonietta esperó a que Margurite estuviera acomodada en la ambulancia con su padre y Tasha, y se dirigió al hospital antes de ocuparse de los desperfectos.

—Justine, asegúrate de que aíslen esta zona para que nadie toque nada y que las criadas no limpien antes de que venga la policía a revisarlo todo.

Sabía queso ama de llaves estaba cerca por su ligero perfume.

—Helena, cuéntame de Enrico. ¿Qué sabes de su desaparición?

—Nada, *signorina*, sólo que no estaba en su habitación. No se han llevado nada, han dejado su ropa y sus efectos personales. Anoche preparó los menús para hoy y hablamos de lo que necesitábamos en la cocina para que yo mandara al chico esta mañana. Tomamos una copa de vino juntos a eso de las diez, y él se retiró a sus habitaciones, como siempre. Esta mañana no apareció para preparar la comida y mandé a una de las criadas a buscarlo. No estaba en su habitación. En cuanto lo supe, fui personalmente a buscarlo. Todo estaba como siempre.

—¿Alguien ha sabido algo de él? ¿Tiene una amante?

—No. —El suspiro de Helena fue bien audible y Antonietta no consiguió mitigar su sonoridad. Todo era exageradamente ruidoso, incluso el roce de los zapatos sobre el suelo pulido. Eran ruidos que la distraían, porque oía hasta el zumbido de los insectos y los crujidos de la casa. Oyó un trueno agorero en la distancia y afuera, la lluvia que seguía con su golpeteo regular.

—¿Sería capaz de largarse sin más? Jamás ha hecho algo así en todos los años que lleva con nosotros. Ésta es su casa. Seguro que alguien sabe dónde ha ido. ¿Sus amigos? ¿Alguien de fuera del palacio?

—Lo siento, *signorina*, pero Enrico sólo vivía aquí. La gente del palacio era su familia. Ésta es su casa. No salía ni iba a otros lugares —insistió Helena—. Lo sé porque Enrico me ha dicho muchas veces que prefiere el palacio. Por las noches suele pasear por los jardines y mirar las esculturas. Le encantaba la arquitectura y pensaba que era un privilegio vivir en este lugar.

—¿Han buscado por todo el parque? Puede que se haya sentido enfermo y se encuentre indefenso en algún lugar.

—Se me tendría que haber ocurrido, *signorina* —reconoció Helena—. Haré que los criados busquen en seguida.

—Uno de mis primos tendría que haber pensado en ello —corrigió Antonietta. A veces se preguntaba en qué mundo vivían esas personas de su familia. ¿Acaso pensaban que

el palacio se organizaba solo, por arte de magia? Ni siquiera don Giovanni había pensado en buscar al pobre Enrico en las inmediaciones de la casa. Era absurdo que el cocinero hubiese abandonado todas sus pertenencias—. Gracias, Helena, en cuanto sepas algo, por favor, comunícamelo. Entretanto, ¿hay alguien que pueda ayudar en la cocina? Ya sé que tú estás demasiado ocupada y no quiero que te encargues personalmente. Que Justine llame a alguien que lo sustituya, si no hay ninguna criada que pueda ocuparse.

—Le diré a Alfredo que se haga cargo hasta que Enrico vuelva —avisó Helena—. Es un buen cocinero y ha trabajado con Enrico los últimos siete años. Le gusta hacer las cosas a su manera y es algo complicado, y a menudo se acuesta con dolores de cabeza y espasmos, pero estoy segura de que podrá arreglarse hasta que Enrico vuelva. Y mi sobrino, Esteben. Si lo recuerda, lo contratamos hace un tiempo para trabajar de aprendiz en la cocina hace algún tiempo. Se desenvuelve bien. Puede ocupar el puesto de Alfredo entretanto.

—¿Estás segura, Helena? Alfredo necesitará a alguien que sea rápido y eficiente. Recuerdo un par de quejas sobre Esteben. Parece que no le agradaba el trabajo.

—Oh, no, no, *signorina*. Esteben está muy agradecido. Lo que sucedió es que tenía una importante cita con una chica y pidió unas horas libres, pero Enrico se las negó. Tuvieron un pequeño altercado, pero Esteben sólo quería impresionar a su *amore*. Entiende muy bien la importancia de su trabajo.

Antonietta asintió con un gesto de la cabeza.

—Justine, por favor, dile al contable que les pague lo que corresponde.

—Sí, desde luego. Tomaré nota. Ahora debería ir a ver a su abuelo. Está muy agitado. No sé si se ha tomado su medicina para el corazón, pero estaba muy irritado.

—De acuerdo. —Antonietta apoyó la mano ligeramente en el brazo de Justine—. Gracias por todo lo que haces por mí, Justine. Quiero que sepas que te considero una persona irremplazable, como amiga y como asistente.

—Lo sé, Toni. —Justine era menos formal cuando estaban a solas—. Me encanta este trabajo y el palacio también. Me encanta viajar por todo el mundo contigo. Y, sobre todo, ahora vosotros sois la familia que nunca tuve, de modo que el sentimiento es mutuo. Justine se desplazaba con seguridad, moviéndose rápidamente para esquivar cualquier objeto que encontraba a su paso, y Antonietta no vacilaba en seguirla. —Me he sentido muy angustiada al enterarme de que te han atacado anoche. ¿Es verdad?

—Sí. —Antonietta inclinó la cabeza—. De no ser por Byron, Nonno y yo estaríamos perdidos. Aún me quedan magulladuras por todas partes después del forcejeo.

—¿Por qué querría alguien hacerte daño a ti o a tu abuelo?

—¿Por qué querría alguien hacérselo a mis padres? —Había pronunciado las palabras antes de poder reprimirlas, y quedaron suspendidas en el are entre las dos mujeres mientras avanzaban por el laberíntico pasillo hacia el ala donde estaban los despachos.

—Jamás te había oído decir eso —dijo Justine—. Ni una sola vez. Creía que la explosión había sido un accidente. ¿No quedó archivado como accidente?

—No. —Ese simple reconocimiento fue apenas un susurro. No, no había sido un accidente, pero ella nunca lo reconocería, ni ante sí misma ni ante nadie. Alguien había manipulado algo en el yate familiar para hacerlo estallar en alta mar. Pero la explosión no había conseguido quemar ni hundir las pruebas. Un barco de pesca en las cercanías había salvado del agua a la chica de cinco años, cegada por la explosión. Antonietta nunca había pedido ver el informe, ni lo había estimado necesario. Si la policía no había averiguado quién había destruido a su familia, ¿Qué podía hacer una niña? Y cuando la niña se había hecho mayor, no había querido mirar atrás.

—Llamaré inmediatamente a Joie Sanders —avisó Justine, alarmada—. ¿Crees que te encuentras ante un peligro inminente? No pienso dejarte sola.

Antonietta percibió aquel tono feroz y protector en la voz de Justine, y sonrió. Era exactamente el mismo tono que Tasha había usado con Margurite.

—No te preocupes, llegaremos al fondo de todo esto —le aseguró—. Estaré bien protegida. Ahora me preocupan más los niños.

Librodot

Capítulo 5

—¿Cómo está, Franco, Toni? —preguntó don Giovanni, visiblemente inquieto—. Pobre Margurite. Tendría que haber ido al hospital con vosotros.

—Nonno, no tenía sentido que fuéramos todos. Tasha ya había llegado y Marita, Justine y yo éramos una multitud. Ahora está durmiendo, y Marita se quedará con ella esta noche.

—El médico cree que podrá volver a casa mañana —añadió Franco—. No hay por qué estar preocupados.

Don Giovanni le lanzó a su nieto una mirada cargada de ira.

—No me trates como si fuera un anciano, Franco. Estoy sumamente preocupado porque alguien ha entrado en mi casa anoche y ha intentado asesinar a mi nieta y también a mí. Y me preocupa que mi pequeña bisnieta haya sido herida en lo que probablemente no fue un accidente. Y, además, me preocupa que tú pretendas robarme mi empresa.

Franco dejó escapar un suspiro y cruzó la habitación para servirse una copa.

—Ha sido una noche larga, Nonno. Creo que no estoy en condiciones para discutir. Toni, ¿cómo te sientes tú después de tu horrible experiencia anoche? Deberías haberme despertado inmediatamente. Y luego, cuando no despertabas, me asusté.

—Al menos esta vez Franco tiene razón. Toni, no vuelvas a darnos un susto como ése —dijo don Giovanni, con semblante severo.

—No fue idea mía salir a luchar con un hombre en el acantilado, Nonno. Hubiera preferido mi cama mullida y caliente. —Quería convertir la discusión pendiente en una broma. Franco estaba exhausto después del trance de ver a su hija malherida. Don Giovanni estaba irritado consigo mismo por no haber tenido la fuerza para acompañar a su querida bisnieta al hospital—. A mí también me gustaría tomar una copa, Franco. —En el momento en que lo dijo, sintió un retortijón en el vientre—. Un poco de agua, por favor.

—Mientras tú dormías en tu habitación, tu primo se dedicaba a amenazarme. ¿Qué piensas de eso, Toni? Mi único nieto, una víbora traicionera.

—Sabes perfectamente bien que no te he amenazado, Nonno —protestó Franco.

—Nonno —dijo Antonietta, armándose de paciencia—, Franco nunca de amenazaría. Dime, ¿por qué estás tan preocupado? No es lo más recomendable para tu corazón.

Don Giovanni lanzó las manos al aire en señal de disgusto y estuvo a punto de golpear a su nieta con aquel gesto intempestivo.

—Estas ideas de fusión. De quitarme de en medio como presidente. Ése es el tipo de lealtad que este chico me demuestra después de haber aceptado que volviera. Ha desprestigiado nuestro nombre todo lo que ha podido, ha vendido a nuestra familia y yo volví a acogerlo entre nosotros. Y, sin embargo, lo vuelvo a sorprender a punto de saltarme a la garganta como una víbora.

—Yo no he dicho nunca eso —negó Franco—. Toni, jamás he dicho nada de eso. Sólo le he dicho que si estábamos en desacuerdo en un tema tan importante, habría que pedirle la opinión al resto de la familia. Por otro lado, he pagado con creces los errores que cometí en el pasado. He trabajado día y noche por muy poco a cambio. —Alzó la mano para detener las objeciones de su abuelo—. Ya sé que merecía ser expulsado y trabajar a cambio de nada para pagar mis errores del pasado, pero ya lo he hecho. Esto es algo totalmente diferente. La familia tiene sus propias ideas sobre este asunto de la fusión.

Don Giovanni manifestó su desagrado con un gruñido.

—Habla tú con él, Toni. ¿Cómo va a llevar la dirección de una empresa si tiene miedo de asumir el mando? ¿Si tiene que consultar al resto de la familia? ¿Qué tipo de líder es ése? Dios mío, ¡perderíamos todo el negocio en un mes!

—Eso no es justo, Nonno, nunca has insinuado que yo podría dirigir la empresa. Si pensara que tengo una oportunidad…

—¿Qué? —preguntó don Giovanni, exigente—. ¿Harías tu trabajo? ¿Esperarías a que yo haya muerto y luego causarías la ruina de todo aquello por lo que he trabajado? ¿Te venderías al pirata Desmonesini? ¿La *semilla del demonio*? —preguntó, pronunciando el nombre de su rival más próximo como si escupiera.

Antonieta tuvo que intervenir.

—Nonno, cálmate, te cogerá un ataque si sigues así. No hay manera de reemplazarte como presidente sin mis votos, y yo nunca haría eso. Franco tampoco quiere quitarte de en medio. Sólo quiere que escuches sin prejuicios la opinión de otra persona aparte de la tuya. —Cogió la copa que le ofrecía Franco y, con la yema de los dedos, comprobó la cantidad de líquido para no derramarlo. De pronto, salida de la nada, sintió la presencia inesperada de Byron. Estaba cerca. Lo percibía. Era una sensación extraña saber que estaba despierto. Había dejado su sueño y ahora venía hacía ella sin dudar, como si estuvieran tan conectados que ella supiera el momento exacto que había abierto los ojos.

Buenas noches. ¿Estas bien? Te he echado en falta. Antonietta escuchó aquellas palabras con claridad. Se deslizaron por las paredes de su mente como diminutas alas de mariposa. Sus músculos se contrajeron y se crisparon, como a la espera de algo. Como reacción. Su voz era como el terciopelo frotando contra su piel. Oía a su primo y a su abuelo discutiendo, como en la distancia, pero su cuerpo, todo su ser estaba, en realidad, sólo pendiente de la llegada de Byron.

No le sorprendió que él volviera a hablar telepáticamente con ella, pero era muy incómodo tener una reacción física de ese tipo ante la presencia íntima de su voz. Intentó comunicarse mentalmente con él, siguió la huella de su voz hasta encontrarlo. Hasta sentirlo y conectar con aquella fuerza que necesitaba.

El palacio es un caos. Ha habido un terrible. La pobre Margurite fue a visitar a Nonno, y el escudo de armas de la familia le ha caído sobre una pierna. Tiene una doble fractura y la han llevado al hospital. Marita está con ella ahora. Justine piensa que las tuercas han sido dañadas a propósito. Y, además, ha desaparecido nuestro cocinero.

Siguió un breve silencio. Antonietta se dio cuenta de que contenía la respiración.

Llegaré pronto, Antonietta. Ya sé que estás preocupada por la pequeña Margurite. Iré a visitarla esta noche al hospital y veré si puedo ayudarla de alguna manera.

Gracias. La pobre sufre mucho. Todos están preocupados. He pedido que busquen a Enrico por los jardines del palacio, pero no hay ni rastro de él.

Antonietta bebió un sorbo de agua y descubrió que no tenía ganas de comer ni de beber.

No me gusta que tu cocinero siga desaparecido después de lo que vi anoche. Estoy seguro de que alguien llevaba tiempo poniéndole veneno a vuestra comida.

¿Tú sabías que Enrico había desaparecido anoche?

No estaba en su habitación.

Antonietta no quería tener aquella conversación con él. Quería saber si había pensado en ella, si aún ardía por ella. Si se había despertado consumido por el deseo de ella.

Sí, eso es lo que ha sucedido. Byron correspondió a sus pensamientos con un tono de voz apasionado. *Y sigo consumiéndome. No puedo esperar el momento de estar a tu lado. Pero antes debo alimentarme. Quiero estar en plena posesión de mis fuerzas cuando venga al palacio.*

De pronto, Antonietta se dio cuenta de que estaba sonriendo en medio de la agria discusión de su primo y su abuelo. Supo que le bastaba buscarlo mentalmente para que estuviera con ella. Abrazó el pensamiento, quiso atesorarlo, asombrada de que le prestara

tanta importancia. Asombrada de que le prestara tanta importancia a Byron. Y de que él pudiera darle la seguridad de que todo se arreglaría.

—¿Estás prestando atención, Toni? —inquirió Franco—. Esto se ha convertido en un tema muy serio y a Nonno no le queda más remedio que asumirlo. Puede que no quiera pagarme un salario decente, pero tendrá que escuchar la voz de la razón.

—No tengo que escuchar a nadie, jovencito. He sacado a nuestra empresa de aguas turbulentas en más de una ocasión y hemos salido más fortalecidos que nunca. Para nosotros no hay beneficio alguno en esta fusión. Si fueras un Scarletti de verdad, mirarías más allá, sobre todo más allá del atractivo del dinero, y entenderías lo que nos jugamos realmente con esta oferta.

Antonietta se situó deliberadamente entre su abuelo y su primo.

—La empresa Demonesini necesita a alguien que saque de apuros, y pretenden que nosotros cumplamos ese papel, Franco. Es así de sencillo. He investigado su empresa exhaustivamente. Apenas tienen liquidez, y han sufrido un grave revés al peder uno de sus mercantes.

Antonietta palpaba la tensión que reinaba en la sala. Le dio la espalda a su abuelo y se giró hacia su primo con una sonrisa deliberada en los labios, decidida a cambiar de tema.

—Franco, ¿tienes alguna idea de dónde podría estar Enrico? Helena dice que no tiene mujer y que rara vez salía del palacio.

Franco negó con la cabeza.

—He hablado con los criados y con los policías cuando vinieron esta mañana. Les dejamos registrar la habitación de Enrico.

Un suave golpe a la puerta anunció la llegada de Helena.

—Perdón, pero la señora Marita está al teléfono, y la niña Margurite quiere decirle buenas noches a su padre. La señora Marita dice que Margurite está bajo los efectos de la medicación, señor Franco, y temo que se dormirá del todo si le pido que espere hasta que usted le devuelva la llamada.

—No, no, Helena, has hecho bien, gracias. Discúlpame, Nonno, sé que esta reunión es importante, pero tengo que hablar con mi *bambina*. No quiero que se duerma sin darle las buenas noches.

—Entiendo perfectamente —concedió don Giovanni, insinuando con un gesto que podía salir de la sala.

Se produjo un momento de silencio.

—Solo ella puede convertir a ese hombre en alguien digno. No puedo dejar de tenerle simpatía por eso. Aún así, todavía me cuesta creer que nos haya traicionado.

Antonietta acercó la mano hasta encontrar el brazo de su abuelo.

—Franco tiene muchas cualidades, Nonno. Sólo que ha tenido la mala suerte de enamorarse profundamente de una mujer que nunca está satisfecha.

Mientras hablaba, pensaba en Byron. Quería volver a tocarlo. Volver a sentir el aleteo en su pensamiento, en su vientre. ¿Quién era Byron? Un extraño con voz de mando su aire tranquilo y autosuficiente, salido de una noche de tormenta cuando más lo necesitaban. Antonietta no tenía ni idea de dónde vivía, ignoraba dónde pasaba sus horas. Ni siquiera sabía si tenía otra mujer en alguna parte.

—Franco es testarudo, Toni —siguió don Giovanni—. Es ambicioso. Y tiene una mujer muy codiciosa. Es una combinación que puede resultar mortal.

—Nonno —protestó Antonietta, en un esfuerzo desesperado por seguir la conversación—, Franco cometió un error y lo sabe. Sucedió hace años, cuando era joven e influenciable. Estaba loco por Marita y hacía lo que ella dijera. Stefan Desmonesini y Cristopher saben ser encantadores y persuasivos. Franco sencillamente cayó en la trampa de pensar que eran sus amigos.

Don Giovanni suspiró ruidosamente y se sentó en una silla.

—Y Tasha ha invitado a la víbora a nuestra casa.

—Nonno. —Había un dejo de diversión en la voz de Antonietta—. Te lo tomas muy melodramáticamente. Hemos crecido con Cristopher. Jugaba aquí de pequeño y ha estado presente en todos los acontecimientos de nuestra familia. No es ninguna víbora, y trabaja sin parar.

—Tasha no ha sido nada sensata. Él no es el hombre adecuado para ella. Y ella sabe lo incómodo que me siento cuando su padre está presente.

Antonietta captó la preocupación y la inquietud en la voz de su abuelo. Parecía cansado, e incluso viejo.

—Estoy acostumbrada a verlo, Nonno. Está en todas las obras de beneficencia y en todas las funciones a las que atendemos. Siempre me verá como la mujer que rechazó sus propuestas cuando todas las demás se sentían fascinadas a su lado.

—Te ofreció matrimonio —recordó don Giovanni, escuchando la nota de disgusto en su voz—. Siempre pensaste que sólo pretendía tu dinero, pero él ya tenía suficiente. ¿Por qué te resistías a creer que se trataba de una oferta genuina?

¿Cómo podía explicarle una aversión que no tenía sentido?

—Pensaba en mis cicatrices, en mi sobrepeso y en mi fealdad, Nonno, jamás se me ocurrió que un hombre me querría por lo que soy.

—¡Eso es un disparate!

—Pero es lo que sentía en aquel momento. Era muy insegura.

El ama de llaves llamó quedamente a la puerta por segunda vez.

—¿*Signorina* Scarletti? Ha llegado la policía y los agentes quieren hablar con usted. Les he pedido que esperen en el invernadero.

—Gracias, Helena. No tardaré.

—Entre tanto, la *signorina* Tasha está con ellos. —Helena hablaba con una voz sin inflexiones, pero no costaba demasiado percibir su alarma y consternación por haber dejado a Tasha a solas con los agentes. Tasha era una persona impredecible, y eso lo sabía toda la familia y cada uno de los criados.

—No he tenido la oportunidad de hablar contigo sobre lo que pasó anoche —protestó don Giovanni—. Pero supongo que no tienes otra alternativa que ir. Si dejas que Tasha hable con la policía, nos encerrarán a todos.

Antonietta dio unos golpecitos sobre la pierna de su abuelo.

—Se bueno, Nonno. Tasha se ha dejado la piel en el hospital. Se ha portado maravillosamente con Margurite.

—Es verdad que quiere mucho a aquella criatura —convino don Giovanni—. ¿Byron te dijo si vendría esta noche? No sé dónde vive y la policía quería escuchar su versión de los hechos. Tengo la impresión de que nadie se ha creído que se lanzara al mar para sacar a un anciano en peligro.

Antonietta no puedo evitar una ligera sonrisa.

—Y bien, estoy segura de que no tardará en llegar, Nonno —dijo, y se inclinó para besar a su abuelo—. Cualquiera haría lo que fuera para salvarte. Eres el tesoro de la familia.

Byron acomodó al joven contra la muralla del edificio, y éste se quedó ahí, mareado y sin saber qué le había sucedido, aunque no malherido. Sintiéndose plenamente revigorizado, Byron voló hacia lo alto, cambiando de forma en pleno vuelo, algo que jamás había hecho, ni siquiera veinte años antes. Con la caza de vampiros, había desarrollado una faceta dura, una cierta frialdad ante el fuego y una confianza absoluta en su capacidad para manejar situaciones difíciles, aunque no lo había preparado para una mujer como Antonietta.

Desde luego, su primer impulso había sido raptarla, reclamarla con las palabras rituales y dejar que la naturaleza siguiera su curso. Pero se había mostrado cauto, después de haber aprendido de las experiencias de toda una vida de impetuosidades. Después de haber sido capturado, torturado y utilizado como cebo en un intento de asesinar al príncipe y a su

pareja, y después de destruir su relación con su mejor amigo, Jacques Dubrinsky, ahora creía en la cautela y la paciencia y en la importancia de reflexionar a fondo sobre los dilemas. Con su vida de errores a sus espaldas, no estaba dispuesto a arriesgar más.

Estaba decidido a conocer a Antonietta. Desafortunadamente, los miembros de la familia Scarletti tenían, desde el nacimiento, una barrera protectora incorporada en sus mentes. Él no podía pasearse sin más por sus pensamientos y enterarse de todo lo que había que saber. Por eso, decidió tomarse su tiempo, y se infiltró en el palacio a través de su amistad con don Giovanni. Esperando. Esperándola a ella. Entonces entendió que ella necesitaba saberse dueña de la situación. Necesitaba independencia. Quería que la cortejara y la conquistara se había de hacerla feliz.

Byron suspiró suavemente, dejando que el viento se llevar el sonido hacia el mar. El intento de asesinato lo había cambiado todo. Él tenía que velar porque ella estuviera protegida día y noche. Necesitaba llegar a ella mentalmente cuando quisiera, saber qué estaba pasando en todo momento.

Una vez más, bajó del cielo hasta el lugar donde había dejado su regalo para ella. Conocía a Antonietta lo bastante para saber que aceptaría su presente, le agradara o no. Antonietta era demasiado bien educada para rechazar un regalo.

El perro era la estampa de la más noble elegancia. Desde el momento en que Byron había visto al animal, había admirado la pureza de sus formas sutiles. El borzoi era siempre elegante, estuviera en movimiento o totalmente quieto. Byron sabía que, según la teoría, los borzoi eran una raza que databa de hace unos seiscientos a ochocientos años. Él sabía por experiencia personal que aquella datación no era del todo correcta. La raza había sobrevivido, quizá después de haber sido modificada, pero había permanecido entera. Byron se inclinó sobre el perro, le cogió la cabeza entre las manos y miró en sus ojos oscuros y amables.

—Ésta es tu casa, Celt, si así lo quieres. Ella está aquí. Antonietta será tu nueva compañera y te amará y respetará como mereces. Te admirará como yo y entenderá que eres libre de quedarte o de irte. El perro y Byron se entendían. Él sabía que el animal era noble pero que poseía un corazón feroz.

Celt era el ejemplar más fino de borzoi que Byron había visto en su vida. La cabeza del perro hablaba de su inteligencia, sus fauces alargadas, poderosas y anchas. Su pelaje era negro, una superficie como la textura de la seda. Y los ojos de Celt reflejaban el auténtico corazón de la raza.

—Tendrás que esperar en el jardín hasta que hable con ella —explicó Byron en voz alta—. Está lloviendo y sé que estás incomodo, pero te protegeré de los elementos el tiempo que haga falta. Ya sabes que hay personas que serán poco amables contigo —le avisó, acariciándole la cabeza. Cuando llegó a las orejas, se las rascó—. Yo no confío en ninguno de ellos, y tú tampoco deberías. Tendrás que ocuparte de protegerla a ella. Muéstrate prudente ante las muestras de amistad.

Sintió que el animal le respondía, la comprensión y el afecto que fluía entre ellos, y se sintió doblemente agradecido con Antonietta por devolverle sus emociones.

El perfil alto y robusto de Byron brilló un momento, casi traslúcido bajo la lluvia, y luego se esfumó, dejando sólo unas gotas en la cortina de agua. Encontró por donde penetrar en la casa, a través de una de las ventanas de la segunda planta que permanecía entreabierta. En seguida percibió la tensión que reinaba en el inmenso palacio. El miedo y la rabia vibraban en el aire, hasta alcanzar los enormes techos, hasta las almenas y a lo largo de sus muros.

Byron se deslizó por las salas amplias y marmóreas, bajó por la ancha escalera para inspeccionar los daños en las habitaciones privadas de don Giovanni. Había dos personas ocupadas recogiendo pruebas y depositando unas tuercas en bolsas de plástico. En seguida supo que aquello no había sido un accidente sino un intento deliberado de hacer daño a alguien, muy probablemente al anciano.

Oyó al pequeño Vincente que se quejaba con un llanto apagado, inquieto por la ausencia de su hermana. Franco tranquilizaba al niño cantándole suavemente, asegurándole que la pequeña Margurite y su madre volverían por la mañana.

Más que cualquier otra cosa, Byron deseaba ver a Antonietta. Una sensación extraña de ansiedad le rondaba el corazón. Empezaba a descubrir que las emociones eran peligrosas. Estimulantes, pero bastante peligrosas.

No tardó en encontrar a Antonietta en un recinto espacioso lleno de plantas y delimitado por tres paredes de vidrio. Una gran fuente dominaba el centro de aquel ambiente, rodeada de cómodos bancos y varias pequeñas sillas y mesas dispuestas para un encuentro en medio del verdor. Más allá de las paredes de vidrio, la noche estaba oscura y los vientos arrastraban la lluvia haciéndola chocar contra las ventanas y, más abajo, el rugido del mar que no cesaba y acompañaba el aviso distante de los truenos.

Vio un hombre uniformado, sentado demasiado cerca de Antonietta. Pequeño, fornido y muy musculoso, la miraba con expresión de simpatía. Los ojos oscuros se paseaban por su cuerpo con un placer evidente. Byron gruñó por lo bajo, un sonido casi inaudible. El hombre levantó la cabeza y miró por la habitación con actitud repentinamente alerta.

Antonietta sonrió y alzó el mentón, inhalando, aspirando la esencia de Byron en los pulmones.

—Por favor, siéntese, capitán, no hace falta ser tan formal. —Antonietta caminaba con seguridad por el laberinto de plantas y muebles, sabiendo dónde estaba cada obstáculo y evitándolos con elegancia. Se acercó a una silla y se sentó con las manos perfectamente cruzadas sobre la falda.

—*Signorina* Scarletti, espero que haya descansado bien después del trance de anoche. —El hombre hablaba con una voz melosa que le hizo crecer los incisivos a Byron—. Soy el capitán Diego Vantilla, a su servicio—dijo, cogiéndole la mano a Antonietta e inclinándose hasta que sus labios le rozaron la piel.

Una chispa eléctrica recorrió el dorso de su mano hasta convertirse en un pequeño latigazo de luz que le dio de lleno en los labios. Diego dio un respingo, le soltó la mano y se llevó la suya a la boca doliente. Oculto detrás de un exuberante helecho, Byron descansaba con la cadera apoyada en la pared en medio de varias plantas de enormes hojas casi tan altas como él. Se cruzó de brazos y miró al policía con enorme satisfacción.

Tasha miró a su prima indignada.

—Por favor, siéntese Diego. Ya sé que es de mala educación, pero ¿puedo llamarle Diego? Es más fácil que capitán Vantilla —aseveró, insinuando una sonrisa coqueta al tiempo que le ofrecía la mano y se sentaba en la silla junto a Antonietta—. Mi prima ha quedado muy afectada por los sucesos de anoche y me necesita a su lado para consolarla. —Tash hubiese querido pasar unos cuantos preciosos minutos a solas con el atractivo oficial, pero Antonietta había llegado en cuanto recibió el aviso de Helena.

—Eso es comprensible, *signora* Fontaine —respondió Diego, asintiendo con un gesto de la cabeza.

Tasha sonrió dulcemente.

—Scarletti-Fontaine —corrigió—, pero usted puede llamarme Tasha. Así me llaman mis amigos.

—*Grazie, signorina* —respondió Diego, que seguía claramente concentrado en Antonietta—. Tendría que escuchar su versión de lo que ocurrió anoche. Don Giovanni está convencido de que eran dos los asaltantes, y que usted y él fueron drogados y arrastrados hasta lo alto del acantilado.

Antonietta asintió con un gesto de la cabeza.

—Yo estaba tocando el piano, pero me sentí rara, extrañamente cansada, y los brazos y el cuerpo pesados. Oí un ruido, y luego alguien me puso un paño en la boca. Me resistí hasta que entendí que la sustancia en el paño me dejaría inconsciente, de modo que fingí desmayarme. Me sacaron en seguida del palacio. Oí que el otro hombre arrastraba a mi

abuelo. No podía reconocer quiénes eran, las voces y los olores me eran ajenos. Cuando conozco a alguien, casi siempre soy capaz de reconocerlo, pero esos hombres eran extraños. Llamé a Byron. No se por qué, pero cuando comencé a resistirme, llamé a Byron Justicano.

—¿Por qué llamó a ese hombre? ¿Sabía que estaba cerca?

Antonietta oyó el tono agudo de alerta en su voz, y sonrió. El policía de Tasha no estaba en condiciones de jugar al gato y al ratón con un hombre como Byron. Se encogió de hombros.

—Simplemente pronuncié su nombre como un talismán. Para sentirme segura. É es así. Me da seguridad.

Tasha expresó su desprecio con un resoplido sonoro para atraer la atención del inspector.

—Ya entiendo —dijo éste, cuando era evidente que no entendía—. Por favor, continúe.

—Oí que mi abuelo caía al mar, y luché con todas mis fuerzas, pero no sabía cómo ayudarlo. Entonces llegó Byron. Luchó con el hombre que me atacaba y me dijo que me quedara quieta. Yo oía el viento que soplaba violentamente y las olas embravecidas. La tormenta era feroz y hasta el suelo se sacudía y temblaba bajo nuestros pies. Y fue entonces que Byron salvó a mi abuelo y consiguió que volviera a respirar y sacarle el agua de los pulmones. Los dos estaban empapados y todos teníamos mucho frío —dijo, estremeciéndose con el recuerdo—. No puedo darle una descripción de los hombres, aunque el que me llevaba a mí era alto y muy fuerte. Tenía el pelo corto y era muy musculoso.

—¿Y dónde está ese hombre ahora? ¿Dónde está el hombre que la atacó?

—Creo que está muerto. No estoy segura.

Se produjo un breve silencio.

—No entiendo cómo ese hombre, ese Byron Justicano, fue capaz de llevar a su abuelo hasta la orilla. Son muchos metros desde el acantilado hasta el mar allá abajo. Dudo que de noche sea posible sobrevivir a una caída en el mar. Y anoche las olas eran altas y la tormenta muy fuerte.

Volvió a hacerse el silencio. El aire se espesaba. Una sombra creció en el interior de la sala. Tasha y el policía intercambiaron miradas nerviosas. Ambos sintieron que se les erizaba el pelo de la nuca como respuesta a la repentina amenaza que se presentía en el ambiente. Tasha se frotó los brazos, presa de un súbito escalofrío.

Antonietta se encogió tranquilamente de hombros, como si no se diera cuenta.

—Usted me ha preguntado que sucedió y yo se lo he contado. Es asunto suyo si quiere creerme o no.

—¿Por qué no nos llamaron inmediatamente?

—Eso fue lo que hicimos. Yo llamé al médico para ayudar a mí abuelo, y después me fui a mi habitación para ducharme y entrar en calor. Estaba amaneciendo. Lamento haberme dormido, pero los dos estábamos exhaustos. Sin duda el ama de llaves los habrá acompañado al salón de música y les habrá enseñado dónde llevaron a mi abuelo y el lugar en el acantilado.

—Sí, eso ha hecho, pero no pudimos despertarlos, ni a usted ni a su abuelo, para hablar, y el lugar del acantilado plantea más preguntas que respuestas. Hay huellas de lucha, incluso de alguien que ha caído por el acantilado. Hemos visto el sitio donde estuvo tendido su abuelo, y se observan las huellas de alguien que estuvo arrodillado junto a él. Pero es imposible, *signorina* Scarletti, que un hombre saque del mar a alguien que se está ahogando y lo lleve alo alto del acantilado. ¿Por qué llevar a su abuelo de vuelta al acantilado? Ésa es la pregunta.

—Quizá porque una mujer ciega, que estaba sola en medio de una feroz tormenta al borde un precipicio, también necesitaba ayuda.

—Creo que yo puedo ayudar, señor —dijo Tasha, y su voz era una sutil invitación—. Este hombre del que tanto habla Nonno, Byron Justicano, es un extraño entre nosotros. Es un

cazador de fortunas que pretende los bienes de mi prima. Ella vale mucho dinero, el palacio, la compañía naviera, su fundación privada. Esto lo sabe todo el mundo. Y él aparece en los momentos más oportunos. ¿Cómo podría haber rescatado aun hombre del mar? ¿Cómo podía salvar a Antonietta al mismo tiempo? ¿No ve que es una historia ridícula? No me cabe ninguna duda de que él está implicado. Y ya ha visto que Antonietta cree que se asaltante está muerto. Muerto por la propia mano de Byron y quizá ahogado en el mismo mar que casi se llevó a mi prima. —Tasha dejó escapar un pequeño sollozo y cogió a Antonietta por la muñeca—. Es un seductor de inocentes y un maestro del crimen. Tiene que salvarnos a todos de ese hombre. Sé que puedo contar con la generosidad que veo en sus magníficos ojos. De otra manera, no hay esperanzas de salvar a mi querida prima de ese individuo.

Antonietta se habría echado a reír de no haberse quedado sin voz. Se quedó con la boca abierta, incapaz de articular sonido alguno. Tasha tenía tanta facilidad para inventar historias que dependían de su ánimo o de sus intereses. Acababa de señalar a Byron como sospechoso a su atractivo policía. Y había traicionado la confianza de Antonietta sin pensárselo dos veces.

Antonietta volvió la cabeza en dirección a Byron. *Estás aquí, ¿no es así? Has oído las mentiras que le ha contado mi prima al capitán acerca de ti. Lamento que te cause problemas. Lo único que pretende es que él la vea como una mujer.*

No te inquietes por mí, Antonietta. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo.

Había un dejo de irritación en su voz, y Antonietta tuvo la imagen de unos dientes que se cerraban de golpe. Fue una imagen tan intensa que creyó ver un lobo enorme y peludo espiando a su presa. Estaba en la sala, y tenía todos los sentidos alertas. ¿Cómo era posible que Tasha fuera tan indolente como para condenarlo cuando estaba en la misma habitación con ellos?

Byron se aventuró por los numerosos recovecos del invernadero hasta aparecer detrás del follaje frondoso de varios árboles plantados en maceteros. Surgió lentamente de entre la vegetación, con la mirada hija en el policía, en el que plantó el recuerdo de una presentación transmitida con toda calidez. No se molestó en modificar nada en el recuerdo de Tasha. Ella también tenía ese intrincado patrón de los Scarletti en el cerebro. Además, quería sorprenderla, palpar su incomodidad, sólo porque había molestado a Antonietta.

—Buenas noches —saludó con gesto caballeresco—. Me temo que Tasha no hace más que hablar de sus inseguridades, capitán. Se irrita con facilidad y, además, esta noche la pequeña ha tenido un accidente. Byron se detuvo frente a ella, le tomo a Antonietta la mano que Tasha sostenía en la suya y se la llevó a sus labios. Le abrió los dedos y la besó con suavidad en el centro exacto de la palma. Un movimiento lento y sin prisas. Tranquilo, deliberada y abiertamente posesivo. Permaneció así un momento, con el pulgar acariciándole la piel de la mano.

Byron se giró despacio y miró a Tasha. Bajo la luz difusa del invernadero, de sus ojos nació un destello rojizo, y sus dientes brillaron con una blancura asombrosa y, por un instante, Tasha creyó ver unos colmillos largos y afilados, similares a los de un lobo. Pestañeó y vio que él sonreía, inclinándose con gesto cortés y encantador.

—Tasha, querida, lamento que haya sufrido tanto por tu prima, pero no hay por qué ponerse histérica. Te aseguro que está a salvo, y el capitán y yo nos ocuparemos de que siga así. —Su voz era suave como el terciopelo, una mezcla de sutil humor y arrogancia masculina, aunque muy atractiva.

Byron concentró toda la fuerza de su voz y su mirada hipnótica en el capitán.

—No es tan difícil de creer, puesto que las pruebas apoyan todas y cada una de las palabras de don Giovanni y de Antonietta. Desde luego, ellos están por encima de cualquier reproche y usted no confía en ellos. Está sumamente preocupado por protegerlos. Puesto que somos buenos amigos y usted sabe que a mí también me inquieta, desea unirse a mí y compartir conmigo todo lo que sabe sobre este ataque que ella ha sufrido, porque quiere

ayudarme a protegerlos. —En su voz había tal pureza y bondad que era imposible hacer otra cosa que asentir.

Tasha miró a los dos hombros horrorizada. Byron se volvió a enseñarle los dientes.

Diego le dio unos golpecitos amigables en el hombro.

—Me alegro de que hayas venido, querido amigo, o podríamos haber sido testigos de una tragedia mucho más grave. *Signora* Scarletti-Fontaine, es evidente que Byron ha salvado a su abuelo y a su prima de una muerte segura. Su familia le debe mucho.

Antonietta se dejo mecer por la voz aterciopelada de Byron, pero se dio cuenta de que no recordaba sus palabras con toda precisión. Sólo el tono de voz, el tono perfecto y puro. Alzó el mentón. *¿Eso me haces a mí?*

¿Qué te hago?

La risa implícita en su tono le hizo apretar los dientes. A veces, la diversión masculina podía ser muy volátil. *Hipnotizarme con tu voz para obtener mi plena cooperación.*

Intento hipnotizarte con mis besos. Mi voz no funciona contigo. Ya quisiera yo que así fuera. Se haría realidad mi sueño más anhelado.

Antonietta no pensaba ahondar en ello. Era demasiado incómodo estar sentada con otras personas y mantener al mismo tiempo una conversación privada e íntima que rozaba la sensualidad.

—¿Tiene usted la información que necesitaba, capitán? —Su pregunta iba dirigida al policía, pero sus pensamientos estaban absortos en Byron. Era consciente de su presencia con cada célula de su cuerpo. Era una obsesión. Una sensación incomoda, que hubiera preferido no tener.

Yo me siento igual que tú. Byron volvía a recordarle que podía leer sus pensamientos. Antonietta era una mujer orgullosa, y Byron sabía perfectamente que desear a un hombre la haría sentirse vulnerable e inquieta.

Tasha se incorporó de sopetón con los brazos en jarra.

—¿Ya está? ¿No piensa hacerle más preguntas? Le advierto que Byron Justicano no es lo que parece. ¿Cómo ha entrado en esta casa? ¿Cómo suele entrar? ¿Por qué no se lo pregunta?

Byron se giró frunciendo el oscuro ceño. Tasha volvió a captar aquel fulgor rojizo, como una advertencia diabólica. Él la miró directamente a los ojos.

—Me convierto en pequeñas moléculas y paso por debajo de las puertas. Ten cuidado de no dejar la ventana de tu habitación abierta, nunca sabes lo que se puede colar dentro —dijo, riendo suavemente, y el capitán lo imitó.

Antonietta no dijo palabra. Ignoraba cómo Byron burlaba el moderno sistema de seguridad. Simplemente aparecía en una habitación. Ella sabía de inmediato cuando llegaba, aunque otros no parecieran reconocer su presencia. Su entrada siempre era silenciosa e instantánea. Antonietta no recordaba haberlo visto franquear una puerta, excepto cuando se encontraban en los jardines. *¿Cómo has entrado? Creía saber qué eras, pero aún así, no puedes materializarte sin más en una habitación*. Antonietta tuvo la impresión de que alguien reía y, sin embargo, no oyó la risa. Y él no le contestó.

—Esto no tiene ninguna gracia, Byron —respondió Tasha bruscamente—, y tampoco es una respuesta. ¿Dónde vives? ¿Cuál es tu dirección? ¿Cómo se explica que nadie sepa dónde vives? —Tasha dio unos golpecitos nerviosos en el suelo con el pie y le lanzó a Diego una mirada de irritación—. ¿Al menos habrá anotado su dirección? ¿Sería capaz de dar con él si, al final, resulta que forma parte de un complot para hacerse con la fortuna de mi prima?

—Byron no podría heredar si yo muero, Tasha —dijo Antonietta. Se había puesto de pie, sabiendo que la dejarían pasar hacia el sendero abierto entre flores y arbustos—. Serás tú quien herede. Dudo mucho que mi muerte, o la de Nonno, pueda aportarle algún beneficio a Byron.

—¿Qué dices? —chilló Tasha—. ¿De qué me acusas? ¿Acaso fue yo la que te arrastró al acantilado para lanzarte al agua? ¿Qué estás insinuando?

—Digo que dejes en paz a Byron. Arriesgó su vida para salvar a Nonno y salvarme a mí. No tiene sentido que sigas adelante con esto.

Pocas personas discutían con Antonietta cuando se ponía seria. Ni siquiera Tasha. Con la cara encendida y las dos mejillas teñidas por un rubor furibundo, abandonó el invernadero. Su mirada juraba venganza.

Byron le cogió la mano a Antonietta.

—¿Necesitas saber algo más, Diego? —Su voz era amistosa, llena de camaradería—. Por favor, cuéntanos lo que sabes.

—Me temo que no es mucho. —El capitán respondió de inmediato a las palabras de Byron—. Ni siquiera hemos encontrado el cadáver del hombre con quien luchaste para salvar a la *signorina* Scarletti. No está en los acantilados, aunque es posible que se lo haya tragado el mar.

—Creo que se dio un golpe en la cabeza al caer. No volvió a levantarse, pero yo tuve que llevar a don Giovanni al palacio y no me detuve a ver qué le había ocurrido, como debería haber hecho. —Byron hablaba tranquilamente, con un gesto inocente, encogiendo los hombros, que traducía su pesar—. Todo sucedió muy deprisa.

—Así es como suele ser. —Diego suspiró y se quedó mirando por donde se había ido Tasha—. Es una mujer atractiva.

Byron sintió que Antonietta le apretaba la mano.

—Sí, lo es —respondió—. Tasha adora a los niños y está muy angustiada por el accidente de Margurite. ¿Cree usted que hay alguna relación entre eso y la agresión que sufrimos mi abuelo y yo?

—Estoy seguro de que había intención de causarle daño a su abuelo —afirmó Diego.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad? ¿No se ve algo en las cintas que muestre cómo entraron y cómo pudieron moverse con tanta facilidad por el palacio sin activar la alarma? —preguntó Byron, tranquilo. Sintió que Antonietta se estremecía ligeramente, y la atrajo hacia sí para protegerla con sus anchos hombros.

—Tenían que saber el código para entrar en la casa, y dónde estaba el panel de control para desactivar el sistema.

Se produjo un breve silencio. Antonietta hacía lo posible por no apoyarse en Byron. No quería revelar sus emociones, aunque en el fondo deseaba gritar, exasperada por esa traición. Alguien del palacio había ayudado a sus agresores. Apoyó la cabeza en los hombros de Byron. Tras sus gafas oscuras, apretó con fuerza los ojos para aliviar el dolor que le desgarraba el corazón. Alguien de su propia familia. Los amaba con toda el alma, con todas sus peculiaridades. Pensar que uno de ellos participaba en una conspiración para asesinar a don Giovanni era inconcebible.

Lo único que he aprendido en esta larga vida es que nunca hay que apresurarse a sacar conclusiones.

Su voz era como un ronroneo en la cabeza, avivaba un calor y una esperanza en lo más profundo de su ser, donde se había abierto un agujero enorme y angustiante. Sin más. Con pocas palabras y su voz mágica, Byron había conseguido curarla.

—¿*Signorina*? Creo que debe tener mucho cuidado hasta que descubramos quién está detrás de este atentado contra usted y don Giovanni —avisó Diego.

Byron se percató de que Diego miraba una y otra vez hacia el pasillo fuera del invernadero, donde Tasha se paseaba de un lado a otro. Se inclinó hacia el hombre y lo miró directamente a los ojos para reforzar esa convincente sensación de amistad y confianza.

—Es una buena idea, Antonietta, creo que es un consejo muy sabio que vaya con cuidado. ¿Hemos acabado, Diego? Quizá Tasha quiera invitarte a una taza de té mientras hablas con el personal de la cocina sobre la desaparición de Enrico —dijo y volvió a estrechar a Antonietta.

—Estoy segura de que Tasha estará dispuesta —convino Antonietta. Más que nada, quería estar a solas con Byron. Necesitaba estar a solas con él.

—Creo que eso sería lo más indicado —advirtió Diego, sin dudarlo—. Gracias por su tiempo, *signorina* Scarletti. Me mantendré en contacto con usted.

Antonietta dejó que Byron le retuviera la mano, aunque normalmente se empeñara en caminar sola. Estaba prohibido mover los muebles en el palacio, y ella sabía dónde se encontraba cada planta, silla y mesa. Byron Justicano estaba bajo su protección. Quería dejarle muy claro a su familia que tendrían que aceptar su presencia en su casa y en su vida.

—Por favor, venga conmigo, capitán. Tasha está aquí afuera. —No costaba demasiado identificar los pasos nerviosos en el pasillo, y Antonietta conocía a su prima. Si pensaba en el visible interés que había manifestado su prima por el policía, Tasha no podía estar muy lejos.

Byron abrió la puerta y se apartó para dejar que Antonietta lo precediera. Cuando pasó, le susurro al oído:

—Te he traído una sorpresa.

Tasha se giró inmediatamente cuando los vio salir del invernadero, sus grandes ojos oscuros fijos en Diego.

—¿Tiene usted alguna idea de quién ha hecho esto?

—Todavía no, *signora*.

—¡Tasha! —dijo ella, con un mohín perfecto—. Si no me llama Tasha, temo que no le responderé. *Signora* Scarletti-Fontaine es demasiado formal. —Ignorando a Byron, se acercó a Antonietta y la besó en la mejilla—. Lo siento, prima. Ya sabes por qué —susurró. Sus palabras fueron apenas audibles, pero Byron las oyó con claridad.

Antonietta asintió con un gesto de la cabeza.

—Tasha, ¿tendrías un momento para acompañar al capitán a la cocina y pedirle al personal que coopere con él? Byron me ha traído una sorpresa y espero que no te importe enseñarle a Diego lo que le haga falta para completar su informe.

A Tasha se le iluminó el rostro.

—Desde luego, Antonietta. Diego, por favor, venga conmigo —dijo. Le pasó la mano por el hueco del brazo y le sonrió para que él no le quitara la vista de encima.

Capítulo 6

—*M*e gustaría que fueras a ver a Margurite esta noche —dijo Antonietta—. Estará en el hospital. Sé que está durmiendo, y es probable que le hayan dado algún calmante, pero si puedes hacer algo por acelerar su recuperación, te agradecería que lo intentaras.

—Iré a verla —le aseguró Byron—, pero en este momento está su madre con ella y sería preferible que vaya a visitarla cuando esté sola. No puedo ponerme a curarla delante de sus padres, ni de los médicos. Pensarían que soy el diablo.

—Supongo que tienes razón —concedió Antonietta con una ligera sonrisa.

—Creo que deberías echarle una mirada a la sorpresa que te he traído. Hace rato que espera afuera en la intemperie.

—¿Has traído a alguien? —Por un momento, el corazón le dio un vuelco. ¿Byron tenía un hijo? A pesar de sus frecuentes visitas, sabía muy pocas cosas acerca de él. Al fin y al cabo, lo que Tasha decía tenía cierto sentido, porque nadie sabía donde vivía.

—Por decirlo de alguna manera —respondió Byron, enigmático—. El jardín de la entrada... Ahí nos está esperando.

—Deberías haberle pedido que entrara —dijo Antonietta.

—Verás, lo he traído para ti y espero que digas lo mismo cuando lo conozcas. —Byron abrió la puerta y señaló al borzoi.

Celt hizo su entrada con paso majestuoso. Fiel a su palabra, Byron lo había protegido de la tormenta, y ahora lucía un pelaje totalmente seco. Se dirigió hacia Antonietta y, como si supiera de su ceguera, colocó la cabeza bajo su mano y fijó la mirada en ella con aire de devoción. Byron sonrió.

—Sabía que te gustaría inmediatamente —le dijo a Celt.

Antonietta hundió los dedos en el sedoso pelaje, asombrada.

—¿Un perro? ¿Me has traído un perro?

—No es un perro cualquiera. —Byron cerró la puerta para que no entraran las ráfagas de lluvia y viento—. Celt es un compañero y un protector. Sabe cuándo no debe molestar y, sin embargo, siempre estará contigo, completamente entregado. Siempre que este perro esté contigo, si alguna vez me necesitas, podré ayudarte, aunque me encuentre muy lejos. Observó atentamente la cara de Antonietta para captar cualquier señal de inquietud ante sus palabras. No era lógico que ella aceptara sin más esas diferencias y, sin embargo, era como si nunca lo cuestionara.

Antonietta se arrodilló y pasó las manos por el poderoso pecho y el lomo del perro.

—Es muy grande. Y tiene trazas de ser un gran corredor. ¿Cómo podré darle el ejercicio que necesita? —Quería quedarse con el animal. En cuanto palpó su calidez y le recorrió el morro alargado, suave en la palma de su mano, supo que había una conexión. Aquel perro estaba destinado a ser suyo. Lo quería con todo el alma pero, al mismo tiempo, era consciente de sus limitaciones—. Quiero que seas feliz —le dijo al animal.

—Celt. Se llama Celt. Los borzoi no se quedan con alguien si no son felices. Es suya la decisión, y a juzgar por cómo se ha colocado a tu lado, creo que ya está tomada. Necesita descansar y recuperar fuerzas. Su antiguo dueño lo maltrataba. Al parecer, Celt era propiedad de una jovencita que tuvo la desgracia de casarse con el hombre equivocado. Lo encontré encerrado en una perrera diminuta donde apenas podía tenerse de pie, y estaba muerto de hambre.

—Qué cosa más horrible. Se le notan las costillas —dijo Antonietta y le frotó las orejas sedosas—. Se recuperará y se pondrá fuerte, *Grazie*, Byron. De verdad. Me dan ganas de ponerme a llorar ante algo tan maravilloso. ¿Cómo lo encontraste?

Byron se encogió de hombros, como si no tuviera mayor importancia.

—Oí su llamada. Es un perro fuerte, pero sumamente noble. Obedecerá todas tus órdenes, incluso atacará aunque no haya necesidad. Velará por ti cuando yo no pueda estar a tu lado. ¿Has contratado a un guardaespaldas?

—Justine se ocupará de ello. Conozco a una mujer que tiene una agencia internacional. La conocí hace varios años y me quedé impresionada. Es de Estados Unidos, pero su personal es gente capacitada, profesionales que dominan varias lenguas. Estoy segura de que la persona que me mande será la indicada. —Antonietta dejó que el perro explorara su nuevo entorno, sabiendo que los olores son importantes en el mundo animal—. De modo que te llamas Celt. Yo soy Antonietta. Jamás he tenido un animal de compañía, así que, por favor, tendrás que soportarme. Haré todo lo que pueda para aprender de prisa.

—No es un animal de compañía —corrigió Byron—. Te dará protección y te acompañará, pero él escoge libremente con quién desea quedarse. Puedes conectar conmigo, así que es posible que puedas hacerlo con él. Los patrones cerebrales son diferentes, pero si practicas podrás captar sus señales. No son más que corrientes eléctricas.

—Nunca me he parado a pensar en cómo funciona, ni en que se pudiera usar la telepatía con los animales. ¿Puedes captar sus sentimientos?

—Desde luego. Él capta los nuestros. Un animal se pone nervioso si un niño llora o si su compañero está en apuros o en peligro. Ya verás.

—Gracias, Byron, es una sorpresa maravillosa. —Antonietta abrazó al animal, intentando recordar la última vez que había recibido un regalo. Sus primos creían que ella podía tener todo lo que quisiera, de modo que nunca se molestaban—. Tendrás que decirme cómo hay que hacer ejercicio con él.

—Creo que a Margurite le gustará —dijo Byron—. Tiene una afinidad natural con los animales. He observado que atrae a las criaturas salvajes.

—¿Es verdad eso? —Antonietta estaba asombrada—. Nadie jamás me ha dicho nada, ni siquiera Justine, y ella es como si fuera mis ojos aquí en el palacio. —Con una mano sobre la cabeza del perro, alzó el mentón y miró a Byron—. Cuando me llevabas a casa desde el acantilado, ¿qué quisiste decir con aquello de que había una manera de que yo viera a través de ti? Haces cosas increíbles. ¿Existe una manera de recuperar la visión?

Byron dejó escapar un lento suspiro y también acarició el pelaje sedoso del perro.

—Es una pregunta difícil, Antonietta. No está bien mentirle a la propia pareja. Sí, puedo ayudarte a ver a través de mis ojos, pero no sería permanente. Podrías ver lo que veo yo mediante nuestro vínculo mental. Siempre y cuando yo estuviera contigo, compartiendo mis ojos, podrías ver. Cualquier otra cosa es algo muy diferente, y en este momento no tengo todas las respuestas.

Sus palabras la desconcertaron, pero la idea de ver era demasiado interesante como para cambiar de tema.

—¿Podría ver de verdad? ¿Vería a la pequeña Margurite? ¿A mi abuelo? ¿A mis primos? ¿A ti? ¿Podría verme en un espejo?

—Sí, pero te sentirías desorientada. Tu cuerpo no está acostumbrado a orientarse por señales visuales y se confundiría. Sería preferible comenzar con algo sencillo mientras te quedas totalmente quieta. Si te mueves, aumentaría tu desconcierto. —Tuvo ganas de cogerla en brazos y estrecharla mientras le ofrecía esa explicación, porque intuía que estaba confundida. Y era asombroso como él se inquietaba al percibir esa confusión.

Antonietta respiró hondo.

—Dejaré a Celt en mi habitación y se lo presentaré a la familia cuando se hayan calmado las cosas. —Las palabras de Byron le daban vueltas en la cabeza sin cesar, e

Librodot

intentaba darles un sentido. Quería resolver el enigma que él no había querido revelarle. Intentaba imaginar la facultad de ver, aunque fuera a través de los ojos de Byron.

Se sorprendió al notar que el perro se situó inmediatamente a su lado cuando comenzó a caminar. Caminaba tranquilo, sin interponerse y siempre junto a ella.

—Si se atraviesa por delante, es que quiere que te detengas, y siempre será por algo —dijo Byron—. Sería conveniente que aprendieras a conectar con él, puesto que también puede ser tus ojos.

—No me gusta apoyarme en nadie, si puedo evitarlo —confesó Antonietta—. Me hace más dependiente.

—Te apoyas en Justine —dijo él, con voz cuidadamente neutra —Celt no es más que un instrumento diferente y también un compañero. Quizá descubras que te da aún más libertad e independencia. En cualquier caso, con él a tu lado, me sentiré más tranquilo durante las horas en que no estoy contigo. Ahora necesita descansar, pero ya verás que, si creáis un vínculo, Celt sentirá la necesidad de estar contigo mayor parte del tiempo para acompañarte.

Antonietta volvió a abrazar al perro.

—No te preocupes, Byron, disfrutaré cada momento que pase con él. —Subieron la escalera y continuaron por el largo pasillo hasta sus dependencias. Después de una breve inspección de las habitaciones, Celt se instaló como si estuviera en su casa. Antonietta ya se había dado cuenta de que Byron había cerrado las puertas de sus habitaciones y que se habían quedado a solas.

—Te molesta que no te haga preguntas sobre tu vida, ¿verdad?

—¿Por qué aceptas mis diferencias con tanta facilidad, Antonietta? —inquirió Byron, curioso—. Si superara tu barrera mental, leería tus pensamientos como hacen las parejas, pero quiero respetarte y esperar hasta que desees compartir tus pensamientos conmigo. Si no me hablas, no tengo manera de saber en qué estas pensando. —Decidió no añadir una frase sobre los machos humanos, que eran incapaces de leer la mente de sus mujeres.

Antonietta acarició las orejas sedosas del perro.

—¿Conoces la historia de los Scarletti y el palacio? ¿Sabías que la construcción está llena de túneles secretos? Contienen los tesoros de los Scarletti, y también sus secretos. Quiero mostrarte algo —dijo, y se inclinó nuevamente para abrazar al perro—. Quédate aquí, que estarás más abrigado.

—¿No pensarás entrar en esos túneles, Antonietta? Me han contado que son peligrosos. Dicen que hay trampas mortales que salen de las paredes y del suelo.

Ella deslizó la mano a lo largo de la parte inferior de la pared hasta encontrar el mecanismo que abría la puerta oculta que conducía al estrecho pasadizo.

—El pasaje secreto es algo más que una manera de escapar hacia el mar—dijo Antonietta—. Nuestra familia lo ha usado durante generaciones para ocultar valiosos objetos antiguos que los conquistadores, los gobiernos o incluso la Iglesia podrían codiciar.

—Con todas estas trampas, ¿no tienes miedo de dar un paso en falso y morir? —A Byron no le hacía gracia que Antonietta se desplazara por esos pasillos oscuros con su confianza habitual, sabiendo que había hojas mortalmente afiladas que esperaban, ocultas, el paso de los intrusos.

Antonietta rió suavemente.

—Hace años sacaron los cuchillos, precisamente por esa razón. Ya no teníamos que escapar hacia el mar cuando nos perseguían los invasores, de modo que para la seguridad de los miembros más incautos de la familia, las trampas fueron desmontadas. —Le cogió la mano y le sonrió—. Es bastante seguro. Ven conmigo. En la oscuridad me encuentro como en casa y no dejaré que te pase nada. Aquí dentro hay algo que descubrí hace algún tiempo. Para mí vale más que todo el oro y todas las obras de arte que se conservan en las salas secretas.

—¿Estás segura de que han desmontado las trampas?

—Sí, también los Scarletti han tenido que adaptarse a la edad moderna. Instalamos electricidad en el pasillo. La necesitábamos para el sistema de cierre de la cámara acorazada y

para la luz. —Su sonrisa era suave y sugerente. ¿Cómo podía alguien resistirse a su risa, sobre todo él?

Byron le cogió la mano y se internó con ella en el oscuro pasaje, Ella no encendió las luces en el laberinto de pasillos. No necesitaba una luz, y aquello decía algo de cuánto lo conocía a él, porque ni siquiera se molestó en procurarle una.

—La noche que murieron mis padres, sabía que algo había pasado. Me desperté y apenas podía respirar. Los llamé, pero no me oyeron. Salí corriendo a cubierta y oí el tic-tac del reloj. Más tarde, cuando se lo conté a Nonno, me dijo que lo había imaginado. Pero yo sabía que no era mi imaginación. Sabía que había una bomba en el yate. Salté al agua cuando explotó.

La puerta se cerró con fuerza a sus espaldas, dejándolos aislados en el estrecho túnel. Estaban totalmente a oscuras. Ninguna luz se filtraba en ese laberinto. El pasillo era tan estrecho que Byron casi tocaba con los hombros en ambos lados.

—Es posible que lo hayas oído y sentido, Antonietta. Muchas personas poseen una alarma interior, y hasta una especie de radar.

—Durante años me culpabilicé a mí misma de lo sucedido. Yo los abandoné. No subieron a cubierta cuando les grité que había un peligro. No sé por qué, pero no subieron. —Condujo a Byron por los vericuetos y se alejaron de la galería más ancha—. Fue la primera vez que sentí a la bestia.

Byron sintió que Antonieta le enterraba los dedos en la mano, y la estrechó en seguida en sus brazos.

—Eras una niña, Antonietta, sólo tenías cinco años. Tú misma apenas conseguiste escapar de la muerte. Por como sucedieron las cosas, seguramente dudaste, y por eso te alcanzó la explosión.

Ella le pasó la mano por el pecho con lentas caricias y sus dedos temblaron.

—Lo sé... ahora. Los niños tienen la tendencia a culpabilizarse a mismos. Me giré cuando vi que no habían subido a cubierta y les grité para que se dieran prisa. —Apoyó por un momento la cabeza contra su pecho—. Era demasiado pequeña para subir a las cuerdas de y pasar al otro lado, pero sentí algo, una fuerza que se agitaba en mi interior. Crecía y se extendía. Era noche cerrada, no había estaba oscuro. Las aguas eran negras. De pronto, sentí que algo se movía bajo mi piel, casi como si estuviera vivo, y me provocó un escozor horrible. Y entonces lo vi todo. No era una visión normal, era diferente, pero de pronto la noche se aclaró. Oí que mi madre le decía algo a mi padre. Le decía que volvía en seguida, que iba a ver que pasaba conmigo. Pensarían que tenía una pesadilla. Pero ya era demasiado tarde. Subí a las cuerdas de la barandilla. Un solo salto. Fue tan fácil, y luego el mundo se volvió blanco y luego rojo y naranja, y se luego todo se oscureció.

Byron sentía que en Antonietta latía un profundo pesar. No importaba que aquellos sucesos se remontaran a tantos años atrás, porque en su recuerdo estaban tan vivos como el día en que ocurrieron. Volvió a estrecharla con fuerza y hundió la cara en su cabellera sedosa y fragante.

—Me alegro de que hayas sobrevivido, Antonietta. Lamento que hayas perdido a tus padres. Seguro que los querías mucho. —Una vez más quiso derribar aquella barrera mental siempre presente. Deseaba conocer sus recuerdos. Deseaba tener acceso a ese poder interior. A sus orígenes.

—Eran unos padres maravillosos. Rara vez estaban el uno sin el otro. Tenían una relación muy estrecha, y siempre daban la impresión de que compartían algún secreto. Ven conmigo, quiero mostrarte algo. —Dio un paso adelante y le tiró de la mano—. Jamás le he contado a nadie lo que sucedió realmente esa noche. Sé que dirían que estoy loca. Nací con el don de los Scarletti para sanar. Y muchos tenemos el don de la telepatía, aunque nuestra capacidad es limitada. Nunca he podido comunicarme con nadie con tanta claridad como contigo. —Se detuvo en medio del largo pasaje y pasó la mano por la parte superior de la

pared—. Cuando descubrí esta sala, estaba cubierta de telarañas. No creo que nadie haya venido aquí en años.

Byron buscó la mano de Antonietta, deslizó los dedos sobre el hueco desgastado por los siglos hasta encontrar el mecanismo oculto que daba acceso a la sala. La puerta se abrió y en el interior una luz se encendió automáticamente. Un aire mustio y rancio llegó hasta ellos. Byron la envolvió en sus brazos para evitar aquella bocanada malsana, tapándola con toda su envergadura mientras lanzaba un soplo de aire hacia la sala y creaba una leve ráfaga de viento con los brazos. Esperó hasta asegurarse de que se podía respirar y dejó pasar a Antonietta

—¿Cómo has hecho eso? Yo puedo hacer unas cuantas cosas, pero no puedo volar con dos adultos sobre los acantilados y bajar hasta el *palazzo* por ese camino estrecho y resbaloso. Juro que nuestros pies no tocaron el suelo, y tú ibas a tal velocidad que el viento nos golpeaba en la cara. Yo puedo sacar fuerzas de la bestia y, a veces, tengo imágenes térmicas, supongo que muy parecidas a los infrarrojos, pero no puedo hacer las cosas que haces tú. Como la otra noche que me asustaron. No era como ver, era otra cosa.

Antonietta entró en la pequeña sala. Byron la siguió. No era más grande que un enorme armario empotrado, largo y estrecho. En las paredes talladas, del suelo al techo, apareció una mezcla de símbolos, imágenes y escritura antigua.

—Es la historia de mi familia —dijo ella—. Nuestra herencia, quienes somos. Y después de que Nonno me enseñara esta sala, no he vuelto a tener miedo de mí misma. —Inclinó la cabeza hacia él—. Y jamás tendría miedo de ti. —Con un gesto, señaló la pared—. He aquí el gato que buscabas anoche. Los felinos Scarletti.

Byron se acercó a la pared y siguió con las yemas de los dedos el intrincado relieve, como había hecho ella, al «leer» las imágenes. Eran figuras de jaguares, de hombres y mujeres que eran jaguares y humanos a la vez, capturados para la eternidad en un momento de transición. Los relieves más antiguos eran bastos pero detallados. Los dibujos posteriores eran muy bellos, como si los artesanos hubiesen invertido un enorme trabajo en su creación.

—Esto es increíble, Antonietta. ¿Alguien más ha visto esto?

—No, pensé que era preferible guardar el secreto.

Byron estaba de acuerdo con ella. Los contenidos de la sala podrían ser muy perjudiciales para los Scarletti y su posición en la sociedad. Aun así, aquella relación tan secretamente guardada de la saga de los Scarletti era importante para su pueblo. Sus dedos volaron sobre la superficie de la pared, leyendo lo más rápidamente posible.

—De modo que ésta es la razón por la que no temes mis diferencias y las aceptas tan fácilmente.

—Supe en seguida que tenías que ser uno de los machos, y que tu rama sanguínea debía ser más poderosa que la mía. —Aspiró hondo y dejó escapar un suspiro—. Ya sé que no te quedarás, Byron, y no me importa. De verdad, no importa. No deseo casarme. Estoy muy contenta con mi vida tal como es. Jamás he deseado tener una relación permanente con un hombre. Tener un amante es otra cosa completamente diferente. Puedes quedarte el tiempo que desees, y seguro que todo irá a pedir de boca para los dos.

Él se giró, despacio, apoyó la cadera contra la pared de relieves y se cruzó de brazos. Se produjo un largo silencio.

—Entonces, ¿no te importará cuando te deje?

Antonietta captó el suave gruñido oculto en la voz, los dientes que rechinaban. Tuvo un escalofrío y, por primera vez, sintió un ligero desasosiego. Byron parecía un hombre tranquilo y gentil, de modales antiguos y clásicos. Recordó cómo había agarrado a su agresor, después el crujido perceptible de los huesos. Con qué indolencia había lanzado aquel cuerpo inerte a un lado. Ni siquiera se había acercado a comprobar si el hombre seguía vivo, porque ya sabía que estaba muerto.

—Y bien, es evidente, lo he leído muchas veces. Entiendo perfectamente la necesidad de deambular que tienen los machos de esta especie. Confieso que acepto lo inevitable y no quiero que te sientas mal por ello. —Mientras hablaba, Antonietta dio un paso atrás y se llevó

la mano instintivamente al cuello como protegiéndose. Tenía el pulso desbocado como si llamara a Byron. La marca que él le había dejado la noche anterior palpitaba y le quemaba.

—Hay cosas que son inevitables, pero dudo que sea lo que tú te imaginas. —Byron estiró el brazo con gesto intrascendente, casi con pereza, y la cogió por la nuca para atraerla. Ella se dejó, aunque con cierta reticencia, y dio un pequeño paso adelante para ceder a su demanda, y luego otro, hasta que sintió el calor de su cuerpo a través de la delgada barrera de su ropa.

—¿Por qué tienes rabia?

Byron ardía de rabia de sólo pensar que ella pudiese estar tan segura de que él la dejaría. De que querría dejarla. Le irritaba que Antonietta se mostrara tan condescendiente, incluso agradecida, de que él la dejara. Quiso mitigar aquel caldo de emociones que bullía en su fuero interno. Aquel camino conducía al desastre.

—En este muro se cuenta que un grupo de mujeres y niños llegaron buscando un refugio. Había sólo unos cuantos machos, la mayoría viejos, o muy jóvenes, pero las mujeres no tenían hombres que las protegieran. Querían vivir en las tierras de los Scarletti, bajo la protección de la familia. Eran extranjeros, venidos de una tierra distante, gente de costumbres extrañas. Aquí dice que estas mujeres tenían grandes dones de telepatía. Y eran curanderas. Y todas podían mutar

Antonietta asintió con un gesto de la cabeza. Byron ya no la tenía inmovilizado, sólo una ligera presión, casi suave, en torno al cuello, pero la tensión seguía vibrando en el aire entre los dos.

—En esta imagen se ve con toda claridad un felino grande.

—El jaguar —dijo él—. He oído hablar de esta especie. Están casi extinguidos. Los machos se negaban a quedarse con las hembras y, con el tiempo, las hembras adoptaron maridos humanos. La raza se ha debilitado a lo largo de los siglos.

Ella volvió a asentir.

—A veces, siento el felino en mi interior. Advirtiéndome. Tengo un sentido del olfato muy agudo. Soy ciega, pero cuando asoma mi naturaleza salvaje, veo colores de tonos rojos, amarillos y blancos. Imágenes de calor. Cuando anoche olías al felino, pensé que quizá le sucede lo mismo a uno de mis primos, y entonces ya no soy una criatura tan excepcional. Es verdad, Byron. Éste es el motivo del trato entre los Scarletti y las mujeres de la aldea. Ellos querían el don del jaguar para sí mismos. Algunos de los hombres Scarletti se casaron con esas mujeres, hay quienes conservan un componente muy fuerte en la sangre, otros no. He leído estos muros con cuidado. Es verdad que los hombres abandonaron a las mujeres. Ellas estaban dispuestas a convivir con los humanos porque sus hombres jamás se quedaban. La dejaban preñadas y desaparecían, incluso en tiempos de guerra, hambre y plagas. Fue así que las mujeres se volvieron hacia nuestra raza en busca de compañía, de amor y de una familia.

—Como hicieron en otros lugares —acotó Byron.

—En los viejos tiempos, las mujeres tenían escasos derechos y menos protección, pero en el mundo de hoy somos muy capaces de cuidar de nuestros hijos y darles lo que necesitan. Yo tengo una vida holgada y jamás pensé que conocería a alguien que me atrajera tanto. Francamente, Byron, sólo quiero decir que si esperaba o deseaba un amante, sólo era por períodos breves.

Él respiró con un silbido largo y lento, lleno de contrariedad.

—Lo siento, pero no es lo que yo espero ni deseo, Antonietta. No soy un jaguar. Los míos no abandonan a las mujeres por cuestiones de conveniencia o ganas de ver mundo. Cuando nos unimos, lo hacemos de por vida. Para toda la eternidad. Yo no deseo menos, ni tampoco aceptaré menos. Tienes mucho que aprender acerca de quién soy y qué soy. —Su mirada oscura vagaba obsesivamente por su rostro.

Ella sintió el impacto, la intensidad de su mirada que la quemaba por dentro. De pronto, se acordó de la oscuridad sofocante en que vivía. Sola entre los estrechos muros de aquel espacio, era demasiado tarde para recordar que sabía muy poco del hombre que ahora

tenía tan cerca. Lo ignoraba todo de su familia, de su herencia, incluso, de su corazón. Él siempre estaba solo y era muy reservado, muy atento, pero también podía volverse sumamente violento si hacía falta.

—¿Quién eres, Byron? —Habló con un susurro ronco teñido de miedo cuando más necesitaba sentirse segura—. Dime, entonces, quién eres. Dime qué eres. Si no eres un jaguar, como yo, ¿qué eres? —Conteniendo la respiración, se llevó la mano al vientre tembloroso.

Con el pulgar, Byron le subió el mentón. Ella sintió su aliento en la cara. Cálido. Insinuante. Se acercó y le rozó la comisura de los labios con la boca, de una suavidad aterciopelado. Era tan persuasivo que el corazón le dio un vuelco.

—Soy tu pareja. Soy el guardián de tu corazón, y tú del mío. —Fueron palabras susurradas junto a sus ojos. Los labios de Byron bajaron nuevamente por su cara hasta encontrar su boca. Dulce. Insistente, ligero como una pluma, pero con toda la fuerza para robarle el aliento. Y el habla. Y la cordura. Su mente sólo le permitía pensar en su deseo. Tenerlo para ella.

Sus palabras sonaban extrañas, casi solemnes, pero eso no impidió que volviera su boca hacia él ni que lo deseara con cada célula de su cuerpo. Byron. Había soñado con él durante tantas noches solitarias. Sueños eróticos y apasionados de sexo salvaje y cumbres de placer en cuya existencia, realmente, no creía. Él aplastó sus labios contra los de ella, devorándola con su boca caliente, masculina y excitante, ahí en la oscuridad del cuarto secreto donde los arcanos de sus ancestros decoraban los muros.

Se fundieron uno en el otro, dos mitades del mismo todo. Una mezcla de fuego y electricidad. La tierra se remeció misteriosamente bajo sus pies. Él la atrajo hacia sí, y los dos cuerpos casaron estrechamente uno en el otro, la impronta de cada músculo de Byron en la piel tierna de ella. Sabía cómo se sentiría Antonietta, llena de dulces curvas y de un deseo hipnótico. El río de la pasión creció en ella hasta encontrar sus deseos más oscuros. Byron lo había sabido desde el momento en que llegaron a sus oídos las primeras notas exquisitas de su música.

Antonietta le lanzó los brazos al cuello. Byron la sumió en un universo de hambre y pasión y luz, la condujo hasta la fuente primigenia de su música. De sus goces y dolores y sus sueños eróticos más intensos. De cada gota de su deseo. Antonietta no podía resistirse a sus ansias de cercanía, de sentir el calor insólito de su piel. Deslizó las manos por debajo de su camisa para palpar el contorno de sus músculos. Ardía en el dolor del deseo y su cuerpo se volvía líquido y hambriento.

—Byron. —Murmuró su nombre con voz de sirena. Una invitación al paraíso.

Él le atrapó el labio inferior con los dientes.

—¿Quieres que te haga el amor, Antonietta? Sería tan sencillo para ti. Ningún vínculo. Ningún amor entre nosotros para estorbarnos. —Le cogió el pecho en el cuenco de la mano y con el pulgar jugó con su pezón hasta endurecerlo. Inclinó la cabeza, cediendo a la tentación oculta tras la delgada tela de su blusa. Sus pechos eran exuberantes, suaves y henchidos. Tenía las curvas de una mujer, un cuerpo hermoso. Su boca se cerró, caliente y húmeda, sobre aquel pecho lujurioso, y succionó con fuerza hasta que Antonietta lanzó la cabeza hacia atrás y lo cogió por el pelo para acercarlo aún más a ella.

Antonietta sintió que las rodillas le flaqueaban, y lanzó un grito, presintiendo que tendría un orgasmo ahí mismo, con el sólo roce de su boca sobre el pezón. Él siguió con la lengua por el valle de sus pechos hasta el cuello.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Sólo una relación física? —dijo Byron, alzando la cabeza, y ella sintió que sus ojos la quemaban como un rayo láser—. ¿Con esto te basta?

Antonietta le cogió el pelo, casi desesperada para atraerlo de vuelta hacia ella. No tenía por qué sentirse culpable y, sin embargo, eso era precisamente lo que estaba sintiendo, culpa.

—En el pasado, siempre ha sido suficiente —dijo, con tono desafiador, y se avergonzó en seguida de haber cedido a su provocación, porque lo que ella hacía o prefería hacer no era asunto suyo.

Byron se enderezó lentamente y apartó las manos. Se separó de ella, la dejó fría, sola y desamparada.

—Para mí no es suficiente.

Antonietta se llevó una mano temblorosa a la cabeza y retrocedió.

—No es posible que desees una relación permanente y duradera conmigo. Ni siquiera me conoces.

—Eso no es del todo verdad, Antonietta. Hay muy pocas cosas de ti que no conozca. Me he tomado mi tiempo, observándote tranquilamente en tu casa, escuchándote. Escuchando la música que tocas, observándote con tu familia. Te conozco mucho mejor de lo que piensas. Tú no te has tomado el tiempo para conocerme a mí. Pensabas que podías tenerme como amante y que tu mundo perfecto seguiría intacto. No tendrías que hacer absolutamente nada aunque, la verdad sea dicha, siempre hay cambios y consecuencias.

A Antonietta no le agradaba verse a través de la mirada de Byron. Se sentía superficial y egoísta.

—No hay nada de malo en que una mujer tenga un espíritu práctico, Byron. Los hombres tienen amantes y las abandonan siempre. Lo han hecho desde hace siglos. Yo soy una persona práctica, no soy insensible a las emociones. Tengo una familia que depende de mí, y tengo una carrera. ¿No te das cuenta de que lo que te digo tiene sentido? Tú no estás enamorado de mí. —Era un desafío para que él mintiera y le dijera que sí estaba enamorado.

Él dio un paso atrás, y luego volvió a acercarse. Ella intuyó su sombra incluso en aquel recinto oscuro. Sintió su presencia, y no era el hombre con el que se encontraba siempre tan a gusto, no el hombre dulce y atento, sino un depredador peligroso que la acechaba en los estrechos subterráneos del palazzo Scarletti. Percibió la imagen de unos labios replegados en un gruñido silencioso, unas garras afiladas.

—¿Qué sabes tú de lo que siento o no siento? —Su voz era un susurro casi inaudible pero, aún así, había algo en ella que aumentó su temor.

Antonietta estiró una mano hacia adelante. Una prueba. Byron la cogió y la apretó contra la calidez de su pecho. Ella sintió que el corazón le latía con fuerza. Era un ritmo perfecto, y Antonietta sintió que su propio corazón quería imitarlo.

—No era mi intención herirte —le dijo, y se le acercó—. Eso es lo que he hecho, ¿no? Te he ofendido al decir que no quería una relación permanente contigo. No quería que sonara de esa manera. —¿Por qué había tenido tanto miedo? ¿Cómo podía pensar que Byron, con sus modales impecables, sería otra cosa que un ser generoso y atento? Después de su pesadilla la otra noche, las fantasías desbordaban su imaginación.

—A ningún hombre le agrada que le digan tan alegremente que tiene fecha de caducidad —dijo Byron—. Es un golpe duro para el ego —añadió, y se llevó los dedos de Antonietta a la boca.

Antonietta esperaba un beso breve, pero sus dedos quedaron atrapados en la boca de Byron. Estaba caliente y húmeda y ella sintió lo mismo que cuando él le había prodigado sus besos lascivos en los pechos. Pensó que sus piernas no la sostendrían, que se derretiría en el suelo convertida en un charco.

—Creo que tengo las hormonas demasiado agitadas, Byron. —No le quedaba otra defensa que el humor—. Si sigues así tendré que pensar en rasgarte la camisa sin más.

—No creo que eso pueda detenerme, Antonietta —respondió él, con un dejo risueño en la voz. Le mordisqueó el dedo, siguió hasta pulgar—. ¿Cómo descubriste esta sala? No vienes muy a menudo por aquí, ¿no es así?

En su voz asomaba una leve curiosidad, pero ella tuvo la impresión de que esperaba su respuesta. Que su tono de voz no coincidía con sus emociones.

—Durante casi toda mi vida he podido leer a las personas, Byron. Siempre he pensado que era por mi ceguera y porque tenía que utilizar otros sentidos para orientarme. Tú eres muy difícil porque no dices gran cosa y no puedo fiarme de tu voz para intuir tus emociones. —Levantó la mano para tocarle la cara, y leyó suavemente en su expresión con la punta de los dedos.

—Yo jamás he sido ciego, Antonietta, aunque durante mucho tiempo no veía los colores. Veía el mundo en matices de gris y blanco y negro. Es un rasgo de los machos de mi especie. La mayoría pierden la capacidad de ver en color cuando adquieren todo su poder, pero yo tardé mucho más.

Byron parecía tan triste que Antonietta cedió al impulso de acercarse a él.

—¿Qué pasa? ¿En qué piensas?

—En el pasado, hace mucho tiempo, en un amigo de la infancia. Más que un amigo. En mi mundo, nuestros hermanos pueden ser bastante mayores. Mi amigo era mi familia. Nunca estuvimos muy lejos uno del otro y, gracias a él, la vida era soportable. Yo trabajaba con piedras preciosas y Jacques también lo intentaba de vez en cuando. —Sonrió al recordar las travesuras de Jacques. Byron era un rastreador de gemas, capaz de cantar hasta que las piedras incrustadas en las profundidades de la tierra salieran a la luz, y Jacques lo acompañaba a menudo a las cavernas más profundas—. Mi amigo desapareció durante muchos años y lo dimos por muerto. A partir de ese momento, mi vida se convirtió en un infierno. Me sentía solo, y quizá hasta me enfado con él por morir y abandonarme. Me sentía perdido, sin un asidero en la vida. Hasta que, un día, vi a una mujer. La vi en color. Me di cuenta de que era pelirroja, y que tenía los ojos verdes. Cuando eso sucede, el macho de nuestra especie sabe que ella es la mujer. Pero yo no veía a nadie ni nada más en color, lo cual no tenía sentido si ella era mi pareja, puesto que los colores nos son dados por nuestra pareja. Yo tendría que haberío sabido, debería haberme tomado el tiempo para pensar las cosas, pero por aquel entonces la paciencia no era una de mis virtudes.

La tristeza le pesaba como un fardo enorme, un gran dolor. Antonietta lo sintió en el corazón, le pesó en el alma, pero guardó silencio, esperando que él siguiera. Sospechó que Byron jamás había contado esa historia a nadie. Byron se giró para besarle la punta de los dedos.

—Más tarde, me di cuenta de que mi amigo Jacques y yo estábamos tan unidos que comencé a tener visiones que nacían de su mente. A Jacques lo habían torturado y vivía al borde de la locura. No se acordaba de ninguno de nosotros, de modo que en ese momento no se me ocurrió que seguía conectado con él, que seguía viendo a través de sus ojos como lo habíamos hecho tantas veces en el pasado, intercambiando anécdotas sobre nuestros respectivos caminos. Pero cuando por fin entendí lo que sucedía, era demasiado tarde. Había arruinado nuestra amistad e infundido en él una profunda desconfianza hacia mí. Él me había necesitado y yo lo había defraudado. Me he arrepentido amargamente de esos días de imprudencia.

—Es una historia triste, Byron. Espero que tu amigo esté mejor ahora. Y si era un amigo tan cercano, estoy segura de que cuando sane te perdonará por lo que sea que hayas hecho.

—La conexión entre nosotros sigue viva si uno de los dos quisiera recurrir a ella, pero yo ya no podía ver en colores. Mi vida volvió a ser una existencia de grises y sombras. Hasta que te conocí.

Lo dijo de manera tan abierta y con tanta franqueza que a Antonietta le llegó al corazón. *Hasta que te conocí.* Seguramente era su voz lo que calaba en ella con tanta profundidad.

—¿Qué cambió? —preguntó, con un nudo en la garganta. Antonietta se brindó a sí misma una severa advertencia. Byron era un hombre, como otros hombres, que vendría y se iría, como todos. Poco importaban sus dulces palabras si, con el tiempo, en la firma del

acuerdo prenupcial, siempre asomaba el verdadero fin que perseguían. Y nunca era ella, Antonietta, la mujer.

—Mi vida entera. —Fue su breve respuesta.

Y ahí, en medio de la más absoluta oscuridad, ella quiso creerle.

—Bésame, Byron. Nada más, bésame. —Deslizó los brazos en torno a su cuello y se apretó contra él. Una ofrenda. Una sed y una necesidad. Tal vez ella prefería que Byron no fuera un hombre especial, quizá no quería creer que fuera diferente a los demás, pero necesitaba que la besara. Y ella jamás había tenido necesidad de nadie.

Él murmuró algo en una lengua que ella nunca había oído e inclinó la cabeza. Sus labios volvieron a acariciarle el rostro, demorándose en los pómulos, en un sutil asalto contra los sentidos. Antonietta sintió que una fuerza enorme la acercaba a él, apretándola contra sus caderas. Juntas las bocas, jugueteaban, él mordisqueándole el labio inferior, una tentación suave que dejó a Antonietta incapacitada para resistirse, por mucho que quisiera.

Ella empezó a contonearse, seduciéndolo con movimientos deliberados. Cuando Byron estaba con ella, tan cerca, le costaba pensar en otras personas. En otras cosas. Ansiaba tenerlo como un adicto ansía tener una dosis de droga.

—Una compulsión —murmuró—. Eso eres, un brujo que me ha lanzado un encantamiento.

—Y yo pensaba que era al revés —susurró él, apenas rozándole la boca.

Antes de que ella pudiera responder, él tomó posesión de ella con sus labios y el mundo se giró y quedó boca abajo. No importaba la oscuridad, porque detrás de sus globos oculares explotó una sucesión de fuegos de artificio de colores. Bajo sus pies, la tierra tembló y ella se aferró a él. Ya no podía respirar, pero Byron era el único aire que necesitaba. Antonietta se apretó contra él, y le sorprendió su reacción, porque su cuerpo se volvió suave y se plegó a él, deseosa.

—Nunca me había sucedido algo así.

Él volvió a besarla. Concienzudamente, hambriento. Como si fuera la única mujer en el mundo y él *tuviera* que besarla. Necesitara besarla. Y entonces, bruscamente, levantó la cabeza. Sus ojos refulgieron como dos chispas ardientes cuando miró por encima de su cabeza y, por sólo un instante, brillaron sus blancos colmillos en la oscuridad absoluta del laberinto.

—Alguien se acerca —avisó. En su voz no había amenaza, pero ella intuyó un leve asomo de la violencia inherente en él. Una bestia que clamaba por su liberación, que luchaba por la supremacía. A Byron no lo abandonaba su talante tranquilo, y ella lo sintió como una serenidad propia.

Todos sus sentidos se alertaron, y Byron respiró hondo, como si pudiera oler al enemigo.

—Jamás viene nadie por aquí, Byron —susurró ella—. Guardamos los tesoros, las obras de arte y las joyas. Las salas han sido diseñadas para conservarlo todo a la temperatura adecuada. Nadie de la familia entra aquí sin la previa autorización de Nonno o la mía.

Él acercó los labios a sus oídos.

—Hay alguien en el túnel y se mueve con sigilo, no camina con demasiada seguridad. Dudo que haya conseguido autorización. —Vio el resplandor de una luz que se acercaba a ellos—. Viene hacia aquí. Puedo ocultarnos para que no nos vea, pero el pasillo es demasiado estrecho y topará con nosotros. Tendremos que escondernos en el cuarto de los relieves y cerrar la puerta.

Byron sintió que Antonietta reaccionaba a sus palabras con la respiración acelerada y que crispaba los dedos con un gesto involuntario hasta convertirlos en un puño que le apretaba y tiraba de la camisa. El brazo con que Byron la protegía se endureció.

—Conmigo estarás a salvo. Sé que el espacio es pequeño, pero puedo salir, si fallara el mecanismo de apertura.

Había una seguridad absoluta en su voz. Antonietta no podía hablarle de un mundo de oscuridad sofocante. De despertarse ahogada sin poder respirar, con la garganta cerrada,

luchando desesperadamente por una brizna de aire. El corazón le latía con violencia alarmante. Asintió sin decir palabra, porque no confiaba en su propia voz. Aborrecía el miedo paralizador que, inevitablemente, se apoderaba de ella cuando se encontraba en terreno desconocido.

Byron la llevó hasta el estrecho cuarto y cerró la puerta, aislándolos en el interior. Se acercó a Antonietta con actitud protectora. Con la puerta cerrada, desapareció la luz y los secretos de los Scarletti quedaron ocultos como desde hacía siglos. En la oscuridad, recorrió las paredes con la punta de los dedos. Los relieves eran suaves y precisos, una obra de arte que superaba la mera función de crónica de las sucesivas generaciones. Palpó la figura de un ser que mutaba de aspecto, primero humano, luego mitad humano y mitad felino, y luego plenamente un felino. El Jaguar. El triste final de una especie. La sangre se había diluido tanto que apenas quedarían un puñado de individuos con plenas facultades. Tantas especies desaparecidas o casi desaparecidas de la faz de la tierra.

Los dedos de Antonietta encontraron su cara, y volvieron a recorrer el mismo hermoso perfil de sus labios. *Si no eres jaguar, ¿qué eres, Byron?* Recurrió por instinto a esa forma más íntima de comunicación En alguna parte, al otro lado de la pared, alguien se aventuraba por el pasadizo con sus propias intenciones secretas.

Soy de la tierra. Mi pueblo ha existido desde el comienzo de los tiempos, bajo una u otra forma.

Entonces, ¡es verdad que cambias deforma! Puedes hacerlo, ¿verdad que sí? Antonietta apenas conseguía dominar su emoción.

El aliento de Byron era cálido sobre su rostro. Con los labios, le rozó el pómulo. *Si contestara que sí, ¿influiría de alguna manera para que pensaras en mí y me incluyeras en la herencia genética de los Scarletti?* Byron seguía los pasos furtivos y oyó que pasaban de largo de su escondite.

No tiene ninguna gracia. Pero las ganas de reír estaban a flor de piel y la alegría. Era verdad. No había perdido la razón, como solía imaginar cuando la bestia surgía en ella con fuerza, rugiendo por ser liberada. *Soy demasiado mayor para pensar en la maternidad.* Dijo esto último para recuperar la seriedad. Era demasiado mayor para desear una relación permanente, aún cuando Byron la intrigara, aunque la hiciera sentirse bella y joven y la colmara de felicidad. Era un capricho, una atracción física, una ilusión que pronto pasaría. Tenía que pasar pronto.

Él le deslizó la mano por la exuberante cabellera, pesando la voluminosa trenza en la mano. *Tú no sabes lo que es hacerse mayor, Antonietta.*

Por su tono de voz, se adivinaba que Byron se divertía. *Quiero saber quién anda ahí fuera. Es un hombre y es de tu familia. Normalmente, puedo leer los pensamientos de los humanos, pero la influencia del jaguar es dominante en esta parte de la casa. Presiento que es Paul pero me cuesta leer en el pensamiento de los habitantes de esta zona, más que de costumbre. Si insisto, se dará cuenta de mi presencia. Pero lo puedo seguir y averiguar qué intenciones tiene.*

Antonietta tuvo que morderse con fuerza los nudillos para no protestar. Había entrado en ese laberinto de túneles cientos de veces. Era ridículo tener miedo a quedarse sola. Podría volver fácilmente a su habitación en cuanto saliera de aquel cuarto. Sería Byron quien correría el peligro de quedar atrapado en el intrincado laberinto que recorría los muchos niveles del *palazzo* Scarletti.

¿Puedes leer los pensamientos de las personas? Creía que sólo te sucedía conmigo, que tú y yo teníamos una especie de telepatía. ¿Puedes leer el pensamiento de cualquiera?

¿Y tú no? En las reuniones de la junta, cuando tu abuelo insiste en llevarte con él, ¿no oyes lo que los demás piensan? Antes de que ella contestara, él le dio unos golpecitos en la mano. *No tardaré en volver.*

Antonietta abrió la boca. No sabía si era para asentir o para protestar, pero él desapareció. Hacía sólo un momento, había estado ahí, todo el cuerpo cálido y entero, y de

pronto desapareció. No habían cambiado de posición para abrir la entrada de la pared. Estiró las manos, exploró atentamente las cuatro paredes. Byron sencillamente se había esfumado. En absoluto silencio, sin dejar ni rastro.

Se tapó la boca con las manos y, desconcertada, se apoyó en aquel muro que conservaba la historia de sus ancestros. ¿*Quién eres?* Deslizó los dedos sobre la pared, buscando cada palabra, cada símbolo y cada imagen con la esperanza de encontrar otras formas de mutación de los suyos. Nada daba a entender que alguien pudiese desaparecer sin más. Ella creía en las mutaciones físicas, pero desaparecer por completo era una cuestión del todo diferente. ¿Por qué la inquietaba tanto esa capacidad de esfumarse que tenía Byron cuando le había procurado tanto alivio descubrir la historia del pasado de su familia?

Librodot

Capítulo 7

Antonietta tuvo un susto de muerte cuando sintió el cuerpo de Byron de pronto junto a ella en los estrechos límites de su encierro. Se aplastó contra la pared al sentir su enorme cuerpo junto a ella, y en seguida le palpó la cara con los dedos para leerle la expresión, siguiendo las líneas de su rostro familiar. Por muy frecuente que fuera ese gesto, él nunca se sobresaltaba, nunca parecía importarle.

—Byron. —Pronunció su nombre en voz alta, agradeciendo que hubiera vuelto y deseosa de saber todos sus secretos.

—*¿Te he asustado?* —Preguntó él, y la besó en la comisura de los labios, dejándole una ristra de flamas por el cuello a modo de disculpa—. Es Paul.

Antonietta se quedó quieta.

—Paul. —Dijo el nombre de su primo en voz alta—. Él nunca entra en el laberinto. Ni siquiera ha mirado jamás un mapa. No soporta los espacios cerrados. Su padre solía encerrarlo en un armario cuando se enfadaba con él. Lo cual sucedía casi siempre. ¿Estás seguro? ¿Qué lo haría cambiar para entrar aquí? —Con los dedos extendidos, buscó el mecanismo oculto para abrir la puerta oculta en el muro—. Seguro que se perderá aquí dentro. A menos que tenga el mapa, y la clave del mapa, podría perderse varios días.

—Puede que le sirva de lección —dijo Byron, con voz grave No está tramando nada bueno.

—Eso tú no lo sabes. —La puerta se abrió sin chirriar, con lo cual Byron supo que Antonietta acudía a la sala con la frecuencia suficiente para tener el mecanismo bien lubricado. Se adivinaba en ella ese tono levemente arrogante que siempre le hacía sonreír. La siguió hacia uno de los túneles del laberinto—. ¿Por dónde ha ido?

—A la izquierda. —Acercó sus labios al oído de ella—. ¿Qué hay a la izquierda?

—La bóveda. ¿Cómo se habrá enterado de eso? Sólo Nonno y yo conocemos el lugar exacto donde está la bóveda. Es imposible que se dirija hacia allí. —Aunque le pesara, en su voz asomaba su incertidumbre.

—Quizá alguien le ha prestado ayuda. Cuando vienes aquí a trabajar en el catálogo, ¿no te acompañan un par de ojos? Me atreverías decir que Justine sabe exactamente cómo llegar a la cámara acorazada.

—Ella no...

—Está enamorada de él. —Byron seguía a Antonietta por el estrecho pasillo del túnel, con el aliento pegado a su nuca. Su calor corporal abrigaba a Antonietta. ¿Qué no harías tú por el hombre que amas, Antonietta? ¿Traicionarías a tu familia? ¿A tus amigos? ¿No harías cualquier cosa que te pidiera?

—El hombre que yo ame no me pedirá que traicione a mi familia ni a mis amigos. —Antonietta levantó el mentón, avanzando segura entre los giros y recodos del laberinto—. Si me lo pidiera, entonces no se merecería que lo amara, ¿no crees?

—¿Cómo sabes hacia dónde vamos?

—Cuento los pasos. Lo tengo todo memorizado.

—Eres asombrosa. —Había una sincera admiración en sus palabras y en la inflexión de su voz.

Aquel cumplido dicho de manera tan genuina la hizo resplandecer por dentro. Nadie le decía cosas así. Nadie le hacía ese tipo de cumplidos personales. Ni siquiera su abuelo. Su talento como músico y compositora era algo que todos daban por sentado. Don Giovanni se

limitaba a encogerse de hombros y decía que con todas las lecciones que había recibido, se entendía que fuera una de las mejores concertistas del mundo. Un Scarletti jamás podía ser segundo.

Byron apoyó la mano en la cintura de Antonietta, pero aquello generaba tanto calor, tanto deseo, que sintió que su piel se derretía bajo su contacto. Tanta cercanía física la distraía y le impedía concentrarse, Antonietta disfrutaba con la intensidad de su deseo. Era algo que jamás había experimentado y, a sus treinta y siete años, había llegado, a creer que jamás lo experimentaría. Estaba decidida a disfrutar de cada momento con él, si podía, siempre que lo tuviera, aunque fuera ahí, en los oscuros laberintos del palacio Scarletti con el idiota de su primo buscando la bóveda oculta a hurtadillas.

Antonietta sintió la presión del aire que provenía de una puerta abierta. Instintivamente aminoró el paso, y sus pisadas se volvieron suaves en las frías baldosas. Sólo entonces se dio cuenta de que, a pesar de la proximidad, no oía a Byron. Sentía su mano derritiéndose en su espalda, a intervalos su aliento sobre la piel, pero se movía con tanto sigilo que, de no contar con la agudeza de sus sentidos, Antonietta jamás habría sabido que estaba ahí.

El corazón le latía, desbocado, como una señal de alarma. Sintió un pesar profundo. No tanto por lo que su primo se había propuesto sino porque Justine tenía que haberle ayudado. Su Justine. Los ojos y oídos de Antonietta en el palacio. En el mundo de los negocios y de su profesión. Confiaba plenamente en Justine. Tenía que hacerlo. Al ver la puerta abierta de la bóveda, se le partió el corazón y se destruyó aquella confianza tan difícilmente concedida.

Observándola, a Byron se le partía el corazón. Su Antonietta, que amaba a sus primos y a Justine y confiaba en ellos. Había hecho de ellos su mundo y, sin embargo, ellos no se detenían a pensar en cuántos sacrificios le exigían. La rabia se le revolvió en las entrañas, una emoción caliente y desaforada que espesó el aire en el laberinto y se volvió difícil respirar. La tensión aumentó hasta que la energía pura recorrió los túneles como un anuncio del peligro que se avecinaba.

Al mirar más allá de Antonietta hacia la bóveda, Byron vio a Paul inspeccionando diversos objetos de oro. Un par de veces, cogió un barco de oro macizo de intrincados detalles y lo devolvió a su lugar. Era grande, y no había manera de ocultarlo bajo la camisa. *Se está haciendo con los tesoros de los Scarletti. En este momento no puede escoger entre un barco de oro o un collar de rubíes y diamantes.* Incluso desde aquella distancia, Byron reconoció aquella pieza exquisita. Había trabajado en aquel collar con sumo cuidado, y sus manos habían labrado hasta lograr el intrincado engaste de las valiosas gemas. Aquello había ocurrido hacía siglos. Y mientras trabajaba, había pensado en su pareja y lo había elaborado con infinito cuidado, sabiendo que lo fabricaba para la novia de una figura importante del mundo de la política. Le fascinaba y le intrigaba que una novia de la familia Scarletti hubiese llevado a ella creación suya. Un silbido seco y cargado de ira le quedó atrapado en la garganta al ver a Paul cogiendo el collar con sus manos ansiosas de riqueza.

Enséñamelo.

Byron dudó un instante, pero compartió las imágenes a pesar de sus reservas.

Antonietta emitió un solo ruido, una suave exclamación de angustia. Recordaba aquel collar, una de las pocas cosas que habían quedado en su memoria desde los días en que aún podía ver. Había adorado aquel collar, le había fascinado. Ahora se indignó al ver que su primo lo sustraía, despojando a su familia de su elegancia y su fuego vital. Aquel pequeño gemido de angustia agitó al demonio que ya rugía en Byron por ser liberado.

Paul se giró, alarmado, con una mueca de miedo y decisión pintada en el rostro. Al volverse, brilló el pequeño objeto metálico que sostenía en la mano. El tiempo se ralentizó hasta convertirse en un túnel cuando Byron se disolvió en moléculas y volvió a materializarse entre Paul y Antonietta.

La descarga que Byron recibió en el pecho fue tan descomunal que lo lanzó hacia atrás, lo aplastó contra Antonietta y los proyectó a los dos contra la pared opuesta. En aquel estrecho pasillo, la explosión fue ensordecedora. La bala le perforó el pecho, salió por la espalda le dio a Antonietta en el hombro. Cuando él cayó sobre ella, protegiéndola con su cuerpo, intentó concentrarse en Paul, concentrarse en su garganta y en cortar el flujo de aire. No podía dejar a Antonietta indefensa y vulnerable a solas con el traidor de su primo.

Paul empezó a ahogarse, perdió asidero y casi cayó de rodillas. El arma en sus dedos entumecidos osciló de manera alarmante. A Byron se le nubló la visión. Estaba perdiendo demasiada sangre, y demasiado rápido. Si no conseguía cerrar la herida, no podría recuperarse. El instinto animal lo hizo girarse cuando vio a Celt que se acerca corriendo hacia ellos.

El borzoi había intuido su mal trance y, con el hocico, había conseguido abrir la puerta secreta. Fiel a su naturaleza de cazador silencioso, el animal se acercó a toda carrera, recorriendo con sus largas extremidades el trecho que los separaba como una máquina bien lubricada. Tenía los ojos fijos y concentrados en su presa. Poco importaba que fuera humana. Celt saltó por encima de Byron y Antonietta, se abalanzó sobre Paul y, de un mordisco, le desgarró el brazo que sostenía arma. Paul lanzó un grito de dolor y la dejó caer.

—¡Antonietta! ¡No sabía que eras tú! —chilló Paul, intentando mantener el perro a raya. Tenía el brazo herido por varios cortes infligidos por los colmillos afilados de Celt—. ¡Dile que pare, llama al perro!

—¡Celt! —Antonietta impostó su voz más autoritaria. No veía que sucedía a su alrededor. El cuerpo inerte de Byron yacía sobre ella, aplastándola contra el suelo. Le dolía la espalda y el hombro—. ¡Basta Celt! Paul, si haces un solo movimiento, hacia mí o Byron, le diré que ataque y ya no volveré a llamarlo. —Antonietta ignoraba qué había sucedido, pero olía la sangre. Sus sensibles dedos tocaron un líquido caliente y pegajoso. Era todo un charco.

— Fue un accidente. No sabía que eras tú. El arma se ha disparado sola. Me habéis asustado. —Paul se percató de que balbucía incoherencias y dio unos pasos en dirección a su prima.

El borzoi estaba situado entre los dos, la cabeza estirada hacia delante, la mirada alerta, aún dispuesto a saltar sobre la presa. Paul se quedó clavado donde estaba.

—No me deja acercarme a ti, y Byron está sangrando. *Dio*, Antonietta, creo que lo he matado.

—¿Le has disparado? —Antonietta intentaba controlar la histeria y el pánico. Ven aquí y quítamelo de encima. Deja de quejarte y ayúdame a salvarlo.

—El perro…

—¡El perro te destrozará si no haces exactamente lo que te digo! Ven aquí ahora mismo y muévelo. Será mejor que tengas mucho cuidado, Paul. Si Byron muere, pasarás el resto de tu vida entre rejas. ¡No moveré ni un dedo para ayudarte!

—Te lo repito, Antonietta... —Paul pasó junto al perro con gesto timorato—. No tenía intención de disparar a nadie. No sabía con qué me encontraría aquí abajo, de modo que traje algo con que protegerme. Nunca había venido a los túneles, ni siquiera de pequeño.

Antonietta sintió que el cuerpo de Byron se movía y dejaba de aplastarla, y salió a rastras por debajo.

—Has cometido una estupidez trayendo un arma. En cualquier caso, ¿de dónde has sacado un arma? ¿Por qué tenías que traerla?

Antonietta palpaba desesperadamente para encontrar la herida; mientras buscaba el pulso de Byron.

Paul gimió, espantado.

—Está muerto, Antonietta, no tiene pulso.

Ella le dio un fuerte empujón.

—¡Apártate de él! No está muerto. No dejaré que muera. ¡Byron! No te atrevas a dejarme sola. ¡Vuelve! Maldito seas, Paul, ¿cómo has podido hacer esto?

Ella tampoco encontraba el pulso y, por un instante, el mundo se detuvo. No tenía aire que respirar. Sus cuerdas vocales no respondían No había nada. Un vacío. Un vacío oscuro donde antes existía la vida, las risas y su música. Desposeída de todo.

Algo turbó su pensamiento. Una voz que le susurraba desde muy lejos. Que la calmaba. Le decía que aquello no era verdad. *Tengo que verlo*. Fueron las primeras palabras que entendió. *Míralo. Tengo que verlo*. Jamás había oído esa voz**,** pero era ronca y convincente e insistía en ser obedecida. Hablaba su lengua pero con un acento muy marcado, y era tan aterciopelado que parecía un ronroneo.

Antonietta respiró hondo, dejó escapar el aire de sus pulmones y cogió a Byron para conseguir que la mirara. Se obligó a seguir el camino por donde la orientaba aquella voz distante. No perdería el tiempo con sus temores. Tuvo la sensación de que el sentido de toda su vida se derramaba con la sangre sobre las baldosas de aquel laberinto. No le importaba nada excepto salvar a Byron. *Soy ciega. No puedo mostrarte lo que veo.* El borzoi arrimó el hocico a su cara, quizá para recordarle que seguía ahí.

¿Tienes un perro a tu lado? ¿Era el perro de Byron? Ahora, ya lo tengo. Sí, la herida es grave. No está muerto pero ha cerrado su sistema para conservar la sangre. Necesitará cuidados especiales. ¿Tienes ayuda?

Mi primo, Paul. Es el que disparó a Byron.

Siguió un momento de silencio y Celt cambió de posición, clavando sus ojos oscuros en Paul.

—No me gusta cómo ese perro me está mirando —advirtió si primo—. Parece que se me quiere lanzar al cuello.

—Debería dejarle —respondió Antonietta, con voz seca, enfurecida porque Paul se atrevía a pedir simpatía.

—¿Podéis encontrar un poco de tierra cerca de vosotros? ¿Una tierra que sea fértil? Tendréis que hacer un emplasto para curar la herida. La bala ha salido por la espalda, y le ha dejado un agujero. Tú también estás herida en el hombro.

—Voy a buscar ayuda, Antonietta. Necesitaremos un médico —avisó Paul con tono decidido—. Creo que la bala también te ha dado a ti.

Ella no lo oyó, concentrada como estaba en la voz. *Dime qué debo hacer.* Tenía que creer en aquella voz lejana. ¿*Quién eres?*

Soy Jacques. Byron tiene familia en los alrededores. Si puedes sacarlo al aire libre, vendrán a cuidar de él.

— *Yo quiero cuidarlo.* Pero Antonietta ya se había incorporado y tiraba del peso muerto de Byron, intentando arrastrarlo por el túnel. El perro cogió a Byron por la chaqueta y añadió su fuerza a la de ella.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Paul—. Está muerto, Antonietta. Tenemos que procurarte atención médica.

—Tú hazme caso y ayúdame —dijo ella, cortante—. ¡No digas ni palabra o puede que coja esa pistola y te dispare con mis propias manos! No puedo creer que hayas traído eso a mi casa.

—Hay gente que me quiere hacer daño —confesó Paul, inclinándose para arrastrar a Byron—. Tengo problemas con una gente a la que debo dinero. Son el tipo de hombres con los que no quisieras encontrarte si no vas armado.

—Yo creía que habías dejado de jugar, Paul.

—¿No vamos en la dirección equivocada? Nos dirigimos hacia abajo, hacia la ensenada.

—Así es

—No pensarás deshacerte del cuerpo, ¿Antonietta? Quiero decir, *grazie*, pero tenemos que informar a la policía. También podría haberte matado a ti. Tenemos que entregarles el cuerpo, vaya, *deberíamos* entregarles el cuerpo... Aunque, si lo encontraran en el mar, o si nunca lo encontraran…

—No está muerto —masculló ella—. Calla la boca y concéntrate. Tenemos que sacarlo de aquí.

—Lo que dices es absurdo, Antonietta —dijo Paul, pero siguió ayudando a tirar del cuerpo por los suelos del laberinto hasta que sintieron la brisa del mar.

Fue trabajoso, pero entre Antonietta, Paul y el borzoi consiguieron sacar a Byron de la cueva. La lluvia, traída por ráfagas, caía sin cesar, y pronto todos estuvieron empapados, a merced de los latigazos del viento.

—Ve a buscar tierra, Paul, una tierra fértil y que no sea arenosa. Tráeme tierra buena.

Paul murmuró algo y sacudió la cabeza, pero hizo lo que su prima le pedía. Se quitó la camisa para traer la tierra que encontró en los lechos de flores que el jardinero había plantado justo por encima de la ensenada. Sabía perfectamente que Antonietta tenía poderes notables como curandera, pero ni siquiera ella podía devolver los muertos ala vida. Volvió corriendo a su lado y se arrodilló para observar mientras ella restañaba con tierra la hemorragia por delante y por detrás.

—Aunque consiguieras que se recupere, moriría de gangrena.

—No me parece divertido. —Antonietta ansiaba volver a oír la voz para sentirse segura. *Estamos afuera, cerca de la ensenada, he tapado las heridas con tierra, pero no responde.*

Llámalo. Te oirá.

Antonietta no vaciló. Sus entrañas ardían y tenía ganas de gritar y seguir gritando. Quería que el viento se llevara hacia el mar su terror y el miedo que la atenazaba. No quería volver a sentirse tan aterrada, tan vacía y muerta. Se inclinó sobre Byron y le protegió la cara de la lluvia. *Byron. Byron, abre los ojos.* Con mano temblorosa, le apartó el pelo con una leve caricia. *No me dejes ahora que acabo de encontrarte. Despierta antes de que me eche a llorar y a gritar y a implorar como una niña. Tengo mucho miedo, y te necesito.*

Byron cobró conciencia de muchas voces. Al principio, no podía distinguirlas. Alguien cantaba en la antigua lengua. Y Antonietta, que lo llamaba imperiosamente de vuelta a ella. Alguien gritaba su nombre. Reconoció la voz de su hermana Eleanor. Parecía estar cerca y, si embargo, él sabía que estaban lejos. La voz de un hombre lo llamó, pausadamente, pero con autoridad Era Jacques. Byron estaba seguro que deliraba. No había hablado telepáticamente con Jacques en años.

—Quizá me esté muriendo de verdad —murmuró en voz alta pan comprobar que tenía voz.

—¡No, no estás muerto! No lo permitiré —respondió Antonietta con voz firme. Fue tan grande su alivio que se sintió enferma.

El dolor se extendió por su cuerpo y, antes de que fuera plenamente consciente, por el cuerpo de ella. A Antonietta le faltó el aire y se aferró desesperadamente a él.

—Necesitas un médico, urgente. Has perdido mucha sangre, Byron. Parecía que estabas muerto, ni siquiera te encontraba el pulso.

—No necesito un médico, pero no me importaría estrangular a tu primo. ¿Era a ti a quien intentaba matar, a mí, o a los dos? —Byron se había percatado de la presencia de Paul arrodillado junto a Antonietta. Estaba muy pálido. Movía la cabeza, negando. También observó que Celt estaba en posición de ataque frontal, por si fuera necesario. El perro estaba totalmente alerta y observaba cada movimiento de Paul. Los ojos negros de Byron volvieron a fijarse en el rostro pálido de Antonietta. Tenía unas ojeras oscuras y sangre en toda la ropa. Tardó un momento en darse cuenta de que no toda la sangre era suya.

—¡Antonietta, estás herida! —Byron intentó incorporarse, a pesar de la debilidad que lo mantenía postrado. El mundo giró de manera alarmante y un hilo de sangre fluyó de su abdomen. Con los dedos, encontró el desgarro en su hombro y los mantuvo ahí, sin moverlos. Curiosamente, su contacto le alivió el dolor en el hombro.

Antonietta lo apartó con un gesto.

—No es nada, quédate quieto. Tu amigo Jacques me ha dicho que tienes familia en los alrededores. Dijo que vendrían a buscarte.

—Ignoraba que los míos estuvieran cerca. Ve a la casa. Que Celt se quede contigo. Yo vendré en cuanto pueda. Vete, Antonietta, o te enfriarás. Necesitas un médico que te vea la herida en el hombro.

—No pienso dejarte solo.

Byron la hizo callar con un gesto de la mano. No podía interrumpirlo cuando casi había agotado sus reservas. La lluvia seguía cayendo. Las olas estallaban y tronaban sin parar. Paul seguía de rodillas, inmóvil, incapaz de moverse o hablar. Celt estaba pendiente de él, la mirada ferozmente alerta. Byron buscó a Antonietta. Nadie más importaba. Nada más importaba. Ni siquiera su cuerpo roto y desgarrado. La atrajo hacia él, la hizo inclinarse y con la boca buscó su herida. No tenía la energía para abandonar su cuerpo y entrar en el suyo, pero se tomó su tiempo, y dedicó un tiempo precioso a sanarle el hombro.

Byron se dejó caer hacia atrás, exhausto, observando cómo la sangre empapaba la tierra. Le dolía, y el dolor redoblaba cuando se movía, pero aquello no le importaba tanto como ver a Antonietta libre de su trance, y observó que se movía con más facilidad y que se le borraban las pálidas arrugas de dolor en el rostro.

Paul intentó acercarse, torpemente, ahora que había recuperado su movilidad. Parpadeó varias veces, Intentando recordar qué había sucedido. Sólo vio el rostro casi traslúcido de Byron vuelto hacia él. Si antes la sangre le manchaba la boca, ahora había desaparecido arrastrada por la lluvia.

—Lamento haberte disparado, Byron. El arma se disparó sola.

—Y si Byron no hubiese saltado para interponerse, me habrías dado a mí —dijo Antonietta, lanzándole a su primo una mirada furibunda.

—Nonno me dirá que me vaya —dijo Paul.

—Soy yo quien te dirá que te vayas —corrigió Antonietta, furiosa con su primo. *¿De verdad crees que basta con pedir disculpas?* Antonietta temblaba, pero prefirió pensar que se debía más a la rabia y a la indignación que al miedo.

Byron le cogió la mano, se llevó los dedos a la boca. *Es probable que sí, pero ya verá que las cosas no son tan sencillas. Por favor, haz lo que te digo y vete. Alguien vendrá a buscarme.*

Celt se puso tenso y levantó la cabeza con una mirada vigilante, Unas nubes negras cubrieron el cielo, y ensombrecieron hasta la lluvia; antes plateada, ahora negra. El mar bramó, enfurecido, giró con la fuerza de un remolino y se encumbró formando torres de espuma hacia la luna velada por las nubes. Un ave de rapiña de pico ganchudo y garras curvas afiladas como navajas voló en círculos por encima del pequeño grupo en la ensenada. El viento arreció hasta convertirse en un aullido. Lejos, en la distancia, se escuchó a los animales que respondían.

La lluvia les daba en toda la cara, frenética, agitada por la repentina furia de la tormenta. El descomunal búho se posó en un árbol por encima del sendero que conducía a la ensenada a varios metros de ellos. Los cielos se abrieron, la lluvia cayó en un manto espeso y el ave quedó oculta. Al despejarse la niebla, vieron que un hombre caminaba por el sendero hacia ellos. Iba envuelto por una capa negra y larga de antigua factura que el viento agitaba a su alrededor y tenía la cara oculta por una capucha. En lugar de caminar, daba la impresión de que se deslizaba por encima del suelo, sin que sus pies llegaran a tocarlo. Se detuvo a escasa distancia de ellos, su perfil vago e indefinido bajo la lluvia plateada.

Byron se incorporó con un esfuerzo, y estiró la mano ante el desconocido como una advertencia. Cogió a Antonietta por el brazo.

—Ahora, vete, coge a Paul y volved al laberinto. No estás a salvo aquí. Haz lo que te digo, y rápido. —Sus palabras fueron como una orden, imprimían una autoridad en su voz que obligaba a su cumplimiento.

Había algo tan convincente en las palabras de Byron que Antonietta cogió a Paul por el brazo sin protestar y volvió a toda prisa hacia el laberinto de los Scarletti. Celt se quedó un momento escrutando aquella figura inmóvil en la distancia, pero en seguida siguió a Antonietta trotando y desapareció en la oscura caverna.

Los dos hombres se miraron en silencio. Byron se incorporó, apoyado en un brazo tembloroso. La sangre brotaba, se deslizaba a la arena, tiñéndola de un rosado oscuro. Con un último esfuerzo, consiguió ponerse de pie.

—No seas insensato, no malgastes tu energía. —En la voz había un poder inconfundible. Era tranquila, casi suave, pero se adivinaba en ella la fuerza de la naturaleza.

Byron no apartó la vista del hombre que se le acercaba, mientras recuperaba su fuerza. Un relámpago desgarró el cielo, iluminó la tierra y reveló la sangre que se derramaba sobre la arena.

—No te reconozco. ¿Nos hemos visto antes? —Byron sabía que nunca había visto a aquel ser extraño de edad indefinida. Sus ojos resplandecían como el fuego y en su rostro se adivinaban las huellas de grandes penurias.

—Tu familia no está lo bastante cerca para acudir en tu ayuda a tiempo. —La voz era tranquila, de un tono límpido y sedoso—. Te ofrezco mi sangre libremente para que puedas vivir.

Byron sabía que hasta el más diabólico y astuto de los vampiros podía parecer noble y virtuoso. Eran maestros en el arte del engaño. Sin quitarle los ojos de encima al extraño, asintió levemente con la cabeza, mientras buscaba a su amigo Jacques. *¿Lo conoces?*

Habían pasado años desde que se internara por última vez en aquel sendero familiar para llegar al amigo de la infancia. Se sintió raro, rígido, pero era un paso que debía dar. Su portentosa fuerza se había escurrido hasta el suelo en un hilo de sangre, dejándolo debilitado y a la deriva. Además, tenía que proteger a Antonietta. Tenía que vivir y derrotar a cualquier vampiro para protegerla.

Debe ser uno de los antiguos enviados de mi padre. No lo reconozco, ni ha jurado fidelidad a nuestro príncipe. Se ha sabido que enviaban a los antiguos a cruzar el mar para prestar su protección ahí donde pudieran. Ahora los han llamado para que vuelvan a casa. Jacques fue cauto en su respuesta. *No te desmayes. Concéntrate en él.* Byron dejó escapar una risa.

¿Acaso puedo decidir cuándo no desmayarme? ¿Tú, qué piensas?

El extraño se acercó a él. Era un hombre alto con una mirada antigua y una sonrisa vaga y desprovista de humor.

—Yo diría que deberías permanecer alerta para que tu amigo, que me observa de cerca, pueda seguir cuidándote como es debido. Me llamo Dominic. —Se inclinó con una genuflexión, un gesto de respeto más bien propio del Viejo Mundo—. Llevo mucho tiempo ausente de nuestra tierra. Eres uno de los primeros que he visto en mucho tiempo.

—Soy Byron, y te agradezco tu ayuda —respondió Byron, con tono grave—. Te saludaría como corresponde a los guerreros, pero temo que me desplomaría. —Una ligera sonrisa le borró el dolor de la cara.

—No hace falta. Somos hermanos. Con eso basta. —Con un gesto aprendido, Dominic hincó los dientes en su propia muñeca, se abrió un corte y la acercó a la boca de Byron—. Me dirijo a ver a nuestro príncipe y a constatar con mis propios ojos si es verdad que su pareja es humana.

La sangre fluyó por las células hambrientas de Byron, inundándolas de una sangre antigua, pura y fuerte. Bebió con avidez, intentando moderarse a pesar de que apenas le quedaban fuerzas. La repentina dosis de sangre lo golpeó con la fuerza de un tren de carga. La descarga de energía lo mareó y lo sacudió entero.

—El borzoi es un buen guardián de tu pareja. Me habría atacado ante un gesto indebido mío, aunque ha reconocido qué género de criatura soy. Había olvidado su lealtad y su gran corazón. Te agradezco el recuerdo.

Byron descansó sobre la tierra, sintió que la tierra lo arropaba. Que lo consolaba. Con un gesto de cortesía, cerró la herida de Dominic a la altura de la muñeca.

—¿Hace mucho tiempo que cazas?

—Demasiado tiempo. Me he debilitado y ahora tendría que dormir, pero debo llevarle las nuevas a nuestro príncipe. Hay una fuerza diabólica que barre la tierra. Es algo sutil. Tan sutil que no puedo encontrar la fuente, por mucho que busque por el mundo. Ahora amenaza a nuestro príncipe y a nuestro pueblo. Amenaza nuestra existencia y nuestro modo de vida. Debo advertirle y continuar la búsqueda de mi familia perdida.

Byron sintió que la sangre lo revigorizaba. Hacía tanto tiempo no recibía sangre de uno de los suyos que casi había olvidado la descarga de aquel vigor que lo marcaba.

—¿Tu familia perdida? ¿Sabe el príncipe que uno de los nuestros ha desaparecido?

Dominic se inclinó y cogió a Byron en brazos como si no pesara más que un niño.

—Mi hermana era aprendiz de un gran brujo. Tenía habilidades asombrosas y, bajo su tutela, se volvió experta en muchos arcanos que los nuestros han perdido. —Dominic mutó de aspecto sin dejar de sostener firmemente a Byron, y se elevó por los cielos buscando un refugio de la tormenta.

Aquellas palabras despertaron lejanos recuerdos, un cuento de hadas que contaban los suyos, de magos y brujos que enseñaban defensas y encantamientos a su pueblo. Byron cerró los ojos y dejó que el cansancio lo invadiera. Quiso conectar con su otra mitad. Con su alma. *¿Antonietta? ¿Te encuentras bien? ¿Te han examinado la herida?*

Byron, te he dejado solo. No recuerdo qué sucedió. ¿Por qué te habré dejado sólo? La voz de Antonietta era lacrimosa. Parecía triste, agitada. No se parecía en nada a su pareja, tan segura de sí misma. *¿Cómo puedo haber hecho algo tan horrible? ¿Por mi primo? ¿Para salvara mi primo? No se me ocurre por qué te habré dejado.*

Conserva la calma, cara mia, estoy bien. Te pedí que me dejaras para que los míos pudieran sanarme a nuestra manera. Habría sido demasiado complicado que un médico viera mis heridas. Habrían insistido en llamar a la policía. Es mejor así.

¡No, no es mejor! Supe que algo nos amenazaba, lo intuía. Se había desatado la tormenta y hacía frío, y tú has perdido mucha sangre. Tasha se puso a gritar en cuanto me vio, estaba toda manchada con tu sangre. Debería haberme quedado contigo para protegerte. Para salvarte. Tengo poderes.

Byron sonrió. Ni siquiera una Scarletti, con su peculiar herencia, tenía poderes suficientes. Le envió una ola de calidez y amor. *Estaré contigo mañana por la noche. No te apartes de Celt. No podrás comunicarte conmigo basta el crepúsculo, mañana, así que no te asustes si me buscas y no estoy para responderte.*

Necesito tocarte. Saber que estás realmente vivo.

La conexión se desvanecía. Antonietta intentó desesperadamente aferrarse al hilo que los unía. Byron perdió y recuperó la conciencia varías veces mientras Dominic se internaba con él por un laberinto de cavernas en lo más profundo de la tierra.

—Dormiremos aquí esta noche.

A un gesto de Dominic la tierra se abrió, y éste depositó a Byron en una hendidura fresca y acogedora.

—Cuéntame cosas de tu familia. ¿Cómo la has perdido? —preguntó Byron. Se había despertado lo suficiente para buscar la compañía de aquel amigo, uno de los suyos.

—Soy cazador de vampiros. Nací cazador.

—No es mi caso.

Dominic se encogió de hombros.

—Aquél que caza cuando esa condición no pertenece a su herencia debe ser respetado cómo guerrero. Es el único oficio que he conocido, incluso en mi juventud. Fueron tiempos oscuros, mucho antes de que las guerras destruyeran a la mayoría de los nuestros. Mi hermana aprendió muchas cosas, e incluso el príncipe Vlad la consultaba. Hay quienes decían que

sabía demasiado. Otros decían que se volvió contra su pueblo con la ambición de reinar, creyendo que era su derecho.

—Llevas en ti la sangre del cazador de dragones. —Byron apoyó la cabeza en la tierra mullida y miró al hombre que había compartido con él su sangre—. Cuando no era más que un jovenzuelo, solía ir a la casa donde alguna vez habrás vivido. Las tallas y las pinturas eran muy bellas. Yo deseaba poder crear esas maravillas. Sucedió hace mucho tiempo.

—¿Aún está en pie la vieja casa? Sería un milagro volver a verla.

—Por respeto a tu linaje —dijo Byron—. No se ha tocado nada, con la intención de conservarlo para ti o para cualquiera de los tuyos, si hubiera supervivientes.

—Mi hermana fue leal al príncipe Vlad y a nuestro pueblo. Ningún cazador de dragones ha traicionado jamás a los nuestros. Ninguno se ha convertido en vampiro. No descansaré hasta encontrar a quien raptó a mi hermana y recuperar el honor de nuestra familia.

—Nunca he oído rumores de que la sangre del cazador de dragones estuviera mancillada —respondió Byron. Observó a Dominic abarcar toda la caverna con un movimiento de la mano hasta que nacieron pequeños destellos de luces. El desconocido cogió un polvo de una pequeña caja y lo sopló sobre la caverna. Era una esencia aromática y relajante.

—Agradezco que en mi ausencia nunca se mencionara. —Dominic se arrodilló junto a Byron y comenzó a coger puñados de tierra. Mezcló la tierra con un segundo polvo y con su propia saliva—. Necesitarás más sangre antes de volver a tierra. La herida es bastante severa y te ha dañado los órganos internos. ¿Cómo es posible que hayas cazado a los vampiros y, sin embargo, ese macho humano haya podido herirte?

Si había un reproche en las palabras de Dominic, Byron no reparó en ello, sólo una leve curiosidad por saber cómo un ser humano conseguía herir a un cazador cárpato.

—Quizá sea mejor artesano que cazador.

—He observado que en muchas personas de los alrededores hay extrañas barreras mentales. Es preferible que tomes a tu pareja y abandones este lugar. Llévala a nuestra tierra. Con el tiempo se acostumbrará y dejará de estar enfadada contigo. —Dominic ayudó a Byron a inclinarse para aplicar el emplaste en la herida abierta de la espalda—. Un artesano que se ha convertido en un cazador para ayudar a los suyos siempre será bienvenido junto al fuego de los guerreros. Los artesanos son meticulosos y metódicos. Es un honor conocer a alguien como tú. —Con sumo cuidado, Dominic ayudó a Byron a recostarse.

—El príncipe encontró a su pareja hace algún tiempo —dijo Byron para corresponderle al extraño con su propia noticia—. Al parecer, algunas mujeres poseen dotes telepáticas, y pueden ser convertidas con éxito sin temor a que enloquezcan.

—He oído ese rumor. ¿Cómo es posible?

—Creo que esas mujeres con poderes telepáticos que hemos encontrado son descendientes de la raza de los jaguares.

Dominic volvió a mezclar aquella rica tierra con sus polvos y su saliva para aplicarle un emplaste a Byron en el pecho.

—Creía que los únicos que habían sobrevivido se habían refugiado en lo profundo de la selva.

—No son verdaderos jaguares, pero tienen su sangre. Eso explicaría por qué las mujeres son compatibles con nuestra raza. Los jaguares podían mutar y tenían múltiples poderes, como los nuestros. —Byron cerró los ojos—. ¿Piensas seguir tu camino mañana?

—Cuando se ponga el sol. No he encontrado vampiros en esta región —respondió Dominic—. Tendré que emprender viaje en cuanto me levante. Tú sanarás aquí en la tierra y estarás a salvo durante varios días.

—Tendría que despertarme mañana por la noche. Antonietta sufre mucho. No quiero dejarla sola.

—No estarás completamente restablecido, pero me aseguraré de que te despiertes.

La mirada de Byron se prendió de aquellos ojos penetrantes.

—Tus ojos son verdes. —No sólo verdes sino también brillantes, de un verde metálico. Inquietantes. Ojos que ven hasta el alma—. Debería haberlo recordado, es la herencia del cazador de dragones. La mirada de los videntes.

—Ahora estoy cansado, Byron, no veo todo lo que debería ver. Cuando encuentre las respuestas que busco, seguiré a los míos hacia la próxima vida.

—O cuando encuentres a tu pareja. En mi caso, no lo creía posible y, sin embargo, no hay duda de que Antonietta es mi otra mitad.

—Mi linaje casi ha desaparecido. Rhiannon y yo éramos los últimos de nuestra familia. Dudo que cualquiera de los dos haya tenido tanta suerte. —Dominic se incorporó cuan grande era por encima del corte abierto en la tierra—. Ahora, duerme, y te despertarás completamente sano. Transmitiré tus saludos a nuestro príncipe y le informaré que pronto vendrá una mujer a unirse a nuestras filas. Esa noticia por sí sola es motivo de celebración.

—Te estoy agradecido por tu gentileza y por haberme salvado la vida.

Dominic lo saludó con una larga venia a la manera de los cárpatos. —Ahora tienes que dormir y dejarme que intente sanar estas graves heridas.

Byron volvió a oír las voces, muchas voces, hombres y mujeres que entonaban el cántico del ritual de la cura. *Duerme, viejo amigo, estamos contigo, y velaremos por ti mientras nuestro hermano sana tu cuerpo.* Aquella solitaria voz de camaradería lo hizo remontarse en el tiempo, cuando corría libre con los lobos, se encaramaba a los árboles más altos y era sólo un niño que jugaba con su amigo. Se dejó ir, y las voces que lo apaciguaban se perdieron en la distancia. Sólo una voz femenina que susurraba: *Vuelve a mí.*

Capítulo 8

Antonietta estaba sentada al piano con las manos curvadas sobre las teclas. Desde lo más profundo de su ser, brotaba la música. Penetrante. Agitada por temores. Una amalgama de emociones. Sus manos imponían belleza y poesía al caos, mezclaban las notas hasta que la música aumentó de volumen, resistiéndose a ser confinada a aquella sala de acústica perfecta. Antonietta llamaba desesperadamente a su amante para poner fin a su dolor. La música gemía y sollozaba, implorante. Luego se volvió suave y cantarina como una sirena. Una melodía de embrujo.

Las puertas de sus dependencias seguían cerradas, como lo habían estado el resto del día. Antonietta no deseaba ver a nadie. Ni siquiera don Giovanni había logrado convencerla de que abriera. Los segundos acompañaban el tictac del reloj, resonando como latidos del corazón. Largos minutos que no terminaban, horas, días. No soportaba la idea de continuar viviendo sin él. Byron. Su poeta oscuro. Lo había perdido antes de tener la oportunidad de conocerlo, y aquel dolor superaba su entendimiento.

El dolor hacía estragos en ella, la consumía. La había aislado de su prima, de su familia. De Justine. Había rechazado el consuelo que todos le ofrecían. Sólo permitió que se quedara con ella Celt, mientras lloraba y lanzaba objetos por la habitación de una manera muy poco apropiado en ella. Su llanto era una tormenta de lágrimas, clamaba a los cielos maldiciendo porque alguien hubiera dejado un arma a su primo. Durante esas horas, el perro se paseaba junto a ella, la orientaba entre los objetos que había lanzado a manera de proyectiles y ofrecía su cabeza con un gesto de entrega para consolarla y demostrarle su amistad.

La música se convirtió en melancolía, las notas volaron y se derramaron por los anchos salones hasta que todos los habitantes de la casa guardaron un silencio que parecía un duelo. Hasta los niños hablaban en susurros y Marita los hacía callar. Una tragedia se cernía sobre el palacio. Antonietta, sangre de su sangre, su valedora, la única Scarletti que había sido constante en sus vidas, estaba destrozada como nunca lo había estado. Por un hombre. Peor aún, por un hombre al que ellos temían. La sinfonía seguía su curso interminable, un torrente de lágrimas y angustia, hasta que incluso los criados comenzaron a llorar.

Afuera, más allá de la multiplicidad de colores de las exquisitas vidrieras, la tormenta había pasado. Pero las nubes rodaban por los cielos, oscureciendo la luna y apagando las estrellas hasta que las gárgolas y las criaturas aladas de las almenas y muros se convirtieron en sombras siniestras.

Antonietta sentía la música embargándola, las emociones implacables y sin piedad, un volcán en permanente erupción. Seguía tocando, incapaz de detenerse. Y de pronto, sintió el peso de unas manos sobre los hombros, su cálido aliento en el cuello, el contacto de sus labios en el pelo. Y sus dedos quedaron suspendidos sobre las teclas. A la intensidad y fuerza desgarrada de aquella música siguió una brusca quietud. El palacio entero quedó en silencio, un silencio que se volvió estremecedor después de tantas horas de improvisación apasionada.

Antonietta permaneció inmóvil sobre el pulido taburete, sin atreverse a creer que él estaba ahí, con ella, que por fin había acudido, después de aquellas interminables horas de temor y dolor abyectos. Fue como si el corazón dejara de latirle, y el mundo se redujera a esas manos suyas. Al calor de su piel. A la calidez de su aliento y a los latidos de su corazón. Antonietta sintió que le suyo vació hasta encontrar el ritmo de Byron. Latiendo en perfecta

sincronía. Se giró, desesperada, y le lanzó los brazos al cuello, su grito ahogado por la boca de Byron que se abatió sobre ella.

Byron saboreó sus lágrimas, degustó el amor y el reconocimiento. Le recorrió el rostro con los labios, luego con los ojos, memorizó sus pómulos pronunciados, el pequeño hoyuelo, hasta volver adueñarse de su boca. Era una mezcla de ardor, fuego y deseo. La tierra se sustrajo a sus pies. Ella tiró de su camisa, desesperada por encontrar su pecho, para ver con las yemas de los dedos. Era casi imposible esperar, y tiró de la tela que le cubría la piel mientras le devolvía los besos, asediándole la boca, diciéndole sin palabras todo aquello que deseaba.

Con un movimiento de los hombros, Byron se desprendió de la camisa y dejó su torso desnudo ante la incursión de Antonietta, que no paraba de colmarlo de besos. Una y otra vez, besos frenéticos, largos y embriagadores. Buscó en cada centímetro de su pecho, cada uno de los músculos bien definidos, las costrillas y la estrecha cintura. Encontró la cicatriz y descubrió que, tras sólo veinticuatro horas, estaba casi sanada del todo, y balbuceó alarmada en el calor de su boca.

Casi te ha matado. Pensé que habías muerto. No podía hablar en voz altas con la boca ocupada en morderle la barbilla y seguir por el cuello hacia el pecho.

Te dije que viviría. Lamento que hayas sufrido tanto. Byron cerró los ojos, echó la cabeza para atrás y cerró los puños en su cabellera mientras ella le tiraba de los pantalones, desesperada por quitárselos.

Necesito tocarte cada centímetro de tu piel y saber que estás vivo y aquí conmigo. ¡No quiero volver a sentirme así, nunca! Ahora lo probó con la lengua. Las texturas y el tacto y el sabor eran los sentidos importantes para ella en aquel estado de excitación que la embargaba, una mezcla de apetito sexual y emociones intensas. Antonietta quería tocarlo y explorarlo y saborearlo.

¿Y tu hombro? Byron dejó que su cabellera para quitarle la bata. Esta cayó flotando al suelo, un suave montón de encaje. Las tiras de su camisón eran diminutas y también las apartó hasta que éstas se deslizaron y cayeron.

Antonietta ni se percató mientras le arrancaba las prendas a él. Frotó el rostro contra su pecho y su abdomen. Él arrancó la cinta de su larga cabellera que, una vez liberada, se derramó sobre sus hombros, sedosa e incitante al contacto con su piel.

—Antonietta. —Byron murmuraba su nombre, una mezcla ronca de apetito y necesidad al iniciar su propia inspección. La herida en el hombro de Antonietta casi había sanado, aunque le había quedado magullado. Por suerte, la bala había perdido fuerza al traspasar su propio cuerpo. Se le había quedado alojada en el hueco del hombro, una herida poco profunda y Byron se le había extraído al curarla. El músculo no estaba dañado, pero él se inclinó para lamerle la herida.

No es nada. Nada de nada. No tengo ni idea de cómo conseguiste interponerte en ese estrecho pasillo, pero me salvaste la vida. Antonietta seguía acariciando, con paciencia de amante, la protuberancia de sus caderas y sus nalgas, hasta desplazarse hacia la dura columna de sus muslos.

—Eso me distrae —murmuró Byron, entre dientes. En cualquier caso era demasiado tarde. Ella lo había cogido en toda su extensión y, con la punta de los dedos, memorizaba la textura y la forma de su voluminosa erección con una lentitud exasperante. Las llamas bailaron sobre Byron. Antonietta tenía unos dedos fuertes y seguros, nada de titubeantes. Sabía exactamente lo que quería, y eso hizo, lo recorrió a todo lo largo, sus dedos bailando y tocando con el mismo virtuosismo que desplegaba ante el piano.

Byron sintió los pulmones a punto de explotar. Se tensó entero y contrajo todos los músculos como reacción al roce de sus caricias.

Necesito esto, Byron. Quiero conocer cada centímetro de ti. Puedes poseerme después, pero dame esto. No esperó una respuesta. Empezó con suaves mordiscos en el vientre,

saboreándole la piel. Sopló un aire cálido sobre su miembro erecto y se complació al ver que éste se endurecía aún más.

Él dejó escapar un único sonido, una mezcla de tormento y éxtasis, cuando Antonietta lo acogió con la boca, cálida y húmeda, y lo chupó con ardor.

—Antonietta. —Su voz era ronca y la respiración entrecortado—. *Dio*, mujer, no puedo creerlo. —Sus dedos volvieron a encontrar su cabellera y la sostuvieron contra él mientras sus caderas encontraban un ritmo suave que a duras penas aguantaba. Era un dulce tormento. El fuego le quemó en el vientre y se le extendió por todo el cuerpo hasta que las llamas lo consumieron y al fragor en sus oídos se unió el fragor de la bestia interior que clamaba por sus derechos.

La necesidad de reclamar a su compañera surgió como un impulso intenso, más intenso que cualquier apetito sexual. Sintió que los incisivos se le alargaban y apartó la cara de la tentación de esa piel suave, vulnerable y desnuda. Las llamas lo lamían, y todas las buenas intenciones se desvanecían.

—Antonietta, estás en peligro. —Apenas alcanzó a pronunciar la advertencia, tirándole del pelo para levantarle la cabeza, para reconocer que conservaba un instinto básico de supervivencia. Él solo no podía salvarla. La había esperado y añorado y necesitado demasiado tiempo. Antonietta había estado a punto de morir ante sus ojos, no una vez, sino dos. Byron se sentía reñido con su propia naturaleza al cortejarla a la manera de los humanos.

Antonietta levantó la cabeza. Parecía una sirena sexual y atractiva, una tentación salvaje y desinhibida con los largos rizos de pelo que le caían como una capa viva y sus ojos oscuros enmarcados por exuberantes pestañas.

—Tú nunca serás el peligro.

Siguió un gruñido de advertencia sordo. Byron mantuvo la cara apartada.

—Intento protegerte.

—No quiero protección, Byron. No la necesito. Soy una mujer madura y responsable de mí misma. Sé lo que quiero y te quiero a ti. Quiero que me hagas el amor. —Sus manos no dejaban de moverse, de acariciarlo y de jugar con él. Le besó el vientre, luego el pecho y se acercó para mordisquearle la barbilla.

Byron la sentía, apretada contra él, dentro de él, su cuerpo suave y flexible, una ofrenda voluntariosa. La sangre de Antonietta lo llamaba, dulce y caliente y adictiva, una poción elaborada sólo para él. *Antonietta. Compañera. Tú eres mía. Te he buscado toda una eternidad.*

—No me marcharé tranquilamente en la noche. No creas que eso es lo que haré, Antonieta. No soy un jaguar. No te será fácil deshacerte de mí si descubres que te aburro.

Ella le rodeó el cuello con los brazos e hizo encajar su cuerpo en el hueco de sus caderas.

—Ahora quieres asustarme, como si fueras un acosador. Sólo quiero que me hagas el amor. ¿No te importaría que habláramos de nuestro futuro más tarde?

Su olor era irresistible. Limpio, fresco y tentador. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y su cuello lo llamaba. Byron hundió la cara en ella. En la tentación. Con la lengua le encontró el pulso, sintió el latido en la vena. Aquel ritmo le penetró en el cuerpo y lo hizo estremecerse de placer. De hambre. Su deseo era tan intenso que lo hacía consumirse en cada célula del cuerpo. Con los dientes le rozó la piel justo por encima de la vena, ahí donde le latía el pulso. Aspiró profundamente su esencia.

—Lo que importa es que tú sabes que intenté cortejarte a la manera de los tuyos. —Cerró los ojos, esta vez ardiendo de necesidad.

—Creo que has hecho un trabajo admirable —dijo ella, y se frotó contra él, como lo haría un gato, piel con piel.

Cuando él deslizó la boca sobre su cuello, dejó una huella de fuego, de vibrantes llamas. Con los dientes, rascó una y otra vez, los brazos endurecidos y posesivos. Su cuerpo revivía en contacto con ella, duro y grueso y lleno de vida, de energía y apetito. Se

correspondía con el hambre que hervía en sus venas. Con la boca, reanudó su incursión, una, dos veces, hasta hipnotizarla.

La reacción espontánea de Antonietta fue cerrarse. El calor se difundió, aumentó como un incendio desatado, una tormenta de fuego de necesidades y de emociones más intensas de lo que ella hubiera querido reconocer. Sintió un dolor al rojo vivo que inmediatamente cedió a un placer erótico que se apoderó de su cuerpo, su corazón y su alma, Byron la levantó en vilo como si no fuera más que una pluma, como si fuera su mundo entero. Ella creyó que flotaba al cruzar la habitación, un sueño de pasión como nunca había conocido.

Él le murmuró, y las caricias de su lengua le borraron el dolor del cuello cuando la dejó sobre la cama y la arropó con su cuerpo. Dejó vagar la boca sobre su cara y sus ojos hasta llegar a sus labios. *¿Cómo pudiste imaginar que no te amaría?* Le mordisqueó el mentón y siguió ligeramente por el cuello, dejándole una huella de fuego hasta la hendidura de los pechos.

Antonietta dejó escapar un grito, se arqueó contra él, pidiendo más. Le cogió la cabeza y se estremeció, tensada por la exquisita necesidad. El deseo aumentó, llevándosela por delante hasta que ardió en deseos de que Byron la penetrara, ardió por cualquier especie de alivio.

—Byron, no esperes. —Intentó tirar de él para atraerlo hacia ella buscando que se encaramara, intentando acoplarse con las caderas. Byron se mantenía paciente, se tomaba su tiempo mientras le exploraba deliciosamente todo el cuerpo con las manos, memorizando cada detalle, dejando la impronta de ese cuerpo en su alma hasta el final de los tiempos.

Cuando él acercó la boca a su vientre y siguió, más abajo, para explorar el triángulo de finos rizos, Antonietta cerró los ojos con un placer tan intenso que lindaba con el dolor. Sentía un deseo frenético de poseerlo, de sentirlo en lo más profundo de ella. Era una necesidad tan intensa que la hizo temblar de arriba abajo. Donde quiera que él la tocara o la besara, sentía el dolor y ardía por tener más.

Él le separó las piernas. Ella esperó, sin respirar y, de pronto, soltó una bocanada de aire cuando él la probó, cuando la frotó y acarició y despertó su cuerpo a la vida. Ella pronunció su nombre como una plegaria implorante entre sollozos. Antonietta jamás había deseado a nadie así. Byron. Sólo él podía completarla. Sus dedos encontraron las sábanas de seda y se cerraron con fuerza cuando la barrió la ola de éxtasis. Entonces desplazó las manos y le tiró del pelo porque no podía, porque no *quería* consumirse sola.

Byron levantó la cabeza, se deslizó por encima de ella hasta acoplar las caderas tiernamente en el hueco de las de Antonietta, como si volviera a casa. Ella estaba húmeda y caliente y excitada, y él dejó escapar una exhalación de alegría cuando penetró en ella, lentamente, centímetro a centímetro.

El cuerpo entero le tembló de placer. Le cogió las caderas y se hundió en lo más profundo de Antonietta. Un refugio seguro. Su mundo cambió para siempre. Dejó de vagar por la tierra atrozmente sólo. Jamás volvería a conocer la soledad, porque Antonietta había cambiado su mundo, le había traído la luz en medio de su oscuridad implacable. Levantó las caderas, queriendo más, queriendo que ella lo acogiese entera.

Antonietta sintió que el cuerpo entero vibraba despertando a la vida, que un terremoto se sucedía tras otro hasta que pensó que quizá moriría de éxtasis. Nada la había preparado para la fuerza y la intensidad de sus orgasmos con Byron. No había esperado ese regalo. Ninguna experiencia previa podía comparársele. Llegó a sollozar, con los sentidos tan exacerbados y el cuerpo tan sensible que cada movimiento hacía restallar en ella latigazos de placer.

Su mundo se había estrechado hasta abarcar un solo hombre, un solo ser, moviéndose en perfecta sintonía con el suyo. La sangre cantó en sus venas y el pulso le retumbó en los oídos. La música alcanzó su *crescendo* cuando él echó la cabeza hacia atrás y su cuerpo penetró profundo en ella, impulsos largos y duros destinados a fundirlos, dos mitades del mismo todo. Antonietta pensó que gritaría con aquella intensidad, con la alegría oscura e

insondable que se había apoderado de ella. La voz de Byron se fundió con la suya, o quizá sólo ocurrió en su imaginación, era imposible saberlo. Sólo existía el calor y el fuego y aquella bendita fusión hasta que ambos quedaron exhaustos, dos charcos derramados y extasiados entre las sábanas.

Temblando de placer, Byron acercó los labios al oído de Antonietta y susurró una orden. Su uña creció, afilada como una navaja, y lentamente se abrió un corte en el pecho. Le cogió la boca a Antonieta y la acercó a su piel. El primer contacto de sus labios le cortó la respiración y unos latigazos de luz restallaron en sus venas. Oyó las palabras que rebotaban en su mente. En su corazón. En su alma. Palabras que clamaban por ser pronunciadas en voz alta. La bestia levantó la cabeza, desveló sus garras y lanzó un rugido feroz reclamando a su pareja. *Ti amo. Si he sido parco en decírtelo, lo digo ahora, ti amo, Antonietta.* Respiró profundo y pausadamente por los dos, intentando controlarse mientras se debatía en su lucha contra la locura.

—Te reclamo como mi pareja. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi alianza, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Protegeré todo lo que es tuyo. Tu vida, tu felicidad y tu bienestar estarán por encima del mío. Eres mi pareja, unida a mí para toda la eternidad y siempre bajo mi cuidado.

Ahora sentía los vínculos que los unían, millones de hebras que los esposaban para toda la eternidad. Todo en su interior cambió y se asentó. Sintió que la paz invadía su corazón y su espíritu. Con un gesto suave, le impidió seguir bebiendo más sangre suya de lo que exigía un auténtico intercambio. La despertó del largo trance con un beso largo y embriagador, anulando la confusión que reinaba en su cabeza y vertiendo toda la intensidad de sus emociones en ese beso.

Antonietta le echó los brazos al cuello y le devolvió cada uno de sus besos, deleitándose con el grosor de su miembro hundido hasta lo más hondo de su entrepierna.

—Jamás me he sentido así en mi vida. Jamás. —Por un instante sintió la reminiscencia de un sabor peculiar en la boca, no desagradable, pero tampoco familiar, si bien se desvaneció en seguida y el fuego volvió a arder, fuera de control.

—Pareces muy asombrada —dijo él, hundiéndole la boca en el cuello—. Se diría que no tenías grandes expectativas.

Ella rió y había verdadera alegría en su voz.

—Tenía grandes expectativas, y tú has cumplido con todas y cada una de ellas. —Deseaba abrazarlo para siempre. Le alisó el pelo, bajó hasta la espalda y siguió hasta acariciarle el pecho.

—Gírate. Quiero verte el vientre. Aún no puedo creer que estés vivo. Estaba convencida de que habías muerto. He tratado de conectar contigo una y otra vez, pero no lo conseguía.

Muy a su pesar, Byron se deslizó fuera de ella y se separaron. Él se sintió en seguida como si lo hubieran despojado de algo.

—Creo que tendré que volver a hacer el amor contigo, Antonietta. —Ella encontró la herida en su pecho.

—Tendrías que estar muerto.

—Sí. Mi pariente me salvó la vida dándome su sangre. ¿Dónde está Paúl? ¿Lo han interrogado?

Ella acercó los labios a la herida.

—Yo no. No soportaría hablar con ninguno de ellos. No quería tener que oír sus disculpas. —De pronto se estremeció—. No me había dado cuenta de que hace frío aquí dentro. Ni me había percatado, deberías habérmelo dicho.

—Yo rara vez tengo frío. Encenderé un fuego y podremos sentarnos junto a la chimenea. —Se levantó con un gesto suave y le tiró de la mano.

—No tengo nada puesto. No puedo pasearme por aquí desnuda sin más. —La imagen de Byron mirándola la alarmó. Por primera vez, tuvo realmente ganas de saber qué aspecto tenía.

—Claro que puedes. No necesitas ropa —dijo él, pausadamente—. Prefiero admirar tu cuerpo. Es bello. La mujer es un milagro de maravillosas curvas. Y me da la oportunidad de tocarte siempre que quieta. —Con la palma abierta, le recorrió el perfil de los pechos, siguió por la leve curva de su vientre y permaneció un momento incendiario entre sus oscuros rizos. Deslizó el dedo en su interior, jugó y la acarició hasta que, húmeda y caliente, ella respondió con un golpe de caderas, montada sobre su mano con un suspiro de sorpresa ahogada—. Es lo que adoro en ti, te excitas con tanta rapidez conmigo.

Antonietta quedó sin aliento cuando un orgasmo se derramó sobre ella.

—Siempre he disfrutado del sexo, pero no tenía idea de que podía ser así. Lo ignoraba de verdad. Llega a asustar por lo maravilloso que es. Asusta y es adictivo.

—Me parece bien —dijo él, con evidente satisfacción.

—No puedo quedarme así desnuda mientras tú me miras. Hace frío aquí dentro. —El cuerpo le vibraba, le latía lleno de vida y de placer.

Byron se llevó los dedos a la boca.

—Tienes buen sabor, ¿lo sabías? Encenderé un fuego. Las sillas son cómodas y podemos tendernos mientras hablamos. Quisiera saber cómo recibió don Giovanni la noticia de que Paúl no sólo me había disparados mí, sino también a ti. —Señaló con un gesto de la mano la enorme chimenea y las llamas brotaron y comenzaron a lamer los troncos—. Seguro que habrán informado a tu abuelo. Estabas herida, así que habrán llamado al médico para que te cure adecuadamente.

—No hacía falta que me curaran. La bala ya había sido extraída y la herida estaba casi cerrada. Has sido tú, ¿no es cierto?

Él le tocó el hombro, un contacto apenas perceptible.

—Jamás te abandonaría si te viera sufriendo. Sabía que tardaría en volver, pero pensé que tu familia insistiría en llamar a un médico para asegurarse.

Antonietta tenía la certeza de que Byron no se había movido, no se había inclinado sobre el fuego y, sin embargo, en cuanto pronunció esas palabras, ella sintió la calidez de las llamas. Olió una fragancia maravillosa y aromática.

—¿Qué es eso?

—Son velas. Mi pueblo conoce las virtudes de la aromaterapia. Tú y yo podríamos beneficiamos de unos cuantos cuidados y de más energía. —Volvió a acariciarle el hombro desnudo alrededor de la herida y permaneció un momento quieto, hasta que ella sintió los efectos balsámicos—. Tu primo tiene mucha suerte de estar vivo. —Habría sido capaz de degollar a Paúl por haber estado tan cerca de hacerle daño a Antonietta.

—Mi primo es un idiota. No tengo ni idea de lo que haré con él.

—¿Puedes leer el pensamiento de tus parientes de la misma manera que escuchas a hurtadillas en las reuniones de la junta? Quizá la próxima vez, deberíamos averiguar qué se trae entre manos.

—Yo no me dedico a escuchar a hurtadillas —negó ella—. Simplemente escucho. Hay una diferencia. ¿Enterarme de lo que piensan mis primos? ¿Por qué querría hacer eso? Ya sé qué piensan, y da bastante miedo sólo contemplar lo que hacen, por no hablar de escucharlos a hurtadillas. —La sonrisa se le borró del rostro—. Creo en la privacidad, Byron. No quisiera tener que leer los pensamientos íntimos de mis familiares.

—A ver si te entiendo, Antonieta. —Byron se acomodó en la silla de mullidos cojines y se recostó contra el respaldo—. Es perfectamente legítimo escuchar las conversaciones de negocios recurriendo a tu fino oído, un don que la mayoría de los humanos no posee, por cierto, pero no es igual de legítimo escuchar a la familia. —En su voz asomó una leve amenaza y Antonietta sintió un escalofrío en la espalda. Sabía que con él nunca estaría en

peligro, pero a veces Byron se parecía más a un animal salvaje, un animal no domesticado que rondaba y acechaba y era capaz de una gran violencia.

Antonietta se acomodó en la silla frente a él. La calidez del fuego la envolvió y se desvaneció el estremecimiento que siguió al miedo.

—Cuando lo dices así, reconozco que no suena bien, pero esas empresas son el sustento de nuestra familia y de nuestras tierras. A Nonno le cuesta cada vez más recordar los detalles. He tenido que detenerlo en varias ocasiones para que no firme documentos que nos habrían costado mucho dinero. Afortunadamente, tenemos muy buenos abogados y Justine me lo lee todo, de modo que tenemos beneficios, pero si yo no escuchara, podríamos tener problemas. —Dejó escapar un suspiro que reverberó en el silencio de la sala. Afuera, la lluvia caía suavemente sobre la cristalera, una suavidad que se correspondía con su melancolía—. Tenía la esperanza de que Paúl mostraría algún interés en la empresa.

Había algo muy excitante en estar ahí sentada, desnuda frente a la chimenea. Antonietta sentía la mirada de Byron, cálida e intensa y totalmente pendiente de ella.

—Yo me preocuparía si de verdad mostrara algún interés por la empresa. Con esa pistola, Paúl te apuntaba a ti.

—Ha sido un accidente. Estoy segura de que lo ha sido. Paúl ha reconocido que ha cometido graves errores. Debe dinero a personas que, según él, adoptarán métodos más duros si no les paga lo que les debe. Compró una pistola pero no sabía cómo usarla. He hablado con Justine...

Byron asintió con un gesto de la cabeza.

—Ah, sí, nuestra fiel Justine, en quien siempre podremos depositar nuestra confianza.

Antonietta lo miró frunciendo el ceño.

—Estas personas son mi familia, Byron. Entiendo que has tenido un gesto maravilloso al no acudir a la policía y denunciar a Paúl. No tienes ni idea de cuánto te lo agradezco. A Paúl lo podrían encerrar, y los dos sabemos que no tiene ninguna posibilidad si eso ocurre. —Sin darse cuenta, echó la cabeza hacia atrás y, con ese gesto, le ofreció sus generosos pechos—.Deberías haberlo visto cuando éramos jóvenes, me gustaría que lo hubieras conocido. Tiene una mente brillante y, de niño, era una maravilla. Su padre le quitó toda la confianza en si mismo, e incluso la voluntad para intentar hacer cosas. Está claro que los adultos siempre se las arreglan para arruinarles la vida a los niños,

Por primera vez, Byron rió.

—Eso es verdad. Mi hermana acogió a un niño hace unos años. Con el tiempo ha resultado ser un cúmulo de problemas. Desde luego, Eleanor piensa que es un ángel y es absolutamente indulgente. —No pudo resistirse a aquella invitación silenciosa, le cogió uno de los pechos en el cuenco de la mano y comenzó a acariciar su tentadora corona.

—¿Tienes una hermana? —Antonietta estaba sorprendido. Byron nunca hablaba de su pasado ni de su futuro. Y nunca hablaba de su familia—. La otra noche, aquel hombre, Jacques, dijo que tu familia estaba en los alrededores. —Antonietta se sentía extremadamente sensible. No quería que Byron parara, jamás. Necesitaba su contacto, esa manera suya de siempre *tener* que tocarla. Era una sensación adictiva.

—¿Acaso crees que mis padres me encontraron debajo de una piedra? También tengo cuñados. —Muy a su pesar, Byron la soltó, se inclinó hacia atrás, estiró las piernas en dirección a la chimenea y observó cómo la luz de las llamas le bailaba sobre el rostro y el cuerpo—. Tienes una piel hermosa —dijo. Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera evitarlo. Las observaciones personales ponían incómoda a Antonietta.

A ella le sorprendió la franqueza de su voz. Era imposible sustraerse a tanto placer.

—*Grazie.* Me alegro de saberlo.

Él se inclinó y le cogió la mano.

—Mi hermana, Eleanor, perdió varios hijos, y fue muy duro p ella. Tuvo un hijo y consiguió criarlo y hacer de él un hombre bastante decente. A ti te agradaría. Vlad, la pareja de Eleanor, se ocupó con mano firme de él cuando Eleanor se pasaba de indulgente.

—¿Por qué no usas la palabra marido? Siempre dices pareja.

—En mi lengua, en el mundo de mi pueblo, nos referimos a nuestra compañera como pareja. A diferencia de los jaguares, nos unimos para toda la vida, y más allá. No para un placer momentáneo. Consideramos que e1 arte de hacer el amor y hacer feliz a nuestra pareja es un deber para toda la vida.

Había algo sumamente maligno en su voz, casi un desafío.

Antonietta tuvo la impresión de que sonreía. Y decidió que lo mejor era ser discreta.

—De modo que también tienes un sobrino. —Ahora era plenamente consciente de que sus dedos la acariciaban. Byron le deslizó el interior de la muñeca. Hasta entonces no tenía idea de podía ser la muñeca. En seguida se derretía interiormente.

—Sí, Eleanor consiguió quedarse embarazada. Benjamin. Benj era… es… un milagro para todos nosotros. Está creciendo que es una maravilla y todos estamos muy orgullosos de él. Pertenezco a una familia de artesanos. Benjamin prefiere trabajar con piedras preciosas, como yo siempre lo he hecho. Me gustaría llevarte a las cavernas donde podrías escoger una gema de una de las paredes de la roca. —En su voz asomaba la añoranza.

—Me fascinaría ir contigo a una caverna. ¿Aún sigues haciendo joyas?

—Tengo planes para volver a comenzar, ahora que te he encontrado. Al verte sentada ahí, con el pelo que se derrama sobre tus hombros y la luz del fuego que baila sobre tus pechos, me siento inspirado. Quisiera hacer un collar de fuego y hielo para adornar tu cuello.

Sus palabras despertaron en ella la auténtica sensación de frescor de las piedras preciosas en contacto con la piel, y se llevó la mano al cuello, como si esperara encontrar un collar de oro, diamantes y rubíes.

—Me fascinaría llevar una joya que tú hayas diseñado.

—Fabricaré algo muy bello que vaya bien con tu piel y tu pelo. Será un auténtico placer.

—¿Tu sobrino también hace joyas? —Antonietta se deleitaba sintiendo la mirada de Byron fija en ella. No necesitaba ver para saber que él la miraba. Había superado la vergüenza. Al contrario, ahora quería que la mirara. Deseaba que sintiera un hambre devoradora por ella. Como el que ella sentía por él. Incluso le resultaba difícil concentrarse en la conversación. Estaba demasiado ocupada pensando en montarse sobre él en la silla que ocupaba frente a la chimenea.

—Entiendo que ha comenzado a trabajar como aprendiz. No lo he visto desde hace algún tiempo, pero Eleanor también tiene al joven Josef, y él es otro cuento. Su madre biológica ya era vieja cuando dio a luz, y murió una hora después del parto. Eleanor y Vlad se ofrecieron inmediatamente para adoptarlo. Deidre, la hermana de Vlad y su pareja, Tienn, fueron los primeros escogidos para cuidar de él, pero Deidre había perdido tantos hijos que Tienn temía que si el bebé no sobrevivía, sería un golpe demasiado duro para ella. Los padres sufren demasiado cuando pierden tantos hijos. Muchos de nuestros hijos no sobreviven más allá de los primeros meses.

—No puedo imaginarme cómo sería perder a Margurite, y pensar que ni siquiera es hija mía —dijo Antonietta—. Cuánto lo lamento por tu hermana y tu cuñada. Hay tantas personas que tienen hijos sin realmente desearlo y, al contrario, hay tantos que los desean y que no pueden tenerlos.

— ¿Y tú? ¿Quieres tener hijos?

Ella se encogió de hombros.

—Hubo un tiempo en que soñé con tener hijos. Creo que le sucede a la mayoría de las mujeres, Byron, pero, verás, yo tenía responsabilidades, y mi carrera estaba despegando. Nunca he conocido a un hombre que me resultara lo bastante atractivo como para pensar en compartir toda una vida con él y, aunque pensé en tener un hijo sola decidí que sería como un engaño para él. A menudo tengo que salir de gira, o solicitan mi presencia cuando tocan una de mis óperas, y siempre estoy ocupada con los negocios de mi familia. Me queda poco tiempo para dedicárselo a un hijo.

—Ya entiendo.

Por alguna razón, Antonietta se sintió de pronto a la defensiva. Era una reacción ridícula, puesto que no había inflexión alguna en la voz de Byron que hiciera pensar en una amenaza, pero tuvo la sensación de que él se equivocaba al interpretar sus palabras. A lo largo de los años, Antonietta había aprendido a vivir sin ver, a juzgar las reacciones por las voces, y hasta por la tensión que vibraba en el aire. Pero con Byron no lo conseguía, y eso la confundía y la hacía sentirse vulnerable. Apartó su mano, consciente de que él le sentía el pulso acelerado en la muñeca.

—¿Lo entiendes? Aquello sería un milagro, puesto que muy pocas personas tienen una idea acertada de lo que ha sido mi vida.

—Sin embargo, yo no soy la mayoría de las personas, ¿no es verdad? —En su voz había un leve asomo de diversión.

—No, es verdad —convino ella—. Eres alguien muy especial. Si no eres un jaguar y no eres del todo humano, ¿qué eres? ¿Qué eres exactamente? Y no me des respuestas extrañas o absurdas.

—Soy un cárpato, de las montañas de aquella región. Mi pueblo es tan antiguo como el tiempo y somos de la tierra. Vosotros tenéis vuestras leyendas de vampiros y de hombres lobos y jaguares, nosotros pertenecemos a ese reino. —Era una respuesta honesta, el tipo de respuesta que daría a su pareja. Byron no dejaba de mirarla e interpretaba sus expresiones, ahí en la oscuridad.

—Sé que eres diferente, Byron. Es curioso, la imagen de los jaguares es algo que me viene con naturalidad, pero un hombre lobo o un vampiro me parece una aberración. —Dejó escapar una risa apagada—. ¿Por qué será? ¿Por qué aceptaría tan fácilmente una realidad pero me negaría a dar crédito a la otra?

—Los cárpatos no son hombres lobos ni son vampiros. Somos una especie en peligro de extinción que luchamos por nuestro lugar en el mundo.

Ella pensó detenidamente en esas palabras, las analizó en busca de un significado oculto.

—¿Tú te pareces en algo a una de esas especies? Seguro que puedes mutar, como los jaguares. He llevado a cabo una larga investigación sobre las leyendas y la mitología del pueblo jaguar. ¿Tú puedes mutar? Yo no puedo. A veces siento que se insinúa en mí, y sé que hay algo en mi interior, pero no basta con una mera orden para conseguirlo. He invocado el poder de la bestia pero jamás he conseguido que se exprese en toda su dimensión.

—Sí, puedo mutar.

Antonietta no se esperaba que Byron lo reconociera. Aquella idea era absurda y, a la vez, la atemorizaba. Respiró hondo y preguntó:

—¿Puedes volar?

—Sí, ya sabes que puedo. No lo he borrado de tu memoria.

Antonietta estaba sentada en la penumbra, donde se sentía ahora muy cómoda, y esperó largos segundos en silencio para darse el tiempo de asimilar lo que él le confesaba. Volar. Sintió que el corazón se le aceleraba con la sola idea, aunque su naturaleza humana albergaba ciertas reservas.

—Aquello sería un regalo espléndido —dijo, y alzó las pestañas. No podía verlo, pero lo miró directamente—. Para un regalo tan maravilloso, el precio debe ser muy alto.

Byron la miró y quiso reír. Antonieta estaba sentada frente a él. Su pareja. Su piel desnuda brillaba a la luz del fuego. Su mundo de colores bailó frente a sus ojos. Experimentaba emociones tan primarias e intensas que apenas podía controlarlas. ¿Qué precio había pagado él? Siglos de existencia marginado, un mundo gris, de desesperanza. El susurro interminable del mal que lo llamaba. Los minutos y horas y días y años interminables de abyecta soledad. La existencia de Antonietta lo había hecho desaparecer todo de golpe.

—Vivo, Antonietta. Tengo una manera de vivir, y la vivo. No es ni bueno ni malo ser como soy. Simplemente soy. Acepto lo que soy y estoy orgulloso de mi pueblo. Somos gente

de honor y somos fieles, y poseemos muchos otros rasgos de fortaleza, pero también tenemos debilidades, como cualquier otra raza. No puedo vivir a la luz del sol. Me haría daño. Por eso no puedo estar contigo para cuidarte a ciertas horas del día. —Cuando hablaba, era como si diera las cosas por sentado—. Soy capaz de ver la belleza en la noche, es mi mundo, mi existencia, y la adoro. Quiero compartir mi mundo contigo para que nunca tengas miedo viviendo en él. Para que veas su belleza por ti misma y no sólo por mí.

Antonietta ignoraba si eran las cosas que Byron decía o cómo las decía, pero interiormente se derretía. Lo deseaba. Quería envolverse en su interior, en lo profundo de su corazón y su alma. Y deseaba ver su mundo, conocer sus confines. Cuando dijo que la noche era bella, su voz era casi un ronroneo. Ella vivía en la oscuridad y así quería verla.

Ya no pudo resistirse a la tentación. Sencillamente se incorporó y dio unos cuantos pasos hasta quedar frente a él. Byron no la decepcionó. Tendió la mano hacia ella tal como Antonietta había imaginado, la deslizó por el muslo hacia arriba, acariciando el interior de su pierna con dedos sensibles, expertos. Ella respondió de inmediato acogiéndolo, caliente y líquida, una anticipación ávida del embrujo mágico que le esperaba.

Byron la atrajo hacia él, y ella respondió, de pie entre sus piernas mientras él encontraba su hueco, húmedo, y presionaba a modo de exploración. Antonietta vio destellos de luces en su mirada interior, un despliegue de brillantes colores, con el cuerpo palpitando de placer. Byron deslizó los dedos en el interior y los músculos de ella lo acogieron.

—Cuando estoy contigo, Byron, me haces sentir como si voláramos juntos. —Antonietta tuvo que cogerse de su cabeza para no perder el equilibrio cuando sintió que las piernas le flaqueaban. Empujó las caderas contra su mano, deseando más, deseándolo a él.

Impaciente, dio un paso adelante y se colocó a horcajadas sobre sus muslos, de modo que él no tuvo otra alternativa que permitirle lo que ella más necesitaba. Antonietta sentía que su hambre aumentaba por segundos, un hambre casi voraz, un apetito insaciable que sólo se podía aplacar provisionalmente. Se tendió sobre Byron. Él estaba grueso y duro y penetró lentamente en aquella hendidura suya, llenándola, abriéndola, hasta que aquel roce estrecho era increíble y perfecto, era todo 1o que ella deseaba.

Sus pechos rozaron los pectorales de Byron, su cabellera cayó abandonada salvajemente cuando comenzó a moverse con su ritmo de danza, con toda la pasión volcánica que se había desatado en ella, esperando. Esperando a Byron. Lo montó con dureza y rapidez, lenta, tomándose su tiempo, procurándoles a los dos un placer exquisito. A sus oídos llegó el ruido del viento. De los latidos de su corazón. De susurros en la distancia. Antonietta lo sentía todo. La textura de su piel, la forma de sus huesos, la definición de sus músculos y el goce interminable de un orgasmo que los estremeció a los dos en una armonía absoluta.

Librodot

Capítulo 9

—Creo que a tu familia le inquieta algo —dijo Byron, y la abrazó con un gesto posesivo. Oía los susurros, que no paraban. Eran los primos de Antonietta, que quería saber cómo se encontraba, pero temían acercarse a ella.

Ella hundió la cabeza en su pecho.

—Es muy curioso, pero puedo oír todo lo que dicen, como si estuviéramos en la misma habitación. Siempre he tenido muy buen oído. Pensaba que era por mi ceguera o quizá, por descender del pueblo de los jaguares. —En su voz se adivinaba la incertidumbre.

—Quisiera tomarme el tiempo para leer en profundidad la historia del pueblo jaguar. Creo que es muy relevante para mi gente. Tengo todo tipo de preguntas que hacerte, pero supongo que pueden esperar a los demás por inquietarse tanto. —Byron se inclinó, acarició los mechones sedosos y le apartó el pelo de la cara. Se inclinó aún más para dejarle un reguero de besos, ligeros como plumas, desde la mandíbula hasta el cuello y la incitante curva de los pechos.

Antonietta cerró los ojos cuando se sintió presa de olas de placer que la barrieron de adentro hacia fuera. Adoraba cada momento que pasaba con Byron. Nada en la vida la había preparado para las sensaciones que él despertaba en ella. Podría escuchar el sonido de su voz para siempre. Y gozar con el contacto de su piel.

—Mi oído está mejorando —dijo, y ahora se adivinaba cierta diversión en su voz.

—Eso es bueno. Alguien se acerca a tu puerta. No quisiera que te sorprendieran en una posición tan comprometedora. —La boca de Byron se cerró sobre su pecho y Antonietta sintió el calor y el fuego explotando en su interior.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

—Antonietta, por favor déjame entrar. Tenemos que hablar. Tienes que dejarme explicar. Seguro que nuestra amistad, después de tantos años, se merece al menos eso.

Antonietta se volvió rígida al oír la voz implorante de Justine. Byron alzó la cabeza en un gesto de alerta y se inclinó para besarla suavemente.

—Insistirán en verte.

—Antonietta, por favor. Tienes que dejarme explicarte. Paul está destrozado. Toda tu familia está sufriendo. Por favor, abre la puerta.

Antonietta hizo una mueca al oír el nombre de su primo, como un golpe a la boca del estómago, y se sintió enferma.

—No quiero ver a nadie. No sé lo que siento por ellos en este momento —murmuró, y hundió la cara en el cuello de Byron, esperando que Justine se fuera.

—Te ha herido. Te ha herido más que Paul —dijo Byron, y le apartó un mechón de la cara.

—Paul es débil. Se contenta con autocompadecerse, y eso es lo que he llegado a esperar de él. Pero Justine es fuerte, es una líder, y siempre ha sido mi confidente más cercana. Pero me arrancó algo importante que jamás podré recuperar. Lo peor de todo es que ni siquiera se da cuenta. Lo que ella significaba para mí no es lo mismo que yo para ella. —Antonietta se quedó escuchando los pasos que se alejaban—. Francamente, no sé qué le diré. Cuando me pongo a pensar en ello, acabo llorando. ¿No odias las emociones? Suelen estropearlo todo.

Él le dejó un reguero de besos en el cuello.

—Siempre has tenido emociones. Durante un tiempo, yo carecí de ellas. Prefiero tener sentimientos, cualquier tipo de sensaciones, aunque sea en exceso.

—¿Incluso la traición? ¿Y el dolor?

—Al menos tú eres capaz de amar lo suficiente para sentir amor y traición. En cualquier caso, creo que Justine se arrepentirá de lo ha hecho, y entiende que algo se ha perdido entre vosotras. ¿Cómo se explica que podamos oírlo, Byron? Ellos están abajo, creo que en el invernadero. ¿Cómo es posible que los oigamos? ¿Por qué no se van todos a dormir y me dejan tranquila?

—Porque, *cara*, eres importante para ellos, y porque te aman. Sólo demuestran que están preocupados.

—Y bien, desearía que sólo por esta noche nos dejaran en paz.

Oyeron otros pasos, esta vez inconfundiblemente decididos, que subían por la escalera. Escucharon cuando se acercaron a la puerta, el golpe esta vez fue de autoridad.

—Antonietta, *cara mia*, tienes que abrirme la puerta inmediatamente, o utilizaré la llave maestra que me ha dado Helena y abriré yo. Hablo en serio. Quiero saber si estás bien. No tienes que hablar conmigo, pero tienes que dejarme entrar. Nonno y los niños están asustados. —Era Tasha, y parecía firmemente decidida.

—Seguro que abrirá la puerta. Tasha no suele hacer falsas advertencias. No tengo nada puesto y la habitación está… Y bien, es evidente, cualquiera ve lo que estamos haciendo —dijo Antonietta, con un amago de pánico.

Byron alzó una mano en dirección al cuarto de baño. Se oyó inmediatamente el ruido del agua llenando la bañera. El penetrante olor de sus amores se disipó y fue reemplazado por la fragancia de las sales de baño preferidas de Antonietta. Byron inclinó la cabeza y se tomó su tiempo para besarla por todas partes.

—Puedes darte un agradable y refrescante baño. Sé que lo has estado deseando. Dejaré entrar a Tasha y la mantendré ocupada hasta que estés preparada para hablar con ella.

Antonietta se deslizó sobre sus rodillas y se incorporó.

—En ese caso, por favor vístete. No quiero que de pronto Tasha piense que estás tan caliente que tiene que poseerte. *Grazie*. Me asombra lo atento que eres. —Dejar que él manejara los detalles era una muestra del enfado que sentía con su familia, como lo era dejarlo a solas con su prima mientras ella se bañaba en el cuarto de baño contiguo.

Byron esperó hasta que Antonietta cerró la puerta antes de acercarse a abrirle a Tasha. Con otro gesto de la mano, la cama quedó hecha y él vestido a la manera de los suyos. Abrió justo en el momento en que Tasha metía la llave en la cerradura de la puerta.

Tasha lanzó un grito, un grito de espanto y horror. Se llevó la mano rápidamente a la boca, los ojos desorbitados.

—Pero… si todos pensábamos que habías muerto —dijo, con un susurro de voz—. Gracias al buen *Dio* que Paul no te mató.

Byron dio un paso atrás y la dejó entrar con un gesto de cortesía. Celt se acercó a la recién llegada y luego siguió a su ama al gran cuarto de baño, dejando claro que permanecía alerta. La puerta cerrada no representó un problema, puesto que el borzoi hizo girar el pomo con sus poderosas mandíbulas y desapareció en medio del vapor.

—Antonietta está tomando un baño. Creo le ayudará a tranquilizarse y facilitará el diálogo con su familia —aventuró Byron. Siguió al borzoi al otro lado de la habitación y cerró la puerta para brindarle total privacidad a Antonietta. Esperaba darle tiempo a Tasha para recuperarse. Estaba tan pálida que Byron temió que sufriera un desmayo.

—No tenía ni idea de que estabas aquí, o no habría interrumpido —dijo, y lo miró por debajo de sus largas pestañas. En sus ojos oscuros había una mezcla de cautela y alivio—. Antonietta estaba destrozada por lo que sucedió, ya sabes, y se culpaba a sí misma por haberte dejado cuando estaba tan malherido. Paul tampoco recuerda por que te abandonaron.

Tasha dejó escapar un suspiro y dio unos pasos para alejarse de él, poniendo distancia entre ambos para recuperarse del impacto. Tasha siempre se sentía incómoda ante la presencia

Librodot

de Byron y, ahí cerca, en la habitación de su prima, le pareció más imponente que nunca. Carraspeó, nerviosa.

—Ya sé que no he sido muy acogedora contigo, pero es evidente que Antonietta siente algo por ti y, si no te importa, quisiera volver a empezar.

Byron la miró frunciendo el ceño fruncido. Sus palabras eran forzadas, y su voz ocultaba un desprecio latente.

—¿Por qué ese cambio de actitud? No tienes por qué fingir conmigo si lo que quieres es impedir que encierren a Paul. No informaré del incidente a la policía. Tienes que agradecérselo a tu prima.

En los labios de Tasha asomó inesperadamente una breve sonrisa.

—No estimas demasiado a ninguno de nosotros, ¿no es así?

Byron no respondió y se limitó a cruzar la habitación hasta la vidriera de colores.

—¿Por qué te caigo tan mal, Tasha?

Ella rió por lo bajo, aunque no había ni pizca de humor en su risa.

—Porque eres la primera amenaza real que jamás ha surgido entre nosotros.

Él se giró y la miró frunciendo el ceño, sus ojos oscuros algo confundidos.

—Yo no soy una amenaza para vosotros. Tú eres la prima de Antonietta. A menos que pensaras hacerle daño de alguna manera, haría todo lo que está en mí para protegerte. ¿Por qué habrías de verme como una amenaza?

Ella giró rápidamente la cabeza, pero no antes de que él percibiera el brillo de unas lágrimas en sus ojos.

—Eso es tan típico en ti —dijo Tasha con un gesto de la mano, como si quisiera dejarlo correr.

—Dímelo. —Esta vez, su voz era pausada y convincente. Si ella no cooperaba con un ligero empujón, él no tenía problemas para superar sus barreras mentales y enterarse de sus cábalas. En lo que a él tocaba, la familia de Antonietta merecía escasa consideración.

—Mírame, Byron. Nunca me has mirado. Soy bella, tengo un cuerpo absolutamente perfecto —dijo, con un dejo amargo—. Es lo único que ven cuando me miran. Jamás miran más allá para verme a mí. Y si lo hicieran, no tengo talento como Antonietta ni soy una persona cerebral, como Paul. No puedo tener hijos como Marita. Cuando Cristopher descubra que soy estéril, se deshará de mí o se buscará una amante con quien tener un hijo. Y aunque no lo hiciera, en cuanto mi belleza se apague, algo que sucederá con el tiempo, él me abandonará. Nonno casi no me tolera, y Paul está demasiado ocupado compadeciéndose de sí mismo. Franco no se fija en mí porque, ¿para qué molestarse? Yo no puedo hablar de acciones y negocios con él. —Cogió una botella de perfume de su prima y aspiró el olor—. Antonietta es la única a quién le importo. Ella no sabe qué aspecto tengo y me quiere por lo que soy. Incondicionalmente. Ni siquiera mis padres me dieron eso. Desde luego que eres una amenaza para mí. A ella le interesas de verdad, no eres un capricho pasajero.

Con esas palabras, se volvió para mirarlo.

—Veo que eres un hombre peligroso, cualquiera lo ve. Lo llevas pintado en la cara y, sin embargo, sé que nunca le harías daño. Pero la apartarás de nosotros. ¿Tiene algo de raro que luche por mi propia suerte? Sin ella no tengo a nadie. —No había autoconmiseración en su voz, sólo la verdad desnuda.

—Creo que te tienes en muy poca estima, Tasha. Es verdad que nunca te he visto más que como la prima de Antonietta. Me he obsesionado con ella desde el momento en que la vi. Supe inmediatamente que había nacido para mí, que era mi otra mitad. —Byron le sonrió, una sonrisa sincera—. Por favor, perdóname por no darme el tiempo para conocerte mejor. Antonietta es mi mundo, y eso significa que cualquiera que pertenezca a su mundo también pertenece al mío. No tengo intención de hacer nada que la entristezca, y tú eres muy importante para ella.

—Es verdad que tienes cierto encanto, entiendo por qué puede haber caído redondo. —Tasha hizo un esfuerzo para sonreírle, a contrapelo de sus sentimientos.

—Y tú tienes muchos rasgos admirables que, al parecer, no ves como virtudes. Eres maravillosa con los niños. Te prefieren a su propia madre.

—Aún no entiendo qué le pasa a Marita —reconoció Tasha—. Pienso mucho en ella y me pregunto por qué no es feliz. Si yo tuviera dos hijos y un marido que me quisiera, no necesitaría nada más.

—¿Ni siquiera dinero? —inquirió él, frunciendo el ceño.

—Siempre he tenido dinero, sencillamente ha sido parte de mi vida. No sé cómo no tenerlo, pero jamás me ha hecho feliz —reconoció Tasha.

—¿De modo que tu mayor deseo no es tener más dinero? —Había en la voz de Byron una calidad sedosa, una voz hipnótica y prístina. Tasha inclinó la cabeza hacia él, la mirada de pronto soñadora.

—Mi mayor deseo es tener un hijo. Quiero poder sostener a un bebé en mis brazos. Poder amarlo. Habría sido una buena madre. Me habría gustado tener esa oportunidad.

—He pasado por alto muchas cosas debido a mi ignorancia, Tasha. Eres una mujer especial.

Tasha le devolvió una sonrisa tímida.

—Sólo por eso, supongo, podemos declarar una tregua entre nosotros.

—Para mí sería una gran alegría.

—Gracias por decir que soy importante para Antonietta —dijo, paseando la mirada por la habitación—. ¿Cómo has podido entrar sin que ninguno de nosotros te viera? Creo que por eso todos te tienen un poco de miedo. Nadie jamás te ha vista entrar ni salir.

Él le respondió con una sonrisa.

—Como el famoso fantasma.

Tasha respiró hondo.

—¿De verdad piensas que Paul tenía la intención de matar a Antonietta? ¿Crees que es capaz de matarla a ella y a Nonno por una deuda de juego? —Formuló las dos preguntas precipitadamente. Byron vaciló, y midió sus palabras al hablar.

—Cuando están asustadas, las personas hacen cosas que normalmente no harían. Es posible que alguien lo haya amenazado y esté desesperado. Espero que no, pero tú lo conoces mejor que nadie. ¿Qué piensas?

—Quisiera que habláramos de Marita, no de mi hermano. Ella sí que tiene sed de dinero y de posición social. Ni siquiera se da cuenta de lo que tiene, porque tiene tantas ganas de poseer más.

Era un comentario típico de Tasha, un comentario que Byron habría esperado de su parte, pero ahora que la conocía mejor, veía que aquella mujer simplemente decía las cosas por el efecto que tenían, no porque las pensara en serio. Era una costumbre, o quizá un mecanismo de defensa. Byron no sabía cuál de los dos, pero tampoco importaba mucho.

—Antes, Paul era un encanto. Ahora apenas lo reconozco, es capaz de aprovecharse de cualquiera —dijo y se miró las manos—. Si lo hubieras conocido antes, jamás habrías pensado que intentaba hacerle daño a Antonietta.

—Aún así, piensas que quizá Paul ha decidido hacerle daño. Dime una cosa: si algo le sucediera a tu abuelo, ¿quién heredaría?

—El grueso de su fortuna lo hereda Antonietta. Por lo que sé, puede que ese dinero ya esté a su nombre, pero el resto de nosotros recibiríamos varios millones cada uno.

—¿Varios millones cada uno? ¿Tanto? ¿Cada uno de vosotros?

—Sí, claro que sí. No sé exactamente cuánto vale Nonno, pero es mucho. Es un hombre muy rico. Cada uno de nosotros recibiría suficiente para toda una vida, incluso una cantidad excesiva.

—¿De modo que todos se beneficiarían económicamente si don Giovanni muriera? ¿Y si algo le sucediera a Antonietta, hay un testamento?

Librodot

—Desde luego, un Scarletti no va por el mundo sin haber testado —dijo Tasha, parecía incómoda—. La verdad es que no sé quién heredaría, pero es posible que la mayor parte me tocara a mí.

—Ya entiendo.

Dos manchas brillantes tiñeron las mejillas de Tasha. De sus enormes ojos brotó una llamarada.

—¡Cómo te atreves! ¿Qué insinúas? ¿Acaso me estás acusando?

Él alzó una mano para calmar su airada respuesta.

—Sólo preguntaba. No tengo ni idea de quién querría hacerle daño a tu prima, pero dudo mucho que tú hicieras algo así por dinero. Quizá por envidia. Pero no por dinero. —Byron pensó que lo más prudente sería guardarse ciertas ideas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Antonietta, que de pronto salió de su cuarto de baño, fragante y atractiva.

A Byron le dio un vuelco el corazón. Todo en Antonietta brillaba desde dentro hacia fuera. Le cogió la mano y se llevó la punta de sus dedos a los labios.

—Tasha y yo estamos conociéndonos mejor. Por tu bien, hemos decidido firmar una tregua.

Tasha pasó junto a Byron y abrazó a su prima.

—Estaba preocupada por ti, Toni.

—Yo también estaba preocupada por mí —reconoció Antonietta—. Pensaba sinceramente que si algo le pasaba a Byron, no podría seguir adelante. —Le devolvió el abrazo a Tasha y sintió el temblor que sacudía el cuerpo de su prima.

—Eres demasiado sensible, Antonietta. Debería haber tomado mis precauciones —dijo Byron—. Será otro de los dones de los Scarletti. —El primer intercambio de sangre los había unido y acercado al peligro y, si casi la había matado de dolor, ¿qué consecuencias podría tener el segundo intercambio? Byron frunció el ceño, porque la idea de pronto se volvió preocupante.

—Es evidente que Byron se encuentra vivo y perfectamente —señaló Tasha—. No puedes volver a ponerte enferma de dolor de esa manera, Toni. El pobre Nonno no puede más. Tienes que ir a verlo, o no se acostará nunca.

—Eso haré, Tasha. Hasta que supe que Byron estaba sano y salvo y fuera de peligro, no me atreví a pensar en nadie. Y también tengo que ir a ver a Margurite. ¿Está más feliz ahora que está en casa? ¿Se encuentra mejor esta noche, Tasha? ¿Le duele menos?

—Está muy intranquila. Marita no deja de decirle que los Scarletti no lloran, que no exageran, que debería aprovechar el tiempo y su aislamiento para estudiar y llenarse la cabeza de grandes cosas. ¿Cómo te explicas lo que le sucede a esa mujer? —Tasha no ocultaba su exasperación—. He pasado varias horas leyéndole a Margurite y jugando con ella, pero Marita ni siquiera le deja mirar la televisión. Quiere que Margurite lea. Franco no la puede convencer de lo contrario, y mira que lo ha intentado, porque los he oído discutir. Si volvieras a mirarla y pudieras acelerar la recuperación, sería maravilloso.

A Byron le intrigaba aquella manera de dar por sentado los dones de los Scarletti. Era una parte natural de sus vidas, como sucedía con sus propias facultades. Y se servían de ello con toda naturalidad.

—Byron posee ciertas virtudes curativas. Él se ocupó de mi hombro, aunque en ese momento su propia vida corría peligro —dijo Antonietta—. Quizá entre los dos podamos acelerar su recuperación. En cuanto a Marita, se diría que está obsesionada con que Margurite se convierta en una gran estudiosa, pero se ha olvidado de dejarla vivir su infancia. Nunca se había portado así antes.

—Es verdad —convino Tasha, y suspiró—. Francamente, Antonietta, parece como si todo se estuviera derrumbando. Esta noche, le he pedido a Helena que le traiga una bandeja de comida a Nonno, y él parecía reacio a comer. No dejaba de murmurar cosas, y juraría que dijo que yo intentaba envenenarlo. Lo negó cuando me enfrenté a él, pero te juro que eso es lo que

dijo, y no probó la cena. Lo más descabellado es que Paul hizo exactamente lo mismo. Le llevé la bandeja a su habitación yo misma, y él la lanzó contra la pared y dijo que intentaba envenenarlo —repitió, y alzó los brazos—. No sé cómo los aguantas a todos. Dos minutos después, se comportaba como si hubiese sido yo quien tiró la bandeja.

—¿Por qué le llevaste personalmente la comida a tu abuelo o a tu hermano? —preguntó Byron—. Nunca en tu vida has hecho algo así. Tasha le devolvió una mirada de rabia.

—Simplemente intentaba ocupar el lugar de Antonietta. Nonno estaba muy inquieto y no había comido en todo el día, de modo que insistí en llevarle una bandeja de comida.

—¿Dónde está la comida? ¿Se la han llevado a la cocina? —inquirió Byron, casi con un gruñido de voz. Antonietta se giró hacia él bruscamente, con mirada interrogante.

—¿Y yo qué sé? —respondió Tasha encogiéndose de hombros—. No te creas que fui yo quien limpió todo ese desbarajuste, desde luego que no, le he pedido a Helena que se encargue. Y no creo que haya guardado la comida. Tiene que haberla tirado a la basura. —Tasha arqueó las cejas—. Supongo que no tienes hambre. Y de lo contrario, por favor, no comas de la basura. Tenemos suficiente comida en la nevera.

—Me parece que tus treguas no tiene larga vida, Tasha.

—No cuando te comportas como un cretino —dijo ella, mirando a Byron por encima del hombro—. A menudo ayudo con lo que haga falta en el palacio. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Antonietta decidió intervenir.

—¿Qué sucede con Enrico? ¿Se sabe algo de nuestro cocinero desaparecido? —inquirió, y pasó la mano por el brazo de Byron para retenerlo a su lado. En cuanto Byron oyó lo de don Giovanni y lo de la extraña conducta de Paul, Antonietta intuyó que é conocía los motivos de su conducta.

Cuéntame qué ha pasado.

Antes, déjame ir a la cocina y llevar a cabo una pequeña investigación.

Crees que había veneno en la comida, ¿no? ¿Cómo podrían saberlo cualquiera de los dos?

—Enrico sigue desaparecido. Ese simpático inspector de la policía ha vuelto pero, desde luego, no podíamos dejar que se enterara de lo que había sucedido, así que lo entretuvimos un rato, lo dejamos mirar en la habitación de Enrico, y luego se fue. —Había cierto pesar en la voz de Tasha—. Es una persona muy agradable, Antonietta. Y le encanta la ópera. Le he dicho que para tu próxima actuación, intentaría conseguirle unas buenas entradas, y me ha dicho que sí, pero sólo si lo acompañaba.

—¿Lo has mantenido lejos de Paul?

—Paul no ha querido salir de su habitación excepto para hablar con Nonno. No quería ver a Franco ni verme a mí, pero Justine ha entrado y salido varias veces. Yo no tenía la menor intención de dejar que el inspector hablara con él. Paul estaba muy alterado, y yo temía que fuera a entregarse. —Tasha le lanzó una mirada de cautela a Byron—. ¿Es verdad que no piensas denunciarlo a la policía?

—No, Tasha, no tengo ninguna intención de denunciar a tu hermano.

—*Grazie*, eres un hombre muy generoso.

—No confundas mis intenciones con la buena voluntad. —Había un asomo de perceptible irritación en la voz de Byron y, por un momento, los dientes le brillaron, blancos como los de un lobo. Una flama intensa ardió en la profundidad de su mirada, dándole a sus pupilas el destello de un rojo fuego.

Tasha se quedó boquiabierta y dio un paso atrás mientras se llevaba una mano al cuello, como si fuera a protegerse. Pestañeó para ahuyentar aquella imagen, y se sintió ridícula cuando constató que sólo era Byron, que la miraba con sus ojos oscuros, tan familiares. Pero la miraba fijamente. Sin pestañear. Se parecía mucho a la mirada de un depredador.

Celt, que permanecía junto a Antonietta, bajó la cabeza con la mirada concentrada en Byron y con el pelaje erizado. El cazador supremo siempre presente.

Antonietta apoyó una mano en el hombro de Tasha.

—¿Qué sucede? Y no me contestes «nada». —Con un gesto suave, le tocó la cabeza al perro para calmarlo—. Celt intuye algo, quizá un animal salvaje. *¿Tú hueles al felino, Byron?*

Tasha vaciló.

—Mi actitud es ridícula. Por un momento, Byron me ha asustado. Me ha recordado a un… —dijo, y calló. No se atrevía a hablar de lobos.

Byron respondió con una inclinación.

—No tenía la intención de alarmarte, Tasha. Simplemente, no quiero que tengas una impresión equivocada. Paul casi ha matado a Antonietta. Si es él el responsable de los ataques que hemos sufrido, no se saldrá con la suya. Yo mismo me ocuparé de ello. Y si resultaba que es inocente y son otros los que tienen a Antonietta en el punto de mira, los encontraré. *Celt huele al mutante que hay en mí. No te preocupes. No hay peligro cerca de nosotros.*

Tasha entendió que las palabras de Byron eran algo más que una simple fanfarronada. Algo más que una simple amenaza. Había pensado bien cada palabra y las había pronunciando con absoluta convicción. Aquella idea le aceleró el corazón. En su manera de hablar se adivinaba una voluntad justiciera.

—Bajaré a la cocina a investigar y luego me encontraré con vosotras dos en la habitación de Margurite. *Celt, perdóname, amigo mío, es el lobo que se adueña de mí cuando intuyo que el peligro ronda a Antonietta.* Byron colocó la palma de la mano frente al morro del perro y le permitió oler aquella amalgama de esencias. La postura alerta de Celt cambió en seguida, y desapareció la tensión que se había apoderado de él, aunque permaneció cerca de Antonietta, vigilante.

—Celt ya es una gran parte importante de mi vida, que no me imagino qué haría sin él —dijo Antonietta.

—Te tiene una gran devoción —observó Tasha—, pero es demasiado grande y da un poco de miedo. Nunca hemos tenido un perro el palacio. A Margurite le encantará. ¿Es bueno con los niños?

—Celt adora a los niños. Un borzoi es un elemento muy importante en una familia. Es un compañero y un protector a la vez. Créeme, los niños lo adorarán —aseguró Byron. Se inclinó para rascarle las orejas y rozó a Antonietta. Inmediatamente, se produjo una corriente eléctrica entre los dos que generó un arco voltaico. La tensión sexual que se propagaba por la habitación era asombrosa.

Antonietta se frotó contra Byron, ligeramente, como una gata contenta, estirándose a sus anchas. Byron inclinó la cabeza hacia ella. Antonietta se sintió invadida por un calor repentino. Le puso los brazos al cuello y fundió su boca con la de él. El mundo desapareció por un instante. Sólo existía el calor y el fuego y la sensación del cuerpo duro y masculino de Byron apretado contra ella. Tasha entornó los ojos queriendo mostrar su incomodidad, y les clavó la mirada cuando ellos le dieron la espalda. Emitió un suave silbido que transmitía su disgusto. Byron hizo girarse a Antonietta y la condujo hasta la vidriera de colores. Era como si fuera a devorarla, mientras se alimentaba de su boca con un hambre voraz. Tasha pestañeó, porque le resultaba difícil ver a la pareja. La luz de la luna se reflejó contra el cristal y fue como si desplegara un ligero velo alrededor de Antonietta y Byron. Tasha cerró las manos con fuerza hasta hincarse las uñas en las palmas.

Sentía los ojos de él fijos en ella. Oscuros. Pensativos. Henchidos de especulaciones. Envuelta por los brazos de Byron, a Antonietta no se le podía ver, pero él levantó la cabeza con un gesto de alerta, como si sintiera peligro. Y a Antonietta se le erizó el pelo de la nuca como respuesta a la intensidad de su mirada. Tasha se estremeció y se dirigió rápidamente a la puerta.

—¿Vienes, Toni? Es muy tarde. Nonno ya debe haberse acostado.

—Desde luego que vendré —Había una multitud de secretos compartidos en la voz de Antonietta. Volvió a besar a Byron—. No tardaré.

—Llévate a Celt. —La voz de Byron fue como una orden. Había disimulado la orden que latía en sus palabras y Antonietta no vaciló, aunque sí frunció el ceño. Estaba acostumbrada a hacer lo que le apetecía y a tomar sus propias decisiones, y eran muy pocas las personas que se atrevían a decirle qué debía hacer.

—¡Toni! —volvió a llamar Tasha, impaciente.

Antonietta tocó a Byron con la punta de los dedos, el más ligero roce, un roce que delataba camaradería. Sabía perfectamente que Tasha, a pesar de su tregua, manifestaba su desaprobación. *Es una mujer temperamental.*

Es una mujer mental.

Antonietta rió. Tasha lanzó una mirada cargada de ira a Byron, sospechando que los dos se susurraban cosas al oído o, peor aún, que se reían de sus celos. Se adelantó para coger a su prima por el brazo con toda la intención de sacarla de aquella habitación. Pero, de alguna manera, el perro se había interpuesto, y se había situado subrepticiamente entre ellas. Sus ojos oscuros parecían la inocencia misma.

—Me dan ganas de darte de patadas —dijo Tasha, y cerró la puerta de la habitación de Antonietta con más fuerza de la necesaria. Lo que de verdad quería era cerrársela a Byron en las narices.

—¿Por qué querrías darme de patadas? —preguntó Antonietta cuando la siguió por el amplio pasillo.

—A ti no, a ese perro idiota y a ese hombre al que te arrimas por todos lados. ¿Que tipo de conducta es ésa, Toni? Deberías conservar cierta dignidad. No deberías exponerte al ridículo de esa manera por un hombre.

El latigazo de desprecio implícito en la voz de Tasha provocó una mueca de disgusto en Antonietta.

—Me encontraba en mis propias habitaciones privadas, de manera que no veo cómo podría quedar en ridículo.

—Actúas como una adolescente enamoradiza. Da vergüenza. Y ese perro es muy desagradable. Es demasiado grande y siempre se mete en medio. ¿Para qué necesitabas un perro? No se en qué pensaría Byron cuando te lo regaló. Si Marita descubre que es peligroso, se armará un infierno.

—¿Por qué pensarían que es peligroso? —preguntó Antonietta, sin importarle que su exasperación se manifestara—. Puede que Byron no te guste, Tasha, y eso me parece bien, pero no armes problemas con Celt sólo por rencor.

—Yo nunca soy rencorosa —alegó Tasha, y dio unos pasos nerviosos para mostrar su contrariedad—.pasas cinco minutos con un hombre y te vuelves contra tu propia familia. Espero que te des cuenta de que estás absolutamente encaprichada. Es horrible ver cómo te pones en ridículo a ti misma, pero, por favor, no tienes por qué escuchar mis consejos.

—Yo no he oído ningún consejo —dijo Antonietta—, sólo amargura. —Inesperadamente, Tasha soltó una risa.

—Eso no deja de ser verdad. Tengo tantos celos que podría arrancarle los ojos a ese hombre. Quiero ser protagonista de una historia de amor. De un drama. De *algo*. Alguien intenta asesinarte, Paul incluso te dispara. Te encierras durante todo un día de duelo. Todo tan perfecto, el palacio en silencio y nosotros afectados por tu dolor. Luego vengo y encuentro a un hombre en tu habitación y tú, absolutamente radiante. Es suficiente para que me den ganas de lanzarme desde las almenas por la envidia que me da. Bueno —se corrigió—, desde el balcón de abajo.

—Es un hombre maravilloso —dijo Antonietta. Le resultaba fácil caminar con Celt a su lado y, con su postura, el perro la orientaba mucho mejor de lo que jamás la había orientado Justine.

—Estoy segura de que eso es lo que piensas. Igual me asusta, Toni, y no sé por qué. Paul me dijo que te salvó la vida arriesgando la suya y, sin embargo, me sigue dando miedo. Hay algo en él que no está bien.

—Para mí, todo en él está bien —confesó Antonietta, mientras bajaba la larga escalera curva con absoluta confianza. A veces le daba la impresión de que Celt compartía su visión con ella. No era lo mismo que ver, pero sabía perfectamente por dónde caminar, como si el borzoi la orientara transmitiéndole imágenes mentales.

Tasha la retuvo poniéndole una mano en el brazo antes de entrar en las habitaciones de don Giovanni.

—¿Qué hacía Paul en el laberinto? ¿Y por qué tenía una pistola? ¿Te lo ha dicho?

—Le debe dinero a unos tipos peligrosos. Dijo que compró la pistola para protegerse. Y que fue hasta la bóveda secreta para robar los tesoros de los Scarletti y empeñarlos. Así pagaría sus deudas.

Tasha sacudió la cabeza con un gesto de tristeza.

—Pensaba que Paul había dejado el juego. Nos lo había prometido. No me dijo que necesitara dinero. ¿Te consultó a ti? ¿O a don Giovanni? ¿Por qué tomaría la decisión de robarle a la familia? —preguntó, y se sentó en los bajos de la escalera—. Lo siento, Toni. No lo sabía. Me imaginaba que vendría a verme si tenía problemas. Me da mucha vergüenza.

Antonietta oyó que sollozaba quedamente. Le puso una mano en el hombro con la intención de consolarla.

—Tú no eres la responsable de Paul, Tasha. Es una persona adulta, y sabe tomar sus propias decisiones. Tendrá que enfrentarse a esto. Casi nos ha matado a Byron y a mí. Es de esperar que reflexione sobre ello y consiga ayuda antes de que sea demasiado tarde.

Tasha alzó la cabeza y se limpió las lágrimas, cuidando su maquillaje.

—Tienes que decirle la verdad a Nonno.

Antonietta dejó escapar un suspiro.

—Supongo que sí, pero tampoco es que me muera de ganas. *¿Dónde estás?* Quería que alguien la consolara. Una discusión con su abuelo sobre el destino de Paul era más de lo que podía soportar en ese momento. Tenía un deseo loco de volver arriba, encerrarse en su habitación y secuestrar a Byron.

Estoy buscando en la cocina, a ver si doy con alguna clave. Creo que necesitaría un poco de entrenamiento para hacer de detective.

Antonietta envolvió su risa en torno a ella como un escudo invisible.

Me gusta la idea de que me secuestres. Sobre todo si las puertas estuvieran cerradas y tu familia se ausentara unos cuantos días. En los restos de la comida en la basura hay rastros de la misma sustancia que encontré en ti, en tu abuelo y en Paul.

La sonrisa de Antonietta se desvaneció. Si era verdad lo que decía Byron, alguien en su propia casa intentaba matarlos a los tres. *¿Estás seguro de que no te equivocas? ¿Totalmente seguro?*

Cara mía, jamás te alarmaría sin un motivo. Byron le transmitió una ola de calor y confianza. *Ve a ver a tu abuelo. Está preocupado y necesita dormir. Podrás discutir el destino de Paul más tarde.*

—Voy a ver a Nonno, Tasha. ¿Quieres venir conmigo?

—No, creo que me quedaré aquí a compadecerme de mí misma un rato, y luego nos podemos encontrar en la habitación de Margurite. Le prometió que dormiría con ella esta noche.

—Tú no lo soportas, Tasha. Siempre has detestado dormir en otra cama que no sea la tuya por la noche. Margurite ya es lo bastante mayor para dormir sola en su habitación.

—Ya lo sé. Es que parece muy frágil. En la casa hay muchos ruidos, y con el asalto de anoche y todo el escándalo cuando te hirieron, está asustada. No pasará nada si me quedo una noche.

—A menos que Marita te descubra —advirtió Antonietta.

Tasha emitió un ruido desagradable.

—El día que no pueda vérmelas con Marita tendré que renegar de mi sangre Scarletti.

—Déjame unos cuantos minutos a solas con el abuelo, y después nos veremos. —Antonietta se detuvo junto a su prima y el silencio del palacio se cernió sobre ellas—. Entretanto, tú piensa en estas cosas, y será mejor que te propongas hacer un esfuerzo con Byron, porque se quedará.

Tasha respiró hondo.

—Supongo que no estarás pensando en el matrimonio. ¿En algo permanente? Él no es más que un juguete, algo para divertirse. Sabes que nunca podría ser más que eso para ti. Hay demasiadas cosas en juego.

—¿Te refieres al dinero?

—No, no sólo al dinero —dijo Tasha, y con un gesto de las manos abarcó todo el palacio—. Todo esto. Nosotras. Todos.

Antonietta no contestó. Sentía la tranquilidad de Byron. La espera.

—Te agradezco tanta comprensión, prima. —No pensaba darles esa satisfacción a ninguno de los dos. Entró a ver a su abuelo. Aquello no resultaba nada difícil si pensaba que Byron la esperaba para acompañarla en las horas que quedaban de la larga noche.

Librodot

Capítulo 10

Byron se despertó en la profundidad de la tierra con la voz de Antonietta que lo llamaba. Con el sonido de su música invocándolo. Permaneció tendido en su rico lecho de tierra, escuchando el ritmo de su corazón sincronizado con el de ella, con su música. La tierra a su alrededor bullía de vida, el zumbido de los insectos, el agua que corría entre las piedras, y todo se añadía a las melodía que ella creaba sólo para él.

¿Por qué no me contestas?

El corazón le dio un vuelco al oír s voz entrecortada. *Estoy aquí contigo.*

Aquí no es dónde estabas cuando me dormí. Me has dejado sola. Me he despertado y no estabas. No pensé que copularías conmigo y que luego te irías.

Estaba tendido con el cálido abrazo de la tierra, escuchando los matices de su voz, y prestaba especial atención a las sombras que se insinuaban en su pensamiento. Sentía una paz inmensa. Antonietta estaba unida a él. Pertenecía junto a él. Tenía ideas que no coincidían del todo con las suyas, pero los lazos entre ambos ya habían nacido y se estrechaban con cada encuentro. Fue una suerte que ella se despertara con él. De no haber podido llegar hasta Byron, su malestar habría sido enorme.

Sus dientes blancos brillaron ante ese asomo de enfado en su voz.

¿Copular? Puede que tú hayas copulado conmigo, pero en cuanto a mí, yo hice el amor conmigo con cada aliento de mi pecho. Eres tú la que no desea emociones entre nosotros. Se estiró, sabiendo que ella sentiría su movimiento relajado y tranquilo. *Te advertí que la separación podía ser difícil. ¿Sientes los efectos?*

Siguió un breve silencio. *¿Difícil? Yo no he utilizado esa palabra. Ni siquiera la he pensado. Por mí, puedes dormir donde quieras.* Antonietta hablaba como una reina, altiva, con un tono muy propio de los Scarletti. Y, al parecer, temblaba de rabia.

La sonrisa de Byron se ensanchó. La tierra se desprendió de él, permitiéndole flotar libre, y luego limpiarse y vestirse con prendas impecables. *Eres muy compresiva con nuestras diferencias. Grazie, Antonietta, por tu comprensión.*

Volvió a sentir que ella se inhibía, un distanciamiento silencioso mientras intentaba recomponerse. *¿Qué diferencias? Cuando nos acostamos anoche no mencionaste ninguna diferencia. He dormido durante todo el día y pensé que me despertaría contigo a mi lado. Esperaba encontrarte junto a mí al despertar. Quizá te crecen cuernos durante el sueño. ¿Es por eso que te has ausentado, para que no viera que no eres humano?*

Aquel pequeño brote de humor le derritió el alma. *Nunca he ahondado en ello, pero las posibilidades son infinitas.*

¿No será que estás casado?

Ay, qué cosas preguntas. Soy tu pareja para toda la vida. No puedo estar con otra mujer. Me temo que estás atrapada conmigo para siempre. Con cuernos y todo. Intentó alcanzarla mentalmente, atraerla hacia él. *Preferiría mil veces despertarme contigo en los brazos. Te puedo traer a mi casa esta noche, y podrás compartir mi cama.*

Ella intuyó una trampa. Él la sentía moviéndose por sus pensamientos, tocándolos. Tardó sólo un momento en darse cuenta de lo que hacía y de lo fácil que era. Antonietta se refugió en el silencio y se apartó aún más de él.

¿Y bien?, insistió él, provocándola con ese tono suyo de diversión burlesca y masculina.

Eres tan encantador que supongo que no puedo resistirme a ti. Antonietta suspiró deliberadamente. *Debería, pero no creo que pueda. Prefiero dormir en mi propia cama y tenerte aquí conmigo. Tómate tu tiempo para pensar una buena razón para escabullirte como un perro durante la noche, o el día, o cuando sea que te hayas ido. Pero ojalá que sea buena. Y que sea creíble.*

Byron rió. Comenzó a moverse, a flotar hacia arriba, hasta que encontró la chimenea y lentamente y sin esfuerzo se elevó hacia los cielos nocturnos. *Quieres quedarte en tu casa donde sientes que tienes el poder. No creas que no entiendo tus intenciones.*

Antonietta tuvo un sobresalto. *Estás volando. Lo siento, como si estuviera contigo. Estás volando por el aire, ¿no es verdad? Quisiera volar contigo.*

Estoy volando, de hecho, estoy planeando. Es una sensación placentera, pero nunca tan placentera como compartir tu cama.

Las palabras bonitas no te ayudarán a salir de este lío.

Si que me ayudarán. Ahora Byron rió sin tapujos, feliz.

¿Estás volviendo a mí? Si así es, puedes llevarme contigo esta noche a volar como castigo por haberme abandonado en esta enorme cama.

Sigues tendida en esa cama, y estás totalmente desnuda. La imagen de Antonietta tendida, esperándolo, caliente y suave, le quitó el aliento. Pensar que lo quería junto a ella. Que estuviera pensando en él. *¿En eso piensas, Antonietta? ¿Piensas en mí? ¿Sueñas conmigo?*

Siempre. He soñado contigo desde que apareciste en mi vida.

Me honras con tus palabras. No tardaré en llegar.

Byron salió disparado hacia las alturas cuando desplegó las alas y se transformó en lechuza. Voló en círculos por encima del mar, gozando de la luz de la luna que se derramaba sobre la superficie ondulada. Tenía que alimentarse. No había terminado de sanar, pero no podía quedarse tendido en aquella tierra de virtudes curativas cuando Antonietta estaba en peligro. Aunque Celt vigilara, Byron no dejaba de sentirse inquieto cuando estaba lejos de ella.

Ella carecía de referencias para saber quién era Byron, o qué intenciones tenía. Él se había acostumbrado a aquellas extrañas defensas en su cerebro y las superaba con facilidad. Antonietta lo deseaba, incluso lo aceptaba, pero no pensaba en el futuro. Nunca. Aquello no entraba en su dominio de lo posible.

Al divisar una presa, Byron voló en círculos más bajos, y luego, se dejó caer en silencio con la mirada fija en la víctima. Al abalanzarse a tierra y coger por sorpresa al hombre que ahora lo miraba horrorizado, sonrió. A Antonietta le esperaban unas cuantas sorpresas. Alguien tenía que sacudir aquel mundo suyo tan ordenado.

Bebió en abundancia, dejándose embriagar por aquel golpe de energía y entonces se permitió sentir, sólo un momento, aquel poder absoluto. De no ser por la presencia de Antonietta, habría cedido con facilidad al estímulo de aquella voz interior que lo reclamaba. Ella lo llamaría de vuelta como lo había hecho en el pasado, sin saberlo, con su música. Él no se encontraba tan cerca de ese límite como la mayoría de los cazadores. Byron rara vez se veía obligado a matar y, sin embargo, el impulso de sentir el poder absoluto era intenso, aún cuando sabía distinguir entre el bien y el mal.

Te sientes muy triste.

Su voz lo sorprendió y casi dejó caer su presa. Antonietta parecía una presencia tan cercana. Tan preocupada. Con un gesto suave, cerró las pequeñas incisiones delatoras y dejó al hombre en el suelo.

Hace unos momentos eras muy feliz. ¿Qué ha ocurrido, Byron? Puedo ir hacia ti si tú no puedes venir. Dime dónde puedo encontrarte.

Aquella voz, suave e inquieta, lo hizo estremecerse. *Vengo hacia ti. Sólo pensaba en los míos, algunos de ellos tristemente desaparecidos.*

Date prisa. Estoy ansiosa por verte.

Él volvió a elevarse y se desplazó, raudo, hacia el palacio Scarletti. Las torres redondas asomaron por encima de la bruma y de las nubes, desvelando el castillo de piedra, celoso guardián de secretos. De pronto, Byron se percató de una presencia ajena, de alguien, quizá un semejante, que compartía los cielos con él. Era una hembra. Alguien familiar. Una lechuza descendió con las alas desplegadas desde el otro lado de la torre y lo rozó, con sus plumas casi tornasoladas. *¡Eleanor!* Su hermana, desaparecida hacia tantos años. Byron descendió hacia el centro del laberinto, y le hizo señas a su hermana para que lo imitara. La cogió en los brazos cuando, en un destello, ella recuperó su esencia, la abrazó con fuerza y hundió la cara en su cuello.

—¿Cómo es que has venido por estas tierras? No puedo creer que estés fuerte y en forma. Tenía tanto miedo por ti. Aún estábamos muy lejos de ti cuando sentimos que caías. Yo me desmayé. El pobre Vlad tuvo que atenderme. Yo quería que me dejara y acudiera en tu ayuda, pero me dijo que no lograría llegar antes del amanecer. Agradezco tanto que uno de los nuestros estuviera cerca. No lo reconocí cuando nos abriste tu mente. ¿Quién era?

—Tengo que reconocer que yo también estoy muy agradecido. Era un antiguo, y tenía una sangre muy rica y curativa. Dominic, de los cazadores de dragones.

Eleanor se apartó de él.

—¿Un cazador de dragones? —preguntó, y se llevó la mano al cuello como si quisiera protegerse—. No había oído ese nombre en mucho, mucho tiempo. Me trae el recuerdo de antiguas guerras.

—Eso no es más que un cuento, Eleanor —dijo Byron—. Se parece mucho a lo que cuentan los humanos de los hombres lobos y los vampiros. Nadie lo ha entendido bien. Inventan historias con el paso del tiempo. Quizá realmente vieron un lobo o un vampiro, y su imaginación se ocupó de elaborar el resto. El resultado son esos cuentos ridículos que tienen ahora. Creo que sucedió algo parecido con los nuestros y las historias de los magos.

—Ya quisiera que fuera así, Byron, pero los magos eran muy reales. Nuestras razas vivían muy estrechamente en aquel tiempo, trabajaban juntas por el bien del planeta. Los magos eran poderosos y grandes videntes. Estudiaban la magia y los fenómenos de la tierra, tal como hacíamos nosotros. Muchas de nuestras defensas nacieron de sus conocimientos. Muchos de los nuestros estudiaron con ellos. Lamentablemente, el poder corrompe. —Le apartó a su hermano el pelo de la cara, le tocó el pecho para asegurarse de que estaba vivo y se encontraba bien—. No recuerdo que Dominic estuviese relacionado con los magos, pero su hermana sí. Tenía un talento increíble… —La voz de Eleanor se apagó y dio un paso atrás para mirarlo con sus ojos oscuros—. Pareces recuperado, completamente sanado, y es un milagro. Tienes un aspecto muy diferente. Quizá más fuerte y, sin embargo, pareces feliz.

—La he encontrado, Eleanor. Finalmente, he encontrado a mi pareja. Está aquí, en este palacio, la concertista de piano, Antonietta Scarletti. Es una mujer asombrosa.

Eleanor volvió a lanzarle los brazos al cuello.

—Me alegro por ti, hermano. Tienes que presentarnos. ¿La has reclamado? ¿Se lo has contado a nuestro príncipe? ¿Cuándo la llevarás a casa?

Se produjo un breve silencio cuando Byron abrazó a Eleanor una segunda vez, agradecido por el torrente de amor que sentía por ella. Agradecido de poder verla y *sentir*. Antonietta le había dado ese don. Un regalo inapreciable de emociones y de intensos colores.

—¿Byron? —Eleanor lo miraba sabiendo muy bien qué estaba en juego—. No la has convertido. —Lo dijo como una afirmación, casi una acusación—. Necesitamos a todas las mujeres posibles. Sabes que necesitamos desesperadamente a las mujeres. Y tú has sufrido demasiado tiempo. Sin duda tu pareja quiere estar contigo.

Byron sonrió, una sonrisa lupina, casi una exhibición de sus colmillos.

—Ella tiene la absurda idea de que viviremos algún tiempo juntos y que luego se desprenderá de mí.

Eleanor le lanzó una mirada inquisitiva. Su hermano tenía algo que no había visto antes.

—¿Qué estas tramando?

—Antonietta tiene que encontrar su propio camino hacia mí. Está acostumbrada a un cierto estilo de vida, es ella quien mando en el palacio, y su familia depende de ella. También está segura ahí. Poco importa que sea ciega. Su vida tiene un rumbo definido y ella tiene la intención de seguir adelante. Aún no se ha dado cuenta de que su camino se entrecruza con el mío. Pero se dará cuenta tarde o temprano.

—¿Cuánto tiempo piensas esperar?

—¿Esperar qué? Antonietta está unida a mí. La tengo bajo mi protección. He dispuesto lo necesario para su seguridad y encontraré a quien sea que la amenace. Me pertenece, en cuerpo y alma. Sólo tiene que entender con quién vivirá cuando tome la decisión.

—Supongo que volverás con ella a nuestra tierra —dijo Eleanor, otra vez como una afirmación, y Byron le sonrió.

—Me alegro de verte. ¿Dónde está Vlad? Supongo que tu compañero no te habrá dejado viajar desprotegida.

—Todavía sé cuidar de mí misma —le recordó Eleanor—. Vlad está conmigo, y hemos venido con Josef, que quería visitar otros países y conocer mundo. Hemos pensado que sería conveniente acompañarlo.

—¿Josef? —pronunció el nombre con una especie de graznido—. ¿No habrás traído a aquella criatura horrible contigo? ¿No a este lugar? ¿Cerca del palacio?

—Byron, recuerda que es tu sobrino —protestó Eleanor. Se dejó caer en el banco de mármol y le lanzó a su hermano una mirada de ira—. Qué horrible reacción has tenido.

—Benj es mi sobrino. Lo reconozco con todo el placer del mundo, pero Josef es un asunto muy diferente. No hay lazos sanguíneos entre nosotros.

—Es mi hijo. Lo adopté cuando Lucía murió en el parto. No lo quiero menos que a Benj. Ya sé que a veces se pone difícil…

—¡Difícil! Aquel chico es un peligro. Lucía no tenía por qué tener otro hijo. Era tan vieja, una anciana que pasaba la mayor parte de sus días en la tierra, no quería enfrentarse a los cambios a su alrededor. No tenía ni la menor intención de vivir en un mundo moderno. ¿En qué estaría pensando al embarcarse en esa aventura?

—Pensaba en la supervivencia de nuestro pueblo, Byron. Me parece que eres excesivamente duro, y tú no sueles ser así.

—No es que sea duro, Eleanor, sólo digo la verdad. Aquel chico no ha hecho más que meterse en líos desde que dio sus primeros pasos.

—Era huérfano, Byron. Perdió a sus padres el día que nació.

—Casi todos perdimos a alguien, Eleanor, y él ni siquiera conoció a Lucía y Rodaniver. Tú y Vlad habéis sido sus padres, y nadie podría haberlo amado más. Lucía y Rodaniver vivían en el pasado. Habrían convertido la existencia de ese chico en un infierno si hubiesen vivido, y tú lo sabes. Y ahora es él quien hace un infierno de las nuestras.

—¡Byron! —exclamó Eleanor, retorciéndose las manos—, Josef necesita amor y comprensión. Deberías hacer un esfuerzo por él, orientarle por el buen camino.

—Comienzo a sospechar que hay algo más que puro azar en este encuentro. No es casualidad que hayas venido a Italia, ¿no es verdad? —En el fondo de sus ojos oscuros, se adivinó un destello.

Eleanor desvió la mirada.

—A pesar de lo que dices, Josef es tu sobrino, y creo que deberías interesarte por su futuro. Lo que desea es pintar. Italia es un país maravilloso para pintar. Benj estaba demasiado ocupado y no ha podido acompañarnos, y Josef todavía necesita a alguien que se ocupe de él. Y ya que tú estás aquí…

—¡No! ¡Rotundamente no! No puedo ocuparme de un niño. Y no quiero verlo ni cerca del palacio —dijo Byron, con un estremecimiento no disimulado—. Lleva unos pantalones diez veces más grandes que su talla. En realidad, cuando lo llevaste a ver a Mikhail, se quedó

parado ahí frente a nuestro príncipe y su pareja, con esos pantalones anchos, con aquellos anillos en los labios, nariz y ceja —le recordó, y sacudió la cabeza—. No quiero ni saber si los llevaba en otras partes de su anatomía, pero cada vez que abría la boca, se le veía una cosa horrible enganchada a la lengua. Y lo peor de todo es que quiso montar una actuación para ellos, y tú lo dejaste.

—Yo prefiero a Mozart y a Chopin, la ópera e incluso los blues, pero no soporto el rap. ¿Cómo era aquella horrible canción que se inventó? Todavía la oigo en mis pesadillas. Recuerdo que escupía por todas partes y hacía ruidos extraños antes de que nos regalara con la letra de sus canciones. —Byron enseñó unos dientes deslumbrantemente blancos, los incisivos asomando apenas como si fuese a propinarle un mordisco a aquellas letras—. Era tan vergonzoso que no puedo ni podré olvidarlo: «*yo soy el hombre/El hombre que no puedes ver/un hombre invisible, que tú deberías temer/garras y ojos de gato/tu sangre en mis manos/salgo por la noche con la luna en lo alto del cielo/soy un mounstro que chupa sangre, soy una visión horripilante*». Sobre todo disfruté con la cara del príncipe cuando cantaba la parte del monstruo que chupa sangre y el estribillo de «*quiero chuparte la sangre, la sangre, la sangre*». —Le dieron ganas de reír con los recuerdos, algo que no había hecho en aquel momento, tiempo atrás—. Lo único bueno fue que Jacques se tronchó. No lo había visto reír en años. Fue la razón por la que perdoné a Josef por esa manera suya tan extravagante de llamar la atención.

—Pero, Byron, tiene un talento extraordinario. Incluso en aquella época, cuando sólo era un niño, era muy creativo. —Siguió un breve silencio. A Eleanor le había exasperado la actitud de su hermano—. Sólo tenía quince años y era una edad muy difícil. Ahora es mucho mayor.

—No me vengas con cuentos, querida hermana. Supe que le había dado por vestir entero de negro, con una capa negra, que yacía en las tumbas de los cementerios con un grupo de sus amigos humanos. Oí que tenía tantos anillos colgando de los labios que era imposible mirarlo sin que te entraran ganas de reír.

—Eres muy injusto. Por el amor de Dios, todos los niños experimentan ese tipo de cosas. Él estaba pasando por su período Goth, así al menos lo llama Vlad. Pero eso fue hace mucho tiempo, y él sólo tenía diecisiete años. Y tú sabes que, según nuestras normas, a esa edad es sólo un niño. Es tu sobrino, Byron, y quiere visitar otros países. No te perjudicaría en nada mostrar cierto interés por él. Tenemos que prestarle más atención.

—Me da igual que sea sólo un niño. La hija del príncipe se vio obligada a aceptar una pareja cuando era sólo una niña, y ha sabido estar a la altura.

Eleanor emitió un chasquido de desagrado.

—Y tú sabes *perfectamente* cuál es mi opinión al respecto. ¿Cómo puedo atreverse el príncipe a sacrificar la infancia de su propia hija? Aquello fue una aberración. Intentaron hacerla mayor deliberadamente y la dejaron sola, con unos guardias que la vigilaban en secreto. Se merecía tener una infancia. Mikhail ha vivido tanto tiempo con los humanos y Raven *era* humana, de modo que han olvidado que la infancia de nuestros hijos es mucho más prolongada. A los cincuenta años, aún no han alcanzado la plenitud de su poder.

—Habríamos perdido a Gregori, nuestro mejor curandero y, con el tiempo, a Savannah. Eso tú lo sabes, Eleanor. Vosotras mujeres os levantasteis en armas pero, en verdad, el príncipe no tenía alternativa.

—Ningún niño puede aprender todo lo que necesita en tan poco tiempo. Tuvo suerte de poder mutar, o incluso de protegerse. A Raven la puedo perdonar. Ella nació humana y piensa en el envejecimiento como los humanos. Pero Mikhail estaba desesperado por salvar su segundo vástago. A ninguna de nosotras jamás nos obligaron a vivir con un macho cuando todavía éramos niñas. Mikhail decidió arbitrariamente introducir la práctica de traer a los hombres cuando llegaban a la edad de dieciocho años con la esperanza de encontrar parejas. Y sucedió que su hija fue la primera. A los doscientos años ya se consideraba que uno era mayor, pero no a un bebé de dieciocho. Fue espantoso. No es de extrañar que a Savannah le

entrara el pánico y huyera de nuestra tierra. Sé que su padre envió a alguien a protegerla, al igual que Gregori, pero la verdad es que la dejaron sola para ayudarla a madurar. No conozco ni una sola mujer que no haya protestado por tal aberración. No es de extrañar que nuestra raza se esté muriendo cuando nuestro príncipe no valora a su propia hija por encima de sus amigos.

Byron suspiró.

—Difícilmente se puede culpar a Mikhail por la extinción de nuestra raza. —Aquella era una discusión de larga data, y él esperaba que Eleanor la hubiese superado—. Espero que no lo acuses de ser el responsable de que las mujeres no puedan alimentar a nuestros hijos de manera natural.

Eleanor tuvo la humildad de parecer ligeramente avergonzada.

—Ignoro por qué ya no podemos producir el alimento perfecto para nuestros hijos. Hemos hablado mucho de ello y Shea ha investigado en profundidad. —En su voz asomaron las lágrimas. Sollozaba por su pueblo, por las madres y los bebés que habían perdido tanto.

Byron le puso una mano en el hombro.

—No quería ponerte triste, Eleanor. Puedes estar segura de que nuestros hombres no culpan a nuestras mujeres de esta tragedia. —La besó en la frente a manera de silenciosa disculpa—. Lo que le sucede a uno de nosotros les sucede a todos. Cada uno de los niños salvados, de la manera que sea, cada pareja encontrada, cada hombre salvado, incluso a expensas de la infancia, es un paso adelante para nuestro pueblo. Savannah era demasiado joven. Todos los sabemos, pero ella supo estar a la altura. Quizá era su rama sanguínea, quizá simplemente es una mujer extraordinaria, pero Gregori la cuidará y la protegerá y la ayudará a aprender lo que sea necesario.

Eleanor se frotó la frente.

—Ya sé que la cuidará, y sé que a él lo necesitan. Pero nuestros hijos ya han sufrido demasiado. Muchos mueren. Es algo tan sencillo, alimentar y cuidar a un niño y, aún así, nosotras, que somos de la tierra, no podemos brindarle este bien tan elemental. Tampoco podemos darnos el lujo de quitarles nada más. Si necesitan cincuenta años para madurar l suficiente y enfrentarse solos al mundo, que así sea. Es lo menos que se le puede dar a un niño.

—Desde luego, tienes razón, Eleanor. No tengo ninguna duda de que Shea y Gregori darán con una solución que permitirá a nuestras mujeres concebir hijos y no perderlos. Y con eso, seréis capaces de alimentarlos con vuestros propios cuerpos, como es natural.

Ella le tomó la mano.

—Recordarás que Celeste y Eric tuvieron un hijo cuando nosotros tuvimos a Benj, y que no sobrevivió. Han vuelto a intentarlo, y han vuelto a perder el hijo. Ella está muy perturbada, y Eric se la ha llevado lejos para ayudarle a superar la pérdida. Ya sé lo que es ver morir a un hijo, tener un vacío en el corazón que nunca desaparecerá. Es doloroso ver a mis amigos sufrir de la misma manera. La hermana de Vlad, Dreire, pasa cada vez más tiempo en las entrañas de la tierra. Temo que la perderemos si se queda embarazada y vuelve a abortar. Tienn se ha negado a volver a intentarlo y, como yo, teme que ella decida entregarse al amanecer. —Eleanor le acarició la cara a su hermano, necesitada de ese contacto de él—. Me alegro tanto de que hayas encontrado a tu compañera. Cuídala. Vive para ella. Y ella seguramente vivirá para ti, y con eso bastará.

—Tengo mis esperanzas, Eleanor —dijo él, con voz queda.

—¿Las tienes? Ya me gustaría que así fuera. Quizá si tuviéramos la sabiduría de los brujos, o si tuviéramos su poder, encontraríamos una manera, pero la guerra entre nuestros pueblos destruyó todos los vínculos. Si alguno de ellos ha sobrevivido, nos tiene un odio profundo y su deseo es destruir a nuestra raza.

El viento azotó los árboles y ellos se mecieron y se agitaron en la brisa. Los arbustos del laberinto se estremecieron. Eleanor hizo un gesto como para restarle importancia a sus palabras.

—No era mi intención estar triste. Me llena de alegría saber de ti. Es bueno que volvamos a estar juntos como familia, tú con tu joven amiga. A Josef le encantará conocerla. Darle una oportunidad, Byron, y verás qué maravilla de niño es.

—Hago todo lo posible por dejar una buena impresión en Antonietta —dijo éste, suspirando—. Lo último que quisiera es que ella vea a Josef con su capa negra y sus pantalones anchos cantando rap.

—Era un niño, eso sucedió hace mucho tiempo. Todos los niños experimentan con cosas nuevas. Ella lo encontrará entrañable y encantador.

—¿Encantador? —inquirió Byron, mirándola con una mueca—. Según recuerdo, lo suyo consistía en dormir en cementerios y lanzarse contra la gente dentro de un foso, en unos conciertos donde los cantantes arrancaban a dentelladas las cabezas de criaturas vivas. Te lo digo en serio, Eleanor, ese chico necesita un poco de disciplina. No tengo ninguna intención de lidiar con sus problemas. Desde luego, ahora no. Le daría un par de bofetadas en las orejas a ese chico con la esperanza de que se portara como un ser racional.

El suspiro de Eleanor fue elocuente.

—Byron, Josef ha dejado de ser un cúmulo de problemas, y tú sigues pensando en términos humanos. Has estado mucho tiempo ausente.

—¿Eso crees? ¿Y qué hay del maquillaje? Sé muy bien que se puso maquillaje y se tiñó el pelo de todos los colores. No veo qué tiene que ver eso con mantener un perfil bajo y con reintegrarse en la sociedad.

—¿Quién te contó eso? No puedo creer que alguien te lo haya contado. Los viejos chismes de siempre. Ése fue su período andrógino. Y la verdad es que se integró con jóvenes de su edad. Todos los niños tienen que encontrarse a sí mismos, Byron —Eleanor estaba indignada por cuenta de su hijo.

Vlad, el cuñado de Byron, que sufría esta realidad desde hacía tiempo, se lo había contado con un gran sentimiento de frustración, pero Byron pensó que, en este caso la discreción era lo más indicado. No quería ver a Eleanor enfadada con su pareja. Se obligó a sonreír.

—Lo que sucede es que, en este momento, intento cortejar a mi compañera y no tengo tiempo de ocuparme de un jovenzuelo.

—Tenemos que conocerla —dijo Eleanor, saltando ante esa oportunidad que él le brindaba—. Estoy ansiosa por ver cómo es.

Byron le cogió la mano a su hermana y la hizo levantarse.

—Sabes que quisiera que tú y Vlad conocierais a Antonietta, pero la idea de que Josef se acerque a ella o a su familia me causa pavor.

—Te has enfrentado a vampiros, Byron. Bien podrías enfrentarte a tu sobrino.

Byron volvió a suspirar. No había manera de ganar, y él lo sabía. No importaba que fuera un cazador de vampiros o un macho cárpato en la plenitud de sus fuerzas. Eleanor era su hermana y, al igual que la mayoría de mujeres cárpatos, siempre conseguía lo que quería. Más le valía ahorrarse la discusión.

—Será un placer presentaros a todos a Antonietta, pero tendrás que darme un tiempo para acostumbrarme a la idea de que Josef está entre nosotros. No quiero que haga locuras.

—Claro que no —dijo Eleanor y volvió a sonreírle generosamente—. ¿Te has alimentado esta noche?

—Sí, ahora voy a verla. Le contaré que ha llegado mi familia y seguramente te invitará a su casa. Están pasando muchas cosas. Alguien intenta matarla a ella y a su abuelo.

Eleanor emitió una especie de silbido, un lento y largo sonido de censura, y sus ojos oscuros se encendieron con un brillo peligroso.

—Vete con ella, sácala inmediatamente de ese lugar, Byron. ¿En qué estás pensando?

Él respondió con una risa.

—Eres una contradicción en carne viva, Eleanor. Por un lado, dices que los derechos de Savannah fueron pisoteados, tú, una mujer que se ha alzado en armas, pero por otro, mi pareja no tiene nada que decir cuando se trata de decidir qué hacer o adónde ir.

—Si algo le sucede a ella, también te sucederá a ti —le advirtió Eleanor.

—¿Y no sucede los mismo con Gregori y Savannah?

Ella respondió enseñando los dientes.

—Gregori no es mi hermano menor. Ve a ver a tu compañera antes de que te dé un par de bofetadas por impertinente.

—Guárdate las bofetadas para ese sobrino mío —dijo él, y se inclinó para besarla en la punta de la nariz—. ¿Tienes dónde quedarte?

—Hemos alquilado una villa. Josef quería «saborear la vida», como dice él, y Vlad ha encontrado un lugar donde podremos quedarnos y estar seguros. Serás muy bienvenido si quieres quedarte con nosotros. A Josef le entusiasmará. Ha instalado sus cuadros en el balcón y tiene un aspecto muy bohemio con su boina. ¿Y tú? ¿Dónde descansas?

—En la tierra.

—Debes tener el aspecto de un ser humano muy respetable, Byron. Ya me ocuparé de encontrarte un lugar apropiado. No te preocupes, te encontraré algo muy adecuado, y podrás llevar a tu pareja a un lugar seguro.

—*Grazie*, no había pensado en ello. Comunícame dónde estás cuando lo encuentres. Hablaré contigo después de ver a Antonietta. No he detectado rastro de los vampiros en los alrededores, pero eso no significa que no estén entre nosotros. Cuídate, Eleanor.

—Tú también. Estoy muy contenta de verte. —Muy a su pesar, le soltó la mano—. No tardes demasiado en traer a tu compañera a nuestro mundo, Byron. Perteneces a nuestra tierra, y lo sabes. Siempre has pertenecido. Te impusiste una condena a ti mismo y dejaste a nuestro pueblo para luchar contra los vampiros, cuando tu verdadero oficio es el de un auténtico artesano, un artesano con grandes dotes.

—Añoro volver a manipular el oro y la plata, sentir los metales en la mano, encontrar la piedra perfecta en las cavernas sagradas. —Byron le sonrió con ojos tristes—. A veces me sorprendo a mí mismo diseñando joyas mentalmente cuando debería estar ocupado en cosas más importantes. Ahora que he encontrado a Antonietta, desearía crear para ella una pieza magnífica.

—Nuestro pueblo tiene en gran estima a todos los artesanos, Byron —le recordó Eleanor—. Sobre todo un maestro en el arte de encontrar piedras preciosas.

—Es un mundo que ni tiene parecido. Nadie puede entenderlo a menos que haya nacido para el oficio. Las emociones vuelven a despertar en mí necesidades que quisiera no tener.

—Tu oficio siempre necesitará de ti, Byron. Eres un maestro como nuestro pueblo no ha visto en siglos. El príncipe me ha dicho a menudo que eres el único a quien podría encomendar el diseño del regalo perfecto para Raven. No se lo pedirá a nadie más.

—¿Tan seguro está de que volveré?

—Así lo esperan todos.

—Pocos hombres tienen la suerte de tener una hermana como tú. Nos veremos más tarde.

Aquella forma sólida de Byron se disolvió en pequeñas gotas y, como una leve corriente de viento, se alejó del laberinto hacia el imponente palacio.

Voló en círculos por encima de torres y almenas, se deslizó entre las esculturas de gárgolas aladas y se dejó caer hacia la segunda planta y a una ventana que solía estar entreabierta. De pronto percibió, allá abajo, un movimiento en un camino estrecho y serpenteante que subía hacia el monte, una huella que se alejaba del palacio y la ciudad. Normalmente, no habría prestado atención, pero había algo furtivo en cómo Marita, la mujer de Franco Scarletti, subía por el sendero. En lugar de seguir la huella del sendero abierto, se

mantenía deliberadamente a la sombra de los árboles. Byron entendió que intentaba evitar que la vieran desde el palacio.

Volvió a volar en círculos, y flotó casi perezosamente entre las nubes. Mantuvo a la mujer en su campo visual mientras ella entraba y salía de la franja de árboles. Vio que Marita, tensa y encorvada, se giraba sin cesar a derecha e izquierda, lanzando miradas nerviosas. Llevaba un pequeño paquete, envuelto en papel marrón y atado con una única cuerda. Subió por el camino más difícil que serpenteaba trabajosamente, alejándose de la ciudad y de los acantilados, hacia el interior, siempre ascendente.

Byron sintió el olor del felino. Era un olor salvaje y penetrante y maligno. Su talante perezoso se desvaneció por completo y sus sentidos se alertaron. Rasgó el aire hacia el bosquecillo antes de llegar a la cumbre. Una densa línea de árboles se extendía a lo largo del filo del monte. Byron voló, girando en torno a los troncos. Le llegó el fuerte olor, desde ahí abajo en el bosque. Un felino grande se había frotado un buen rato contra el tronco y se había estirado entre las ramas. El viento cambió, y fue como un susurro destinado a Byron. Traía consigo el olor de la sangre recién derramada. Aquel olor, con un regusto a cobre, impregnó el aire y se agitó con el viento.

De pronto Marita lanzó un gritó. El chillido espantó a los pájaros, que abandonaron su cobijo nocturno y, por un momento, sólo se oyó el ruido ensordecedor del batir de alas. Los murciélagos giraban y caían haciendo acrobacias. Byron se movió entre ellos y adoptó su forma para pasar inadvertido y poder seguir el rastro del felino. Sabía que algo lo había alertado de su presencia. Sabía que también había salido a cazar.

El grito se había interrumpido bruscamente. Byron se vio obligado a renunciar a su búsqueda y asegurarse de que no corría peligro. Encontró a Marita tendida en el suelo. Las hojas de los árboles estaban manchadas con una sustancia oscura y brillante que caía desde las ramas al suelo, justo por encima del cuerpo inerte de ella.

Byron se dejó caer a tierra, con un aleteo ligero, porque no quería dejar huellas. El cuerpo destrozado y sangrante de un hombre colgaba de una bifurcación de la rama, como si fuera un trozo de carne en una alacena. La luz de la luna reveló el torso, oscurecido por la sangre. Marita yacía a los pies del árbol, y Byron se inclinó para ver si estaba herida. Parecía respirar sin dificultad. El paquete había caído de su mano y él se lo metió en el bolsillo del abrigo sin ningún tipo de escrúpulos.

Lo último que quería era tener que bajar la montaña con la mujer a cuestas como los humanos y, además, perder tiempo con una mujer que sufría un ataque de histeria. Marita era capaz de desatar el pánico en todo el palacio, y hasta en toda la ciudad. Byron examinó a la víctima y dedujo que debía tener unos treinta y tantos años. La había visto venir, una muerte implacable, abierto en canal por las garras de un animal salvaje y parcialmente devorado. La muerte había ocurrido hacía no más de una hora. Marita había pisado un charco de sangre, había resbalado y caído sobre otro charco. Al parecer, el susto había sido demasiado para ella.

El felino había estado cerca, muy cerca, y había intuido la cercanía de un depredador. Y se había dado a la fuga. Byron podía seguir las huellas del jaguar, pero no podía dejar que Marita se despertara en medio del charco de sangre.

Con un suspiro de resignación, la sacó de aquella inmundicia y comenzó a bajar la montaña con ella a cuestas.

Casi de inmediato, Marita comenzó a volver en sí, gimiendo de miedo y dolor. Byron la dejó en el suelo, dio un paso atrás para procurarle espacio y se quedó esperando. Ella se despabiló un instante, se incorporó para sentarse, se miró la ropa manchada de sangre y volvió a lanzar un chillido agudo. Byron esperó, pero ella no paraba de gritar, hasta que quedó con los ojos en blanco y comenzó nuevamente a desvanecerse.

—Marita. —Pronunció su nombre con tono brusco, reprimiendo un impulso—. Estás a salvo. Nadie puede hacerte daño.

Ella lo miró pestañeando sin parar y agitando las manos descontroladamente.

—¿Lo has visto? ¿Ese cuerpo? Era atroz —dijo, y se estremeció—. Absolutamente atroz.

—Déjame que te lleve a casa, e informaremos a la policía —dijo, ofreciéndole la mano para que se incorporara.

Marita obedeció la orden implícita en su voz y le tendió la mano.

—¿Qué haces aquí arriba, tan lejos del palacio y tan tarde por la noche? —Su tono de voz era dulce y suave, una cadencia pura que la tranquilizó, y Marita sintió que podía confiar en él. Pero luego frunció el ceño y se agitó dando muestras de resistencia, aunque no pudo impedir que sus labios pronunciaran la verdad.

—Tenía que encontrarme con alguien. Con un hombre.

—¿Un amante?

—Sí. No. *Dio*, no debes contárselo a nadie. A nadie —repitió, y volvió a llorar un torrente de lágrimas hasta que sus gritos llegaron al cielo. Se apretó el pecho, descorazonada, hasta que le fue imposible ver a través de esa cortina de lágrimas. Volvió a sentarse y se cubrió el rostro.

Exasperado, Byron le nubló el pensamiento y decidió cogerla en brazos. Voló por los aires hasta cubrir la larga distancia que los separaba del palacio. Ya no soportaba los gritos y llantos de aquella mujer. Quería ver a Antonietta. Verle la cara, tocarla, y saber que ella lo esperaba, tan ansiosa de verlo como él a ella.

Capítulo 11

Byron llevó a Marita hasta la entrada principal del palacio con sus enormes puertas de doble batiente y su escalera de mármol. A esa hora de la noche, las puertas estaban cerradas, y Byron sacudió violentamente el aldabón. Sostuvo a Marita en pie y susurró una orden para despertarla, no sin antes plantar en ella el recuerdo de un largo y rápido descenso por el camino del monte.

Helena abrió la puerta. Lanzó una mirada a Marita cubierta de sangre y lanzó un chillido estridente. Dos criadas que recogían sus cosas de la noche para volver a casa la relevaron en sus gritos y las exclamaciones resonaron por todo el palacio, hasta llegar a las plantas superiores. Marita volvió a estallar en llantos, clamando misericordia por los muertos y por todos los que a esa hora podían oírla. Se aferraba a Byron como imantada, lo aguardaba como su prisionero en medio del drama.

Antonietta. Compañera. Rescátame. Ya no puedo soportar a estas mujeres histéricas, ni un minuto más. ¿Dónde estas?

Le respondió una voz pausada, como de costumbre. *¿Dónde estabas tú cuando me desperté y encontré mi cama vacía?*

Byron entornó los ojos con un suspiro. La casa entera se había despertado a una locura generalizada. Helena hizo entrar a Marita y se puso a hablar tan precipitadamente que Byron apenas la entendía. Por un breve instante, se vio libre. Pero Marita volvió a desmayarse y se derrumbó. Él reaccionó como un caballero y la cogió antes de que se diera con la cabeza en el frío mármol del suelo. *¿No crees que yo también me merezco un poco de simpatía?*

¿Qué ha ocurrido?

Marita ha encontrado un cadáver arriba en el bosque.

¿Un cadáver? Qué horrible. Ahora entiendo por qué le ha venido ese ataque.

Llevaba un buen rato muerto. No tiene por qué reaccionar así. No vio cómo lo degollaban.

¿Cómo lo degollaban? Pobre Marita, comprendo por qué está tan alterada.

Alterada no es la palabra que yo usaría. ¿Y qué hay de mí? Soy un hombre sensible, pero no veo que demuestres ninguna simpatía por mis nervios cuando ella se pone a gritar como una loca.

¿Sensible? ¿Tú, qué has visto el cadáver y no reaccionas?

Antonietta. Una gentil reprimenda justo cuando ella se estaba divirtiendo tanto a sus expensas.

¿La víctima era Enrico? Sigue desaparecido.

Byron esperó un momento antes de responder. Antonietta pare cía verdaderamente horrorizada. No tenía por qué unirse a las otras mujeres con su histeria y sus gritos destemplados.

Yo no me pongo histérica. Y, tras un breve silencio. *Nunca*.

Ahora se acercaba. La entrada estaba llena de mujeres que hablaban, lloriqueaban y gritaban. Byron pensó que se metería en un buen aprieto si no lo rescataban pronto. Marita inclinaba todo su peso contra él, y se agarraba con manos temblorosas. *Antonietta. ¡Date prisa! Ya veo que te lo tomas con toda la calma del mundo*.

Franco se acercó corriendo a la entrada, vio a su mujer cubierta de sangre, desmayada y en brazos de Byron. No dudó ni un instante. Cargó contra éste con los puños por delante, y

casi le dio a Marita en la cabeza cuando ella se interpuso e intentó desesperadamente cogerle la mano para impedirlo.

—Basta. —Byron pronunció la orden entre dientes. Fue apenas audible, pero su intensidad barrió la sala, se oyó hasta en las plantas superiores del palacio. Las vasijas se removieron en sus lugares. Los cuadros se sacudieron con las paredes y luego quedaron quietos.

Se produjo un silencio inmediato. Nadie se movió ni hablo. Un viento barrió la sala, un alarido desgarrado de protesta. Antonietta entró corriendo con Celt a su lado.

—Byron, cierra la puerta. El aire es frío y la pobre Marita está en estado de shock. Helena, deprisa, prepara un baño caliente para Marita. Franco, llévala arriba ahora mismo. Yo informaré a la policía de la terrible tragedia que ha tenido lugar en el bosque.

El mundo se estrechó y se curvó hasta que la visión de Byron se concentró y la sala desapareció. Las mujeres desaparecieron. Franco también. No había nadie más que Antonietta, que se le acercaba. No pudo evitar fijar la mirada en ella. En su voz siempre se adivinaba la seguridad, pero ahora su manera de hablar era todavía más convincente. Antonietta parecía envuelta en un halo de luz. La sangre cárpata en su organismo ya comenzaba a potenciar su belleza natural. Se había investido de la autoridad como si llevara una capa, digna y segura en medio del caos que reinaba a su alrededor. Aquello le hizo sentirse feliz y le procuró paz interior. Se sintió entero.

Su familia respondió a aquella voz. Marita se dejó caer en brazos de su marido. Paul y Justine llegaron juntos, faltos de aliento y con ojos desmesuradamente abiertos. Tasha permaneció cerca de la entrada, y no dejaba de lanzar miradas de sospecha a Byron.

—Él me salvó. —Marita ocultó su rostro en el pecho de Franco—. No soporto la sangre de este hombre encima mío. Fue horrible.

Franco miró a Byron.

—*Grazie*. Te debo una.

Byron se dirigió sin vacilar hacia Antonietta. Delante de toda la familia, la cogió en brazos, la estrechó hasta que los dos corazones latieron al unísono. Había una posesividad absoluta en el abrazo de Byron, como una clara señal para los demás de que estaba con Antonietta para quedarse. Ella respondió sin dudar, lo abrazó y le ofreció sus labios para que él la besara.

Él inclinó la cabeza. Sus labios eran cálidos, suaves y acogedores. Su boca era caliente y húmeda, sabía a algo exótico. Por un momento, todo lo demás se replegó a un segundo plano. Antonietta sabía a miel y a especias. A amor y risa.

—Que curioso que siempre aparezca cuando uno de nosotros está en peligro —murmuró Tasha, aunque todos la oyeron. Lanzó una mirada de ira a Byron.

Byron alzó la cabeza para mirarla y sus oscuros ojos ardieron hasta el rojo vivo, hasta que le asomaron los colmillos al sonreír. Había llegado el momento de decir basta a la prima Tasha y sus perversos juegos con Antonietta. Si quería jugar sin reglas, él estaba más que dispuesto. Tasha solía entretenerse amargándole la vida a Antonietta. Byron pensó que no le haría ningún daño probar una dosis de su propia medicina.

Tasha quedó boquiabierta y dio un paso atrás a la vez que se santiguaba. Cuando volvió a mirar, vio que la sonrisa de Byron era una sonrisa normal en un rostro atractivo. El destello rojo que había visto brillar en la profundidad de sus ojos era sólo un reflejo de las muchas velas encendidas alrededor de la entrada.

Tasha se estremeció, pero se acercó con paso firme a su prima, con unos ojos oscuros que reflejaban su indignación.

—¿Cómo es que de pronto te has encontrado con Marita y con un cadáver, Byron? —Su tono de voz era de abierto desafío.

—Gracias a *Dio* que la has encontrado, Byron —dijo Antonietta. Tocó levemente a Tasha—. Tienes que llamar a policía. En seguida. Diles que ha habido un accidente horrible en el bosque. Pídeles que envíen al buen inspector. Diles que nuestra gente ya está

acostumbrada a él y, ya que todos están nerviosos, que yo lo apreciaría si viniera personalmente.

La siento muy inquieta. ¿Qué le estás haciendo?

¿Qué le estoy haciendo? Prácticamente me ha acusado de asaltar a Marita.

Antonietta aceptó su comentario con un leve gesto. *Eso es muy propio de ella, dar el primer golpe cuando está alterada o cuando tiene miedo de algo.*

Byron apretó los dientes. *La prima Tasha necesita aprender buenos modales*.

Tasha casi se abalanzó sobre el teléfono. Había olvidado del todo su determinación de salvar a Antonietta de su locura, sólo por la esperanza de volver a encontrarse con el atractivo inspector de policía.

—Desde luego, Antonietta.

—Paul, ve a ver a Nonno y cuéntale lo que ha sucedido. No quiero que se altere más de lo necesario.

Franco se alejó con Marita, que no paraba de sollozar. Helena los siguió por detrás, animando a Marita con frases incomprensibles y prometiendo un baño caliente en el acto.

Byron decidió que había llegado el momento de decir basta. A pesar de su ceguera, Antonietta sabía quienes estaban presentes, y había tomado inmediatamente el mando de la situación. Era increíble. El corazón le latía, desbocado, y tuvo que calmarse. Era su corazón, y estaba orgulloso de ella. Le divertía y le alegraba leer esos pensamientos de confusión suyos cuando pensaba en él. Ella creía que vivía una aventura pasajera, que él emprendería su camino y ella seguiría adelante con su vida. Antonietta había tardado en llegar a la conclusión de que no quería separarse de él, aunque conservaba esa expectativa. No tenían opción, pero ella no podía saberlo. Y él no tenía intención alguna de agravar su resistencia iluminando sus ideas.

Antonietta se le acercó aún más y se estrechó contra él, apoyándose en su fortaleza en medio de la histeria reinante. Frotó la cara contra su pecho, pero de pronto quedó paralizada y dio un paso atrás. *Has estado con otra mujer*. La acusación brotó como una afirmación y las palabras fueron como un destello en su mente, del color ámbar de las llamas. Era otra traición, y Antonietta estaba descorazonada. Byron percibió la ola de ira mezclada con un dolor feroz.

Jamás habrá otra mujer. Jamás. No para mí. Habló con su tono más puro, un tono incapaz de pronunciar una sola mentira.

—Antonietta —dijo Justine—. Tenemos que hablar, todos. Paul, tú, incluso Byron y yo. No podemos dejar que esto continúe.

Antonietta alzó el mentón, inclinándose levemente hacia Byron, como si buscara protección o consuelo. Aquel gesto leve y delator lo hizo derretirse por dentro. Le pasó el brazo por la cintura y la cobijó con sus anchos hombros, como poniéndola a salvo de la agresión de Justine y de la traición de Paul. Byron intuía que Antonietta quería creerle, que quería creer en él a pesar de lo que le dictaba el buen sentido.

—No es el momento para explicarme lo que hiciste, Justine. Estoy demasiado enfadada y dolida para escuchar a cualquiera de vosotros. En cuanto a los disparos de Paul, aún no sé qué decisión tomaré, pero os aconsejo que cuando venga la policía, evitéis hablar con ellos. —Había en su tono de voz ese leve asomo de soberbia, que Byron empezaba a reconocer como un elemento de defensa, más que de ataque.

Aún la huelo en ti.

Él se inclinó y le besó la punta de la nariz. *Ha venido mi hermana de mi tierra. Tiene una villa, una casa que ha conseguido para estar con su pareja y su hijo cerca de la ciudad y del mar. Creo que ya hemos hablado de Josef y sus peculiaridades. Pues lo que ahora quiere es pintar, de modo que sus padres le han facilitado las cosas.*

Aquella sospecha en su pensamiento se desvaneció en seguida. Antonietta le lanzó los brazos al cuello.

Lo siento. No sé por qué he dudado de ti.

La traición es una manera de vivir en tu familia, Antonietta. No en la mía. Lo digo sólo para que te sientas segura. Es normal que llegues a la conclusión, si te despiertas a mi lado y hueles a otra mujer.

Justine vio a Paul que se dirigía a toda prisa a la habitación de su abuelo y, antes de seguirlo, se plantó frente a Antonietta, cuidándose de no mirar a Byron.

—Antonietta, he cometido un error lamentable, pero no puedes tirar por la borda trece años de amistad. Sabes que eres mi familia, la única que tengo. Esto es muy doloroso para mí.

Byron deslizó una mano para aliviar la repentina tensión en la nuca de Antonietta. Sus dedos eran suaves, y su pensamiento la apaciguó y consiguió evitar un estremecimiento de rabia y dolor.

Antonietta guardó silencio un momento.

—Me alegro de que sea doloroso para ti, Justine. Así debería ser. Es doloroso para mí saber que sería capaz de traicionar todo lo que teníamos sólo porque te acuestas con mi primo. No puedo imaginar que el hombre que amo me pida que haga una cosa así, y si me lo pidiera, no me imagino convirtiéndome en su cómplice ni quedándome con él. Paul utiliza a las personas. Tiene mucha facilidad, pero supongo que ya sabías eso cuando decidiste participar en este asunto.

Justine se sonrojó levemente y evitó mirar a Byron. Los labios le temblaron un instante, pero enseguida levantó la cabeza, dio media vuelta y desapareció. Byron la miró y observó que tenía la espalda completamente rígida y los puños apretados.

—¿Qué harás con ella? —le preguntó a Antonietta, y le deslizó la mano desde la nuca hasta el nacimiento de la espalda, sin dejar de masajearla.

—No tengo ni idea. Debería despedirla, decirle que coja sus cosas y se marche, pero no sé si actúo por despecho o por un sentido de rectitud en los negocios. Justine tiene derecho a cometer errores, como cualquiera.

Traición. La palabra fue como un relámpago en su mente, una quemazón intensa y ardiente que dejó un rastro de humo negro y un mal sabor de boca. A Byron no le agradó ni lo uno ni lo otro, pero el sentido de la lealtad y la responsabilidad de Antonietta hacia su familia y sus amigos era enorme. Él quería entender por qué ella lo estimaba tanto. Quería ver en su familia las mismas virtudes que ella veía. Quería cuidar de ellos como Antonietta. Don Giovanni se había ganado su respeto y su lealtad. Pero Byron dudaba de que sucediera lo mismo con los demás, aunque estaba decidido a darles a todos una oportunidad.

—Quisiera que algún día llegaras a querer a mi familia, Byron —confesó Antonietta.

Si se lo proponía, Byron podía compartir sus ideas y verlos como ella los veía, pero no quería que hada nublara sus sentidos cuando se trataba de su familia.

—De alguna manera, encontraremos una solución.

—¿Es verdad que ha venido tu hermana, Byron? —Antonietta no quería pensar ni en Paul ni en Justine.

—Así es. No te alegres tanto. Ha venido con el joven Josef, y ese solo dato basta para que empecemos a buscar dónde escondernos. Si crees que tu familia es excéntrica, no has conocido a Josef.

—Tienen que venir a cenar —dijo ella—. Mañana por la noche. Podrás invitarlos, ¿no? —preguntó, y restregó la cara en sus hombros como lo haría una gata—. Entonces podré conocer al famoso Josef. Me encantaría conocerlo.

Él gruñó deliberadamente para hacerla reír.

—Lo que tú quieres es que yo sufra.

—También hay algo de eso, ya que lo dices.

—¿Crees que le servirá de algo a Tasha saber que mis padres no me encontraron debajo de una piedra? —preguntó él, con un dejo irónico.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, como si pudiese verlo a través de sus gafas oscuras.

—La verdad es que te da completamente igual lo que Tasha piensa de ti.

—No me importa especialmente. Nunca me ha importado, sea de una manera u otra. ¿Acaso eso cambia qué soy o quién soy? Mi honor exige un cierto código de conducta. No puedo cambiarlo sin más para satisfacer a cualquiera.

—¿Realmente puedes leer el pensamiento de los demás? ¿Literalmente? A veces tengo una idea, como un pensamiento o una imagen en la cabeza, y sé que me viene de otra persona, pero no puedo leer en su pensamiento —confesó Antonietta. Aquello era una súbita muestra de confianza, puesto que Antonietta solía ser muy discreta cuando se trataba de sus dones extraordinarios

Él dejó que los dedos se entrelazaran, se llevó su mano a los labios y le mordisqueó los dedos.

—Ven a sentarte un momento conmigo en el invernadero. Después de todos esos gritos, me irá bien un momento de paz antes de que llegue la policía.

Ella lo siguió, intrigada con la idea de que Byron fuese capaz de leer las mentes de las personas. Ambos estaban conectados, eso lo sabía, pero había una diferencia. Él podía oír los pensamiento de otros.

—¿Eso es lo que haces? —preguntó, presa de la curiosidad—, ¿oyes sus pensamientos?

—Puedo hacer un barrido de las mentes —dijo él, sosteniendo la puerta con un gesto de cortesía, ansioso de estar a solas con ella. Necesitaba estar a solas con ella—. No resulta tan fácil en esta región, como con la mayoría de las personas, ni tampoco con tu familia. Tenéis unas defensas innatas, unos más que otros. Sospecho que se debe a vuestra rama sanguínea. Marita es bastante fácil. Percibí la imagen de un hombre. Es evidente que iba a encontrarse con él.

—Eso no puede ser —volvió a negar Antonietta—. Te lo aseguro, Byron, Marita adora a Franco, vive obsesionada por él. Jamás haría nada para perderlo. Adora pertenecer a la familia Scarletti casi tanto como adora a Franco. Jamás tendría una aventura. ¿Es eso lo que insinúas? Jamás me creería algo así de ella.

—¿Y por qué sería el amor la única razón por la que una mujer se encontraría clandestinamente con un hombre?

Antonietta se dejó conducir hasta una silla de cojines mullidos y cómodos frente a la pequeña cascada. Adoraba aquella silla, no por su comodidad sino porque le llegaba el fino vapor del agua en la cara.

—Tienes razón. Desde luego, no tenía nada que ver con una aventura. Podría haber muchas razones.

—Escucha, Antonietta, iba a encontrarse con un hombre. Iba a entregarle un paquete. Por lo que sé, era el hombre que hemos encontrado degollado en el bosque.

Antonietta tuvo un estremecimiento. Byron hablaba con tanta naturalidad, aunque se tratara de la infidelidad, o de una muerte brutal. Sus dedos en la nuca eran relajantes, amables, incluso tiernos.

—Para empezar, dudo que Marita haya ido a encontrarse con un hombre. ¿Y de qué paquete hablas? No habías mencionado ningún paquete. —Celt le buscó la palma de la mano con el morro y ella reaccionó rascándole las orejas sedosas.

—En medio de todo el alboroto, Marita olvidó que llevaba un paquete, pero me la jugaría a que se acordará cuando se le despeje la cabeza el miedo y el disgusto que ha vivido. No quería que la vieran. Era algo muy importante para ella.

—Esto no me gusta. Me siento como si estuviera en el centro de la una gran conspiración. No tengo ni idea de lo que sucede a mi alrededor, ni siquiera por qué.

—Yo recogí el paquete cuando Marita se desmayó.

—¿Se desmayó? Eso lo hace muy bien. Tasha tiene celos y le gustaría saber desmayarse con elegancia en el momento menos pensado. Dudo que algo pueda hacer que yo me desmaye.

Él se inclinó hacia ella, la besó con fuerza, posesivo.

—Yo puedo hacer que te desmayes, si quieres.

A Antonietta le fascinaba esa voz suya. Perversa. La risa en su pensamiento. En su corazón. Había algo en él que recomponía su mundo a la perfección.

—Tengo serias dudas.

—Me tomaré eso como un desafío.

—¿Has abierto el paquete? —preguntó Antonietta. Quería ignorarlo. Era lo único sensato que podía hacer, porque cuando él le hablaba despertaba en ella sutiles llamas que le lamían la piel.

—Te estaba esperando. —Sacó el paquete de envoltura marrón de la chaqueta y lo hizo girar en las manos y el papel crujió, como incitándolos a abrirlo.

—¿Quieres que lo abra?

—¿Has penetrado en la mente de Paul, Byron? —preguntó ella, la voz de pronto tensa. Lo cogió por el brazo—. ¿Ha intentado matarme? Yo quiero a Paul. Creo que no podría soportar la idea de que pretenda asesinarme. O peor aún, de que pretenda hacerle daño a Nonno.

Por un instante, él sintió una violencia ciega que le revolvía las entrañas, y no pudo impedir esa reacción a su malestar. La cogió por el mentón.

—Me gustaría llevarte lejos de este lugar y de esta gente. Podríamos amarnos y vivir, y nunca mirar atrás. Si pronunciaras la palabra clave.

Ella lo escuchó mentalmente. Sintió sus palabras en el alma. Byron era algo mágico para ella. Si tuviese que explicarlo, no sabría cómo hacerlo, pero añoraba estar con él. No sólo unos momentos fugaces, no, quería estar con él siempre. En sus brazos. Escuchando su voz. Riendo con sus gracias. Le agradaba su sentido del humor. Le agradaba en todos los aspectos.

—Éste es mi hogar —replicó, y en su voz asomó cierto pesar—. Quiero a mi familia. He trabajado duro en mi carrera. ¿Serías feliz aquí, conmigo?

Él sintió que se le retorcían las tripas. La duda en su voz lo hizo dejar a un lado el paquete, la levantó de la silla y la cogió en sus brazos.

—Puedo ser feliz en cualquier lugar, Antonietta, siempre y cuando esté contigo.

—Yo no sé quién eres, ésa es la verdad.

—¿Acaso importa? Me amarás igual, supongo. ¿Podrás amarme? ¿Acaso importa que no sea un jaguar? ¿O un ser humano? ¿Podrías compartir mi pensamiento y saber que pertenezco a la tierra, que soy un macho cárpato, que tengo un sentido del honor y la integridad? ¿Acaso no puedes ver lo que represento? —Le acarició la cara con la punta de los dedos, siguió por los brazos y se deslizó por el interior de su blusa de encaje blanco. Su piel era tibia e incitante. Una tentación lujuriosa y demasiado exuberante para que él la ignorara. Le cogió el pecho en el cuenco de la mano, lo sopesó, y deslizó el pulgar hasta acariciarle el pezón. *Celt, agradeceríamos un poco de privacidad.*

El borzoi se giró, se alejó y se tendió unos metros más allá, hecho un ovillo, sin duda pensando que sus amos estaban locos.

—¿Alguien puede vernos? —Antonietta sentía que el deseo le hacía flaquear las rodillas, toda ella inundada por un deseo ardiente. ¿Cómo era posible que deseara a Byron, que lo necesitara con todo su instinto? ¿Tan completamente? Llegaba a infundirle verdadero miedo pensar que podía descontrolarse tanto ante su mero contacto. Era una reacción tan impropia de alguien que pensaba cada un de sus movimientos y planificaba todo hasta el último detalle.

—¿Acaso importa? —preguntó él—. Dime, Antonietta, ¿me querrás si no soy lo que esperabas?

Ella se apretó contra la mano que le sostenía el pecho, y se deleitó en ese gesto suyo de responder al roce de Byron con todo su cuerpo. Detrás de sus gafas oscuras, sus pestañas se cerraron.

—No tiene nada que ver con lo que esperaba. Este deseo terrible que tengo de ti no es lo que imaginaba. Estoy desesperada por tenerte.

—Yo también me siento algo desesperado.

—Me estás distrayendo del paquete.

—No querríamos olvidarnos del dichoso paquete —dijo él, y se inclinó para besarla ligeramente en la frente, sin dejar de masajearla—. No te puedo quitar las manos de encima. Y ya sabes que lo intento. Pero no lo consigo.

Antonietta sintió, fascinada, cómo el cuerpo se le tensaba bajo las suaves caricias de Byron. Quería poseerlo allí mismo. En ese mismo momento, en el invernadero con sus paredes de vidrio y sus plantas colgantes. Con la cascada en el fondo y los cuerpos entrelazados.

—No estás colaborando —dijo él, y confirmó que Antonietta podía leer fácilmente su pensamiento.

—Alguien podría vernos, Byron, entrar por sorpresa y descubrirnos, ¿no? —El paquete comenzaba a transformarse en un recuerdo distante. Pensó que debería avergonzarse de que él leyera sus pensamientos, cada uno de sus eróticos pensamientos, pero no, al contrario, sen sentía agradecida. Quería que Byron la poseyera, quería sentir su cuerpo penetrando profundo y duro en ella.

Él reemplazó su mano con la boca. Antonietta dejó escapar un grito con aquella ola de sensaciones que la invadía. Le cogió la cabeza con las dos manos para llevársela al pecho. De pronto se despertó en ella un hambre voraz y le temblaron las piernas.

—Byron, ¿qué me está sucediendo? Yo no soy así. —Antonietta era una mujer fría y segura de sí misma, siempre capaz de manejar sus relaciones con los amantes. Jamás se portaba como una llama que de pronto ardía y desataba con la fuerza bruta de una tormenta de fuego. Jamás era ajena a su entorno, estaba siempre atenta por si alguien la observaba. Era una persona privada. El sexo nunca había sido tan intenso, tan *voraz*. Lo más importante en el mundo para ella en ese preciso momento era arrancarle como fuera la ropa a Byron.

Él le cogió las gafas y las dejó a un lado.

—Nadie puede vernos, Antonietta. Nadie. Y si hubiera alguien en la sala con nosotros, podría hacernos invisibles a sus ojos —aseguró con voz ronca. Le sacó la blusa por encima de la cabeza y suspiró ante la visión de sus pechos. Ante la necesidad de ella, todos sus sentidos se exacerbaron. Ahora la sentía a través de aquel vínculo mental, aquella presión terrible que crecía y crecía en ella. El calor. El fuego trémulo.

Antonietta se estremeció.

—¿Qué me haces? Te siento en la cabeza, siento lo mismo que tú. —Había una insinuación de peligro en su apetito. En su necesidad. Su cuerpo era pesado y pleno y grueso y se apretaba con fuerza contra ella. Y estaba desnudo. Ella encontró sus anchas espaldas y siguió la curva de sus músculos. El cuello le palpitaba y le quemaba. Sintió que en el pecho izquierdo también había algo que latía y quemaba. En lo más profundo, se sucedieron diminutas explosiones, meciéndola, debilitándola.

Byron le quitó los pantalones y siguió con sus bragas de encaje.

—Mantén tus brazos alrededor de mi cuello. Sujétate, Antonietta. Sujétate bien.

Ella quiso protestar. Debería haber protestado si hubiera un gramo de decencia en ella, pensó. Pero lo cogió firmemente por el cuello y se sujetó. Él la levanto en vilo. Sin esfuerzo, como si no pesara más que una pluma.

—Esto es una locura. Y todo va demasiado rápido. ¿Cómo es posible que te desee de esta manera? —Antonietta se sentía demasiado pesada para hacer acrobacias durante el amor.

—Rodéame la cintura con las piernas.

Aquel matiz de su voz la desarmó. Obedeció a Byron y su cuerpo quedó abierto y vulnerable a su incursión. Dejó escapar un grito cuando él presionó contra su vórtice. Fueron olas tras olas de sensaciones que la embargaban, que lo embargaban a él. Ahora se sentía a sí misma a través de su mente. Caliente. Húmeda. Lubricada. Reaccionó como un puño de seda que se estrechaba con fuerza a su alrededor cuando él la penetró. Pensó que gritaría, presa del éxtasis. Pero quizá era él, que la llamaba mentalmente. Fue un estremecimiento de placer, y él

la rodeaba, estaba encima de ella y a través de ella. A través de él. Byron se movió, y sus caderas penetraron con fuerza en ella. Profundamente. Ella se levantó, valiéndose de su fuerza, deslizándose a lo largo con exquisita lentitud, prestando especial atención a la reacción que provocaba en él.

Ardiendo por ella, Byron sintió que le faltaba el aliento. Antonietta aceptó su propio poder con un gesto muy femenino y tomó la iniciativa. Comenzó a montarlo, buscándolo mentalmente para que él la guiara, buscando el movimiento perfecto, con los músculos apretados y aferrándose con fuerza. Aquello era el cielo. El paraíso. No quería que aquello acabara jamás.

Él le cogió las nalgas para levantarla en su carrera salvaje, llevando la pasión un punto más allá, mientras las llamas reptaban por sus cuerpos, lamiéndolos de los pies a la cabeza. Nada importaba, excepto las olas de placer que los invadían. La presión seguía subiendo. Ella sentía que se acumulaba en él como un volcán antes de la erupción. Él la sentía en ella como una tormenta desatada.

Antonietta estrechó el cierre alrededor de su cuello, se inclinó hacia él, lo mordió en el hombro cuando él penetró en lo más profundo, tirando de ella hacia abajo para encontrarse con él. Las llamas crujieron y crepitaron. Antonietta vio los colores que le estallaban detrás de los ojos. Quizá eran los ojos de él. No importaba. Su mente estaba sólidamente anclada en la de ella, su cuerpo compartiendo el suyo. La tierra a su alrededor se estremeció con un aliento vital y explotó en miles de puntos de luz.

Antonietta descansó sobre su hombro, sin moverse, sin saber si podía moverse. Se preguntaba por qué los dos no eran un charco de agua en el suelo. La única energía de la que pudo hacer acopio fue para lamerle el mordisco en el hombro. Recorrió la diminuta incisión con la lengua.

—Te he mordido.

—No pareces arrepentida.

—Pienso que habrá sido una reacción. Estoy segura de que tú me mordiste el cuello la primera vez que hicimos el amor.

La risa sonora de Byron le provocó a Antonietta una vibración eléctrica. Con la misma rapidez, sintió la inminencia de otro orgasmo. Lo aprovechó, saboreando cada estremecimiento.

—Podría quedarme aquí para siempre.

—A mí no me importaría —convino él, comprensivo—, pero tenemos compañía.

La puerta del invernadero rechinó al abrirse, quedó atascada un momento y el aire fresco circuló por la sala, llevándose el aroma combinado de su amor y dispersándolo de inmediato. Los vaporizadores automáticos comenzaron a lanzar su rocío sobre las plantas.

—¿Dónde estáis? —preguntó Tasha—. Juraría que han entrado aquí —dijo al inspector de policía—. ¿Antonietta? ¿Byron? Diego ha venido. ¿Espero que le importe que le llame Diego? —preguntó con voz sensual e incitante.

Byron depositó suavemente a Antonietta en el suelo, la sostuvo hasta que las piernas dejaron de temblarle y pudo tener en pie.

—Ahí está su perro —dijo Tasha al ver a Celt—. Antonietta no va a ninguna parte sin ese perro desde que llegó hace unos días. Está aquí dentro en alguna parte. Adora las plantas exóticas. Por aquí.

Antonietta se quedó completamente quieta y hundió la cara en el hombro de Byron. Esta desnuda, y sólo una enorme planta la separaba de su prima y del policía. Con sus manos enormes, Byron la había cogido por las nalgas y la estrechaba con fuerza. *No pueden vernos aquí. No temas, que no nos verán*. Muy a su pesar, la dejo ir para que volviera a ponerse la camisa y recuperara sus gafas.

Antonietta permaneció en silencio en la oscuridad mientras él le ponía los pantalones. Dio un respingo cuando Byron deslizó la mano entre sus piernas e introdujo un dedo en su interior. *Deseo estar a solar contigo, cara mía. Lamento que nunca podamos estar sólo tú y yo*.

Byron introdujo el dedo y exploró en lo profundo de ella. Sus músculos femeninos, excitados, se contrajeron para acogerlo. Se prendió de él cuando sintió que volvía a encenderse.

El pelo de Byron le rozó la cara cuando se inclinó para ayudarle a ponerse los pantalones. *Eres mi compañera, siempre cuidaré de ti.* Estaba completamente vestido.

No creo que pueda respirar. Llévame arriba. Estaremos juntos.

Byron acercó la boca a sus labios, en un beso largo y enjundioso.

—¿Y esto de dónde ha salido? —preguntó Tasha, cogiendo el paquete que había quedado en el suelo. Había una mancha de sangre en el envoltorio marrón.

Temo que es demasiado tarde, amor mío. Byron los desplazó y los dos aparecieron juntos por detrás de una enorme palmera, caminando y tomados de la mano. Tasha ha encontrado el paquete y tenemos que saber qué hay en el interior. Tenemos que mostrarnos.

Antonietta intentó adoptar un aire tranquilo y desenfadado. Nadie habría dicho que hacía sólo un instante fornicaba desaforadamente. Ahora estaba a punto de soltar la risa, algo que no solía hacer. Casi ni se reconocía a sí misma.

—Gracias, Tasha —dijo Byron. Cogió el paquete de sus manos y se lo entregó a Antonietta—. No sabíamos dónde lo habíamos dejado. Hola, inspector Vantilla —dijo, y se inclinó para saludar.

—Justicano, es una suerte que estuvieras ahí para rescatar a la señora Scarletti.

Tasha reaccionó con un chasquido de disgusto.

—Diego, ¿acaso no ha oído ni una palabra de lo que he dicho? ¿Qué hacías en el bosque tan tarde por la noche, Byron?

—Tasha, me parece que vas demasiado lejos —dijo Antonietta con voz pausada—. Quisiera que pararas. Aquí hay algo más en juego que tus mezquinos celos.

—Llámales como quieras —respondió Tasha, con un silbido de voz—. Ese hombre es peligroso y me niego a permitir que entables una relación con él.

Byron le escrutó el rostro enardecido. Tasha se sentía humillada frente al inspector de policía y, aun así insistía, a pesar de las advertencias de Antonietta. Aquello no parecía corresponder a su sentido de la supervivencia. *¿Es posible que tenga miedo de ti?*

Tú eres el que lee las mentes.

Ella se daría cuenta. Si voy más allá de sus defensas, se percataría de mi presencia. No estoy seguro de poder nublarle la memoria el tiempo suficiente para que valga la pena.

¿Quién sabe por qué Tasha hace y dice esas cosas? Antonietta parecía cansada, y Byron la cogió por la cintura y la atrajo hacia él., cobijándola junto al ritmo acompasado de su corazón.

—No pareces sorprendido, inspector —dijo Byron—. ¿Este es el primer asesinato? Por favor, cuéntanos lo que sabes.

El inspector se mesó los cabello, una señal inconfundible de su nerviosismo.

—No es la primera persona que han matado de esta manera.

—¿Quiere decir con eso que sabía de la existencia e esta criatura y no nos lo había advertido? —Antonietta esta indignada.

—Ha salido en los periódicos, *signorina*. Hemos pedido la colaboración de los mejores cazadores, pero no hemos encontrado al felino.

—Entretanto, la mujer de mi primo podría haber muerto. Es completamente inaceptable. —Había un leve latigazo en la voz de Antonietta—. Mis empleados tienes que caminar desde la ciudad hasta mi casa todos los días. No quiero que ninguno de ellos sufra la horrible suerte de perecer bajo las garras de un animal salvaje.

—Es algo en lo que más vale la pena no pensar —confirmó Tasha, con un estremecimiento—. Marita tenía sangre por todas partes. No es de extrañar que se haya desmayado.

—Nadie debería salir a caminar solo por la noche —dijo el inspector, clavando a Tasha con una mirada acerada—. No debería haber motivos para ir al bosque hasta que no

encontremos a este animal. Creo que el hombre que encontramos es uno de los guardianes de la propiedad. El señor Franco Scarletti lo ha identificado.

—Oh, no —dijo Antonietta, clavando los dedos en la mano de Byron y manteniéndolos cerrados con fuerza—. ¿Uno de nuestros empleados? Tendremos que contratar una empresa de seguridad que escolte a nuestros empleados de vuelta a sus casas hasta que encuentren a esa bestia.

—¿Y esto sucede desde hace mucho tiempo? —intervino Byron. Su voz era una orden para decir la verdad.

—Lamentablemente, sí. En otras regiones desde hace algún tiempo. El primer hallazgo fue el cuerpo de una mujer joven con el cuello desgarrado, a la orilla del mar. Tenemos una placa de yeso con las huellas. Se le ha identificado como un jaguar, bastante grande. En ese momento, la opinión generalizada era que alguien tenía uno de estos felinos como mascota y que un día se le escapó o, al igual que muchos otros cuando se aprobó la legislación sobre animales exóticos de compañía, lo abandonaron una noche cualquiera.

Tasha se dejó caer en la silla.

—Nuestra propiedad es muy grande, tiene los bosques más salvajes y el pequeño Vincente y Margurite siempre juegan en el laberinto. Han corrido un gran peligro y sin saberlo.

Diego le respondió poniéndole una mano en el hombro con gesto amistoso.

—Tengo tres hijos en casa. Mi madre cuida de ellos, y es una señora anciana y frágil. He dado órdenes de que no salgan, pero los dos mayores se escapan. A mí me preocupa. La verdad es que entiendo cómo se siente. Las muertes se han producido en un radio de más de ciento cincuenta kilómetros. No hemos logrado armar el rompecabezas hasta hace varios meses.

—¿Y cuando empezó en esta región, Diego? —inquirió Tasha.

—El primer cadáver fue encontrado en nuestra región hace casi dos años. Desde luego, buscamos, pero no encontramos nada. Antes, se habían encontrado dos cadáveres más, pero se pensó que ya estaban muertos y que habían sido devorados por animales salvajes. Tardamos un tiempo en entender que podía ser un solo felino que cazaba a humanos.

—¿Y qué dice su mujer de todo esto? ¿Por qué no se queda ella con los niños? —preguntó Tasha. La pregunta era inesperada y Diego contestó sinceramente antes de que pudiera impedírselo.

—Mi mujer no quería a los niños ni quería tener un marido policía. Nos abandonó después de que nació la *bambina* y no quiere volver a verlos. —Era una confesión dolorosa para él, y en sus ojos oscuros brilló una mezcla de humillación y rabia.

—Pobres *bambini,* abandonados y no deseados —dijo Tasha, con voz queda.

—Yo sí los quiero —dijo Diego, firme—. No necesitan a una mujer que no los ame.

Capítulo 12

—¿**Q**ué es eso? —Era una de las pocas cosas de la condición de ciega que desesperaba a Antonietta. Siempre tenía que esperar para identificar algo.

—Lo siento, *cara mía*, son hojas de una partitura.

Antonietta aspiró profundo. Se encontraban finalmente en la privacidad de su estudio con las puertas cerradas. Tasha se había quedado para entretener al capitán y, con todos los problemas aún pendientes, Antonietta pensaba que jamás se encontraría a solas con Byron. La curiosidad la estaba matando. También la estaban matando las ganas de estar a solas con él.

—¿Mi música? ¿Ella pensaba llevarse música de mi casa y entregársela a otra persona? —Antonietta tenía la sensación de que era ajena a su propio cuerpo. Se sentía febril. Incompleta. Se alejó de Byron para que él no se percatara.

—No. No es tuya. Estas hojas son muy antiguas. Temo que si las cojo, se me desintegrarán entre los dedos.

Antonietta se quedó totalmente quieta y se llevó la mano al cuello.

—Yo sé qué es. ¿Cómo lo habrá conseguido Marita? Debería estar a buen recaudo en la caja fuerte de Nonno. Y él es el único que tiene la combinación. Al menos, ellos no deberían saberlo y créeme, Nonno jamás daría a conocer ese secreto. La existencia de esa partitura ni siquiera se conoce fuera de nuestro círculo familiar.

Byron se inclinó hacia atrás en la silla y estiró las piernas hacia las llamas que bailaban en el hogar—. ¿Es muy valiosa?

—Ya lo creo que es valiosa. Es una obra auténtica, una obra original del compositor George Friedrich Händel. De joven, Händel visitó Italia y, por supuesto, fue invitado con frecuencia aquí al palacio. Por aquel entonces, la familia Scarletti ya tenía poder y riquezas y era amante de la música, y Händel era un talento excepcional. Ningún artista habría rechazado una invitación como ésa. Estuvo en varias ocasiones aquí durante los tres o cuatro años que vivió en Italia. Dejó muchas anotaciones y un diario. También dejó partituras de cantatas y óperas, incluso oratorios. Sin embargo, nuestro tesoro mejor guardado es una ópera completa compuesta por Händel para la familia Scarletti. Él no estaba contento con ella. Decía que carecía de la pasión italiana, y no quería que la conservaran. Nuestra familia se comprometió a no darla a conocer ni entonces ni en el futuro. La palabra de los Scarletti es sagrada. Hemos guardado esa promesa durante generaciones.

Byron había comenzado a silbar una melodía.

—George Fiedrich Händel. Había olvidado que estuvo en Italia—dijo—. En 1710 viajó a Hannover, según recuerdo, pero partió casi inmediatamente a Londres. Su ópera, *Rinaldo,* se estrenó al año siguiente.

—¿Tú has estudiado a Händel? —preguntó una asombrada Antonietta.

Byron se miró las manos, sorprendido por haber cometido ese desliz. —Me gusta su obra —dijo, cauto.

—A mí también. Händel volvió años más tarde, en busca de artistas y de intérpretes. ¿Sabías que en sus últimos días se quedó ciego? —Antonietta arqueó la espalda, intentando aliviar parte de la presión que se acumulaba en sus articulaciones.

—Lo había oído.

Era como si su voz la envolviera en un manto de seda y terciopelo. Antonietta sacudió la cabeza.

—Tengo que guardar esa partitura en algún lugar seguro. Hablaré con Nonno mañana. Hace rato que se ha retirado a dormir. En cuanto a mí, me da la impresión de que cada día me levanto más tarde y me pierdo las actividades de la casa. —Cogió el paquete de sus manos, evitando tocarlo—. Volveré enseguida. Voy a guardar esto en la caja de seguridad del pasadizo secreto. No creo que Marita lo encuentre allí.

—Paul podría encontrarlo. —Byron se incorporó, un movimiento perezoso y fluido. Su voz era la de un enorme felino en la jungla que se despereza junto a un fuego. Y la irritaba a más no poder—. Te acompañare.

Ella ya se encontraba en la puerta del pasillo. Lo último que quería era compartir con Byron ese especio cerrado.

—Quédate un rato y relájate —dijo, haciendo todo lo posible por adoptar un aire tranquilo—. No tardaré.

—No me importa ir. Tenía ganas de volver a mirar la pared con los relieves —dijo él, y se estrechó contra ella. Antonietta sintió el calor de su cuerpo.

Aceleró el paso y penetró en el laberinto de túneles sin vacilar. Byron se movía silenciosamente, como siempre, pero ella estaba demasiado pendiente de él. Casi sentía los músculos bajo sus dedos ansiosos. Imágenes eróticas le bailaban en la cabeza. Lo deseaba con cada aliento de su cuerpo. Y él parecía tan…ausente…tan desinteresado.

Quería destrozar el paquete que tenía en las manos, rasgar algo con las uñas. Sus pisadas resonaban en las antiguas baldosas de mármol y el fuelle de su respiración parecía demasiado sonoro. Tenía el corazón acelerado y la boca seca. Contaba los pasos en silencio para sí misma, girando bruscamente cada recodo.

—Nuestra historia tiene aspectos muy pintorescos. —Hacía lo posible por entablar una conversación, si eso era lo que él deseaba. Una conversación sobre las historia.

Byron la seguía en silencio. Respirando en su nuca. Con un olor agradable. Haciendo notar su presencia cuando le dejaba descansar la mano en el nacimiento de la espalda. Quemándola a través de la ropa. Marcándola. Reclamándola.

—Sé que estudiaste los relieves en el muro. ¿Has descifrado los primeros signos? Pienso que las primeras tallas deberían ser fascinantes. —Byron sentía la agitación que se apoderaba de ella. Cuando alcanzó a penetrar en su mente, descubrió un caos. No había un único pensamiento. Antonietta estaba confundida y enfadada. Pensativa y de mal humor. Era como el comienzo de una gran tormenta. Ella era su pareja y cualesquiera fuesen sus necesidades, él proveería. Sabía perfectamente que Antonietta encontraba la historia de su familia intrigante. Esperaba distraerla por un momento.

Antonietta se llevó el paquete al pecho y lo estrechó.

—He dedicado algún tiempo a estudiar la entrada correspondiente a la primera novia. No estaba sola. Su marido también realizó parte de las tallas. Creo que fue idea suya. Creo que deseaba que su familia conociera los dones que él les legaba. Estaba muy intrigado con la idea de mutar. Los primeros relieves son casi todos mutaciones, mujeres e incluso algunos hombres que se transformaban en jaguares. Los primeros esbozos son muy bastos, desde luego, pero son muy detallados. Creo que revelan más secretos que las tallas posteriores. —Antonietta se obligó a respirar en el calor opresivo del pasaje. Si al menos él no le respirara en la nuca, podría pensar con más claridad.

—En las épocas posteriores, más modernas, ¿hay algún testimonio que hable de mutaciones?

Ella se rascó la piel que le escocía y se detuvo frente a lo que parecía una pared sólida. Pasó la palma de la mano por la suave superficie. Le rozó los dedos a Byron, le cogió la mano y le guió instintivamente hacia las tres depresiones que ocultaban los secretos. Era un reconocimiento de confianza, y él lo supo incluso antes que ella.

El muro retrocedió silenciosamente y reveló la caja fuerte. Era evidente que ella conocía la secuencia de números en el panel. Antonietta pulsó varias teclas atentamente. Se abrió la puerta de la cámara acorazada. Estaba a oscuras. Todo el pasadizo estaba

completamente a oscuras, pero Antonietta no necesitaba la luz. En aquel mundo de tinieblas, se encontraba en sus anchas. Byron estaba impresionado con su asombrosa capacidad para saber exactamente dónde se encontraba cada cosa.

—Yo no las he visto. Creo que la sangre se ha mezclado demasiado con el tiempo.

—¿Crees que uno de tus primos es capaz de mutar? —preguntó Byron, con una voz sin inflexiones.

Antonietta no se movió mientras agitaba las manos en el interior de la cámara acorazada.

—¿Uno de mis primos? —repitió, como si la idea la inquietara—. No lo creo, Byron. Que uno de ellos sea esa criatura que degüella a gente inocente es una posibilidad que sólo imaginármela me pone enferma.

—El felino dejó el rastro de su olor en el interior del palacio. Estaban en las habitaciones de tu abuelo. Esta partitura se guardaba en la caja privada de don Giovanni. Si alguien que puede mutar la estaba buscando…

Ella lanzó las preciosas hojas al interior de la cámara acorazada y cerró de golpe.

—No quiero ni pensar que alguien de mi familia sea capaz de matar a sangre fría.

—Una vez convertido en depredador salvaje, es muy difícil controlar los impulsos. Se dice que algunos mutantes ni siquiera reconocen su lado humano. Y algunos animales son mucho más difíciles de controlar que otros.

Antonietta se inclinó hacia delante y descansó la frente contra la puerta dorada de la cámara acorazada.

—Yo quería tocar esa música. —Fue una confesión pronunciada de sopetón—. Si oigo música, sin importar lo difícil o intrincada que sea, la puedo tocar, pero no la puedo ver. Tenía que pedirle a Justine que me la leyera. Puedes imaginarte lo difícil que fue para nosotros descifrar la partitura, todo el tiempo que invertimos en ello. Don Giovanni lo sabía, desde luego. Fue él quien me la dio, pero yo tenía que conservarla celosamente. Cada noche, la devolvía a su habitación, pero cualquiera podría habernos visto a Justine y a mí trabajando en ella.

Al inclinarse hacia delante, sus nalgas quedaron en contacto directo con Byron. Él se estrechó contra ella duro y grueso y masculino. Antonietta podría haber gritado de frustración. Su piel ardía de deseo. Sentía que su cuerpo le era estrecho y ajeno. Se incorporó inmediatamente para evitar el contacto, y se alejó de él para regresar a la sala de los relieves. Era consciente de su propio cuerpo, del vaivén de sus caderas, del dolor en los pechos. Era una locura que no podía dominar.

—Antonietta, cuando entro en contacto con tu mente, está confundida e inquieta. Quisiera ayudarte, si me permites acceder a ti. —Si ella no le ayudaba pronto, Byron pensaba pasar por encima de esa barrera. No podía soportar verla tan alterada. Ya había intercambiado sangre dos veces. La sangre cárpata le agudizaba los sentidos y la cambiaba, pero ante su barrera, él ignoraba del todo qué otros cambios podía provocar la sangre.

—Prefiero solucionar mis propios problemas —dijo—. Lo siento si parezco ruda. Es como si todo se me estuviera viniendo encima.

—Cuando tienes una pareja, *cara*, compartes tus problemas.

—Yo aún no estoy acostumbrada a una pareja —confesó Antonietta, suavizando la voz, deseando no herirlo—. Lo intento, Byron. Realmente lo intento. Nunca he tenido estos sentimientos, y jamás he sentido tan intensamente todo lo que me rodea. Es inquietante. *Y jamás he estado tan consciente de la presencia de un hombre antes*. Byron entendió ese pensamiento muy femenino. Aún no aceptaba el poder y la fuerza del vínculo entre ello. Era diferente a cualquier otra cosa que hubiese vivido. La intimidaba y le deba un poco de miedo. Dos emociones que Antonietta Scarletti no conocía bien. Byron la siguió en silencio hasta la sal de los relieves en la pared.

La puerta se abrió, y las luces se encendieron automáticamente, iluminando las columnas, desde el suelo hasta el techo, llenas de imágenes, palabras y símbolos tallados en el muro, muy similares a los jeroglíficos egipcios.

Antonietta recorrió con la palma de la mano uno de los dibujos.

—¿Te imaginas lo que tardaron en hacer esto? Y seguirá aquí hasta el final de los tiempos, a menos que el palacio sea destruido. Algún día, tal vez dentro de cien años, otro Scarletti entrará en esta sala y verá lo que sucedió antes que él.

Byron comenzó a leer, totalmente absorto en el drama que se desplegaba ante sus ojos. Una tras otra, las novias eran seleccionadas de entre los habitantes de la pequeña aldea del pueblo jaguar. Había unas cuantas lagunas, y a medida que las generaciones perdían contacto con los objetivos originales de los Scarletti, las novias de la aldea comenzaban a escasear, hasta que la rama sanguínea volvía a diluirse. Muchas novias no estaban satisfechas con sus maridos y los celos e intrigas habían dominado en el palacio a lo largo de los siglos. Algunas amaban mucho a sus maridos. Muchas tenían el donde curar y el don de la telepatía. Las últimas historias parecían señalar que la telepatía era común entre los Scarletti.

—Esto es fascinante, Antonietta.

—Solía venir aquí cuando era más joven. Sabía leer en el muro y conocía la mayoría de las crónicas, aunque no podía ver, y eso me hacía sentir independiente. Desde luego, puedo leer braille, pero la mayoría de los documentos comerciales no están escritos en braille para mí, de modo que dependo de Justine para que me los lea.

Justine la había traicionado. ¿Cómo podría confiar en ella con información tan importante y confidencial? Byron deslizó la mano hasta encontrar la de Antonietta. Se fundió mentalmente con ella para sentir aquel dolor que le retorcía el corazón. Antonietta ya no confiaba en su juicio. Ya no confiaba en el sexto sentido que utilizaba para relacionarse con las personas. Justine le había causado más daño de lo que Byron había sospechado inicialmente.

—Y ahora no puedes confiar en ella.

No puedo confiar en nadie. Aquellas palabras no invocadas resonaron en su mente. Ella las rechazó de inmediato.

—No me compadezco de mí misma, Byron. Hace mucho tiempo aprendí a recoger los trozos rotos y seguir adelante. Lo que pasa es que me siento como si pisara arenas movedizas, y cada paso que doy, camine por donde camine, es como si me hundiera. Quiero pisar tierra firme.

Él le llevó la mano a su corazón.

—Aquí, Antonietta. Estoy aquí.

Ella intentó retirar la mano.

—¿Qué sé de ti? Quieres confianza absoluta. Quieres que cambie toda mi vida por ti.

Byron no le soltó la mano. El jaguar en ella estaba cerca. Cauteloso. Deseando escapar. La mujer que había en ella se sentía exactamente de la misma manera. Perseguida. Acosada. Ella no tenía idea de cuánto él quería cambiar en su vida, pero con la sensación de que era peligroso para ella. Aquéllos eran los instintos del jaguar, y en ella eran poderosos.

—Quiero estar en tu vida sí. No pienso negarlo. Déjate ir y fúndete completamente conmigo. Tus respuestas están ahí, en mi mente.

Antonietta retiró la mano con el corazón latiéndole aceleradamente. Sus palabras eran siempre una tentación. Su voz, siempre una invitación al pecado, y ella sucumbía a esa lujuria que no podía controlar. Una lujuria que no deseaba.

—El aire aquí dentro es sofocante —dijo, con la respiración entrecortada y la voz ronca. No pensaba fundirse con él ni dejar que Byron tuviera acceso a las imágenes que le llenaban la cabeza. Aquello sería humillante.

Se giró bruscamente para volver a su habitación. Byron salió de la sala de los relieves y permitió que la puerta se cerrara. No tardó en alcanzarla, y permaneció cerca de ella, queriendo aliviar su sufrimiento pero sin saber exactamente cómo hacerlo. Las habitaciones

amplias parecían frías después del calor sofocante de los túneles. Antonietta suspiró aliviada, se estremeció y se cruzó de brazos para ocultar los pezones que se le endurecían como dos guijarros al rozar contra el encaje del sujetador con cada paso que daba. No dijo palabra cuando el fuego en la chimenea de pronto cobró vida, segura de que Byron había malinterpretado su gesto y pensaba que tenía frío.

—¿Hasta hecho copiar la partitura de Händel, Antonietta? —preguntó Byron cuando se sentó en su silla favorita. Celt permanecía hecho un ovillo en el suelo en su habitación. Byron alcanzaba a verlo a través de la puerta abierta. El borzoi no se había movido, y no solía hacerlo cuando era Byron quien vigilaba.

Antonietta estiró los brazos por encima de la cabeza. Sentía el cuerpo pesado y sensible. Olía la fragancia masculina de Byron y, por alguna razón, sentía que ésta la llamaba. Era perfectamente consciente de su presencia, a sólo unos metros. El interludio en el invernadero había sido breve y feroz. Pero no había sido suficiente. Empezó a pasear por la sala, presa del desasosiego y la irritación. Sentía los pechos llenos y quería que la prestaran atención. Toda la piel le escocía pidiéndole alivio.

—Lo hice par asegurarme de que jamás se perdería. Aquella copia valdría mucho dinero aunque no fuera más que por la partitura. Es una obra original, no es imitación de ningún otro compositor, pero jamás valdría tanto como la escritura de su propio puño y letra.

—¿Es posible que Marita tuviera acceso a la combinación de la caja fuerte de don Giovanni?

—No, él jamás se la daría ni a ella ni a Franco. Conozco a Nonno. No es un hombre confiado, sobre todo desde que franco vendió información a la familia Demonesini. —El fuego crepitó. Byron se giró y ella oyó el roce de su ropa. Tenía ganas de gritas—. ¿Crees que el ataque contra Nonno y contra mí la otra noche tenía algo que ver con la partitura de Händel?

—Creo que es probable. Sería demasiada coincidencia que no fuera así. Aquellos hombres buscaban algo, y estuvieron un buen rato en las habitaciones de Nonno.

La voz de Byron la estaba matando. Le rozaba la piel como el terciopelo, como miles de lenguas de fuego. No se creía capaz de soportarlo mucho rato más. Quiso obligarse a sí misma a controlarlo. Tendría que enviar a Byron a casa y poner distancia entre los dos. Que fueran kilómetros. Tal vez océanos de distancia.

—Nadie sabe de la existencia de esta obra, ni siquiera los de la familia. Franco podría habérselo contado a Marita, pero yo ni siquiera le he oído preguntar acerca de ella. Alguien tiene que haberla visto cuando yo me empeñaba en tocarla. —Con un gesto de abandono, se quitó las pinzas del pelo y éste se derramó por su espalda, un vívido despliegue que reflejaba sus extrañas emociones—. Hace calor aquí dentro, no deberíamos tener el fuego encendido.

—Ven aquí, Antonietta. —Byron habló con suavidad, pero ella oyó la orden implícita en su voz, lo cual le hizo rechinar los dientes.

—¿Por qué? Yo digo que hace calor y tú quieres que vaya a tu lado —dijo, y dio unos pasos para alejarse de él, deseando arrancarse la piel.

—Te sientes incómoda.

Antonietta tenía un deseo desquiciado de arrodillarse entre las piernas de Byron y arrancarle los pantalones. Con su boca le mostraría lo incómoda que estaba. Imaginaba cómo se sentiría al crecer, duro y grueso. A su merced. Pero ella no le daría tregua, no mientras la hiciera sentir ese descontrol y volviera tan anhelante. Mantuvo la distancia de la habitación entre ello, mostrando cautela ante aquello que no entendía.

—Ven aquí —masculló él. Su manera de ordenar era suave, pero imperiosa. Daba miedo, porque a ella le daban ganas de obedecer. Aún así, quiso resistirse y se negó a moverse. Se negó a ceder ante lo que sucediera.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay de malo en mí? —Sentía que la entrepierna le quemaba, que ansiaba algún tipo de alivio.

Byron volvió a contactar con ella mentalmente, una sombra que se ocultaba mientras su pensamiento se desquiciaba y giraba entre imágenes eróticas jalonadas por un hambre terrible e insaciable.

—Sospecho que es una combinación de cosas, Antonietta. No entiendo por qué no puedo ayudarte a aliviar tu sufrimiento. —Basta con que me digas de qué se trata.

Byron suspiró.

—Los cárpatos se aparean con frecuencia. He observado que está muy sensible. Sospecho que ente las especies de los cárpatos y el género jaguar que llevas en tu sangre, estás sintiendo… celo.

—¿Celo? —preguntó ella girándose—. No soy un animal en celo. Tus palabras no me alivian en nada, muchas gracias.

—¿Acaso la idea de aparearte conmigo es tan desagradable?

—No tergiverses mis palabras. No he dicho eso. Si quieres ayudarme, ¿por qué no me distraes? —Hizo chasquear los dedos, inspiradas por una idea repentina—. Quisiera ver, Byron. Ver a través de tus ojos. Dijiste que podrías hacerlo, y quiero intentarlo.

—¿Está segura de que eso es lo que quieres? No será fácil.

Ella levantó el mentón.

—No me importa. Quiero intentarlo.

—Al principio estarás desorientada. Tendrás que ir más allá de tus sentidos y valerte de los míos. Sentirás que tu cuerpo lo rechaza. Las imágenes estarán en tu mente, pero tal como yo las veo.

—No me importa, siempre y cuando pueda ver. —En su voz vibraba una clara determinación.

—Tendrás que fundirte completamente conmigo. Lo que yo vea y sienta, también lo sentirá tú. Si estás incómoda, despréndete de mi mente. Eso lo podrás controlar. ¿Has observado que aumenta tu poder y tu sensibilidad ante las cosas que te rodean?

—¿Por qué sucede eso?

—Eres mi pareja. A medida que nuestras vidas se fundes, también se funden nuestros cuerpos. Te he reclamado con el vínculo ritual, y ahora estamos unidos en cuerpo y alma. —En su voz se ocultaba una especie de sonrisa—. En esta edad moderna, supongo que todo esto suena melodramático y anticuado.

—Para mí, no —dijo ella, y de pronto vaciló, como si tuviera miedo—. ¿Qué tengo que hacer?

Él se le acercó, porque había entendido que Antonietta estaba a punto de llorar. La intensidad de su necesidad sexual era avasalladora. La desconcertaba tener que ajustar sin cesar el volumen de los sonidos que llegaban a sus oídos y lidiar con la separación, sin entender por qué. Byron se situó por detrás de ella, le pasó las manos por la cintura y la estrechó. Antonietta se estremeció.

—¿De verdad puedes hacerlo? —preguntó. Él sintió el leve estremecimiento que le recorrió el cuerpo.

—Estaré contigo. Recuerda, no verás por tus propios ojos. Tienes que fundirte completamente y ver a través de los míos. Yo puedo usar a Celt o a cualquier persona con quien tenga un vínculo especial para ver, incluso a distancia. Nosotros tenemos un vínculo fuerte. No hay de qué preocuparse. Puedo conseguir que nos mantengamos fusionados y podrás ver.

—No estoy segura de que entienda, pero quiero intentarlo. —Antonietta parecía asustada pero decidida. Le cogió las manos a Byron—. Dime qué tengo que hacer.

—Déjate ir para alcanzarme. Ya conocer el camino. Es como hacer el amor, fusionar las mentes por completo. Sólo deja que suceda. Antonietta espiró para calmarse. Le daba terror pensar que surtiría efecto. O que no surtiría efecto. Muy lentamente, se quitó las gafas oscuras. Con la punta de los dedos se tocó los ojos. Y luego sintió a Byron. Moviéndose en el

interior de su mente. Mirando en rincones donde no quería que nadie atisbara. Se separó bruscamente de él.

—No temas, *bella*. No busco pruebas que te incriminen. Tú también estás en mi cabeza. Esto funciona en los dos sentidos, si nos respetamos el uno al otro. Inténtalo de nuevo y, esta vez, relájate.

Antonietta le enterró los dedos en el dorso de la mano y dejó ir su pensamiento. Permitió que sus barreras desaparecieran para fundirse. Era una sensación peculiar, no del todo desagradable, una mezcla de las dos personalidades. Esperó, con la respiración contenida. De pronto, un destello de colores bailó ante sus ojos. Crudos. Vibrantes. Demasiado. Lanzó un grito y se llevó la mano a los ojos. Los colores no desaparecieron.

—Acéptalos y déjalos fluir.

Ella lo intentó y sintió que el vientre se le revolvía. Alcanzó a distinguir algo borroso en la distancia. Byron se estaba concentrando en algo. Ella se echó hacia atrás, apretándose contra él. Pro se obligó a mantener los ojos abiertos. No estaba segura de que fuera necesario, ahora entendía que la visión era la de Byron, no la suya propia, pro deseaba sentirlo como si fuera ella la vidente. Los contornos comenzaron a aclararse. Volvió a retorcérsele el vientre. Todo estaba en un plano inclinado y giraba.

—Esto no funciona. No creo que lo esté haciendo bien. Todo gira y da vueltas muy rápido.

—Coge mis manos con fuerza. Intenta anclarte. No son tus ojos, Antonietta. Son los míos. No necesitas la punta de tus dedos para decirle a tu cerebro qué está viendo.

Una sombra bailó en las paredes. Ella se encogió como si quisiera protegerse.

—Es una sombra, la luz del fuego que se refleja en la pared. Puedes poner la mano a través de una sombra. Concéntrate. Voy a enfocar nuestra visión para ver una cosa. A Celt tendido tranquilamente junto a tu cama. Quiero que lo veas.

Antonietta luchaba contra una verdadera sensación de vértigo. Giró la cabeza, y los objetos irrumpieron ante sus ojos como fuegos de artificio.

—¡No funciona! —exclamó, y se llevó la mano al estómago revuelto—. Creo que me estoy mareando.

—No, no está mareada. Podemos parar si quieres —sugirió, cogiéndole las manos con fuerza—. Sólo tienes que mirar a Celt. Míralo. —Antonietta era una Scarletti. Los de su familia nunca retrocedían ante un desafío.

—Puedo hacerlo.

Se concentró en aquel objeto distante y borroso. El borzoi levantó la cabeza y se volvió. Ella o quiso desviar la mirada. La imagen comenzó a aclararse. Era Celt. Tendido en su cama. Era enorme y negro, una cabeza noble. Antonietta no sabía calcular las distancias y estiró la mano, creyendo que estaba lo bastante cerca para tocarlo.

—Está al otro lado de la habitación.

—Es bello. Quiero verte la cara. Muéstrame tu cara.

Él utilizó el espejo del tocador, y se miró la cara. Ella estiró las manos para probar, desplazando los dedos sobre su rostro, recorriendo el familiar territorio. Byron era casi demasiado atractivo, los ojos hipnóticos, la boca deseable como un pecado, la mandíbula fuerte. Le fascinó su pelo, aunque estuviese recogido por detrás.

Examinaron diversos objetos en la habitación, desde su cama de columnas, hasta las vidrieras de colores.

—No quiero que te canses. Quiero que te veas a ti misma.

Antonietta negó con un gesto de la cabeza. Byron la sujetaba por detrás, apretándose con fuerza contra ella. Apenas podía respirar por la intensidad del deseo de él. El pensamiento de Byron se había fundido totalmente tonel suyo y la sensación era diferente a todo lo que jamás había vivido. No sabría cuánto rato sería capaz de estarse sin tocarlo. Sobre todo después de verle la cara. Y la idea de verse a sí misma era inquietante. Aún así, le picaba la curiosidad.

—¿Sabes qué es un espejo? —insistió Byron—. ¿Lo recuerdas de los tiempos de tu infancia? Puedes ver tu propio reflejo. Quiero que te veas a ti misma.

—Preferiría no hacerlo —dijo ella, con la boca seca.

La visión era la de Byron. Antonietta vivía sus relaciones sexuales a partir del tacto, pero él poseía todos los sentidos. Quería que ella experimentara las mismas sensaciones que él mirando su cuerpo.

—Mírate, Antonietta. No te temas a ti misma.

—Tengo miedo. Sea lo que sea, llevaré la imagen conmigo el resto de mi vida.

—Confía en mí. Confía en cómo te veo.

A pesar de sus reticencias, Antonietta alzó la cabeza y miró en el espejo. Una desconocida la observaba. Tenía el pelo suelto que le caía como en cascada, negro y brillante. Sus ojos eran enormes y negros. Vio unas pequeñas cicatrices blancas cerca de los ojos cuando observó durante largo rato. Tenía una boca grande y generosa, con una ligera curva en las comisuras. La piel era perfecta, incluso deslumbrante. Tenía el cuerpo voluptuoso de una mujer.

Antonietta estiró una mano hacia el reflejo de aquella imagen. Luego se tocó la cara, maravillada. Se pasó la punta de los dedos por el rostro, intentando reconocer sus propios rasgos. Volvió a estirar la mano hacia el espejo, palpó la superficie dura y lisa. Después, se tocó el pelo.

—Nadie es tan bella. Yo no soy así. No puedo ser yo.

—Así es como me pareces a mí —afirmó él, con voz suave junto a su oído.

Fundidos como estaban el uno en el otro, ella intuyó su excitación. La necesidad de verla así. Byron se había inflamado al pensar en ella desnuda frente al espejo. Había algo de embriagados en su capacidad de hacer que la deseara tanto. Ella ya se sentía inflamada hasta lo indecible. Llevarlo a él a las mimas alturas de su fiebre era aún más excitante.

—Quítate la blusa, Antonietta. Mírate tal como yo te veo. —Byron era la tentación en persona. El dominio que la rodeaba con sus brazos. Ella lo veía en el espejo, su pelo oscuro brillando a la luz del fuego, los rasgos duros y angulosos. La mirada que había posada sobre su imagen en el espejo quemaba, una mirada marcada por la posesión y la esperanza.

Antonietta se cogió la blusa y se la quitó por encima de la cabeza. Por un momento, la imagen se volvió borrosa. Sintió que Byron quedaba sin aliento. Sus pechos quedaron enmarcados en una prenda de encaje. Era raro verse a sí misma, verse y sentir a través de los ojos de un hombre. Byron estaba violentamente excitado. Ella lo sentía en la gruesa envergadura de su miembro presionando contra sus nalgas.

—Quítate el sujetador.

Ella deseaba quitárselo. Quería que él la deseara de esa manera. Quería verlo excitado, los rasgos tensados por la necesidad, y por una determinación implacable. Buscó el broche delantero, mientras se rozaba los pezones con la palma de la mano. Ante ese breve contacto, un relámpago estalló en sus venas. El encaje cayó. Sus pechos quedaron desnudos, firmes y tentadores. Byron buscó las manos de Antonietta y las llevó a su propia carne deseosa.

—Siente cómo eres de suave. Siente lo mismo que yo cuando te toco. Ésta eres tú, Antonietta. Bella, perfecta. Mía. —Ella se cogió los pechos en el cuenco de las manos mientras él las mantenía en su lugar con las suyas. Era lo más erótico que jamás había vivido.

Sin dejar de mirar su reflejo en el espejo, giró apenas la cabeza para soltarse el pelo, que cayó sobre sus hombros desnudos como una cascada. Byron comenzó lentamente a acariciarle los pechos. Con el pulgar frotó y excitó sus pezones hasta convertirlos en dos puntas de deseo desenfrenado. El pelo sedoso no hizo más que potencias aquel efecto en su piel. Antonietta fue incapaz de evitar el leve gemido que escapó de su boca. Byron le frotó la mandíbula sin afeitar en el cuello.

—Ahora me dirás que no eres bella. Asó es cómo te ven mis ojos. —Byron le soltó las manos y exploró más abajo, hacia la cintura de su vestido, y mantuvo la mirada fija en el espejo.

Antonietta se miró sus propias manos sobre los pechos, vio cómo él le desabrochaba los pantalones y se los quitaba lentamente. Al mismo tiempo, le quitó el tanga y la dejó desnuda. Ella abandonó su ropa y sencillamente se contempló, maravillada, las piernas, la curva de sus caderas. Parecía imposible que aquella mujer del espejo fuera ella.

Byron permanecía detrás de ella, totalmente vestido, y con las manos le recorría y acariciaba la curva de las nalgas. Cada una de sus caricias desataba olas de deseo que se apoderaban de ella hasta que se retorció de necesidad. Vio cómo sus manos subían hasta sus muslos, con los largos dedos aproximándose al pequeño triángulo. Apretó los músculos y le flaquearon las rodillas. Él le mordisqueó el hombre y subió hacia su cuello. Con la lengua, probó su pulso frenético, giró y se deslizó. Entretanto, mantenía los ojos abiertos. Mirándola. Permitiéndole a ella mirar.

—Me moverse a tu alrededor. Por un momento, tu visión será borrosa, pero entonces mis recuerdos serás tus recuerdos y nos verás juntos. —Volvió a deslizar las manos hacia arriba, y le cogió los pechos.

—Quítate la ropa, Byron. Quiero verte —dijo ella. Tenía la respiración entrecortada, incluso a sus propios oídos.

—Yo no me veo tal como me gustaría que me vieras tú. —Había un dejo de ironía en su voz, pero ahí, frente al espejo con ella mirando, se deshizo de la ropa a la manera de los suyos. Antonietta quedó atónita.

—¿Cómo has hecho eso?

—Soy cárpato. La ropa está hecha de fibras naturales o es simplemente ilusión, lo que sea más fácil.

Byron intentaba mirarse a sí mismo con objetividad, ver su cuerpo como una mujer podría verlo y sentir placer. Sus músculos eran sutiles pero definidos. Tenía unos hombros anchos, las caderas estrechas. Su erección, gruesa y poderosa, ansiaba encontrar el camino hacia lo más hondo de su ser. Se produjo un breve silencio mientras él esperaba su respuesta. Cuando ésta llegó, no estaba preparada para la ola de excitación sexual, de calor ardiente que se apoderó de Antonietta, de su cuerpo y su mente. El placer de ver su cuerpo desnudo.

Byron dio un paso al lado, cuidándose de mantener la mirada fija en el espejo. Sus dedos eran largos, las manos de un artista. É nunca había reparado en ellos, pero en contraste con la piel de Antonietta, ahora veía su forma y tamaño.

—Eres muy bello, Byron. —Antonietta observó cómo levantaba el brazo y enredaba los dedos en su larga melena oscura—. No puedo creer que esté realmente viendo. Me gustaría que no acabara jamás.

—Estoy moviéndome a tu alrededor. No dejes de mirar el espejo y procura que nos mantengamos fusionados mentalmente. Piensa que será una imagen borrosa y la verás distorsionada, pero no durará. —Se movió a su alrededor, mirándose a sí mismo por encima del su hombro. Vio los músculos prietos de sus nalgas relajarse y contraerse, sintió el repentino ardor húmedo y el placer exacerbado de Antonietta. Su mirada se detuvo en sus pechos.

Antonietta se inclinó, y cerró los ojos pero no pudo bloquear la sensación extraña de mareo que se apoderó de ella. Se mezclaron las sombras y los contornos. Quiso protestar con una exclamación. Él le lamió un pezón. Una vez. Dos veces. Le cogió el pecho en la boca y lo chupó con pasión, estimulándole el pezón con la lengua. Ella casi tuvo un movimiento convulsivo, le cogió la cabeza con ambas manos y miró las sombras grises y negras en el espejo mientras la azotaban sucesivas olas de poderosas sensaciones.

Ahora los vio a los dos juntos, imágenes nítidas que él le transmitía. Byron alimentándose de su pecho. Devorándole todo el cuerpo, ansioso de ella y sin pedir disculpas. Sus manos le recorrieron todo el cuerpo, sus dedos totalmente abiertos para abarcar cada trozo de piel que encontraba. La rozaba con los labios, la acariciaba, y luego le cogió los pechos, las nalgas, y deslizó la mano sobre su vientre hasta dejar descansar los dedos en el lecho de rizos espesos y oscuros.

—No me importe ser una gata en celo —dijo ella, abriéndose aún más invitarlo.

Él se tomó su tiempo, derrochó atenciones sobre sus pechos, mientras a ella le nacía un calor líquido en la entrepierna. Hasta que estuvo caliente y húmeda y no pudo dejar de mover las caderas impulsada por un intenso deseo. Cuando él dejó de besarle el pecho, ella murmuró una protesta, pero luego observó, fascinada, cuando su boca se desplazó, rozándole levemente el cuerpo hasta la cintura y, más abajo, hasta el ombligo. Se detuvo ahí unos momentos, lamiendo suavemente, recogiendo con la mano el calor que se derramaba de sus muslos.

—Apenas puedo respirar —dijo, ansiosa por poseerlo. No paraba de mover las manos, siguiendo el contorno de sus músculos bien definidos, queriendo prodigarle caricias mientras conservaba la imagen de los dos juntos—. Me estoy consumiendo, Byron.

Ahora lo vio cuando se arrodilló frente a ella y, sin prisas, le rodeó las caderas con los brazos y la atrajo hacía él. Su cerebro casi explotó con los olores y los gustos y las sensaciones que se dispararon a través de sus sentidos fusionados y sus mentes unidas. Oyó su propio breve grito cuando él penetró profundamente con la lengua en su interior.

Antonietta cerró los puños para cogerle el pelo, y lo acercó a ella, empujó las caderas hacia él, mientras las lágrimas le bañaban el rostro. Aquella intimidad compartida multiplicó por diez su apetito sexual. Ahora sintió toda su enérgica plenitud, la presión que se acumulaba y amenaza con volarle a Byron la tapa de los sesos. Sintió su naturaleza posesiva. Su deseo implacable de poseerla, de atarla para toda la eternidad. Dos mitades de la misma unidad. Sintió el hambre de Byron. Su necesidad de convertirla, de convencerla del todo.

Ella intentó aferrase a aquel pensamiento extraño, pero sintió que todo el cuerpo se le estremecía, un orgasmo salvaje y lujurioso que la transportó a otra dimensión. Su visión desapareció cuando él la cogió en los brazos, y cruzó la habitación con ella hasta su cama. Antonietta apenas podía respirar, y sus músculos se convulsionaron cuando la penetró con fuerza.

La llenó por completo, hasta lo más hondo, sosteniéndola con fuerza por las caderas, sujetándola mientras empujaba, implacable, sin misericordia, pidiéndole que lo acogiera hasta el último centímetro. Piel con piel. Corazón con corazón. Byron se apoderó de su cuerpo y le ofreció el suyo como si el poseído fuera él. Hambriento de ella, sin estar jamás saciado. Como si nunca pudiera estar saciado.

Antonietta no quería soltar el asidero que tenía en su mente. Byron estaba en todas partes. Dentro de ella, envolviéndola, como una parte más de ella misma. Cuando estaba sola, en sus sueños más osados, con los dedos en el teclado del piano, permitía que la intensidad de su pasión se derramara, se permitía imaginar el acoplamiento entre un hombre y una mujer. Cualesquiera fuera las necesidades extrañas que habían azotado su cuerpo durante la noche, todo el sufrimiento valía la pena por el tiempo que había permanecido en sus brazos.

Antonietta se aferró a él, se sujetó con fuerza cuando él penetró profundo. Quería tenerlo aún más hondo, ahí donde la presión se acumulaba y seguía hasta que ella empezó a arder, una tormenta de fuego que no podía controlar.

—Byron. —Susurró su nombre cuando sus músculos se apretaron convulsivamente en torno a él. Cuando él se estremeció intentando prolongarlo. Una última sacudida los lanzó a ambos por el borde del precipicio.

Se aferraron el uno al otro, luchando por respirar, intentando calmar sus corazones galopantes. Byron no se movió, y su cuerpo se fundió en ella. Permanecieron entrelazados, tal como estaban destinados.

Antonietta. Amor mío. Te doy todo mi amor.

Ahora ella conocía su rostro, incluso más vívidamente que antes. Conocía cada detalle que había quedado grabado en su memoria, tanto por la exploración de sus manos como por las visiones que le había transmitido Byron. Él murmuraba con la boca en su cuello, y sus palabras le llegaban directamente al corazón. Antonietta temió que se había enamorado perdidamente de su oscuro poeta. Deslizó los brazos a su alrededor, apretándolo contra ella,

deseando que nunca la dejara. Durante toda la noche se mantuvo abrazada a él. Cada vez que él despertaba para volver a amarla, ella respondía con pasión. Adoraba aquellos suaves susurros, las risas que estallaban al unísono, y deseaba que esos momentos compartidos jamás llegaran a su fin.

Librodot

Capítulo 13

Antonietta se despertó y supo que estaba en peligro. Unas diminutas gotas de sudor le cubrían el cuerpo y el corazón se le había desbocado, presa del terror. Buscó a tientas las gafas oscuras en la mesa de noche para cubrirse los ojos mientras pensaba en Byron. En lugar de alivio encontró un vacío sombrío y oscuro. Los pulmones le quemaban por falta de aire. ¿Dónde estaba? ¿Y qué especie de monstruo era ése que acechaba en el exterior, intentando entrar por la ventana?

Byron. Antonietta pronunció su nombre, con voz seca e imperiosa. *¿Dónde demonios está mi príncipe azul cuando estoy en peligro? ¡Despierta!*

Los ojos de un depredador la observaban con un solo y único objetivo. Antonietta percibió la profunda maldad que ardía en esa mirada. Con un movimiento lento, sin prisa, se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Se llevó las sábanas para cubrirse hasta el cuello y con la mano buscó instintivamente al perro. El borzoi guardaba silencio, pero ella sintió la tensión latente en el animal. Celt estaba alerta, y su postura era la de un cazador al acecho. Era de noche, Antonietta no sabía de dónde le venía la certeza, pero era seguramente de noche. Había vuelto a dormir durante el día. Algo terrible y peligroso acechaba en el balcón exterior, intentando penetrar como fuera, y ella sintió una energía oscura y maligna que se derramaba por la habitación.

Estoy contigo. Mantente conectada con Celt. Byron hablaba con voz tranquila.

Oyó que algo pesado golpeaba contra la vidriera de colores. Que empujaba, rascando sin cesar con intención de entrar. De un salto, el perro se precipitó hacia la ventana, una bestia protectora y feroz que se aprestaba para el asalto enseñando los colmillos. La respiración que Antonietta oyó al otro lado de las gruesas paredes era algo horrible. Era como el aire soplando en un túnel. Eran pasos silenciosos, pero Antonietta oía el mullido contacto de las pisadas en el suelo cruzando el balcón, las garras que rascaban el alféizar de la ventana.

Está en la ventana, intenta entrar. No puedo sujetar a Celt. Ahora se está paseando a lo largo de las ventanas. Tengo miedo, Byron. Antonietta se ajustó la bata. Olió el olor penetrante de un felino grande y pesado, y sintió que se ahogaba. *Me busca a mí. No es a cualquiera, sino a mí. No quiero ponerme histérica, pero siento que viene buscándome a mí.*

El cuerpo le escocía por debajo de la piel, algo muy parecido a esa sensación que la había aterrorizado de niña, al percatarse de que en el yate de sus padres había una bomba. Sus sentidos se afinaron aún más. Tenía la cabeza despejada y, a través de un efecto túnel, percibía y amplificaba todos los sonidos. Los colores brillaban, rojos y amarillos, intensos y vívidos y enceguecedores. Antonietta no podía apagarlos. Lo veía todo, pero no con los ojos sino con otros sentidos, y los colores quedaban flotando en su mente. De pronto adoptaron la forma borrosa pero reconocible de un animal de gran tamaño. Grandes manchas de rojo en el pecho y el abdomen, rodeado de sombras de color naranja que se desvanecían hasta parecerse a un amarillo brillante. Vio la huella de una pata, un amarillo que se convertía en azul y luego desaparecía, y entonces supo que estaba viendo el calor corporal. Las imágenes térmicas se modificaban mientras el animal iba de ventana en ventana, palpando y arañando y clavando las garras para entrar.

Lo he visto. Es un jaguar. Es grande.

Celt seguirá sus movimientos. Tú abandona la habitación. Vete a las habitaciones de Franco y quédate con él hasta que yo venga. Llegaré pronto.

A Antonietta no había por qué darle instrucciones. La feroz maldad que se respiraba desde el otro lado de las gruesas paredes del palacio era alarmante. Era un odio negro que podía palparse, una necesidad de entrar a matar.

—Celt, ven conmigo —dijo, y abrió la puerta de golpe.

El felino gimió. Un sonido desagradable que se convirtió en un aullido de rabia agudo. Al intuir que ella escapaba, se lanzó contra vidriera de colores más cerca de la puerta. Ella oyó el terrible golpe cuando el pesado cuerpo chocó contra la superficie de vidrio y plomo, decidido a entrar. Y, en seguida, el ruido amenazador de algo que se resquebrajaba. Celt gruñó por lo bajo. Antonietta oyó un crujido cuando el borzoi cerró sus poderosas mandíbulas y mordió algo que ella no quería identificar. Más que oír, sintió que el perro sacudía salvajemente la cabeza.

Abandona la habitación. Él mantendrá al felino en la ventana. Cierra la puerta cuando salgas.

No dejaré sólo a Celt ahí dentro. El jaguar es una mala bestia. Lo percibo con claridad. Quería arrastrar al perro hacia afuera, pero nada de lo que dijera ni ordenara lograba apartarlo de la ventana.

Haz lo que te dijo. Byron habló con voz suave, pero con un tono grave que penetró en lo profundo de su mente y la obligó a obedecer, aunque ella insistía en no abandonar a su perro y dejarlo solo ante el peligro.

Byron irrumpió desde las entrañas de la tierra, una nube de vapor oscuro que flotó en el cielo. Una parte de su mente siguió a Antonietta por su recorrido por el palacio, bajando la escalera y a través de los largos pasillos de habitaciones hacia el ala donde Franco y Marita tenían sus dependencias. Otra parte de él permaneció conectado con Celt. El borzoi se agarró al hocico del felino, le hincó los afilados colmillos y, dando un salto hacia atrás, lo soltó. El jaguar retrocedió con un espantoso aullido de dolor.

El perro persiguió al felino hasta la ventana del otro lado. Una vez afuera, en el balcón, el jaguar dio un salto hacia el tejado, encontró un asidero y se encaramó a las almenas, corrió por el estrecho borde hasta llegar a la torre, hasta que Celt lo perdió de vista. El borzoi iba y venía entre las ventanas sin descanso. *Ve a buscar a Antonietta. Yo lo cazaré.*

Byron sabía que había llegado demasiado tarde. El felino le llevaba ventaja. Al parecer, algún sistema interno había alertado a aquella criatura de que un depredador andaba al acecho. Byron sólo esperaba dar con una pista, un pequeño error que lo guiara hasta la guarida del felino. El olor y el rastro estarían frescos. No tenía más alternativa que descubrir el origen de aquel nuevo peligro para Antonietta. ¿Por qué todos la querían ver muerta?

El borzoi abrió sin dificultades la puerta que daba a las dependencias de Antonietta y le siguió el rastro por el palacio olfateando. Aquello tranquilizó a Byron, que concentró toda su atención en la caza del jaguar. Aquel felino tenía que disponer de un escondrijo en alguna parte, a menos que fuera un miembro de la familia de Antonietta. Si ése era el caso, puede que diera media vuelta y entrara en el palacio después de adoptar una forma humana.

Si es uno de mis primos, como tú tan claramente sospechas, ¿por qué no ha entrado por el palacio para atacarme desde dentro? Y no creas que te saldrás con la tuya después de ordenarme que abandone mi habitación con Celt. Tendremos que tener una larga conversación acerca de lo que podríamos llamar los límites.

Él ignoró su comentario, y se concentró en sus intenciones. *¿En qué estás pensando Antonietta? Ni te atrevas a rondar por el palacio.*

¿No lo entiendes? Si el felino está ahí fuera, y todos mis primos están en sus habitaciones, no puede ser uno de ellos. Iré a ver a Franco y Marita y, si están en casa, buscaré a Paul y Tasha.

Byron lanzó imprecaciones en varias lenguas. *No harás nada de eso. ¿Dónde está ese perro? ¿Por qué no está contigo?*

Está aquí, y no armes tanto escándalo. Antonietta llamó a la puerta de su primo. A pesar de que ya había anochecido, era lo bastante temprano para que todos estuvieran

despiertos. *¡Byron! ¡Dios me libre! ¿Has invitado a tu familia a cenar esta noche?* ¿Cómo era posible que lo hubiera olvidado? Después de decírselo a Helena la noche anterior, Antonietta no había hablado con ella para saber si todo marchaba como convenía.

En cuanto me lo pediste. No te preocupes. No me costará nada anular la visita. Por el bien de todos, puede que sea lo mejor. Preferiría que tu familia no se viera obligada a conocer al joven Josef.

No. Ni te atrevas a anular la invitación. No permitiré que un animal salvaje me prive de la posibilidad de conocer a tu familia.

Franco abrió la puerta, y ella se sobresaltó.

—¿Has venido a ver a Margurite? Hoy está mejor. Le he comprado un ordenador, y creo que es la idea perfecta para divertirla. —Besó a su prima en la mejilla y la invitó a entrar—. Estará encantada de ver a tu perro. Los dos niños ya están fascinados con él.

—¿Dónde está Marita? —preguntó Antonietta, mientras saludaba a Vincente, y cruzaba la habitación para besar a Margurite. Celt ofreció el morro a los niños como demostración de cariño.

—Habrá salido a buscar algún programa educativo —dijo Franco—. Ha estado muy agitada desde que se encontró con ese… —murmuró, lanzando una mirada a su hija—. Ya sabes. Está alterada.

—Ha sido una experiencia aterradora para ella.

—Y ella es tan sensible, y está muy tensa.

Muy inestable. La palabra se le presentó antes de que pudiera censurarla. Y percibió el eco inmediato de Byron, que compartía su opinión.

—Había olvidado decirte que la familia de Byron se encuentra en la comarca, y que los he invitado a cenar esta noche. Si podéis, me gustaría mucho que tú y tu familia estuvieseis presentes. —Le cogió la mano a Margurite—. ¿Cómo te sientes, *cara*? ¿Te duele mucho?

Margurite negó con un gesto de la cabeza.

—Byron viene por la noche y me hace algo cuando estoy llorando y la pierna deja de dolerme. Es mejor que ese medicamento que me da sueño.

—Yo no estaba enterado de eso —confesó Franco.

—Es que tú duermes —respondió Margurite, inocente.

—Cuando se trata de aliviar el dolor, Byron puede más que yo —explicó Antonietta—. Tengo que ocuparme de los detalles de la cena de esta noche, pero quería asegurarme que supieras que tenemos visitas.

Franco rió.

—Quién sabe si el personal no te tomaría más en serio si anduvieras por la casa con algo más que esa bata que llevas puesta, Antonietta. Cada día que pasa, duermes más horas durante el día. Desde luego, vosotros los artistas tenéis unos horarios curiosos.

—Es verdad —dijo ella, y lo besó al pasar—. En cualquier caso, tú nos amas igual.

—Así es. Dale las gracias a Byron por ayudar a Margurite. Asistiremos a tu cena esta noche y te daremos todo el apoyo de los Scarletti. No te preocupes.

—¿Celt puede quedarse conmigo? —preguntó Margurite.

En lo más profundo de sí misma, sintió a Byron, esperando sin decir palabra. No protestó ni puso objeciones, pero ella sentía que aguantaba la respiración. La preocupación que manifestaba por ella le daba seguridad.

—Ya veremos si quiere venir a visitarte más tarde —le prometió a la niña—. Todavía tendré que valerme de él durante un rato. —Estiró la mano para acariciar las orejas sedosas del perro. Era verdad que el borzoi le procuraba más independencia. Jamás habría entrado en las habitaciones de Franco sin él, porque temía que, en uno de los arrebatos decorativos de Marita, hubiesen desplazado los muebles, o porque lo niños a veces dejaban juguetes desparramados por el suelo. Celt le permitía esquivar todos los objetos como si no estuvieran.

En el bosque, he encontrado el olor reciente del felino. He visto huellas alrededor del jardín y en el patio trasero, especialmente. El animal intentaba entrar a través de la cristalera. Hay huellas muy claras en la puerta, como si hubiese intentado derribarla. Y todo el marco está lleno de rasguños. Antonietta cruzó el largo pasillo que separaba las habitaciones de Franco de las de Tasha. Al oír unos sollozos, Antonietta frunció el ceño y llamó rápidamente a la puerta de su prima. Tasha era capaz de destrozar a una persona con su lengua viperina, pero rara vez se la veía llorar.

Se produjo un silencio inmediato. Antonietta oyó el roce de los tejidos e intentó abrir. Estaba cerrado.

—Tasha. ¿Qué sucede?

—Nada, Toni, vete.

—Ni te lo pienses. Abre la puerta o iré a buscar la llave maestra. —Experimentó una ligera alarma, porque Tasha nunca se encerraba en su habitación.

—¿Hay alguien ahí contigo?

—Sólo Celt. ¿Qué sucede Tasha? Me asustas.

Byron intuyó que aumentaba la ansiedad de Antonietta. Detectó una sombra que le rondaba el pensamiento, mientras recorría los terrenos en busca del jaguar. Los felinos eran conocidos por su sigilo y su capacidad de ocultarse. Byron estaba seguro de que éste era más hábil que la mayoría.

La puerta se abrió lentamente. Tasha dio un paso atrás para permitir que su prima entrara y volvió a cerrar rápidamente con llave.

—Cuidado con la silla, Toni. Sólo un minuto, deja que la mueva. No me había dado cuenta de que estaba descolocada.

Antonietta, que era sensible a todos los matices, oyó el temblor en la voz de Tasha, aunque era evidente que ella hacía lo posible por disimularlo.

Algo le ha pasado, Byron. Siempre me lo cuenta todo. Me cuenta cada detalle. Nunca se porta de esta manera.

Pídele a Celt que la mire. Byron se concentró, sirviéndose de las imágenes transmitidas por el animal. Tasha tenía el rostro hinchado y humedecido por las lágrimas. Miró más de cerca, y la ira se le revolvió en las entrañas. *Lo verás con la punta de los dedos, cariño, alguien la ha golpeado. Tiene el ojo hinchado y el lado izquierdo de la cara magullado.*

Antonietta cogió a su prima por la mano y la acercó a ella.

—¿Quién se ha atrevido a hacerte esto? —preguntó, apenas rozándola con la punta de los dedos para no provocarle más dolor—. Tendrías que haber venido a verme de inmediato. Te habría ayudado.

—Me sentía muy humillada —confesó Tasha, y volvió a tener un ataque de llanto—. No quería que me vieran, ni que supieran. Y tú todavía estabas en la cama con… ese hombre —dijo, pronunciando las últimas palabras como si fuera una acusación.

—¿Cristopher te ha hecho esto?

—Vino a verme hoy, como todos los días, con sus exigencias. Que no le gusta como visto. Que quiere que cambie de peinado. Que no sé nada de arte. La lista de mis defectos es interminable, y ni siquiera conoce el más horrible de todos —dijo, con un sollozo. Tasha abrazó a Antonietta y lloró en su hombro como si le hubieran roto el corazón.

Antonietta la abrazó. Hasta Celt se arrimó a las piernas de Tasha queriendo consolarla.

—Supongo que lo habrás mandado al infierno.

—Por eso me golpeó. Estaba furioso cuando le devolví su anillo. Dijo que no me permitiría romper el compromiso. Me dijo cosas horribles. —Alzó la cabeza y se llevó la mano de Antonietta a la cadera—. Me pegó tan fuerte que caí, y entonces me dio una patada aquí.

La ira brotó de la nada, y Antonietta se estremeció bajo su intensidad. No sabía si era su propia reacción o si se encontraba tan profundamente fundida con Byron que la ira que sentía era la suya. La combinación era mortífera.

—Sería capaz de vender el palacio antes de permitir que esa bestia de hombre se te vuelva a acercar. Nonno pensaría lo mismo que yo, y Franco y Paul también. Yo misma quisiera darle una sacudida a ese Cristopher.

Le cogió un lado de la cara, concentrada en reunir su fuerza interior. *Byron, ayúdame.* Sabía que él la ayudaría, que su poder de curación era enorme y que, al sumarse al suyo, acabaría con todos sus dolores. Sintió cómo se movía en su interior. Acumulando fuerzas, conectando con Tasha. Antonietta oyó un cántico suave, palabras de una lengua que no identificó, a pesar de que estaba familiarizada con no pocas.

Tasha se apartó cuando sintió disminuir el terrible dolor en el rostro, y luego casi se desvaneció del todo. Se llevó la mano a la cara.

—Me siento mejor. *Grazie, Toni.* —Tasha se paseaba de un lado a otro mesándose el pelo, angustiada—. Cristopher podría crearnos problemas. Podría creárselos a Nonno. Dijo que armaría un escándalo. Nuestra familia no puede darse el lujo de más escándalos.

—Los Scarletti nacieron para verse involucrados en escándalos. Creo que deberíamos llamar a tu atractivo capitán y denunciar a Cristopher Demonesini. Puede que consigamos que esa rata pase unas horas en la cárcel.

—Sólo quiero olvidar que alguna vez tuve algo que ver con él.

—No me sorprende que haya abusado de ti. Cristopher creció pensando que tenía derecho a todo lo que quisiera. Lamento que te haya hecho daño, Tasha, pero la verdad, agradezco que hayas terminado con él.

—Y yo quisiera que tú terminaras con Byron. No es que compare a Cristopher con Byron, en realidad. Pero me asusta más de lo que jamás podría asustarme Cristopher. Quiero que me prometas que tendrás cuidado. Hay algo raro en él. ¿Por qué no sabemos nada de su vida?

—Esta noche viene su familia a cenar. Su hermana, su marido y su hijo. Podremos hacer todo tipo de preguntas.

—¿Esta noche? —preguntó Tasha con voz aguda, y se cubrió la cara con las manos—. ¿Cómo es posible que sea justo hoy, Toni? —dijo, lamentándose—. Me gustaría conocer a su familia. Pero no me puedo sentar a la mesa con esta cara. ¿Tienes que recibirlos a cenar esta noche? ¿No pueden esperar una o dos semanas?

—Tasha, están de visita en la región. Sabes muy bien que no puedo pedirles que esperen. Siempre has querido protagonizar un drama. Deberíamos invitar al capitán a cenar también. Es la oportunidad perfecta. Y yo tengo que vestirme. Esta noche quiero tener un aspecto especial, y no quiero pedirle a Justine que me ayude.

Tasha le cogió una mano a Antonietta.

—Desde luego, yo te ayudaré. Pero no invites a Diego. No quiero que me vea así.

—Aún no le he contado a Paul lo de la cena, y tengo que hablar con Helena. Quiero verificar que todo esté a punto.

—Llamaré a Helena y le diré que se reúna con nosotros en tus habitaciones. Paul ha salido. Salió justo cuando llegaba Cristopher.

Antonietta sintió un escalofrío en la espalda. *¿Byron?* Lo buscó, necesitada del alivio de su presencia.

Estoy aquí, cara. Siempre estoy contigo. Paul sale a menudo. No prueba nada en un sentido ni en otro.

Antonietta escuchó los latidos de su corazón. Su miedo se desvaneció. *Gracias Byron. Parece que siempre piensas lo más indicado.*

—Tendremos que darnos prisa. —Tasha volvió a mirarse en el espejo—. Ya no me duele tanto, pero tengo un aspecto horrible. Vamos, antes de que cambie de opinión. Vamos a encontrar el vestido perfecto para esta noche.

Antonietta apresuró el paso, subió la escalera, con Celt a su lado y Tasha por delante. Helena esperaba a su puerta, intentando ocultar lo mejor posible su exasperación ante esa ingerencia de Antonietta.

—Estoy segura de que todo va bien, *signorina.*

—Entonces, perfecto —respondió Tasha—. Sólo quería verificar, Helena. Ya puedes volver a lo que estabas haciendo.

—Has sido muy ruda —dijo Antonietta cuando el ama de llaves desapareció a toda prisa.

—Ella ha sido ruda. Debería sabes que tú nunca armas problemas. Esto debe ser importante para ti, o no estarías tan preocupada.

—No estoy armando problemas.

Sí que lo estás.

Antonietta abrió con cautela la puerta de su habitación, y permitió que Celt entrara primero. Cuando el borzoi no dio señales de alarma, ella entró, más confiada. *Nadie te lo ha preguntado.*

Él respondió con una risotada.

—Toni, la ventana. —Tasha se acercó a uno de los grandes vidrios de la vidriera, que había quedado doblado hacia el interior—. ¿Qué ha pasado?

—Aquel felino intentó entrar. Byron está fuera buscándolo ahora.

—Qué aterrador. ¿Has llamado a Diego?

—No, ni siquiera he pensado en llamar a la policía. He salido corriendo de la habitación.

—Tendremos que hacer que reparen esto. Entretanto, quizá deberíamos colocar rejas para mayor seguridad. —Tasha abrió de un golpe las puertas del armario—. Algo femenino, pero no demasiado sexi.

Tú estás sexi con cualquier cosa que te pongas.

No esta noche.

En realidad, sabía que no se vestía para la familia de Byron. Se vestía para él. Quería parecer femenina y bella. Quería que su imagen correspondiera a la de la mujer que había visto en el espejo.

—Tu vestido largo, el de seda azul con la pequeña blusa y los botones de perlas —decidió Tasha—. Es la imagen perfecta. Pianista, mujer de negocios y, sin embargo, muy femenina.

Vestido largo, Byron. No tiene nada de excitante.

Esta noche, durante la cena, pensaré en aquel sujetador de encaje que no cubre nada. Y en tu tanga. En aquella pequeña y preciosa prenda que me persigue mentalmente cada minuto de mi vigilia.

Me preocupas. Pero me preocupa aún más que me guste tu manera de pensar. ¿Has encontrado al jaguar? Paul no está, pero Tasha y Franco sí.

El felino ha merodeado cerca de la ensenada y, más abajo, en las cercanías de la cueva donde se encuentra la entrada al túnel. La huella se alejaba del palacio y luego volvía, pero el agua ha borrado todos los rastros del olor. Date prisa y vístete. Tu ama de llaves, por cierto, está desahogándose con el chef.

El jaguar se había valido del agua para confundir el rastro de los olores. Byron no consiguió encontrar una huella a partir e la ensenada. Había una mezcla de diferentes olores humanos, y era imposible distinguir entre todos ellos uno que fuese capaz de mutar. Disimulando su presencia, voló hacia el balcón de Antonietta mientras enviaba un rápido aviso a Celt para que el borzoi no se inquietara ni alarmara a las mujeres. El daño en una de las ventanas era considerable. El jaguar había intentado forzar la entrada a la habitación. No había duda de que su víctima era Antonietta.

Byron crispó los dedos sobre la balaustrada. A Antonietta se le había acabado el tiempo. Y él no podía darse el lujo de esperar cuando la acechaba un enemigo de esa naturaleza. Tenía que permanecer a su lado.

¿Qué sucede? Estás muy triste. Ven a mí y deja de pensar en cosas que te entristecen. A mí no me ha pasado nada, ni me pasará nada. Recuerda que me has regalado a Celt.

Aquella voz suya lo colmó de felicidad y, sin embargo, era como si le rompiera el corazón. Tenía que encontrar una manera de convencerla. Quería que ella escogiera su vida. Que lo amara lo suficiente para escogerlo a él. Su familia y su música eran su mundo, pero tenía que haber una manera de darle todo y, aun así, compartir con ella y protegerla.

Byron, ¿qué sucede? Yo te hablo de mis problemas. Quiero que hagas lo mismo conmigo.

Había un amago de dolor en el discurrir de sus pensamientos. Byron se incorporó. *Más tarde. Después de que conozcas a mi familia. Tendremos mucho tiempo para hablar. Ahora vengo.*

Byron se escurrió por una grieta en la ventana como un hilo de niebla que entraba en la habitación y, después, por debajo de la puerta para llegar al pasillo, de modo que cuando ella salió, él la estaba esperando. Incluso había recordado vestir especialmente de traje para ella.

Tasha giró la cabeza y, por una vez, no le habló. Él la vio ruborizarse cuando le apretó la mano a Antonietta y se alejó a toda prisa. Él se quedó donde estaba, contemplando a su pareja. En aquel momento, supo que siempre experimentaría esa sensación de embelesamiento, cada vez que la mirara. De regocijo ante su existencia. Ahí estaba ahora, con un vestido azul que se ceñía a sus curvas y giraba y se movía como si estuviera vivo cuando ella caminaba. Por un momento, quedó sin habla, incapaz de armar sus ideas.

—¿El cocinero está muy molesto?

Él carraspeó, sin quitarle los ojos de encima. Era evidente que Antonietta no tenía ni idea del efecto que causaba en él, y quizá era mejor así.

—Escucha, puedes oírlo discutiendo con el ama de llaves y su asistente.

Antonietta descubrió que podía oírlo. Sólo le bastaba proponérselo. En la cocina se había desatado una discusión acalorada.

—La vida nunca es fácil, ¿verdad? —concluyó Byron con un susurro, y le cogió la mano. Celt se situó junto a ella, y bajaron hasta la enorme cocina. Había varias personas ocupadas en cortar y trocear, y el olor del pan horneado y de los guisos impregnaba el ambiente. Todos callaron cuando los vieron entrar.

—Seguro que no tenemos ningún problema aquí —dijo Antonietta, con una sonrisa forzada—. Disponemos de muy poco tiempo para preparar esta cena. Nuestros invitados llegarán en cualquier momento y todo debe estar perfecto. Ya he dado el visto bueno al menú y he pedido que pongan el mantel de encaje irlandés y nuestra mejor vajilla. El palacio tiene que estar impecable. Si hay que pedirle a las criadas que trabajen horas extraordinarias, por favor, avísales que se les recompensará como corresponde. —Durante un momento vaciló, acostumbrada como estaba a que Justine se ocupara de los detalles, y ahora no sabía bien cómo proceder. En realidad, normalmente se limitaba a dar las órdenes básicas a Helena.

El ama de llaves se ruborizó.

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de esos asuntos, *signorina* —dijo, con voz tensa—. ¿Quizá ha perdido su confianza en mis capacidades para manejar al personal?

—No, desde luego que no, Helena —se apresuró a responder Antonietta—, sólo que esta cena es muy importante para mí. He oído que el cocinero no estaba de acuerdo con el menú.

Cara, bella, la verdad es que mi familia se contentará con cualquier cosa que decidas servirles. A ellos les importa poco. El motivo de su visita es conocerte a ti. Byron dejó descansar la mano en el hombre de Antonietta, esperando calmar su agitación ante la perspectiva de conocer a su familia. *Están muy felices porque te he encontrado. Y desean darte la bienvenida a nuestra familia. Eleanor se puso muy contenta cuando le conté que estábamos unidos.*

A mí si me importa. Antonietta estaba distraída y no le prestaba atención.

Byron deslizó la mano hasta su brazo y encontró sus dedos, hasta que quedaron entrelazados.

—*Signorina* —dijo Helena, y cambió de postura con un gesto nervioso—, el mantel de encaje irlandés ha desaparecido. Hace un rato les dije a las criadas que lo buscaran para la mesa del comedor más elegante, y ellas me han dicho que ha desaparecido. El encaje Medici es muy bonito.

—¿Desaparecido? ¿Qué pasa con todo el mundo? ¿Cómo puede desaparecer el mantel de encaje irlandés? Pertenecía a mi madre. —Byron tiró de ella hasta que la tuvo cogida por los hombros. Antonietta estaba actuando con demasiado rigor, y estaba poniendo nervioso a su personal, aunque la única que se angustiaba ante la perspectiva de conocer a su familia era ella. Además, entendió inmediatamente la importancia que tenía para ella el mantel.

—Lo siento, *signorina*, la entiendo, haré que lo busquen, pero si no lo encontramos, tiene que haber una alternativa —avisó Helena, en cuya voz se adivinaba cierta desesperación.

—Quiero que todo esté perfecto, Helena. No puede ser que la familia de Byron venga a cenar y no tengamos el mantel de encaje irlandés.

—Lo siento, *signorina* Antonietta. Miraré en la lavandería inmediatamente. —El ama de llaves hizo una señal al cocinero y su asistente para que se dieran prisa.

—Perdón, esta familia, sus invitados especiales —preguntó Esteben, a boca jarro—, ¿son relaciones de negocios o son amistades? ¿O quizá ambas cosas?

Alfredo, el chef, montó en cólera al oír la pregunta, agitó los brazos y le dio a Esteben una bofetada en la oreja.

—Jamás se preguntan esas cosas a la *signorina*.

Antonietta oyó el impacto sordo que produjo el golpe de Alfredo e hizo una mueca.

—¡Alfredo! —exclamó, con tono de feroz reprimenda—, no me parece bien. Por favor, en mi casa te abstendrás de propinar esos golpes. Deberías sabes que no permito que a mi gente se la trate de esa manera.

—Pensé que tendría importancia para el menú, Alfredo —explicó Esteben, a modo de disculpa—. Le pido disculpas, signorina.

—No hay nada que perdonar, Esteben —dijo Antonietta, y se plató frente a su cocinero con los brazos en jarra—. ¿Puedes o no puedes organizar esta cena, Alfredo? ¿Sí o no?

Había un dejo de claro desafío en su voz. Byron también percibió un punto de desesperación. La cena no le importaba para nada a su familia, pero sí le importaba a Antonietta. Se concentró en el chef. Por un instante, vio brillar en su mirada una llama diabólica.

Alfredo miró a Antonietta y luego a Byron. Se le despejó la mirada y enseñó las manos con gesto de pasividad.

—Desde luego, *signorina*. Si desea que cambie el menú, lo haré con todo gusto.

—Bien. *Grazie*, Alfredo. No puedes ni imaginarte lo importante que es esto para mí. Me quitaré de en medio para que te pongas manos a la obra —dijo, y dio media vuelta con un giro de su falda de vuelo. Le cogió la mano a Byron—. Me alegro mucho de haber solucionado este asunto. Estoy muy nerviosa.

Byron se llevó su mano a los labios y le mordisqueó los nudillos.

—No tienes por qué. Eleanor se prenderá de ti en cuando te vea. ¿Cómo podría ser de otra manera? Vlad es un hombre muy tranquilo, un hombre de temperamento estable. Adora a Eleanor y le da casi todo lo que quiere.

—¿Es orfebre como tú? ¿Es artesano?

—A su manera. Yo poseo un don especial para encontrar las piedras preciosas, llamándolas. La gema perfecta para cada pieza que diseño. A Vlad no le gusta el diseño de joyas. Prefiere la escultura. Sus obras son muy apreciadas. A Eleanor se agradó mucho saber que era un artesano. Jamás podría ser feliz junto a un cazador.

—¿Cazador? ¿Qué cazan?

Byron debería haberse imaginado que ella repararía en aquel error. Se estaba volviendo demasiado familiar con ella. Antonietta estaba tan conectada con él que Byron

apenas sabía dónde comenzaba él y dónde acababa ella. Comenzaba a darse cuenta de lo unidas que llegan a estar las parejas.

—Debería haber utilizado la palabra ejecutor. Muy parecido al trabajo del capitán Diego. Te lo explicaré cuando tengamos más tiempo.

Antonietta alargó las manos y se las puso delante de la cara mientras con sus dedos sensibles le recorría el rostro, siguiendo cada uno de sus rasgos.

—Sí, creo que tendrás que explicármelo, Byron. No sólo frunces el ceño sino que también intuyo que tienes ciertas reservas. Tenemos muchas cosas de qué hablar, ¿no es así? Por ejemplo, dónde están los límites.

Él respondió con una mueca.

—Sólo lo hacía porque me preocupa tu seguridad.

—Eso no es lo que quiero oír.

—Nuestro contacto mental se está convirtiendo en un dolor de cabeza.

—Sólo cuando intentas ocultarme cosas. Estoy ansiosa por conocer a tu familia —dijo Antonietta—. Especialmente a tu hermana. Supongo que me podrá contar historias maravillosas de tu infancia. Ella me podrá decir si algún día te enterarás del significado de la palabra límite.

Él respondió con un gruñido.

—Eleanor tiene tendencia a inventarse cosas.

Antonietta rió.

—Me estás mintiendo. Lo más probable es que no tenga necesidad de inventarse nada. Estoy ansiosa por saber cómo eras de pequeño.

—Antonietta, detestaría tener que cogerte como si fueras un paquete en presencia de las dos familias y luego tener que llevarte arriba, pero te aseguro que eso es lo que sucederá si mencionas mi infancia, aunque sólo sea una vez.

Antonietta se sentía desbordante de alegría. ¿Cómo era posible que algún día hubiese podido vivir sin la emoción de compartir? ¿Sin la presencia de Byron en su vida?

—No te atreverías. Da la casualidad de que soy una famosa concertista de piano. Soy una persona muy respetable, y ese tipo de cosas no se hacen.

—Da la casualidad de que eres una pianista mundialmente famosa, pero eso será lo que te sucederá si te atreves a abochornarme.

—Si te lo piensas tomar como un niño, simplemente esperaré hasta que Eleanor y yo estemos a solas para preguntarle sobre todos los detalles humillantes de tu infancia. También le comentaré tu tendencia a mandar y a exigir que las cosas se hagan a tu manera. Quizá me dé alguna idea de cómo remediar ese pequeño defecto tuyo.

Byron volvió a cogerle la mano. No tenía intención alguna de dejar a Eleanor a solas con Antonietta.

—¿Te he dicho que me fascina como te queda ese vestido?

—No, pero puedes decírmelo si eso es lo que quieres. Quería estar muy guapa cuando venga tu familia.

—Estás bella. Tentadora. Podría raptarte ahora mismo —dijo, soñador. Construyó una imagen mental, prestándole gran atención a los detalles: Antonietta tendida desnuda en la cama, su pelo como una nube de seda derramado sobre la almohada, mientras él hundía la cabeza entre sus piernas y ella se retorcía de placer.

Antonietta se ruborizó, y tuvo que darse con la mano.

—¡Para ahora mismo! Tu familia está a punto de llegar y tengo muchas cosas de que ocuparme.

—Pensaba que tenías que ocuparte de mí. —Escondiéndose detrás del mueble más cercano, Byron llevó la mano de Antonietta a su entrepierna. Se había puesto duro como una roca.

Antonietta frotó el grueso bulto.

—Pobre *bambino*, nadie se ocupa de él. Si no tuvieras la costumbre de abandonarme cuando estoy durmiendo, quizá te tendría más simpatía. —Sus dedos bailaron a lo largo de su miembro rígido, una promesa tentadora. Le mordisqueó la barbilla—. Pero, tal como están las cosas, no te tengo ninguna simpatía —dijo, y se apartó riendo, su vestido girando a la altura de los tobillos—. ¿Dónde se ha metido Helena? Tiene que comprobar que las salas estén totalmente limpias. ¿Qué pasará si tu familia quiere dar una vuelta por el palacio?

Byron se dio cuenta de que caminar era doloroso.

—No pienso dejar que me tortures de esta manera, Antonietta. —Ella rió, con una risa suave y tan contagiosa que él se sorprendió sonriendo—. Deja de preocuparte. Mi familia viene a conocerte a ti, Antonietta, no a conocer el palacio. No importa lo que prepares para la cena. De cualquier modo, te encontrarán encantadora. Confía en mí. Te he buscado durante mucho tiempo, y ellos están emocionados porque por fin te he encontrado. Helena ha ido a buscar el mantel desaparecido.

Byron aminoró la marcha, y caminó junto a ella por el amplio pasillo. Cuando pasaron junto al estudio de música, oyeron un objeto que se estrellaba contra el suelo de mármol. También oyeron trozos de algo que se quebraba después de caer al suelo.

Antonietta se giró hacia la fuente del ruido, alarmada.

—¿Qué es eso? Espero que no sea otra crisis. Tu familia llegará en cualquier momento.

—Nadie debería entrar en tu estudio. Pensé que era tu espacio privado —dijo con voz suave, apenas un murmullo.

Antonietta se puso rígida. Estaba tan abstraída con la idea de conocer a la familia de Byron que no se había detenido a pensar que alguien podría estar hurgando entre sus cosas.

—Lo más probable es que sea Vincente. Está tan aburrido ahora que no puede jugar con Margurite. —Vincente nunca había entrado en su estudio privado. La sala, con su acústica perfecta, era un espacio prohibido a todos los habitantes de la casa mientras Antonietta estaba componiendo, que era casi siempre.

—Dudo que sea el pequeño Vincente. Quédate aquí con Celt. —Byron barrió el estudio de música con la mirada y en seguida supo quién era el que buscaba tan frenéticamente entre las partituras.

—Marita —dijo Antonietta, con voz ahogada, porque había captado la imagen mental de Byron—. Seguro que busca la pieza de Händel. No pienso quedarme aquí mientras tú te enfrentas a mi cuñada. Si se dispone a traicionar a nuestra familia, quiero sabes que está pasando.

Byron estaba asombrado. Antonietta entraba y salía de su pensamiento con la facilidad de una experta. La telepatía era algo tan natural en ella, que no le temía en absoluto.

—Suena como si hubiera vidrios rotos por el suelo. No quiero que te hagas daño.

—Me he puesto zapatos.

Él lanzó una mirada al suave cuero italiano de su calzado.

—Sandalias con los dedos descubiertos. No se puede decir que sean zapatos.

Ella dejó escapar un gruñido que traducía su malestar. Se había vestido con el mayor cuidado, intentando tener el mejor aspecto posible para presentarse ante su familia. Pero era como si todo funcionara al revés. Y ahora, Marita, que se había puesto a hurgar entre sus cosas.

Byron se movió con sigilo y se ocultó antes los ojos de Marita. Vio a la mujer atareada, abriendo un cajón tras otro e inspeccionando los contenidos.

¿Qué está haciendo?

Busca algo. Byron contactó mentalmente con Marita con la idea de desvelar sus intenciones y, al mismo tiempo, fundiéndose con Antonietta.

Marita lloraba quedamente, mientras murmuraba oraciones y buscaba entre papeles y partituras.

—Tengo a buen recaudo la partitura de Händel —anunció Antonietta. Byron se apresuró a desvelar su presencia cuando Marita se giró. Soltó un grito agudo y se cubrió el rostro.

—No grites —ordenó él, entre dientes, por puro instinto de autoprotección.

—¿Por qué estás haciendo esto, Marita? Eres una Scarletti. Si tú o Franco necesitáis dinero, ¿por qué no habéis venido a verme? —preguntó Antonietta, dolida—. No lo entiendo.

—Franco no sabe nada de esto. No puede saberlo. Por favor, Toni, no le cuentes nada de esto a él.

El enorme aldabón de la entrada principal resonó en todo el palacio. Antonietta se cogió del brazo de Byron.

—Han llegado. Tiene que venir una criada a limpiar inmediatamente estos vidrios.

—¿Qué piensas hacer, Toni? —preguntó Marita—. Si le cuentas a Franco lo que he hecho, destruirás mi matrimonio. Se separará de mí. Sabes que se separará.

—Yo no puedo intervenir en las decisiones de Franco, Marita. Has intentado robar un importante tesoro de nuestra familia. ¿A quién pensabas llevárselo?

—No te lo puedo decir.

La imagen surcó su mente como un destello. Y el desprecio se adueñó de ella. Desprecio y temor. Fundida con Byron, Antonietta recogió la imagen mental de Marita.

—¿A don Demonesini? ¿Pensabas entregarle a ese hombre horrible uno de los tesoros de los Scarletti?

—¿Cómo has podido saberlo? Yo no he dicho nada. Jamás pronunciaría su nombre, el nombre del demonio en persona —dijo Marita, y se santiguó varias veces.

Una ola de desconcierto y temor les llegó desde todas las direcciones. En el pasillo resonaron unas pisadas a la carrera.

—*Signorina* Antonietta, que el buen *Dio* se apiade de nosotros. —Era Helena que entró corriendo en la sala, con las respiración entrecortada y agitando las manos desesperadamente—. Lo hemos encontrado. Hemos encontrado a Enrico. Estaba en el conducto de la lavandería, envuelto en el mantel de encaje irlandés.

Detrás de Helena asomó una criada.

—*Signorina* Antonietta, acabo de pedirles a Vlad y Eleanor Belandrake y a su hijo, Josef, que pasen al salón del invernadero.

Librodot

Capítulo 14

El silencio era ensordecedor. Byron abrazó a Antonietta por el hombro para tranquilizarla.

—Supongo que Enrico está muerto. —Tuvo un repentino impulso de echarse a reír ante aquella situación ridícula, pero sabía que Antonietta no apreciaría su sentido del humor.

—Como un fiambre —reconoció Helena, y se llevó la mano a la boca—. Cuando las criadas fueron a buscar el mantel desaparecido, el olor era tan fuerte...

—Ahórranos esa parte, por favor, Helena —pidió Antonietta, alzando una mano para acallarla—. No puede ser que esté sucediendo todo esto, Byron. No puedo recibir a tu familia a cenar con un cadáver en la lavandería. ¿Qué debo hacer? Pobre Enrico. Era un hombre muy corpulento. Ni me imagino cómo puede haber acabado ahí.

—Está atascado —añadió Elena—. No sé cómo lo sacaremos.

—Hablaré con mi hermana y su marido, Antonietta. Estoy segura de que entenderán. Llama al capitán Diego e infórmale de que hemos encontrado al cocinero.

Hablaremos de Marita más tarde, cuando las cosas se hayan calmado. Lo siento por tu cocinero y por el mantel de tu madre.

—Es imposible echarse ahora atrás con lo de la invitación a tu familia. —Antonietta estaba horrorizada. *Pobre Enrico. Era un hombre muy suyo, pero aquí era uno más de la casa.*

Marita se quedó boquiabierta cuando entró Franco, vestido con un traje gris oscuro.

—Los rumores viajan rápido en el palacio. Tasha está informando a la policía y les ha pedido que sean discretos y utilicen la entrada de servicio. Nonno está con tus invitados entreteniéndolos en el invernadero, y ya sabes que es un hombre encantador. —Franco le dio una apretón en el hombro a su prima como muestra de simpatía—. Lo conseguiremos, Toni. Que no te entre el pánico. Marita, he dejado a Vincente y Margurite mirando una película mientras cenamos. Por favor, date prisa y vístete. Esta cena significa mucho para Toni, y no podemos fallarle.

—No podemos sentarnos a cenar con un cadáver en la lavandería —objetó Marita.

—Don Giovanni está explicando en este mismo momento que hemos tenido una desgracia en el palacio. Enrico vivió aquí prácticamente toda su vida. Es uno de los nuestros, y nos ocuparemos de él. Toni, estás muy guapa. Ve con Byron y reúnete con su familia. Entiendo que en la cocina se han puesto histéricos. Bajaré y me aseguraré de que el cocinero nuevo, ¿cómo se llama... ?

—Alfredo —dijo Antonietta.

—Me aseguraré de que Alfredo se tranquilice y no nos falle. Yo me ocuparé de esto, Toni. Sé lo que significa para ti. Marita, haz lo que te digo. —Lanzó una mirada en torno a la habitación, se percató de los vidrios en el suelo y de los papeles en manos de Marita.

Ésta miró con aire desesperado a Antonietta y Byron como si ellos pudieran salvarla, luego se giró y salió a toda prisa del estudio.

—Helena, calma a las criadas y asegúrate de que limpien esta sala —ordenó Franco.

—Sí, señor Scarletti.

Franco le cogió la mano a Antonietta.

—Todo se arreglará, Toni. Juntos podremos superarlo, como siempre lo ha hecho nuestra familia. La familia de Byron estará encantada contigo.

—A pesar del cadáver en la lavandería, envuelto en el mantel de encaje irlandés de mi madre —dijo Antonietta, con un dejo de ironía—. No puedo creer que haya sucedido esto. Pobre Enrico. ¿Quién querría hacerle daño?

Byron la estrechó en sus brazos.

—Lo descubriremos, Antonictta. Te lo prometo. Ya no podemos hacer gran cosa por él. Ven a conocer a mi familia. A ellos no les importará en lo más mínimo si no hay cena. Han venido a conocerte, no a comer.

Bella, no desesperes. Sé que le tenías mucho afecto a Enrico, lo intuyo en tu corazón. *El comportamiento de Marita no es lo que parece. He leído en su mente y no desea dinero. Detesta y teme a este hombre. No sé por qué. Es una persona muy emocional y, más allá de esa intensidad, me cuesta ver la verdadera razón por la que se apoderó de la partitura de Händel. Cuando tenga tiempo, analizaremos sus recuerdos y averiguaremos qué está pasando.*

Antonietta apoyó la cabeza en su pecho.

—Me siento como si mi vida entera estuviese patas arriba. Franco, ¿has visto a Tasha? Tú conoces a Cristopher desde que era niño. ¿Sabías que era capaz de algo así?

Franco negó con un gesto de la cabeza.

—Pienso llamarlo mañana.

—No será necesario, Franco. —Byron habló con voz queda, pero en ella había implícita una orden—. Yo hablaré con Cristopher Demonesini sobre el trato con las mujeres. Tú tienes demasiado que arriesgar, mientras que yo no tengo una reputación que proteger.

—Ninguno de los dos tiene que hablar con Cristopher de nada —dijo Antonietta con firmeza—. Creo que el hombre más indicado es cl capitán Vantilla.

Los dos hombres se miraron por encima de Antonietta. Byron la cogió por el brazo y salieron tranquilamente del estudio, con Franco al lado, justo cuando una criada entraba rápidamente a recoger los trozos de cristal.

—Sabes perfectamente, al igual que yo, que Demonesini tiene demasiado dinero como para que lo condenen por un delito, aunque la víctima haya sido Tasha —dijo Byron.

—Entonces lo arruinaremos en el plano social y financiero concluyó Antonietta, con semblante serio. —Sus negocios ya corren serios peligros. No costará tanto darles un empujón para lanzarlos al vacío. Nadie puede infligir daño impunemente a mi familia.

—Habla como una auténtica Scarletti —dijo Franco—. Que sea un aviso para ti, Byron. Somos gente que saborea la venganza.

—La retribución —corrigió Antonietta—. La justicia. No es precisamente lo mismo que la venganza. Pregúntale a Nonno. Estoy segura de que te dará la misma opinión.

Lo digo en serio, Byron. Todo esto me toca en lo más hondo, ¿Cómo se atreve ese hombre horripilante a golpear y a darle de patadas a mi prima y pensar que su vida puede continuar como si nada?

Yo no he dicho nada, bella.

Sólo quiero que sepas de lo que soy capaz. Quizá después de lo quo veas no me encuentres tan atractiva. Antonietta hablaba como si lo estuviera lanzando un desafío.

Byron se inclinó para rozarle la comisura de los labios con la boca, *Al contrario, creo que encontrarás perfectamente tu lugar entre mi gente.* En su voz había un dejo de humor.

Franco carraspeó.

—Curiosamente, mi querida primita, estoy de acuerdo contigo en lo de la retribución. Iré a la cocina a ocuparme de Alfredo. Esperaré a que venga el capitán de modo que pueda hablar con él sin que se arme un drama.

—*Grazie*, Franco, realmente agradezco tu ayuda. —Antonietta le tendió la mano y su primo la cogió como muestra de simpatía.

—Que disfrutes de la velada. Byron, ocúpate de que así sea.

—Será un placer. —Byron le cogió la mano a Antonietta en el hueco del brazo y siguió con ella a través de las salas abiertas del palacio—. Lamento verdaderamente lo del mantel. Cuando un ser querido muere, nos aferramos a las cosas que ellos apreciaban.

—Ya sé que es ridículo sentirse molesta por una cosa así, cuando el pobre de Enrico acaba de morir en nuestra casa —suspiró Antonietta—. Me siento ridícula con sólo pensar en el mantel.

—Tengo un medallón que hice para mi madre. Entonces era un niño, y seguramente hoy no lo consideraría una buena pieza, pero ella lo apreciaba. Siempre lo llevaba puesto. Incluso más tarde, cuando perfeccioné mi oficio y le regalé otras piezas mucho más valiosas, ella siguió llevando el medallón. —Byron oyó la risa de su hermana, que hablaba en voz baja con don Giovanni. Aquello despertó en él una terrible añoranza.

—¿Byron? —Antonietta se había detenido bruscamente, justo a las puertas del invernadero—. Ya sé que no te hablo de lo que siento por ti porque me cuesta ponerlo en palabras, pero eres muy importante para mí. —En seguida negó con la cabeza—. Eso no es lo que quería decir.

Parecía al borde de las lagrimas y él la estrechó en sus brazos.

—Ya sé lo que sientes por mí, *cara*. Siento lo mismo que tú, ¿recuerdas? Estamos conectados. No tienes que decírmelo con palabras. Con el tiempo, vendrán.

—Sólo quería que lo supieras.

Byron le cogió el mentón y la hizo mirarlo a los ojos.

—Ya lo sé —dijo. Acercó los labios a su sien, bajó lentamente, Apenas rozando, desde la mejilla hasta el borde de su boca. La estrechó aun más, cerrando los brazos posesivamente, aventurando la lengua hasta la comisura de sus labios, hasta que ella se abrió para él. No le dio la oportunidad de separarse, ninguna posibilidad de un beso casto. Byron se apoderó de ella con un apetito desenfrenado. La deseaba con cada fibra de su ser y vació la intensidad de su necesidad en ese beso. Queria que Antonietta se sintiera amada, que se sintiera bella y segura. Segura de él y de los sentimientos que albergaba por ella.

El fuego se apoderó de ambos al instante. Su cuerpo reaccionó engrosándose. endureciéndose. Ardía en deseos de hundirse en lo más profundo de ella. En el fondo de su naturaleza, la bestia siempre presente alzó la cabeza y lanzó un rugido en demanda de su pareja. De sus derechos. Byron le deslizó las manos por la espalda, siguió el contorno de su cintura, memorizó la curva de sus caderas y encontró sus nalgas. Antonietta llevaba uno de sus delicados y excitantes tangas. No había ni asomo del tejido bajo la seda de su vestido.

Byron profundizó en el beso, y olvidó todo excepto la pasión ardiente y desatada de su boca. De su cuerpo. La atrajo aún más hacia sí, dejando la impronta de su necesidad, de toda la extensión de su dureza en su carne suave. La mantuvo así, deleitándose mientras ella movia las caderas, ansiosa de él, buscando saciar su apetito. Él no podía dejar de besarla, su boca cada vez más dura y caliente y persuasiva.

¿Quieres escapar conmigo? ¿Ahora mismo?

Un silbido interrumpió de pronto las imágenes eróticas en la mente de Byron. Hundidos como estaban en una sola profundidad, Antonietta también lo oyó.

Madre mía. ¡Tío Byron! Papá, mira eso. Están ahí fuera y tío Byron está cachondísimo. Jamás pensé que lo vería así. Cualquiera diría que están apunto de derretirse.

Antonietta se separó, boquiabierta y alarmada.

—¿Quién es ése, Byron, y por qué lo oigo?

Él le acaricio suavemente la cabeza.

—Tiene que ser mi sobrino, el que no conoce los buenos modales. ¿Estás absolutamente segura de que quieres que te lo presente? Puedo pedirle que se vaya —avisó, esperanzado—. Me salvaría de la mortificación que sin duda sufriré si insistes en seguir adelante.

—¿Cómo es posible que lo haya oído en mi cabeza? Está en el invernadero y, sin embargo, lo oigo como a ti. No suelo oír a todo el mundo hablando en mi cabeza. —Era evidente que la sola idea lo molestaba.

—No de la misma manera. Los de mi pueblo son grandes telépatas. Las parejas tienen su propia longitud de onda, una especie de canal privado, si quieres. Nuestras mentes se habían fundido y mi sobrino ha hablado por la vía normal que utilizan los míos. Tú lo has oído a través de mí, así como utilizaste mis ojos para ver.

—Es increíble. Los de mi familia son telépatas pero no hasta ese punto. Entremos, no quiero ser mala anfitriona, ahora que tu sobrino nos ha anunciado.

—Ese chico tiene que aprender buenas maneras. —Byron se separó mentalmente de Antonietta y mandó una reprimenda privada a su hermana. *Eleanor, Josef está demasiado crecido para comportarse como un niño. Quiero que más tarde tengamos una conversación.*

Sólo está un poco excitado, Byron. No te ha visto en años.

Eleanor, ha hablado de tal manera que lo ha escuchado un ser humano. Ha puesto en peligro a nuestro pueblo con una conducta de ese tipo. No se puede tolerar, y tú lo sabes.

—Estás murmurando por lo bajo —avisó Antonietta, y le rozó los labios con la punta de los dedos—. Además, frunces el ceño.

—Cuando conozcas a mi sobrino, tú también fruncirás el ceño —advirtió él. Con un suspiro de resignación, abrió las puertas del invernadero. Se cogieron de las manos, los dedos entrelazados con fuerza.

—Te estás convirtiendo en un gran bebé —dijo ella.

—Aquí llega mi nieta, Antonietta —dijo don Giovanni, y se incorporó rápidamente—. Antonietta, nuestros invitados han llegado. Byron, me alegro de verte. Tu hermana es una mujer encantadora.

—Gracias, don Giovanni —dijo Eleanor. Abrazó a su hermano y le tomó la mano a Antonietta—. No puedes imaginarte lo que significa para mí conocerte.

—Mi hermana Eleanor, su marido Vlad, y mi sobrino Josef anuncio Byron—. Os presento a Antonietta Scarletti. —La tensión de Byron se comunicó a Antonietta, que le apretó con fuerza los dedos.

—Quiero que me llaméis Toni —dijo Antonietta.

—Es un placer conocerte —respondió Vlad. Al dirigirse a su hijo, bajó la voz—. Josef, te he pedido que te quites esa boina.

—Ella es ciega, no puede verla —respondió Josef, también susurrando.

Mi sobrino lleva una de esas boinas ridículas, una bata y un pañuelo. Es evidente que cree que así parece un pintor. Byron se cuidaba mucho de mantener una comunicación mental privada. Lo último que quería era que Eleanor supiera que le estaba describiendo el atuendo de su sobrino a su pareja.

—Soy ciega, Josef, no sorda —dijo Antonietta, riendo—. Me alegro de conocerte. Tu tío me ha hablado mucho de ti. Dice que tienes un gran talento musical.

Mentirosa. Te arrepentirás por haber dicho eso.

Antonietta oyó la queja desgarrada de Byron. Tuvo una imagen de él estrangulándola. Tuvo que taparse la boca para no seguir riendo. Byron la hacía sentirse tan viva. Su manera de provocarla, de compartir con ella sus inquietudes más íntimas. Además, se tomaba con Mucha ligereza aquella poderosa comunicación telepática entre los dos.

—Josef tiene mucho talento —convino Eleanor—. Hemos venido a Italia porque tenía ganas de pintar este bello país.

—El palacio es muy bonito —dijo Josef, entusiasmado—. Me encantaría poder pintarlo.

—Y bien, desde luego eres bienvenido cuando quieras volver —invitó don Giovanni—. El patio es el lugar indicado para tener una buena perspectiva de su arquitectura.

—Gracias, señor, agradezco su invitación.

Byron apretó los dientes como señal de frustración. Lo último que hubiese querido era que Josef dedicara más tiempo de lo estrictamente necesario a visitar a la familia Scarletti. Ahora oyó a la policía allá abajo interrogando al ama de llaves. Alfredo estaba al borde de la histeria, y hablaba tan rápido que costaba entender lo que decía. Byron era perfectamente consciente de que su familia podía oírlo todo, pero reanudaron una agradable conversación con don Giovanni y Antonietta como si fuesen totalmente ajenos al drama que se vivia en la planta baja.

Dejó que la conversación fluyera en torno a él, mientras Elcanor intentaba en vano hacer hablar a Antonietta. Ésta estaba demasiado pendiente de la policía que en ese momento se encontraba en la casa, Con su vívida imaginación, veía a Enrico atascado en el conducto de la lavandería y volvía a sentir la misma angustia.

En ese momento, se produjo un tumulto frente a la puerta acristalada del patio que distrajo la atención de Byron, que oyó el grito de sorpresa de Franco, de pronto apagado. En seguida, pisadas a toda prisa que recorrían el palacio, alguien llamando a Tasha. Un grito en sordina de Justine. *Algo ha sucedido.*

¿Qué otro desastre habrá ocurrido? quiso gritar Antonietta, presa de la frustración.

Franco abrió la puerta del invernadero, sonrió a sus invitados y se acercó a su prima.

—Tienes que venir a ver a Paul inmediatamente —le susurró al oído—. Es urgente, Ton¡, tienes que darte prisa.

¿Sabes qué ha pasado? Antonietta se había vuelto inmediatamente hacia Byron.

Byron le cogió el brazo mientras le lanzaba una sonrisa a su hermana.

—Por favor, disculpadnos unos minutos. Estoy seguro de que don Giovanni y los demás podrán entretenerlos en nuestra ausencia. *Paul está herido. Es grave. Franco está muy preocupado y Tasha está llorando. Justine transmite un miedo enorme.* La orientó para que salieran rápidamente de la sala y subieran deprisa a las dependencias de Paul.

Oyeron los sollozos apagados de Tasha y murmullos de otras voces. De pronto, la voz de Tasha se alzó sobre las demás, alarmada.

—Tenemos que llamar a un médico, Paul. Si no, morirás.

—Ve a buscar a Antonietta. Ella se ocupará de esto —respondió Paul, con voz débil.

—Eso no es nada razonable, Tasha —dijo Justinme—. Tú eres su hermana. Llama a un médico. Vosotros los Scarletti sí que sois testarudos. ¿Es qué no lo entendéis? Paul se está muriendo. Si lo dejáis morir, juro que os denunciaré a todos.

Antonietta y Byron entraron en el vestíbulo. La puerta de la habitacion estaba totalmente abierta. Tasha y Justine se agitaban entorno a la cama. *Hay sangre por todas partes. Antonietta. Si es la sangre de Paul ha perdido demasiada.*

La voz serena de Byron la tranquilizó. Antonietta respiró hondo y se acercó a la cama con ademán seguro.

—Paul, ¿qué has hecha?

—Tengo que hablar contigo a solas, Toni.

—Paul... —protestó Justine—. Toni, por favor, te lo ruego, llama a un médico. Él dice que no, pero aún no es demasiado tarde. No puede ser.

—Un médico no podría ayudarlo, Justine, y tú lo sabes —dijo Byron, con voz suave y un dejo tan hipnótico como su mirada—. Deja que Antonietta se ocupe de ello.

Tasha enlazó a Justine por la cintura.

—Toni puede ayudarlo. Déjala, Justine. Estamos desperdiciando tiempo que Paul no tiene. —Salió con Justine de la habitación y cerró la puerta con firmeza.

Eleanor, necesito hierbas. Date prisa. Vlad, también necesitaré tu ayuda. Byron no intentaba ocultar su comunicación a Antonietta. Ella tenía todo el derecho de saber que la vida de Paul corría serio peligro.

—¿Qué sucede, Paul? —Antonietta había comenzado a inspeccionarle el cuerpo palpándolo. Byron se acercó y aplicó presión a la herida más grave.

—Le han asestado varias puñaladas, Antonietta. Necesitará sangre rápidamente. Puedo ayudarlo. Eleanor me traerá lo que necesito.

—Tengo que decírtelo, Toni —dijo Paul, cogiendo a Antonietta por el brazo.

—No hables hasta que hayamos detenido la hemorragia.

—Es demasiado tarde, y tú lo sabes. Siempre lo sabes. Esto es i importante.

—Cállate, Paul —masculló Antonietta—. Lo digo en serio. No pienso dejar que te muevas. Byron, haz lo que sea que tengas que hacer.

—Tengo que darle sangre, Antonietta. —Byron tranquilizó a Paul con un gesto de la mano y siguió aplicando presión a las heridas—. Si lo hago, estaremos conectados para siempre. ¿Lo entiendes?

—Quiero que lo salves. No me importa cómo lo hagas. —Antonietta le acarició el pelo a Paul—. Lo quiero como si fuera mi hermano.

—No tienes que decir nada más, compañera. Cierra la puerta. Nadie debe entrar en esta habitación. Deja a Celt vigilando. Luego, abre la ventana unos cinco centímetros.

—Tu hermana...

—Ella sabrá cómo entrar. Pronto llegará. Siéntate junto a Paul y escúchame cuando te hablo. Quiero que colabores. Eres una sanadora muy poderosa.

Antonietta no entendía, pero había una urgencia inconfundible en su voz. Confiaba en Byron como no podía confiar en nadie más. Cerró la puerta, dio una orden a Celt y abrió la ventana como le había indicado Byron.

Casi de inmediato, Byron vio la niebla que se colaba por el intersticio.

—Eleanor. Buena chica. Ve por el otro lado. Intenta restañar las heridas. Antonietta, colocaré tus manos sobre él y tendrás que empujar con fuerza. Tengo que tener las manos libres —añadió y le guió las manos hasta ponerlas sobre el vientre de Paul.

Antonietta sintió el calor de la sangre. Percibió un olor extraño y sedante. Sabía que Eleanor estaba junto a ella. No le importaba cómo había entrado por una puerta cerrada o por qué Byron pensaba que podía ayudarlos, sólo pensaba en salvar a Paul. Se fundió con Byron, decidida a seguir sus movimientos. Byron se había desprendido de su propio cuerpo, y Antonietta sintió que su espíritu había quedado libre. Su energía, blanca incandescente, se acercó a Paul. Era extraño sentir lo encogido y cansado que estaba su primo. Comenzaba a alejarse de ellos, y su energía era infinitamente leve. Antonietta sintió que el corazón le latía con fuerza cuando entendió que Paul comenzaba a apagarse. Se obligó a permanecer quieta y en silencio, a confiar en Byron. Sentía la determinación, la seguridad.

Oyó unas voces que entonaban un cántico en una lengua antigua. Le parecían familiares. Cuando supo que había dado con la pronunciación adecuada, unió su voz a las demás. Durante todo aquel trance, no dejó de concentrarse en comunicar energía a Byron. Su tarea lo desgastaba física y mentalmente. Comenzó a cerrar las heridas, con gestos meticulosos, desde el interior hacia el exterior, prestando especial atención a los más pequeños detalles y eliminando las bacterias de los cortes para evitar infecciones.

Antonietta se percató de una presencia femenina que se unía a ellos y ayudaba a Byron mientras cantaban. Una tercera figura, Vlad, fuerte y seguro, añadió un flujo estable de energía a los que trabajaban jura salvar a Paul. Eleanor permaneció en segundo plano cuando Byron finalmente se retiró. Antonietta aprovechó para lavarse las manos en el cuarto de baño de Paul, y se sintió ligeramente mareada con toda aquella sangre de su primo que la manchaba. Volvió rápidamente junto a Byron.

—Antonietta, tengo que darle mi sangre. Ni siquiera lo salvaría una transfusión humana. ¿Estás segura de que podrás vivir con esta decisión? Quizá sería preferible que interrumpieras el contacto conmigo mientras me ocupo de esto.

—Yo te seguiré. Esto lo haces por mí. Lo menos que puedo hacer es proporcionarte energía —dijo, y estiró la mano para encontrar su rostro sin vacilar—. Sé que estás cansado y creo que tienes miedo de que, sea lo que sea que hagas, yo me enfadaré, pero no es así. Confío en ti, Byron.

Él se inclinó hacia ella, le rozó levemente los labios. Antonietta vivía en la oscuridad, pero experimentaba todas las sensaciones debido a la estrecha conexión entre los dos. Sintió el dolor punzante cuando él se abrió la muñeca, un corte profundo y palpitante. Sintió que la boca de Paul se pegaba a ella, y que el líquido vital fluía del cuerpo de Byron. El impacto de la visión la atontó, la envolvió como una defensa, por un breve instante. Intentó superar la barrera protectora. Se dio cuenta de que Byron se había abierto las venas con sus propios dientes. Y de que Paul devoraba aquella sangre vital en lugar de ser sometido a una

transfusión. De que el olor de la sangre le producía un apetito que no alcanzaba a entender en sí misma. En lugar de experimentar rechazo, estaba fascinada. También era muy consciente de que Byron seguía su reacción. Antonietta alzó el mentón, siguió cantando, luchó contra sus reacciones humanas y se concentró en lo que hacían, en salvar la vida de su primo. Byron había corrido un enorme riesgo al darle a conocer su verdadera naturaleza. Le había confiado un secreto aún más grande que el suyo. Ella era del linaje de los jaguares. Él era algo completamente diferente. Algo aborrecido y temido por los seres humanos. Era un... vampiro.

¡No! La protesta de Byron fue inmediata. *Eso nunca. No soy una criatura inerte.*

Antonietta volvió a apoyarse en él, le cogió la cara con ambas manos. Mientras su primo se nutría de él, ella encontró su boca. *Me asombras, Byron.* Antonietta vertió toda su gratitud y sus sentimientos, por confusos que fueran, en aquel beso, intentando decirle sin palabras cuánto significaba para ella que él confiara en ella lo suficiente para salvar la vida de Paul recurriendo al único medio posible.

Por un instante, unas lágrimas asomaron en los ojos de Byron. Tuvo que desviar la mirada de su hermana y su pareja. Antonietta le había dado un regalo aún más portentoso que ver en colores. Le había dado la aceptación.

—No más, Byron —dijo Vlad de pronto—. Ya estás demasiado débil. Antonietta lo sintió vacilar, agotada su energía, el organismo vaciado de su portentosa fuerza. Byron dio unos pasos titubeantes y se dejó caer bruscamente en la silla, a pesar de que ella intentó sostenerlo.

—¿Qué le pasa, Eleanor? ¿Vlad? Decidme, ¿qué le sucede? —El pánico se apoderó rápidamente de ella, con un miedo terrible alojado en el corazón.

—Esta noche no se ha alimentado —explicó tranquilamente Vlad—. La curación que ha realizado, y gracias a la cual Paul seguirá vivo, puesto que le ha dado sangre, tiene un precio. Yo me ocuparé de sus necesidades. Eleanor también necesitará ayuda. Eres muy valiente, Antonietta.

—Yo no he ayudado en nada. Si Byron necesita sangre, le puedo dar la mía.

Se produjo un repentino silencio en la habitación. Incluso Eleanor, en lo más profundo de Paul se quedó quieta.

—*Cara mía*, me has robado el corazón con tu generosidad. Vlad podrá procurarme lo que necesito.

——Vlad no es tu pareja. Yo sí. Soy perfectamente capaz de darte lo que necesitas. —El cuello le palpitaba y le quemaba. Los pechos le dolían. El hambre sexual se revolvió en lo profundo de su vientre y le difundió un calor lento que le ardió por todo el cuerpo. Sintió que afloraba la excitación y, al mismo tiempo, Antonietta intentaba explicarse por qué sentía esa necesidad de darle sangre.

Byron la estrechó en sus brazos.

—No hay nadie como tú*, bella.*

En realidad, la sola idea de que me des tu sangre me llena de un deseo que no me atrevo ni a nombrar. No estamos solos. Deja que Vlad dé su poderosa sangre y, cuando estemos a solas, te lo agradeceré como es debido.

Ella percibía la misma intensidad del apetito sexual desesperado en su voz.

—¿Acaso la sangre de Vlad es más poderosa que la mía? ¿Cuál es la diferencia? —preguntó, intentando ignorar el fuego que se desató como respuesta en su torrente sanguíneo.

—Sí, su sangre me dará energía muy rápidamente.

—¿Qué se siente?

—Fúndete conmigo, Antonietta —dijo Byron, y la cogió por la cintura mientras se llevaba el brazo de Vlad a la boca.

El golpe de energía le dio de lleno, y a ella también, una energía que alimentaba su organismo hambriento. Células y tejidos, músculos y huesos se apoderaron ávidamente de aquel fluido vital. Antonietta intentó desprenderse, quiso invocar el horror como respuesta al

ver a Byron bebiendo sangre, pero también vio la fuerza, sintió la fuerza. Cuando él acabo de tomar lo que necesitaba, ella se dio cuenta de que apenas respiraba.

—¿Cómo detienes la hemorragia?

—Cerramos las incisiones con la lengua. El agente cicatrizante sella la herida y, si queremos, la propia piel.

Antonietta sintió que se sonrojaba. En su cuello había observado una mordedura. Tasha la había visto.

—¿Te has alimentado de mi sangre, no es así?

—Desde luego, eres mi pareja. —Con un gesto decidido, Byron la cogió por la nuca y la atrajo hacia él. Con la boca tomó posesión de ella, compartiendo el sabor y la fuerza de la sangre cárpata. Con la lengua se adentró en su boca, la enredó con la suya, como en un acoplamiento primario, mientras los sentidos de Antonietta despertaban a la vida, la sobrecarga latente en cada terminación nerviosa.

Eleanor se retiró del cuerpo de Paul y se reincorporó en su propia esencia. Ella también sentía la fatiga después de su incursión en un cuerpo ajeno.

—Lo hemos conseguido, Antonietta. Vivirá. Vlad abrazó a su pareja.

—Eres capaz de verdaderos milagros, Eleanor.

—Es verdad —convino Byron—. Os lo agradezco a los dos. No podría haberlo salvado sin vuestra ayuda.

—Por lo que veo, mi cena ha sido un auténtico fracaso. Supongo que guardaréis una pésima impresión de mi familia. —Antonietta pensó que si Eleanor y Vlad tenían el oído tan agudo como Byron, habrían oído a la policía en la planta baja interrogando al personal después de haber aislado la escena del crimen—. Pobre Enrico, se merecía algo mejor que acabar en un conducto de la lavandería. No tengo ni idea de lo que sucede en mi propia casa.

—Al menos lo han amortajado con el mejor mantel.

—Eso no tiene ninguna gracia.

Vlad seguía sosteniendo a Eleanor firmemente en los brazos.

—Bienvenida a la familia, Antonietta. Ha sido un placer conocerte. Tengo que llevarme a mi pareja y cuidar de ella.

—Os agradezco a los dos vuestra ayuda. Espero que cuando volvamos a encontrarnos, las cosas habrán vuelto a la normalidad.

—Hasta entonces.

Antonietta aguzó el oído pero no oyó pisadas. Supo que habían abandonado la habitación.

—¿Cómo lo hacéis? ¿Simplemente os desvanecéis en el aire? ¿No tenéis la costumbre de usar las puertas?

—Ya te enseñaré—dijo él, y acercó una silla al borde de la cama—. A partir de ahora, Paul será diferente, más alerta, como tú. Su oído, su vista, todos sus sentidos serán más agudos. Y siempre podré contactar con él mentalmente. Será una vía diferente de la nuestra, pero la conexión estará hecha.

—¿Te has enterado de lo que le ha sucedido?

—Lo despertaré un momento para que hablemos. Estará débil. Su cuerpo no tiene la capacidad de sanar tan rápidamente como el mío —explicó, y le cogió la mano—. Sé que tienes muchas preguntas que hacerme. Las contestaré todas antes de que acabe la noche —le aseguró y se llevó sus dedos a la boca. Le mordisqueó las sensibles yemas de los dedos—. Paul, Paul, vuelve a nosotros. Descansarás más tarde, pero ahora tienes que hablar con Antonietta. Quieres decirle algo. Es muy importante para ti contarle la verdad.

Antonietta oyó la orden implícita en aquella voz y se sorprendió cuando la reconoció por lo que era.

—Lo hipnotizas con la voz, ¿verdad?

—Sí, cuando me lo propongo.

Paul se agitó ligeramente, y gimió.

—¿Toni?

—Estoy aquí, Paul. —Antonietta liberó una mano para apoyarla en su primo—. Vivirás, pero no debes moverte demasiado.

—He tenido un sueño extraño.

—Ya lo sé. A veces sucede así. Paul, ¿como ocurrió todo esto? Cuéntamelo. Tenemos que hablar con la policía.

—No, no puedes hacer eso, Toni. Prométemelo. Por favor prométeme que no hablarás con la policía —le pidió, y su agitación aumentó. Byron le puso una mano en el hombro, lo cual lo calmó de inmediato.

—Cuéntanos, Paul. Nosotros nos ocuparemos de lo que sea necesario. *No vuelvas a mencionar a la policía. Se estropeará todo lo que hemos hecho.*

—Ya sé que pensabas que le estaba robando a la familia, Toni. No te culpo por eso. Mi intención era que creyeras que había vuelto a jugar.

—¿Por qué, Paul? —En la voz de Antonietta se adivinaba la herida, el dolor en el corazón.

Los dedos de Byron se cerraron ligeramente en torno a la nuca de Antonietta y comenzaron un lento y balsámico masaje para aliviarle la tensión.

—Hace unos meses fui a una fiesta en un yate. El dueño tenía expuesto un cuadro de mucho valor. Era uno de nuestros cuadros, Toni. Fui inmediatamente a denunciarlo a la policía y me informaron que desde hacía meses investigaban el robo de tesoros artísticos en casas de familias importantes. Yo sabía que tenía que haber alguien en nuestra familia que ayudara a quien estuviese detrás de los robos. Nadie sabía el camino a la cámara acorazada, y mucho menos los códigos para entrar, excepto tú, Nonno y Justine. Yo sabía que tú y Nonno jamás venderían a nuestra familia. De modo que me propuse como voluntario para ayudar a la policía a encontrar a los ladrones.

—Paul, ¿en qué estarías pensando?

—Era la persona perfecta. Ya tenía una muy mala reputación. Siempre andaba necesitado de dinero. Por lo tanto, era una tapadera verosímil. Fue bastante natural comenzar a prestar atención a lo que hacía Justine. —La voz de Paul era débil y su respiración trabajosa—. Ella era una de las sospechosas, la única persona que tenía acceso a todos los códigos de seguridad. Y que conocería el camino a las salas de objetos de arte y a la cámara acorazada.

—Esto es demasiado duro para ti —dijo Antonietta—. Hablaremos más tarde, cuando te hayas recuperado.

Paul dejó descansar su mano sobre la de Antonietta.

—Me enamoré de ella, Toni. Sé que estás enfadada con ella, y quo es probable que merezca ir a la cárcel, pero yo te pido que la dejes ir. Dile que vuelva a Estados Unidos. Pero no la metas en la cárcel.

Byron sacudió la cabeza. *Justine no está implicada en ninguna conspiración más allá de intentar ayudara Paul a encontrar una manera de pagar sus deudas de juego. Nunca ha robado nada de la familia Scarletti. A diferencia de los de tu familia, es bastante fácil leer los pensamientos de Justine.*

—Jamás habría sospechado algo así de ella. Después de todos estos años, ¿por qué se decidiría de pronto a robar? —preguntó Antonietta a Paul.

—Tiene que ser ella. No puede ser nadie más —dijo Paul—. Ella tenía acceso a todo. Y fue ella la que me hizo un mapa de la cámara acorazada y me dio el código de acceso.

—¿Y tú estabas dispuesto a morir en lugar de ir a un hospital para que ella no fuera a la cárcel? ¿A mentir y dejar que te acusaran de robo a ti en lugar de a Justine? Paul, no tienes las cosas claras. Deberías haber venido a verme inmediatamente.

Antonietta, Justine no ha robado. Se arrepintió de haber dado a Paul los códigos y el mapa. Ella quería darle dinero, pero él se negó. Justine pensó que Paul se había metido en un lío y quería que te lo contara, pero él rechazó esa alternativa. Convenció a Justine de que lo

amenazaban esos tipos a los que debía dinero. Es evidente que Paul pensó que ella lo introduciría en la banda de ladrones, pero ella hizo lo único que podía hacer. Le dio un mapa y los códigos. Pensé que había sido una traición de vuestra amistad. Pero sólo era eso. Jutine no está relacionada con la banda de ladrones.

—No pienso entregar a Justine a la policía, Paul. Pero tienes que decirme quién te hizo esto. Ellos sí tendrán que pagar.

—No te metas, Toni. Esa gente no se anda con rodeos.

No ha visto a sus agresores. No sabe nada sobre los hombres que lo asaltaron. Para él lo más importante es proteger a Justine.

—Déjalo dormir. Les pediré a Tasha y Justine que se queden con él esta noche y lo vigilen. A Nonno ya se lo deben haber contado. No me imagino a Franco guardándose la noticia.

Sabes que Marita es probablemente la que esta robando y entregando los objetos a terceras partes. Y sabes que la persona con quien iba a reunirse para entregarle la partitura de Händel era Demonesini padre.

Franco estará destrozado si eso se demuestra. Antonietta se dirigió al vestíbulo mientras Byron sumía a Paul en un profundo sueño. Tasha y Justine entraron precipitadamente en la habitación con Franco y don Giovanni siguiéndoles los pasos.

—Está vivo —informó Antonietta—. Lo ha conseguido a duras penas. Tiene que dormir. Y necesita mucho líquido. ¿Podríais limpiarlo y arreglar la cama? Nosotros dos estamos agotados. Byron tiene capacidades curativas muy superiores a las mías, y ha hecho la mayor parte del trabajo.

—Me gustaría llevarme a Antonietta a casa donde pueda descansar —añadió Byron.

No puedo ir a ningún sitio. Tengo que quedarme.

Paul no despertará hasta que volvamos. Sólo lo necesario para que ellas le den de beber.

Están pasando demasiadas cosas.

Te necesito esta noche, Antonietta.

—Tu hermana y su familia se han disculpado —explicó don Giovanni—. Se dieron cuenta de que estábamos pasando por un mal trance. Me temo que no les hemos dejado una muy buena impresión, hijo.

—Ellos entienden —le aseguró Byron—. ¿Los policías se han marchado?

—Han interrogado a todos excepto a Paul y a vosotros dos. Dijimos que Paul había salido y que vosotros estaríais aquí mañana —dijo Franco.

—Te lo agradezco —dijo Antonietta—, no creo que hubiera aguantado más preguntas.

Byron le cogió firmemente la mano a Antonietta.

—Buenas noches a todos, volveremos mañana al anochecer.

Capítulo 15

—¿**Q**ué hacemos? —Antonietta levantó la cabeza y el viento le azotó el rostro. No había salido a las almenas en años. Era demasiado peligroso. Aunque estuviera junto a Byron, estaba asustada. Un solo paso en falso y caería a una muerte segura. Al aspirar, sintió la vaga reminiscencia del olor a felino. La imagen del jaguar rondando por los alrededores, o de que en ese mismo momento estuviera observándolos, era aterradora.

—Te llevaré volando. Dijiste que querías probarlo. El cielo está despejado, apenas hay un poco de niebla que comienza a formarse. Creo que lo disfrutarás después de una noche de tantos sobresaltos.

Ella se percató de su tono de voz, no prestó atención a lo que decía.

—¿Qué sucede, Byron?

Por toda respuesta, él la estrechó y hundió la cara en su cuello.

—Tengo que cuidar de ti, Antonietta. Tu seguridad siempre está por encima de cualquier otra cosa. Tu aceptación de lo que soy y de quién soy significa todo para mí. Quiero darte algo especial. Algo que recordarás para siempre.

Ella le palpó la cara. Cada vez que leía en su expresión, él descubría en ese gesto una muestra de intimidad. Quedaba el recuerdo de una caricia en su piel, aunque Antonietta no lo supiera. Él sabía que ella intuía su aprehensión ante lo que vendría. Estaba demasiado conectada con él. A Antonietta le habían sucedido muchas cosas despues de despertarse, y todavía le quedaban otras pruebas que superar.

—Si volar es algo tan memorable, ¿por qué temes por mí?

Por primera vez, él la cogió por las muñecas, le apartó las manos de la cara y las estrechó contra su pecho. Apoyó la frente en su cabeza

—Tengo que hablar contigo esta noche de mí, de lo que significa que seas mi compañera, para los dos.

—¿Y temes que quizá no te acepte? Ya te he aceptado. No diré que no tengo miles de preguntas, pero ¿cómo puedo tener miedo de lo que eres, si tú no tienes miedo de mí, sobre todo ahora que un felino salvaje sale a merodear y a matar gente? A veces siento al jaguar que revive en mí. La piel literalmente me escuece por cambiar. ¿O quizá me temo porque piensas que el asesino es alguien de mi familia, quizá Paul?

—No es Paul. O si lo es, no tiene recuerdos de haber adoptado la forma de un jaguar.

Antonietta relajó los hombros, aliviada.

—Tenía tanto miedo. No sé qué pensar de Paul y de su extraño comportamiento. ¿Por qué creería que podía ayudar a la policía a descubrir a una banda de ladrones profesionales? Créeme, conozco biena Paul, y no es lo suyo actuar de agente encubierto. Pero sí es muy suyo que lo apuñalen y que decida quedarse aquí en lugar de ir a un hospital. Y luego convencer a todos de que no puede ir. Todo porque quiere salvar a Justine de la cárcel. —Antonietta sacudió la cabeza, perpleja—. Nonno jamás dejaría a Paul a cargo de la empresa naviera, por muy competente que sea. En los momentos decisivos, siempre tomará una decisión emocional.

—Tú no deseas el negocio. —La cabellera de Antonietta era suave, su piel una tentación demasiado poderosa. Byron le quitó las gafas oscuras para besarla hasta llegar a los párpados.

—No, yo soy una artista. Quiero dedicarme a componer. Supongo que soy una egoísta. En realidad, no me agrada en absoluto tener que interrumpir lo que estoy haciendo para asistir

a reuniones de negocios que no acaban nunca. Paul tiene la capacidad, pero no la personalidad para ello.

Él le cogió el mentón y le giró la cara para mirarla.

—Me fascina besarte. Podría pasarme una vida entera o dos sólo besándote.

—Es curioso, yo siento lo mismo —dijo ella, y abrió la boca para el, dejó que la magia entrara en escena. La brisa que venía del mar era fría y penetrante, aunque solo actuaba como el contrario de las llamas que nacían del contacto entre los dos. Una sombra pasó por encima de ellos, una leve silueta gris que tapó la luna. Byron se percató inmediatamente de que no estaban solos. Se giró y protegió a Antonietta poniendose delante. *No te muevas. No hagas ruido.*

¿Qué pasa?

Aún no lo sé. En actitud de alerta, Byron barrió con la mirada el espacio circundante en busca de posibles enemigos. No había señales del vampiro ni rastro del jaguar. Algo se había movido por encima de ellos, sobre las almenas y la torre que se alzaba sobre sus cabezas.

Byron enfocó la mirada para buscar, yendo de un lado a otro sin parar, escudriñando cada centímetro de las almenas y del tejado.

De pronto, percibió un ligero movimiento por el rabillo del ojo, y quedó paralizado. La gárgola justo por encima de ellos lo miraba, y sus ojos eran dos ascuas rojas. Se produjo un sonoro crujido cuando aquella cabeza gigantesca esculpida en la piedra se giró ligeramente y desplegó las alas, de unos dos metros, preparándose para alzar el vuelo.

Antonietta hincó las uñas en la camisa de Byron por detrás. Se conectó inmediatamente con él. No veía la escena como él, pero tenía una aguda impresión de lo que sucedía. *Es imposible. Esas gárgolas no están vivas. Tienen ojos de piedra. Ni siquiera hay gemas en ellas que capturen o reflejen la luz. Y tampoco pueden desplegar las alas ni girar la cabeza.*

Tienes toda la razón, Antonietta. Aquel dejo grave en su voz la hizo estremecerse. *Sólo conozco a una persona capaz de gastarme una broma como ésta.*

Byron se concentró en la gárgola. La cabeza siguió girando, hasta quedar mirando hacia el tejado. Cuando completó un giro, el enorme pico se abrió como un bostezo, y aparecieron unos dientes enormes. El hocico se cerró de golpe, un mordisco salvaje de advertencia. Josef lanzó un grito y dio un salto hacia atrás, donde Byron pudo verlo.

—Casi me has arrancado una pierna—se quejó.

—De eso se trataba —contestó Byron, tranquilo—. La próxima vez que intentes cogerme desprevenido, me aseguraré de que la gárgola te arranque un brazo.

Con gesto abatido, Josef se sentó en el lomo de la gárgola.

—No lo consigo. Con todas las veces que he intentado que un objeto inanimado se mueva, es siempre como si chirriara. Si hubiera conseguido hacerlo más suave, no habrías sabido que era yo.

Cuando Antonietta percibió que Byron se preparaba a dar un sermón a su sobrino, lo disuadió con una leve presión de la mano.

—Parece un truco muy difícil, Josef. Creo que cualquiera tendria problemas para que la escultura de una gárgola se moviera.

—Pensé que eras ciega —dijo Josef.

—Nunca soy tan ciega cuando estoy con Byron. Capto las imagenes a través de él, o al menos me percato de lo que sucede a mi alrededor. No deberías estar afuera a estas horas. No sé si Byron te lo ha advertido, pero hay un jaguar suelto que mata a la gente. Lo digo en serio. Creo que a tu madre no le gustaría lamentar tu pérdida.

—Sé cuidar de mí mismo —aseguró Josef—. ¿Tú sabes mutar?

—No, no sé, pero suena interesante.

—Es difícil hacerlo solo. Yo practico mucho, pero todavía me equivoco. ¿Por qué no lo has intentado aún?

—No soy como tú.

—Sí que lo eres. Eres la pareja de Byron. Eres...

—Josef. —Había una clara advertencia latente en la voz de Byron—. Ya basta. Vuelve a la villa. Antonietta tiene razón. No estás seguro a estas horas aquí fuera. *Aunque creo que sería más probable que sufra más daño por culpa mía que a manos de cualquier otro.*

Sólo es un niño.

Eso es lo que no deja de recordarme Eleanor.

—¿No puedo venir contigo, tío Byron? Mi madre no me deja hacer nada. Me dio por subir a los muros de la villa, y ella se puso a gritar como una loca. Si cojo carrera, puedo saltar muy alto, pero no consigo dominar la ascensión por una pared vertical. Tengo que utilizar las garras de pies y manos.

—Es porque intentas valerte del cuerpo —dijo Byron, suspirando con paciencia—. Utiliza tu mente. Estás demasiado pendiente del aspecto físico.

Antonietta se estremeció. El viento lanzaba ráfagas gélidas. Byron se quitó la chaqueta en seguida y la envolvió con ella. Antonietta se sorprendió de su calidez.

—Vuelve a la villa, Josef. Trabajaré mañana contigo en algunas de estas cosas, aunque tienes que recordar que no debes utilizar estos dones ni hablar de ellos si los nuestros no están presentes. Se trata de integrarse, Josef. Byron hacía todo lo posible por no hablar como un pariente insoportable.

—No hay nadie más por aquí. Estabas tan ocupado besando a Antonietta que pensé que podía gastaros una broma.

—Tienes mucha suerte de que no te haya lanzado una descarga eléctrica. Vuelve a casa. Quiero estar a solas con mi pareja.

Josef lanzó un largo suspiro.

—Nunca puedo divertirme. No es justo que siempre me digan que tengo que esperar para aprender las cosas.

¡Ya basta! Byron lanzó aquella orden silenciosa entre dientes. *Haz lo que te digo.*

Josef se incorporó con un aire sumamente petulante. Se estremeció con un destello un par de veces, pero no sucedió nada. Byron cerró los ojos y elevó una oración silenciosa de paciencia.

—Josef, conserva la imagen en tu mente.

—Papá siempre lo hace por mí.

—Entonces, ¿cómo has conseguido subir aquí para empezar? Si yo lo hago en tu lugar, nunca aprenderás.

Antonietta se apoyó en Byron.

—Si piensas llevarme a volar, podríamos acompañarlo a casa, ¿no te parece?

Byron la besó en la sien.

—Eres una mujer muy comprensiva.

—Gracias por darte cuenta. —Antonietta tendió la mano hacia Josef—. Ven con nosotros. Byron me llevará a volar. Nunca lo he probado.

—Yo adoptaré la forma de un dragón alado. Así podré mantenerte cerca de mí. Si te asustas, me daré cuenta y bajaremos inmediatamente a tierra.

—¿Tendrás escamas?

—Sí, puedo tener escamas.

—¿Del color que yo quiera?

Byron rió.

—¿Qué color quieres?

—Cuando era pequeña, mi madre siempre me leía un libro donde el dragón tenía escamas azules iridiscentes. Me encantaba como sonaba. Todavía me imagino al dragón que relucía en tonos azules de acuarela, igual que en ese libro. Es un recuerdo muy vívido.

—Entonces tu dragón será de color azul iridiscente acuarela —concedió él, y la estrechó para besarla en el cuello.

—¿Puedo montarme en el lomo del dragón? En todos los libro hay un jinete sobre el dragón. Sólo el pobre idiota que se deja comer viaja atrapado en las garras. —Antonietta intuía el roce de los dientes de Byron, cerrados, yendo y viniendo sobre el pulso que le latía con fuerza en el cuello. Toda ella respondió tensándose. Había algo hipnótico y erótico en aquel movimiento. Cuando él le mordisqueaba el cuello, le inyectaba dardos de fuego en las venas. Hasta que pasó la lengua rápidamente por la herida.

—No quiero correr el riesgo de que te caigas. —Murmuró aquellas palabras en su nuca y Antonietta sintió el aliento cálido en la piel fría. Sus dientes se cerraron sobre su pulso, se demoraron suavemente mientras el deseo quemaba como un ascua en lo más profundo de ella,

—No me caeré, Byron. Me afirmaré con fuerza. Por favor déjame probarlo.

¿Cómo podía negarle algo, ni el más mínimo deseo, sabiendo lo que le esperaba?

—Me sentiría muy desgraciado si, por algún motivo, cayeras al vacío, Antonietta.

—Es verdad que a veces te pones a gruñir como un oso.

—Yo también quiero ser dragón —dijo Josef—. Nunca he hecho algo así. Sería demasiado.

Byron alzó las manos al cielo, derrotado.

—Conecta con la imagen que encuentres en mi mente, Josef. Y asegúrate de conservarla antes de que te separes del tejado. No te puedes distraer. Es una bestia grande, muy diferente a un pájaro. No es tan fácil porque no nos es familiar. Estudia los detalles en mi mente, y no te desprendas de esa imagen en ningún momento. Quiero que permanezcas cerca de mí en caso de que tengas problemas.

—Realmente eres un hombre muy dulce, Byron —dijo Antonietta, sonriéndole.

—No me mires así, *cara*. Cuando me sonríes, no puedo concentrarme. Si Josef sufriera el más mínimo rasguño, mi hermana me arrancaría la cabeza. Y si algo te sucediera a ti, no sé qué haría.

La risa con que ella respondió a aquel tono de lamento se perdió entre las nubes.

—Estoy emocionada. Conviértete en mi dragón y vamos a volar.

El no esperó más. Temía que cambiarla de opinaron si pensaba demasiado en lo que podía ocurrir. Comenzó a transformarse, y proyectó la imagen detallada del dragón de alas azules iridiscentes para su sobrino. Con cuidado, para no golpear casualmente a Antonietta, el enorme dragón se agachó para que ella pudiera montar sobre su lomo.

Antonietta respiró lentamente y se acercó a aquel bulto descomunal. El lomo era frío, tenía escamas y se parecía mucho a una serpiente pitón que había tocado en una ocasión.

—Byron, esto es increíble. —Sintió que las lágrimas le quemaban los ojos ante aquel regalo inesperado. Ni en sus sueños más fantásticos había imaginado una oportunidad como aquella. Se tomó su tiempo para acomodarse, palpando para reconocer el poderoso lomo, el cuello, incluso la cabeza hendida, viendo con sus dedos—. Es bello. Es perfecto. Jamás olvidaré este momento. Subió sobre la pata que él le ofrecía. Le costó varios intentos encaramarse al lomo. Una vez arriba, descubrió una pequeña silla de montar y estribos para afirmar los pies. Se sintió fascinada por los cuidados que le prodigaba. Byron pensaba hasta en el último detalle para que todo le resultara más fácil. Se inclinó hacia adelante y abrazó al dragón por el cuello, y luego empuñó firmemente las riendas. —Estoy lista, Byron. Vamos.

El dragón alzó el vuelo con gran precaución, temeroso de hacerle daño a su jinete. *¿Josef? ¿Estás listo?* El dragón más pequeño, encaramado en el techo de la torre, desplegó las alas y las agitó para probarlas.

Antonietta rió al sentir la ráfaga de aire. Supo que Byron extendía las alas. Volvió a moverse con cautela, pero era un auténtico dragón, con alas de enormes dimensiones. Cuando se lanzó al aire desde la almena, ella no estaba preparada para aquel vacío en el estómago. Se cogió del cuello del dragón con un gesto repentino, respirando aceleradamente.

Puedo sostenerte, cara.

Antonietta se obligó a enderezarse y a encontrar el movimiento de la bestia que había montado. Luego levantó la cara y miró el cielo. *No, no puedes. Voy a volar por mí misma. Es fascinante.* Y eso hizo.

Era una experiencia única surcar los cielos, las enormes alas batiendo y agitando el aire de modo que en cada momento ella era consciente del dragón mítico con sus escamas azules iridiscentes. Era un cuento de hadas hecho realidad. *¿Puedes escupir fuego? Podríamos volar por encima del palacio de los Demonesini y chamuscarle unas mechas de pelo a Cristopher.*

Byron sintió esa risa de Antonietta reverberar en su cuerpo de dragón, recorriéndolo de arriba abajo. En lo más profundo de la betia, Byron sintió que la excitación se adueñaba de sus sentidos.

Antonietta estaba desbordante de alegría. El viento le daba en el pelo y se lo agitaba en todas direcciones, le azotaba la cara, le quitaba el habla y la hacía llorar. No podía ver el cielo de noche, pero imaginaba las estrellas brillando por encima de su cabeza como piedras preciosas. Se inclinó sobre el cuello del dragón pidiéndole que volara más rápido.

Mírame, tío Byron.

Josef intentó dar un giro, y el dragón pequeño se acercó peligrosamente al más grande, y Byron se vio obligado a realizar una brusca maniobra para evitar una colisión en el aire. Antonietta se cogió de las riendas cuando sus caderas perdieron contacto con el lomo del dragón, Byron ascendió con ella para devolverla a la silla antes de que perdiera asidero. Ella apretó las piernas con fuerza y con el corazón en la garganta. *Estoy bien. Esto es fantástico. Me siento tan viva.* Lo dijo todo muy rápidamente, como si intuyera la ira de Byron contra su sobrino.

Al parecer, Josef no se había percatado de lo que había hecho, Siguió haciendo piruetas, dejándose caer velozmente y girando bruscamente, casi haciendo volteretas en el aire. Perdió inmediatamente la orientación. El vértigo se apoderó de él y el pánico reemplazó la imagen que tenía en la cabeza. Comenzó a caer en picado.

Byron, con ayuda de sus anchas alas, añadió velocidad a su vuelo y cayó por debajo del joven. *Ten cuidado, Antonietta. Está cayendo desde arriba. Intentaré cogerlo con las garras. Debería dejar que se lo coman los buitres.*

Byron atrapó al joven en su caída. Pero Josef vio la portentosa cabeza hendida, las enormes fauces y sus hileras de dientes afilados, y se asustó. Golpeó al dragón en el morro, se debatió furiosamente contra las garras y logró zafarse de él.

Byron lanzó una imprecación y se lanzó en picado, hasta que logró situarse por debajo de su sobrino. *Lo dirigiré hacia la parte de la cola. Intenta ayudarlo, pero no te caigas.*

Josef cayó sobre el lomo del dragón y rebotó hacia abajo por la cola. Antonietta ya había soltado las riendas y buscó instintivamente a sus espaldas. Alcanzó a rozar la camisa de Josef, la cogió y no la soltó.

El peso del muchacho casi la arrancó del lomo del dragón, pero Byron, en el interior de aquella gran masa, modificó sus formas para ayudarla a estabilizarse y no caer. Josef se aferró al dragón y se apoyó con fuerza sobre los talones.

Se encaramó hasta quedar detrás de Antonietta y la cogió firmemente por la cintura. A ella le sorprendió el tamaño y la fuerza de aquel adolescente. No le parecía que fuera un chico el que iba sentado, detras de ella. Más bien, parecía un hombre adulto. *¿Qué edad tiene tu sobrino?*

En años de los humanos, tiene veintidós años. En nuestra noción del tiempo, no es más que un niño. Un niño que aún tiene que aprender de los adultos. Mutar es difícil. La mayoría de los padres muestran la imagen al niño una y otra vez hasta que éste aprende a prestar atencion a los detalles. Tienes que funcionar en varios niveles a la vez. Cuando aprendas esto, yo seré quien te muestre la imagen.

No tengo habilidad para mutar, Byron. La verdad es que no la rengo. A veces, siento al jaguar muy cerca en mi interior, pero no puedo conseguir el cambio, aunque lo intente.

Antonietta estaba agradecida por la chaqueta de Byron y el calor constante que ésta generaba mientras surcaban los cielos. Se percató de que el dragón volaba girando en espirales de largos círculos rasantes hasta que se detuvo, aleteando violentamente. Josef se deslizó hasta el balcón de la villa y el dragón volvió a emprender el vuelo.

Antonietta se inclinó hacia adelante y abrazó al dragón por el cuello.

—No quiero que esto acabe jamás. Creo que deberíamos volar toda la noche.

Byron estaba agradecido de que Eleanor hubiese conseguido una segunda villa, más pequeña y mucho más apartada, para él y su pareja. No quería llevar a Antonietta a una cueva en las profundidades de la tierra y explicarle su vida. Explicarle en qué se convertiría la suya. prefería un ambiente tranquilo donde ella se sintiera cómoda y completamente a sus anchas. Envió a su hermana un silencioso agradecimiento por su consideración. Ignoraba cómo había conseguido la villa en tan poco tiempo, pero Eleanor siempre era eficiente.

El dragón se posó en la amplia terraza que miraba al mar. Antonietta lo vio plegar las alas, y esperó a que el dragón le ofreciera la pata. Encontró tierra firme cuando Byron volvió a adoptar su forma humana. Lanzó un grito de alegría y le echó los brazos al cuello.

—*Grazie*. No puedes imaginar lo que esto ha significado para mi, Puede que me entren ganas de aprender a volar.

Él la cogió por la nuca y la estrechó en sus brazos.

—Tendré que enseñarte.

—Sigo sin entender por qué es tan difícil para Josef y, sin embargo, tú no tienes problemas para mutar. Yo percibía tu imagen con claridad.

—Porque yo la proyectaba para ti. Se parece mucho a respirar. No piensas en la mecánica de la respiración, tu cerebro le dicta una orden a tus pulmones y todo funciona en segundo plano mientras seguimos funcionando normalmente. Mutar es diferente. Tienes que controlarlo aún cuando haces otras cosas. Los detalles tienen que ser lo más importante en tu mente, pase lo que pase. Los cárpatos tenemos que pensar en varios niveles a la vez. Y nuestros hijos tienen que aprender todo esto. No son destrezas innatas. Desde luego, algunos son más hábiles que otros. Y también tenemos nuestros genios.

Byron seguía masajeándole el cuello. Había cierto sentimiento posesivo en ese contacto, y Antonietta levantó las manos y lo cogió por la muñeca. Byron le había hecho vivir la experiencia más extraordinaria de su vida. Se aplastó contra él, y se volvió para contemplarlo y darle toda su confianza. Para darle su amor y acogerlo.

Byron gruñó suavemente, la levantó en vilo y la estrechó contra su pecho.

—En este momento, quiero hacer el amor contigo más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Lo dices como si fuera algo malo. Yo también lo deseo. —Antonietta le palpó los labios sutilmente dibujados. Le fascinaba la forma y la textura de su boca. Su sabor. Todas sus terminaciones nerviosas se habían activado después de aquella fantástica cabalgata por los cielos. Ella lo deseaba tanto o más de lo que él podía desearla a ella.

Byron la llevó al interior de la casa. Eleanor le había asegurado que había al menos una habitación disponible para dormir. Él se movió sin vacilar entre los muebles, como si el espacio le fuera familiar, y encontró la escalera de caracol que daba a la lujosa habitación del sótano. Las ventanas estaban tapadas por ricas cortinas de terciopelo. La habitación era amplia, una parte del suelo estaba recubierto de una gruesa moqueta. Un nivel más abajo había un jacuzzi de mármol con un intrincado diseño de mosaicos.

—¿Esta es tu casa? —Antonietta se sintió intrigada por su repentina reserva. Estaba tan acostumbrada a la constante presencia mental de Byron que su retirada la inquietó—. Ya que no he venido con Celt, descríbeme la disposición de la sala. Memorizo bastante bien y así evitaré accidentes. Detesto tropezar con las sillas. Es muy poco estético.

En lugar de hacerlo reír, sus palabras parecieron aumentar la tensión que adivinaba en Byron. La dejó en el suelo, junto a la cama. Ella palpó el grueso cubrecama con la palma de la mano.

—Jamás dejaría que tropezaras —dijo él, y le transmitió enseguida el mapa mental de la habitación.

Ella le sonrió.

—No, desde luego que no me dejarías. Bonita habitación. No me importaría meterme en el jacuzzi después de haber pasado un rato al aire libre por la noche. ¿Y tú?

Byron se mesó el pelo con gesto nervioso, pero abrió los grifos antes de sentarse en el borde de la cama.

Antonietta estudió el mapa de la habitación en su cabeza, y luego caminó lentamente por todas partes, hasta llegar al único peldaño que le permitía sentarse al borde del jacuzzi.

—¿Por qué estás tan preocupado, Byron? —El temor de Antonietta no era que Byron pensara dejar la relación sino, más bien, que pensara que ella sí quería—. ¿Acaso es porque tuviste que darle sangre a mi primo? —Antonietta se quitó la chaqueta, la plegó cuidadosamente y la apartó del jacuzzi—. También puedes hablar conmigo. Quieres hablar, pero tienes problemas para saber cómo explicármelo todo. ¿Es tan difícil conversar conmigo? Recuerda que yo estaba presente. Te rogué que salvaras a Paul. ¿Crees que ahora te reprocharé haber conseguido lo imposible?

Byron levantó la cabeza para mirarla.

—No sé qué he hecho en la vida para merecerte, Antonietta. Eres una mujer verdaderamente excepcional.

Ella rió, incitante, una sirena seductora que lo tentaba con la sexualidad de su voz. Él se quedó inmediatamente hipnotizado cuando la observó desprenderse lentamente de sus sandalias. Había algo muy femenino en como se pasó la mano por las piernas enfundadas en las medias.

—¿Hay algún hombre que merezca a una mujer? Tendría que pensarlo. Aún así, tú eres definitivamente mi elección. —Se inclinó hacia el ruido del agua que corría e introdujo la mano para probar la profundidad.

—Mi pueblo existe gracias a la sangre de otros. Es así como nos alimentamos. La comida nos pone enfermos, especialmente la carne. Podemos obligarnos a comer, pero es incómodo. La mayoría de las veces, damos la impresión de que comemos. Si consumimos alimentos, tenemos que deshacernos de los contenidos lo más pronto posible. —Byron procuraba conservar un tono de voz tranquilo, pero tenía la mirada ardiente fija en su rostro, escrutándola para observa, hasta la más pequeña reacción.

—Ya entiendo. No mentías cuando me decías que a tu familia no le importaría la cena. Estaba ansiosa sin motivo alguno —confesó, y una sonrisa irónica le curvó los labios—. ¿No te parece que eso le da cierta perspectiva a las cosas?

Byron conservó un ligero contacto mental con ella, una mera sombra que seguía sus reacciones. Ella captó lo que él dijo sin juzgar lo. Luego tamborileó sobre el mármol con los dedos.

—¿De modo que tienes colmillos? ¿Como los vampiros en los libros? —preguntó, y se llevó la mano a la vena que le latía en el cuello

—Cuando tengo que alimentarme, mis incisivos se alargan —dijo él, sin dejar de mirarla.

Antonietta cerró el agua.

—¿Tienes música en esta habitación?

La pregunta era inesperada y sorprendió a Byron.

—¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó.

—Claro que lo he oído. Te diré lo que pasa, Byron. Antes de que sigamos, tendrás que contarme algunas cosas importantes sobre su vida.

—El hecho de que tenga colmillos puede parecer relevante para ciertas personas, Antonietta—dijo él, paciente, preguntándose si acaso no había perdido la razón. Comenzaba a sentir una frenética agitación A sus ojos, Antonietta era tan bella, tan valiente. Ardía en deseos deabrazarla. Había reflexionado y decidido que le explicaría lo de su herencia, que la

tranquilizaría con toda la ternura del mundo, aunque no daba la impresión de que Antonietta tuviera necesidad de que la tranquilizaran. No en ese momento.

—Supongo que sí, pero me importa más la elección de la música. Puedo vivir con ciertas cosas, pero la música es mi vida. Si tuvieras gusto deleznable, por ejemplo, no lo sé, tendría que volver a pensarme esta aventura.

Byron volvió a mesarse el pelo, presa de una agitación creciente.

—Eso es otra cosa. Lo nuestro no es una aventura. Ante mi pueblo, ante mí mismo, somos marido y mujer. Y aún más. Estamos unidos para toda la eternidad. El ritual de unión ya se ha celebrado.

Ella se volvió hacia él, mirándolo directamente, como si pudiera verlo.

—¿Y dónde estaba yo durante el ritual de unión? La verdad es que no me acuerdo de lo que me cuentas. Y ya que estamos, podrías explicármelo.

Esa mirada sin vacilar de Antonietta lo sacudió. Ella parecía serena, sentada en el borde del jacuzzi con las medias puestas y su vestido largo.

—Una mujer queda unida a su pareja cuando él recita las antiguas palabras del vínculo. El poder de esas palabras queda como una impronta en todos los hombres de nuestra especie antes de nacer. Somos dos mitades del mismo todo. Cuando se pronuncian esas palabras, las almas se convierten en una, cumplen con su destino, y ninguna de las dos puede permanecer lejos de la otra demasiado tiempo.

—¿Y esto se hace sin el conocimiento o consentimiento de la mujer? —El tono de Antonietta era tranquilo. Hundió la mano en el agua y dejó una estela de ondas en la superficie.

—Tenemos muy pocas mujeres. Nuestra raza está al borde de la extinción. Hemos descubierto que unas pocas y raras mujeres que poseen una capacidad telepática nacen para convertirse en el complemento de un macho cárpato.

—De modo que, sin su conocimiento o consentimiento, atáis a las mujeres a vosotros —repitió ella.

—El macho tiene poco que decir en el asunto si decide sobrevivir. Ella es la luz de nuestra oscuridad. No podemos sentir emociones ni ver colores sin la influencia de la mujer. Hay demasiados machos de nuestra especie que se han convertido en vampiros o se han entregado al amanecer porque no encontraban a su pareja. Es nuestro deber velar porque nuestra especie sobreviva. Las parejas se pertenecen mutuamente.

Ella asintió con un gesto de la cabeza, pero él percibió el destello de ira.

—Los machos tienen una opción, Byron. Siempre hay una opción. La razón por la que no me despierto hasta la puesta de sol se debe a ti, ¿verdad? Y el hecho de que mi oído y mi olfato se hayan agudizado también se debe a ti.

—Hemos intercambiado sangre en dos ocasiones. Las parejas suelen intercambiar sangre durante el acoplamiento.

—¿Yo soy como tú? ¿Por eso Josef estaba tan convencido de que yo podía mutar?

—Todavía no. Se necesitan tres intercambios de sangre para con vertir a un ser humano. Aquellos humanos tienen que poder comunicarse por telepatía. Tú eres mucho más sensible que la mayoría.

—Por eso me has traído aquí esta noche. Tienes la intención de convertirme en alguien como tú. Por eso estás tan afligido.

—Quería esperar, Antonietta. Quería que tú misma tomaras la decisión.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer? —preguntó ella. Se incorporó y se quitó la blusa de seda por encima de la cabeza con un solo movimiento. Había una especie de curiosidad en su voz, pero Byron no detectó una auténtica censura. Ningún temor real. De hecho, Antonietta parecía muy segura de sí misma. Plegó la blusa, la dejo sobre su chaqueta, y quedó frente a él con su sujetador de encaje azul, su larga falda de vuelo y sus piernas enfundadas en las medias.

A Byron le distrajo aquella leve reacción suya. También le distrajeron sus pechos, la tentación oculta bajo aquel encaje casi transparente. La vio quitarse las pinzas del pelo y liberar su larga cabellera. Sus pechos se agitaron, incitantes.

—Byron, ¿qué te hizo cambiar de parecer? ¿Por qué has decidido traerme aquí esta noche y convertirme sin que yo tenga ni arte ni parte. —Antonietta se deshizo de su falda larga y se quedó sólo con sus medias y su diminuto tanga.

Él tardó un momento en recuperar el habla y ordenar sus ideas ante la intensidad de ese brote de lujuria.

—El jaguar, esta noche. Yo no estaba allí para protegerte. Te regalé a Celt, pero no basta con confiar en el borzoi. Tengo que estar seguro de que te encuentras a salvo. —Incluso a sus propios oídos, su voz parecía ahogada. Tuvo que contener la respiración cuando ella se quitó las medias de nailon como si fueran una segunda piel.

—¿Por qué no puedes quedarte conmigo en el palacio?

—Porque no tenemos el mismo sueño. Para el mundo y para ti,pareceria que yo estoy muerto. Sí te despiertas y crees que estoy muerto, tu dolor podría ser una amenaza para tu vida. Ya tuviste una pequeña muestra de ello cuando Paul me disparó. También soy muy vulnerable durante las horas del día. En el palacio, no podría protegerte corno quisiera, ni a ti ni a mí.

Byron sintió que el corazón le daba un vuelco cuando ella se giró y le dio la espalda, doblando apenas la cintura para desprenderse del diminuto tanga. No supo en qué momento se desplazó, pero de pronto se encontró al otro lado de la habitación acariciándole las firmes nalgas.

Antonietta se apoyó sobre las baldosas, y empujó contra su mano, doblándose como una gata.

—¿Y crees que si me convierto en lo mismo que tú me libraría del peligro del jaguar? —Byron la acariciaba por todas partes, se deslizaba en sus hendiduras secretas y la estaba convirtiendo en un mar de lava. Se inclinó para estamparle un beso en el nacimiento de la espalda.

—Sabía que estarías a salvo, Antonietta.

Había absoluta convicción en su voz y en su pensamiento. Le deslizó la mano entre los muslos, obligándola a separar las piernas. Su ropa rozó su piel sensible. Antonietta respondió de buena gana a su deseo. —¿Te agrada el sabor de mi sangre?

A él se le endureció todo el cuerpo, excitándolo hasta el dolor.

—Intentas seducirme, Antonietta.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta, Byron. Detestaría pensar que sólo me has traído aquí con la intención de salvarme de un felina salvaje —dijo, y retrocedió contra él, frotando su trasero con una lentitud deliciosa sobre el grueso bulto bajo la bragueta. Dejó escapar un dulce gemido de placer cuando Byron introdujo el dedo en su pliegue femenino y penetró en lo profundo.

Él le mordisqueó las nalgas, breves mordiscos acompañados de suaves lengüetazos.

—Quiero que bebas mi sangre ahora, Byron. Y esta vez quiera sentirlo.

Aquella voz ronca con que manifestó su atracción era la experiencia más sexualmente excitante que Byron jamás había vivido. Muy lentamente, retiró el dedo y la hizo enderezarse y volverse hacia él.

—¿Lo dices en serio, Antonietta? ¿No tienes miedo?

—No quiero un intercambio, sólo quiero ver cómo es. Para ser franca, la idea me excita, y no sé por qué. Debería estar espantada. Me sentí mal cuando Vlad te dio su sangre. Hubiera preferido ser yo quien te la diera. Me sentía como si debiera ser yo la que te procurara todo lo que necesitas —dijo, y deslizó la mano por debajo de su camisa —. Quítate la ropa. Quítatela toda. En realidad, no la necesitamos.

—No. —Byron la cogió por la nuca y la besó con fuerza mientras se desprendía de su ropa. Ahora sus desnudeces se tocaban. Él descubrió que experimentaba un apetito

irrefrenable, como si tuviese el cuerpo entero hecho un nudo. Se apoderó implacablemente de su boca, y el ardor de Antonietta igualaba al suyo. Las lenguas se enredaron y lucharon. Las manos estaban en todas partes, tocando, explorando, reclamando. Desesperadas por el tacto y el sabor. Ardiendo.

Cuando él dejó su boca para estamparle un reguero de besos por el cuello hasta los pechos, ella lanzó la cabeza hacia atrás, arqueó el cuerpo para encontrar su boca ávida. Byron sabía que había llegado al punto de no retorno, que sus incisivos ya comenzaban a alargarse, así que tuvo que prestar atención mientras chupaba y le mordisqueaba los pezones hasta endurecerlos. Le besó los pechos, el cuello y le estampó un último beso en el hueco de la garganta.

Ella le cogió el pelo, respirando apenas con la excitación, con la anticipación. Todo el cuerpo le latía de hambre, de calor. El aliento de Byron en el cuello le tensó los músculos. Los pechos le dolían, el vientre le latía con fuertes pulsaciones. Él le pasó la lengua por la piel. Con los dientes, rascó dulcemente, con ternura.

Byron la cogió en sus brazos para ampararla y protegerla con su cuerpo.

—Antonietta, ¿estás segura de que esto es lo que quieres? Puedo ahorrarte la experiencia si tienes miedo.

—¿Sí tengo miedo? Lo necesito tanto como tú. Muero por tenerte, Byron. Pienso en ti cada minuto del día. Quiero saberlo todo sobre ti. Quiero saber cómo sería mi vida. No alcanzo a comprender todo lo que me ofreces —dijo, tirándole con más fuerza del pelo, sintiendo que le vibraba todo el cuerpo debido a la tensión sexual.

Byron le encontró el pulso con los dientes y la lengua le vibró sobre aquel punto hasta que ella dejó de respirar. Sintió que el amor brotaba, lo inundaba, mezclándose con la lujuria, con el hambre de Eros.

—Te amo —murmuró con voz queda y le hincó profundamente los dientes.

Capítulo 16

Antonietta lanzó un grito y sus piernas casi cedieron del todo al sentir aquel dolor de un blanco incandescente que le recorría el cuerpo como un latigazo y que daba inmediatamente lugar a un placer que la consumía. Byron se había fundido mentalmente con ella y ahora Antonietta percibió su reacción al beber su sangre. Un regusto caliente. Saciando un hambre que era casi imposible de saciar. En sus venas restallaron relámpagos, largos latigazos que silbaron y crepitaron hasta dejarlos en ascuas. Antonietta lo sujetaba con fuerza posesiva. *Tenía* que poseerlo. Tenía que sentir su cuerpo bajo las yemas de los dedos. Tenía que dejarlo hundirse en lo más profundo de su ser.

No lo hagas. Si traspaso el límite, no podré controlarme.

Byron no tenía por qué advertírselo. Ella lo sabía. Antonietta no quería que Byron se controlara. Quería que ardiera y se consumiera como ella. Quería ver su necesidad. Su hambre. Que estuviera tan pendiente de ella que todo lo demás perdiera importancia. Deslizó las manos sobre sus hombros anchos, siguiendo los contornos de su pecho y su vientre, hasta encontrar la gruesa plenitud de su erección.

Sintió la descarga que lo sacudió a él, luego a ella, al contacto de sus dedos. La intensidad de su deseo la hizo temblar. Comenzó a acariciarlo, a excitarlo, y sus dedos bailaron sobre el prepucio aterciopelado hasta que sintió que en vientre de Byron se desataba una bola de fuego.

Byron le lamió las pequeñas incisiones, le cogió el mentón y sus labios se encontraron. Ella degustó el sabor a especia dulce de la sangre, la pasión de su beso. Y se alimentaron uno del otro, los dos intentando frenéticamente acercarse aún más, hasta que Byron la llevó hacia la pared, donde la sostuvo, sin que sus manos dejaran de acariciarla por todas partes. Antonietta levantó una pierna para ceñirle la cadera, intentando que los cuerpos casaran a la perfección, deseosa de que la penetrara.

Nunca era suficiente. La tormenta arreció, feroz, salvajemente fuera de control y con tanto ardor que tenían que procurarse mutuamente aire. Ella quería compartir su piel. Necesitaba sentirlo dentro. Él tenía que tocarla centímetro a centímetro, oír su respiración acelerada, los leves gemidos que emitía cuando sus manos se aventuraban por cada uno de los intersticios que la hacían retorcerse de placer.

Afuera, el viento azotó las ventanas de la villa. Los relámpagos iluminaron el cielo y los truenos retumbaron, cayeron como bombas que sacudían la tierra. El cielo oscuro se encendió y brotaron chispas de fuego, una lluvia de piedras preciosas que cayeron de las estrellas del firmamento hacia el mar enfurecido.

Byron la llevó hasta la alfombra, porque fue incapaz de llegar a la cama. El cuerpo le hervía, rabioso, y su intelecto había sido anulado por el voraz apetito de Antonietta. Obedeció sin vacilar a su impulso de explorarla íntimamente, y dejó el edén de sus labios para derramar una lluvia de besos sobre sus pechos y su vientre, jugando con su ombligo, levantándole las caderas y besándola, hasta hundir, por fin, la lengua en ella.

Antonietta lanzó un grito, presa de un orgasmo tan intenso que le sacudió las caderas. Él aguantó, sosteniéndola en sus poderosos brazos, demorándose y excitándola, lamiendo con calculada pasión alrededor de su punto más caliente hasta que ella empujó con fuerza, retorciéndose, insaciable. En cuanto él la tocaba, su cuerpo volvía a entrar en una espiral desenfrenada, aún más intensa que la anterior.

Byron le acercó aún más las caderas, presionando con fuerza en su hueco, húmedo y lubricado. Ahora oía su corazón desbocado. Antonietta se debatía sobre la gruesa moqueta, empujando hacia él, queriendo impalarse en busca de alivio. Él deseaba conservar esa imagen en su mente hasta el final de los tiempos, su pelo oscuro en maravilloso contraste con la moqueta blanca, el cuerpo abandonado, enrojecido por la excitación, sus pechos una visión embriagadora, y la suave imploración es su voz cuando le ordenó que tomara posesión de ella.

Él se montó encima y, con un movimiento duro y profundo, la llenó con toda su gruesa envergadura, sólo por el placer de volver a escuchar sus gritos. Antonietta siempre se mostraba desinhibida con él, salvaje y apasionada, deseándolo con cada fibra de su ser. Con sus mentes tan estrechamente fundidas, Byron sentía en cada momento el deseo que la consumía. Sabía exactamente lo que Antonietta quería y, con cada movimiento, se adentraba más profundamente. El suelo de moqueta no daba más de sí, y aunque sus embestidas encontraban esa resistencia, no era suficiente.

Antonietta se aferró a él, lo acercó aún más, alzando las caderas para encontrarlo en una cabalgata sensual y primitiva. Ignoraba en qué momento acababa un orgasmo y comenzaba el siguiente. Sintió el cuerpo entero barrido por una marea que no se detenía, cada ola más poderosa que la anterior y, aún así, nunca era suficiente porque el apetito era insaciable. Hincó las uñas en la espalda de Byron, apretándole las caderas para acercarlo mientras ella se levantaba para ir a su encuentro, sacudiéndose, esclava de un placer delirante y absoluto.

Byron se deleitaba con esa manera suya de entregarse por completo, sin reservas. Sentía todo el cuerpo hinchado más allá de sus expectativas, y un rugido en los oídos, una tormenta oscura de apetito sexual que se apoderaba de él. *Quiero que oigas las palabras, cara mía, que sepas lo que te doy, lo que tú me das a mí. Éste es el ritual del apareamiento. El poder para restablecer las dos mitades de nuestras almas y convertirlas en una unidad. Te reivindico como mi pareja. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te ofrezco mi protección, mi alianza, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Seré el guardián de todo aquello que tú atesores. Velaré por tu vida, tu felicidad y tu bienestar, que siempre estarán por encima de mí mismo hasta el final de los tiempos. Tú eres mi pareja, unida a mí para toda la eternidad y siempre protegida por mí.*

Su hendidura femenina estaba apretada y caliente, un roce aterciopelado que hacía enloquecer a Byron, ahora a él lo sacudía una descarga de fuego que nacía en alguna parte, en los dedos de los pies, y le subía por todo el cuerpo como la embestida de un ariete. Antonietta lo acogió aún más profundo, aguantando con sus caderas la furia de sus embates hasta que quedaron soldados en medio de la poderosa explosión. Byron pensó que quizá se había desintegrado, y quiso aferrarse a Antonietta, a lo que le quedaba de cordura.

Antonietta yacía bajo él, agarrada a sus brazos, frotándole los bíceps con la punta de los dedos, explorando la forma y el contorno de sus músculos mientras intentaba recuperar la respiración y el equilibrio. Byron hundió la cabeza en su cuello y con los labios le calmó el pulso, tan profundamente hundido en ella que Antonietta tuvo la certeza de que habían quedado soldados para siempre.

—¿Crees que sabemos lo que significa la expresión tomárselo con calma y poco a poco? —preguntó, con un tono cargado de humor—. En un momento pensé que íbamos a prender fuego a la habitación.

—Tengo la piel chamuscada —dijo él, y se apoyó en un codo para aliviarla de su peso, mientras con la otra mano le cogía un pecho.

Antonietta sintió los estertores de la reacción en todo el cuerpo.

—No te atrevas a respirar sobre mí. Me he derretido aquí en la moqueta. —Sus párpados se cerraron lentamente—. Y me quedaré dormida aquí en el suelo, y quiero despertarme contigo todavía dentro de mí —confesó con un suspiro feliz—. Puede que seas el mejor amante de la historia universal.

Él inclinó la cabeza hacia la tentación de sus pechos, y con la lengua jugó alrededor de su pezón. Sonrió cuando ella reaccionó apretándose alrededor de su miembro.

—*¿Puede* que sea? —preguntó él, y le chupó el pecho con fuerza para castigarla, riendo cuando ella volvió a levantar las caderas y sentir el orgasmo al que se abandonaba—. Siempre respondes a la perfección, Antonietta —dijo, sintiendo su cuerpo suave y generoso que lo acogía con gusto.

Ella le hundió los dedos en el pelo mientras él le exploraba los pechos con toda la avidez de sus labios.

—¿Piensas pasar la noche derrochando atención sobre mis pechos? No es que me queje, pero me estás volviendo loca. No puedo permitirme estar más caliente. Ahora entiendo las causas de ciertos casos raros de combustión espontánea.

—Estaba pensando que podría pasar la noche entreteniéndome con otras partes de tu anatomía —respondió él—. He decidido que quiero probar todas las maneras posibles de hacer el amor contigo. ¿Cómo se llama ese famoso libro con todas aquellas posiciones y consejos secretos?

Ella le acarició el pelo y, con las sacudidas de la risa, sus músculos se tensaron íntimamente en torno a él.

—Y bien, no esta noche. Esta noche tendrás que inventarte una manera de llevarme hasta el jacuzzi sin que caigamos y nos desparramemos por el suelo como una masa informe.

—Ya estamos en el suelo. En cualquier caso, aquello me obligaría a abandonar esta posición encima de ti, cuando creía haber encontrado un hogar. Eres la mujer más ardiente en toda la faz de la tierra. Pienso quedarme donde estoy.

—Eres un perezoso. Prometo hacer el amor contigo toda la noche, pero si no me refresco con un poco de agua, puede que no sea capaz de cumplir la promesa. Digamos que nos hemos aplicado con mucho rigor. —por un instante, Antonietta mantuvo la cabeza junto a su pecho, sintiendo las olas de placer en que nadaba. Era como habitar en un capullo de deleite sensuales.

Él le besó el pezón con un suave suspiro de lamento.

—Supongo que tienes razón, pero quiero que sepas que me lo estaba pasando en grande.

—Cuando volvamos a la cama, dejaré que te diviertas todo lo que quieras. Puedes hacer realidad tus fantasías. —Antonietta lo había visitado mentalmente, había sido testigo de sus fantasías y ahora se excitaba al conocer sus intenciones—. Me gustaría tener tu energía, pero no es así. Tengo que descansar. No quiero que me duela.

—Mi saliva contiene un agente curativo. No tenemos que preocuparnos por eso. No dejaré que te sientas incómoda —dijo y comenzó a abandonarla suavemente. Ella reaccionó tensando los músculos, adhiriéndose a él, intentado que no se retirara. Byron la besó en la garganta—. ¿Lo ves? Ni siquiera tu cuerpo quiere que nos separemos.

—No le preste atención —dijo ella, y le lanzó los brazos al cuello cuando él la levantó para acogerla contra su pecho—. No puedo moverme. Puede que no lo consiga nunca más.

El agua en el jacuzzi estaba caliente y burbujeante, y la baño por todas partes, hasta las más sensibles. Incluso aquella sensación ahora parecía cargada de erotismo. Antonietta dejó escapar un suspiro de dicha.

—Esto es una maravilla. ¿Tienes velas?

—Si tú lo quieres.

—No puedo verlas, pero si son aromáticas, siempre es agradable.

Casi al instante, una fragancia de madreselva y lluvia inundó la habitación. Antonietta sonrió y dejó las piernas flotar hasta la superficie, los brazos abiertos como si quisiera abrazar la atmósfera de aquel ambiente.

—Mi brujo particular.

El agua le baño los pechos, el ombligo, el triángulo de rizos oscuros, la sombra entre las piernas. Byron se inclinó hacia atrás y la observó, sintiendo una emoción peculiar en la

boca del estómago. Antonietta estaba tan estrechamente unida a él, tan engastada en su corazón y en su alma, y él ignoraba cómo había sucedido. El solo hecho de mirarla era como una lanza punzante. Era una sensación extraña, un dolor físico, un sufrimiento amoroso cuando la contemplaba.

—¿Ahora me dirás qué tipo de música te gusta? —preguntó Antonietta, flotando en el agua que corría suavemente, dejando que la cabellera se desplegara a su alrededor como un mar de algas. Con la cabeza, dio contra el pecho de Byron. Los brazos se entrelazaron para que él la sostuviera mientras el agua burbujeaba sobre su piel delicada.

—Josef ha elaborado una versión especialmente interesante del rap —dijo.

Antonietta quedó boquiabierta, sin disimular su alarma. Se hundió bajo el agua mientras borboteaba una protesta. Él la cogió y la sacó a la superficie, una risa suave y burlona.

—Tengo toda tu música —le aseguró.

—Ha sido una repuesta perversa —dijo Antonietta—. Como contrapartida, debo señalarte que no hemos utilizado anticonceptivos. Ni siquiera pienso en ello cuando estoy contigo, lo cual es absurdo, porque siempre he sido una persona responsable. No puedo verte la cara, y espero que estés frunciendo el ceño.

Él le cogió la mano y con sus dedos siguió el dibujo de sus labios.

—¿Tienes la impresión de que estoy frunciendo el ceño?

Ella retiró bruscamente la mano.

—Es imposible irritarte. Es muy probable que si estuviera embarazada, tú te sentirías dichoso, lo cual no es nada razonable.

—Me gustaría que esperaras hasta que te convirtiera.

Antonietta se incorporó, se acercó a la silla pequeña junto a él.

—Toda esta historia de la conversión me suena sospechosamente a vampirismo. ¿Qué diferencia hay?

—Los vampiros son seres totalmente perversos. Los machos cárpatos pierden las emociones alrededor de los doscientos años, en plena edad adulta. En ese momento, comienzan a experimentar la atracción del poder, el impulso de sentir la emoción de la muerte. Somos depredadores, con algunos rasgos animales. Podemos ser peligrosos cuando nos provocan, pero no matamos indiscriminadamente. Los vampiros viven para causar dolor y tormento a otros seres y, al final, la muerte. Nosotros tomamos la sangre pero no hacemos daño a nuestras víctimas. Los vampiros matan por la adrenalina en la sangre y por el impulso de poder, una emoción pasajera, cuando matan. El deber de nuestros cazadores es llevar a estos machos ante la justicia y proteger a nuestra especia ocultando su existencia.

—Eso quería decir cuando hablabas de cazador. Un cazador de vampiros.

—Sí, entre otras cosas. Yo me he dedicado a ello, pero no es mi vocación.

—Algo que tendría que agradecer. ¿Cuánto tiempo podéis vivir?

Él se encogió de hombros, un gesto de pereza que hizo deslizarse el agua sobre su piel. Le cogió un pie a Antonietta y lo dijo descansar sobre su muslo para masajearlo.

—A menos que se produzca la herida mortal y nadie pueda procurarnos sangre, podemos vivir todo el tiempo que queramos.

—De modo que si yo fuera como tú, viviría, pero vería morir a mi familia y, con el paso del tiempo, a sus descendientes.

—Desgraciadamente, son momentos difíciles que todos vivimos. Perdemos a personas queridas, pero eso le sucede a todo el mundo. Don Giovanni no vivirá para siempre. Algún día tendrás que enfrentarte a su muerte, pase lo que pase. Y la pequeña Margurite podría haber muerto cuando cayó el escudo. En la vida, cualquier cosa puede suceder —sentenció, y deslizó la mano hacia la pantorrilla de Antonietta.

Antonieta se hundió más en el agua para tenderle la pierna.

—Eso es verdad, es algo indiscutible. ¿Y no podría estar despierta durante las horas del día?

—No, y tu piel se tendría que aclimatar lentamente al amanecer antes de que pudieras estar al exterior durante esas horas del día.

—Pero te tendría a ti.

—Eres mi pareja, Antonietta. Siempre me tendrás.

—Los hombres siempre abandonan a las mujeres, Byron. Me estás pidiendo que cambie todo mi modo de vida por ti. Amo a mi familia. Amo el palacio. No quiero dejar mi hogar. Y no quiero abandonar mi carrera. La música es lo que me define, define quién soy y qué soy.

—Las parejas no pueden abandonarse. Yo no te pido que renuncies a tu carrera ni que dejes tu hogar. Hay cárpatos que viven con seres humanos, y llevan una vida normal.

—¿Cómo funciona la conversión?

—Intercambiamos sangre tres veces. La sangre afecta a tus órganos, los remodela y te cambia hasta que te transformas en quien deberías ser. Ya se advierten ciertas señales.

Ella jugó, ausente, con el agua, reventando las burbujas que flotaban a su alrededor.

—¿Y qué pasa con mi vista? Últimamente, han sucedido las cosas más extrañas. He visto destellos de luz, sombras, incluso colores, puesto que percibo la temperatura de los cuerpos. Pensaba que quizá era porque estamos tan estrechamente conectados.

Byron se quedó reflexionando.

—Yo vi los colores a través de Jacques. No eran mis recuerdos la fuente de las imágenes sino la visión que tenía de su pareja. Eso es poco habitual. Buscamos en los recuerdos para sentir emociones pero, como regla, no funciona de esa manera con la visión. Quizá hay algo en mi linaje que permite que eso suceda. Yo diría que recuperarás la visión a medida que la sangre sane y adopte una nueva forma. Nuestros ojos son diferentes, están más adaptados a la visión nocturna. ¿Acaso la idea de volver a ver es más tentadora que la decisión de estar conmigo?

Antonieta respondió riendo.

—Hablas como un macho. Es una reflexión tan infantil.

Él tiró del pie hasta que ella se sumergió. Antonieta retiró la pierna e invirtió la posición bajo el agua hasta que dio con la cabeza contra su vientre. Le rodeó la cintura con los brazos para apartarse y dejó descansar la cabeza sobre su regazo, mientras su boca se cerraba sobre su miembro flotante.

Byron observó la riqueza de aquella cabellera sedosa que flotaba en el agua llena de burbujas. Antonieta lo chupaba con tanta fuerza que no tardó en dirigirle su atención. Su lengua bailaba, jugando con él, frotándolo hasta que todo el cuerpo le tembló y volvió a sentir deseo. Era como si Antonietta estuviese a punto de arrancarle un volcán desde el mismísimo centro de su ser. La sangre se le espesó, hasta que pareció que todas sus terminaciones nerviosas se concentraron ahí donde Antonietta se aplicaba con su boca caliente y apasionada. Sintió que los pulmones le estallaban al respirar y, en ese momento, ella salió a la superficie en busca de aire, una ninfa del agua que se reía de él.

—Ven aquí, mujer desquiciada —dijo él y se estiró para alcanzarla y atraerla—. Viviremos en tu casa con tu familia. Tú viajarás por el mundo tocando tu música para tu público y yo volveré a trabajar el arte de las piedras preciosas que despierto a la vida. Las parejas son para toda la eternidad, Antonietta. Podemos casarnos a la manera de los tuyos y vivir y disimular que envejecemos. Puede que en ciertos momentos tengamos que marcharnos, pero siempre volveremos si tú lo deseas.

Ella inclinó la cabeza y una leve sonrisa de sirena se le dibujó en los labios.

—¿De verdad puedes conseguir que no me sienta incómoda y que podamos hacer el amor toda la noche?

—Absolutamente.

—Creo que necesito una prueba antes de que me comprometa a más mordiscos.

Por toda respuesta, él la levantó en vilo y la sentó en el borde del jacuzzi. Le separó los muslos lo suficiente para ponerle las piernas a horcajadas sobre sus hombros.

—Es un desafío al que no me puedo resistir —dijo, e inclinó la cabeza hacia ella, explorando con suaves mordiscos en el interior de sus muslos, exhalando su aliento cálido sobre su entrada más vulnerable. La cogió por las caderas y la deslizó hacia su boca, hasta que ella lanzó un grito y le agarró con fuerza el pelo para sujetarse.

Antonietta echó la cabeza hacia atrás. Los pechos le dolían de lo llenos que estaban. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Byron hacía cosas increíbles con la lengua, la acariciaba y frotaba mientras se aventuraba más allá. Por donde fuera que la tocara, la aplacaba y, a la vez, aumentaba su placer. El cuerpo se le siguió tensando cada vez más, enrollándose como un resorte. Ahora estaba húmeda y caliente, esperándolo, impaciente. Quería gritar con la maravilla y la belleza de las alturas adonde él la transportaba. Y, aún así, quería más, seguía deseándolo.

Byron alzó la cabeza, acercó la boca a la suya para que compartiera su sabor, adentrándose con la lengua hasta encontrar la suya. A continuación, la hizo girar e inclinarse sobre el borde.

—¿Es suficiente prueba? Te puedo dar más —avisó, y le cogió los pechos en el cuenco de las manos mientras se apretaba contra sus nalgas, enseñándole deliberadamente la turgencia de su deseo—. ¿Quieres más?

Antonietta se inclinó hacia atrás intentando que se hundiera en ella. Byron esquivó su mano, volvió a frotarse contra ella y a morderle el trasero prieto. Antonietta quiso darse media vuelta, sabiendo que los dos podían jugar. Byron la sostuvo contra el borde, la cogió por las caderas y entró en su apretada hendidura con exquisita lentitud.

—Habías dicho con calma y poco a poco, ¿recuerdas?

Su miembro era tan grueso que ella lo sentía presionándola, empujando más allá de sus paredes, mientras aquel roce lento la encumbraba hasta los límites de la locura.

—Yo no he dicho eso. Estoy segura de que no he dicho eso. —Byron era extraordinariamente fuerte y la sostenía con un abrazo leve pero imposible de romper, mientras seguía moviéndose con acometidas tranquilas y prolongadas. Cada vez que empujaba, ella se estremecía de placer. Tuvo que permanecer completamente quieta mientras él se aplicaba.

Dejó de seguir luchando para tenerlo, y dejó que el placer la bañara en sucesivas oleadas. Sintió que los pechos se le endurecían y que, con cada movimiento, Byron enriquecía su experiencia, fiel a su intención. Antonietta buscó un contacto mental con él para que compartieran cada uno de sus orgasmos, para enseñarle la belleza de su abandono a la excitación y al fuego. Para entregarse a él. Ahora sentía que Byron se excitaba cuanto más se estimulaba ella, cogiéndolo con fuerza y arrastrándolo hasta el borde del abismo.

Cuando recuperó la respiración, Antonietta rió porque él dio un paso atrás y la atrajo hacia el agua espumosa.

—¿Estamos enganchados para siempre? Mis piernas están agotadas, y no soy yo quien ha hecho el esfuerzo. —Las burbujas del agua le acariciaban las nalgas, bullían entre sus cuerpos y le excitaban su íntima naturaleza femenina—. Espero que sepas que nunca me convencerás recurriendo al sexo. Puedes intentarlo, espero que lo intentes, pero tomaré mis decisiones sobre la base de otras cosas. Cosas importante, como el tipo de música que te gusta. —De pronto, su sonrisa se desvaneció, y se quedó completamente quieta.

Byron se deslizó fuera de ella, la giró para mirarla, y conservó las manos sobre sus caderas.

—¿Qué sucede, Antonietta?

—¿Tengo alguna alternativa, Byron? ¿Acaso me estás preguntando si yo deseo esta conversión o sólo explicándomela porque tienes la intención de convertirme, sin importar lo que yo piense?

Tras formular la pregunta, hincó las uñas en sus brazos. Él sintió el latido de su corazón, percibió el ritmo desacompasado y temeroso. Con una mano la cogió por la nuca.

—Te he traído aquí con toda la intención de convertirte —dijo, con voz pausada—. Mi primer deber hacia ti y hacia mi pueblo es protegerte.

—Tengo que sentarme —dijo ella. Le faltaba el aire y sintió que sus piernas se convertían en gelatina. Palpó a sus espaldas para encontrar uno de los asientos. Byron la ayudó a sentarse en el agua espumosa—. Cierra los grifos —pidió ella.

Él obedeció y la habitación de pronto quedó en silencio. Antonietta plegó las rodillas y se las cogió con los brazos.

—¿Tienes alguna idea de lo vulnerable que se puede sentir una mujer? Y yo soy una mujer fuerte, no suelo asustarme, pero soy lo bastante inteligente para permanecer en un entorno que me sea propicio. He conseguido hacer la mayoría de las cosas que quería, pero siempre me he asegurado de rodearme de personas de confianza. La ceguera me hace aún más vulnerable. Puedo darte una bofetada en la cara y salir de aquí como una reina del drama. Aunque, claro está, si tropiezo con una silla, echaría a perder el efecto.

—¿Tienes ganas de darme una bofetada?

Ella se apartó el pelo mojado de la cara.

—No, quiero que me dejes tomar mis propias decisiones. La que me pides no tiene nada de banal. Es incluso más importante que el matrimonio, y yo pensaba que jamás me casaría.

—¿Por qué no te casarías, Antonietta?

Ella respondió encogiéndose de hombros. El agua seguía caliente, y lo que ella necesitaba ahora era calor.

—¿Cómo podría saber si un hombre me quiere por lo que soy? No soy para nada como tú me ves. Tengo unos kilos de más y es verdad que tengo cicatrices. No son las cicatrices que Tasha me había descrito, pero están ahí. He vivido muy de cerca el daño que puede provocar un matrimonio mal avenido. Paul y Tasha han sufrido mucho. No tienes ni idea. Su padre era un mujeriego —dijo y se frotó la cara—. Estuvo con todas las criadas del palacio y con cualquier otra mujer que consiguiera seducir. Siempre salía en los periódicos sensacionalistas. No le importaba dónde estaba ni quién lo veía. Era capaz de tener relaciones sexuales con una mujer delante de Paul y Tasha y reírse de ello. Era muy brusco y crítico con Paul y a Tasha la colmaba de regalos, pero poca cosa más.

—No tenía sentido del honor, Antonietta. Yo sí lo tengo.

—Tía Selena lo sabía todo acerca de las mujeres. Se dio a la bebida para fingir que no se enteraba. Hasta que corrió el rumor de que una de sus mujeres estaba embarazada. —Antonietta se pasó la mano por la boca como si intentara deshacerse de un recuerdo desagradable—. Tía Selena murió un día en circunstancias que la policía describió como sospechosas. Ella y Anton estaban en la torre. Se produjo una terrible disputa. Nonno subió e intentó calmarla para que bajara. Helena también lo intentó. Selena cayó o fue empujada. Fue un momento horrible de nuestras vidas. Si había un bebé, tío Anton pagó a la mujer y ella abortó, porque el tema no volvió a mencionarse. Él siguió adelante con su vida como si nada hubiera sucedido.

—¿Cómo murió?

—Un accidente de coche. Había bebido y se salió de la carretera —recordó ella, y apoyó la nuca contra el borde del jacuzzi—. Tasha ha estado casada. Las dos veces sus maridos la engañaron. Franco está casado y su vida es una miseria. Los pocos hombres con que he salido y que parecían compañeros adecuados acabaron codiciando mi dinero y/o los negocios de los Scarletti.

—¿Acaso piensas que eso es lo que yo quiero, Antonietta? —inquirió él, con voz serena.

Ella se estremeció a pesar del agua tibia.

—Quieres que me convierta en una criatura, en otra especie que depende de la sangre para sobrevivir. Quieres que cambie lo que soy por ti.

—¿Preferirías que me alejara de ti?

En cuanto él pronunció aquellas palabras, ella experimentó un súbito amago de pánico.

—Pensé que había dicho que las parejas nunca podían separarse.

—¿Quieres que te deje? ¿Quieres seguir viviendo una vida que ya no me incluye? Ésa es la pregunta, más que cualquier otra cosa, para que te decidas.

—Quiero salir de aquí —dijo ella, y se incorporó, dejando que el agua le resbalara por la piel.

Byron se apresuró a salir, la levantó en vilo del jacuzzi y la envolvió en una toalla suave. Antonietta se arropó con ella y, valiéndose del mapa mental de Byron, se dirigió a la cama.

—Entonces existe una alternativa. Me has traído aquí para convertirme, pero me das una alternativa.

—Jamás serías feliz ni confiarías del todo en mí si yo tomara esa importante decisión por ti. Al menos, sé eso de ti. Quiero tu confianza. Y quiero que me elijas a mí. No lo quiero porque seas mi pareja, o porque puedas recuperar tu vista, o incluso porque tenemos buenas relaciones sexuales. Quiero que digas que sí porque sientes lo mismo que yo siento por ti. Quiero que sepas hasta dónde llega tu amor por mí.

—Excelentes relaciones sexuales —corrigió ella, con voz suave. Byron la estaba despedazando por dentro. Si hubiese intentado forzarla, ella se habría resistido todo lo posible, pero no, le había dado la alternativa. Algo más que preguntarle. Se había desprendido de su orgullo y depositado sus sentimientos a sus pies—. Byron, si te pido que vivas conmigo en el palacio, los dos juntos, casados a mi manera, y si encontramos cómo estar seguros, ¿lo harías si yo no me sometiera a la conversión?

—Eres mi pareja. Elegiría vivir contigo y envejecer contigo. Mi vida acabaría cuando tú murieras.

Ella percibió la franqueza en su voz. Se acurrucó en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada.

—Ven a darme calor, Byron.

Él la obedeció de inmediato, como ella sabía que haría, ajustando su cuerpo al de ella, estrechándola en sus brazos, envolviéndola para que se sintiera segura y abrigada.

—Quiero una boda de familia y que Tasha sea mi dama de honor. Y quiero que hagas las paces con ella.

—Ella está decidida a que el capitán Diego me meta en la cárcel.

—Renunciará a ello cuando te conviertas en parte de la familia. Nosotros protegemos a la familia, y eso te incluirá a ti.

—Me pides mucho, pero supongo que por ti, para que seas feliz, encontraré una manera de entenderme con la provocadora intratable que es tu prima.

Ella se giró en sus brazos, le encontró el rostro con la punta de los dedos y lo recorrió para captar cada detalle. Le tocó los labios, los dientes.

—Yo te escojo a ti, Byron. Quiero vivir contigo. De modo que, vamos allá.

Él se inclinó hacia ella, la besó en la boca. Los labios le temblaron al contacto con los de Byron.

—Quiero que estés segura. No hay vuelta atrás. Una vez que lo hagamos, no podré deshacerlo.

—Jamás diría que sí si no lo dijera en serio.

Él volvió a besarla con tal ternura que a Antonietta le dio un vuelco el corazón. La cogió con cuidado, con su enorme fuerza contenida. Incluso sumidos en esa pasión salvaje, él se mostraba delicado ante ella. Antonietta sintió su aliento, el roce aterciopelado de sus labios, los leves tirones de sus dientes cuando le rascaron la piel arriba abajo con un ritmo hipnótico. Sintió un dolor vivo e incandescente que inmediatamente dio lugar al placer. Latigazos de relámpagos bailaron en sus venas. Antonietta le cogió la cabeza con ambas manos y le enredó los dedos en la cabellera. Se abrió a su lengua, oyó sus suaves murmullos, palabras que no entendió.

Librodot

Ahora sintió que él la giraba en sus brazos, la apretaba contra su pecho, le recorría todo el cuerpo con sus caricias. Byron le deslizó la mano hasta la nuca, y acercó la boca justo por encima de su corazón, donde Antonietta sintió fuerza y calor, el cuerpo inundado por olas de energía. En su vientre brotó un fuego, luego en sus pechos, entre sus piernas. Él estaba encima de ella, penetrando en ella con el mismo fuego y energía. Esa manera de hacer el amor suyo tenía una cualidad casi onírica. El sabor de su boca era caliente y picante. Salado. Sus manos eran suaves, le moldeaban el cuerpo y la estrechaban. Su manera de hacer el amor era tierna y pausada, muy diferente de su pasión anterior, y ella se sentía querida y acogida. Con cada movimiento de su cuerpo, ella sentía la tensión que se acumulaba, lo sentía a él ascendiendo con ella, hasta que el orgasmo que los estremeció a ambos la dejó a ella exhausta, apoyada en él, el cuerpo lacio y vacío, pero colmada de una paz desconocida.

Antonietta se acurrucó contra su hombro, y cerró los ojos. *Estoy muy cansada, Byron. No creo que pueda permanecer despierta. Si algo importante sucede, no me despiertes, déjame dormir.* Antonietta no estaba del todo segura de no haber soñado el acoplamiento. De no haber soñado que se alimentaba de la sangre de Byron. Tenía la mente borrosa, el cuerpo tan lacio que no podía moverse.

—¿Por qué me has dicho que sí, Antonietta? —preguntó él, besándole los párpados y la comisura de los labios—. ¿Por qué escogerías algo tan desconocido en lugar de una vida de la que disfrutas y que te es familiar? Tu valentía es asombrosa.

Ella se frotó la cara contra su hombro como una gata contenta.

—Creo que todos queremos que nos amen, Byron. He soñado toda mi vida con conocer a un hombre que realmente me amaría y querría compartir su vida conmigo. Necesito que me amen. Cuando contacto mentalmente contigo, veo esa misma necesidad en ti. No hay ninguna valentía especial en coger las oportunidades de la vida cuando se presentan. La vida hay que vivirla. No quiero sentarme al margen y mirar cómo pasa ante mis ojos. Nunca lo he hecho. La ceguera me ha enseñado a aprovechar las oportunidades que pueda en el momento en que melas ofrecen. Contigo es fácil. Lo veo en tu pensamiento, y tu manera de amarme es algo portentoso. —Su sonrisa suave le estremeció la piel—. No tiene nada de realista, pero si quieres verme como una persona bella y maravillosa, no seré yo quien se oponga.

Él la estrecho aún más cerca, le prodigó sus caricias posesivas.

—Tú ya tienes ciertas habilidades, y eres extraordinariamente sensible. Será interesante ver cómo evolucionan tus cualidades a lo largo del tiempo.

—Pero viviremos en el palacio —insistió ella, pidiendo que le diera esa seguridad—. Nonno se opondría a que me fuera. Y nadie entiende a Tasha.

—Nunca te dice lo que piensa. La mayoría de las veces, penetraba en su mente y leía sus intenciones, sin prestar atención a sus palabras, pero tu familia, n incluso algunos criados tienen esa curiosa barrera.

—¿También seré capaz de hacer eso?

—Sí, pro en el caso de tu familia, se darían cuenta de lo que sucede y tendrías que eliminar el recuerdo. Con el tiempo aprenderás que, si se puede, es preferible dejar que las personas conserven la privacidad de sus propios pensamientos.

—Pensé que era intrusivo y un poco inquietante cuando me di cuenta de que podías leer mis pensamientos. A veces, las ideas van y vienen al azar. No estaba segura de querer que vieras cómo era realmente.

Él rió suavemente y le dejó un reguero de besos en el pelo.

—En cuanto a Josef, creo que es preferible visitarlo mentalmente en cualquier momento, y puede que tengas que recordar esa norma. Parece un chico muy inocente, y habla como un inocente, pero la verdad es que es una maldición.

—¿Crees que realmente podré ver? —preguntó ella, plegando las rodillas. Sentía que algo extraño le quemaba en el vientre. Con cada minuto que pasaba, había aumentado hasta llegar a ser doloroso. Plegar las piernas no le había aliviado.

Byron le puso la mano en el vientre, abrió totalmente los dedos para abarcarlo por completo. Su contacto debería haberla calmado, pero las punzadas de dolor se sucedían a través del abdomen y por la espalda.

—¿Byron? —preguntó, cuando empezaba a sudar. Los músculos se le entumecieron—. ¿Qué me está pasando?

—Es el efecto de la conversión —dijo él, y se fundió plenamente con ella, intentando aliviar su malestar. Por mucho que intentara bloquearlo, Antonietta ardía en un fuego que le desgarraba las entrañas. De pronto, la sacudió una convulsión que la hizo rebotar contra el colchón, a pesar de la resistencia de los brazos de Byron.

Antonietta sintió que algo vivo se movía por debajo de su piel, escociéndole horriblemente, intentando salir de ella por todos los poros. Pensó que había gritado, pero no oyó nada. De pronto, algo retumbó en la habitación y le reverberó dolorosamente en los oídos. Era como si no pudiera ajustar el volumen.

Jacques. Jacques, ¿qué debería hacer? Byron intentó dar con aquel hombre que conocía y con quien había vivido ese episodio. El único hombre que podía ayudarlo a ahorrar a Antonieta lo más doloroso. No le costó demasiado dejar que Jacques compartiera su visión de lo que Antonietta estaba viviendo.

No puedes hacer gran cosa hasta que su organismo se haya liberado de todas las toxinas. Entonces, deberás dejarla dormir y darle tiempo para restablecerse en el regazo de la tierra. Son momentos difíciles, Byron. Si necesitas cualquier tipo de ayuda, estoy aquí.

A Antonietta se le cortó la respiración cuando otra ola de fuego le fulminó el cuerpo, le arrasó el corazón y los pulmones y se apoderó de cada músculo en su organismo. Forzó el aire hasta llegar a los pulmones, y se dio cuenta de que Byron respiraba por los dos. Estiró ciegamente la mano en busca de la suya. La apretó con fuerza queriendo tenerla a su lado.

Miles de agujas se le clavaron en los ojos, y el fuego le quemó las cavidades oculares. Las puntas de los dedos se le volvieron insensibles y luego surgieron de la nada unas garras como ganchos, que desaparecieron de inmediato. Byron se vio obligado a soltarle las manos, so riesgo de sufrir serias heridas. Antonietta volvió a sufrir una convulsión, arqueándose y estirándose en medio de las contorsiones. Con la misma fuerza, se aplastó contra el colchón.

—No tenía idea, Antonietta. Jamás te habría pedido que pasaras por esto.

Ella sufrió el embate de otra ola, intentando sonreír apenas, pero creyó que su cara se alargaba.

—El parto debe ser cosa de niños para las mujeres cárpatas después de vivir esto. —Su voz era apagada, no era la voz de siempre. Un suave quejido se añadió a sus palabras. El ruido en sus oídos aumentó hasta convertirse en un rugido ensordecedor—. Creo que voy a vomitar. Acompáñame al lavabo.

Byron la cogió y se movieron rápidamente. En sus ojos asomaron unas lágrimas de culpa.

—Debería haberlo sabido. Antes de pedirte algo así, debería haber sabido en que te metía. Lo siento, querida. —Le apartó el pelo de la cara mientras ella seguía vomitando.

Byron no tenía idea de cuánto tiempo había pasado. Parecían horas interminables. Atontado por el dolor, por la terrible quemazón, como un soplete que le consumía el interior, se sentía agradecido de que ella no viera cómo algo se agitaba bajo su piel y le recorría el cuerpo, imparable. En varias ocasiones, Byron se vio obligado a reducirla para impedir que se rasgara la piel o se sacara los ojos. Intentó todo lo que se le ocurría para mitigar su sufrimiento, pero lo único que podía hacer era sostenerla y vigilar que no se hiciera daño. El cansancio le ayudó más que cualquier otra cosa, y ella descansó entre las olas de dolor, sosteniéndole la mano, concentrada en mantener la mente en blanco.

Byron se sintió agradecido cuando vio que, finalmente, Antonietta dormía. De sus labios salió aquella orden, piadosa pero implacable, y ella sucumbió sin pronunciar palabra.

Capítulo 17

Byron devolvió a Antonietta de las profundidades de aquella tierra curativa al lecho de su habitación en la villa. Se aseguró de que no quedaban huellas de haber pasado el día en la tierra cuando la depositó sobre las sábanas y se tendió junto a ella. Byron tenía el corazón acelerado y hasta un regusto a miedo en la boca. Le cogió la cara con las dos manos y la besó en los labios.

—Despierta para mí, Antonietta. Despierta y saluda tu nueva existencia.

Ella apenas se movió y se desplazó, exuberante, hasta quedar debajo de él, los pechos aplastados contra el de Byron, acogiéndolo con sus caderas. Antonietta se desperezó y abrió los ojos.

Lanzó un grito y se tapó la cara.

—Algo ha pasado, Byron. Esto no va bien. Algo ha funcionada mal.

Byron intentó leer sus pensamientos, pero el pánico lo dominaba.

—Veamos. No entiendo qué ha funcionada mal, Antonietta. Acabas de despertar, no deberías sentir dolor. ¿Te duele algo?

Su respuesta fue un retortijón en el vientre.

—De pronto me desperté y oía lo que sucedía fuera de la villa. Podía sentirte, tu piel, tu cuerpo y te deseé de inmediato. Estaba pensando en hacer el amor, en lo bello que sería y en lo maravilloso que es despertarse en tus brazos. Pero cuando he abierto los ojos, todo se ha desencajado.

Byron la ayudó a respirar, lenta y pausadamente, hasta que el corazón desbocado de Antonietta recuperó su ritmo y su caos mental se apaciguó. Luego analizó los recuerdos en su mente. La habitación que giraba. Su rostro acercándose a ella, distorsionado. Visiones borrosas. La luz que venía de todas partes, un caleidoscopio embriagador de imágenes y colores. Una punzada de dolor le dio de lleno en la cabeza y el vientre se le retorció.

—¿Hay alguna manera de remediarlo? —preguntó Antonietta, y le echó los brazos alrededor del cuello, cerrando los ojos con fuerza—. Aquello daba miedo.

Él la besó en la comisura de los labios, le mordisqueó el mentón mientras buscaba desesperadamente una respuesta.

—Mi amigo Jacques tenía una pareja, Shea, que antes de su conversión era médico y ahora es una conocida sanadora. Veré si puedo enseñarle lo que está ocurriendo. Quizá nos pueda decir qué tenemos que hacer.

Sus demostraciones de afecto de siempre, los mordiscos amorosos, la manera en que sus labios le rozaban la piel como plumas, aún cuando estuviera absorto en la solución del problema, todo aquello le procuró a Antonietta seguridad. Se relajó completamente bajo su peso y consiguió que la tensión se desvaneciera. Entonces se dio cuenta de que Byron estaba duro y grueso y preparado para ella. Le deslizó las manos por la espalda y se concentró en seguir una detallada definición de sus músculos. Con los ojos firmemente cerrados, dejando fuera todo lo que le era ajeno, se concentró en lo que mejor conocía, en la textura y el contacto con los masculinos rasgos de Byron.

Byron buscó a Jacques. *Vuelvo a necesitar tu ayuda. ¿Habías visto esto antes? ¿Shea? Antonietta no puede abrir los ojos.* Byron compartió con Jacques aquella visión borrosa. *Su conversión ha sido difícil, y hay señales evidentes de la presencia del jaguar. Todos los miembros de su familia tienen unas barreras extrañas, unos escudos que me impiden hacer un*

barrido. ¿Es posible que sus genes hayan contribuido de alguna manera a crear este trastorno de la visión?

Se produjo un breve silencio mientras, a todas luces, Jacques consultaba con Shea. *Es una noticia estupenda saber que has encontrado a tu pareja, Byron.* La dulce voz de Shea reverberó en su mente. *Parece una mujer extraordinaria, y tenemos muchas ganas de conocerla. ¿Tenéis planes para una boda humana tradicional? Entre sus pensamientos he vislumbrado su deseo de permanecer junto a su familia.*

Ella quiere una boda y, desde luego, tendremos una. Si Jacques puede, quisiera que fuera mi padrino.

Eso por descontado. Creo que el problema con la visión de Antonietta se debe a dos cosas. Para empezar, ha estado privada de la vista durante años. Y no existen las conexiones del cerebro, ni son funcionales. Pero el tiempo reparará eso. Por ahora, debería usar otros sentidos y darle a sus ojos un respiro. Sólo unas breves prácticas sin moverse para que no empeore el caos que sufre. Es muy probable que las imágenes térmicas pertenezcan a su herencia como jaguar. Es lo más cercano a la especie que jamás hemos visto. Los felinos, al igual que nosotros, tienen una capa de tejido reflectante que anula la luz externa. También tienen una visión binocular. Sin mover la cabeza, los felinos pueden detectar un movimiento en un campo visual de doscientos ocho grados. Los fenómenos que experimentó y que tú viviste con Jacques durante su conversión no eran normales.

A Byron le dio un vuelco el corazón. *Deberías habérmelo dicho.*

Era demasiado tarde para detenerlo. La verdad es que ignoramos del todo qué efectos tendrá la conversión. Una vez más, sería razonable pensar que se potenciarán sus destrezas naturales. Sabemos que es compatible. El problema de la visión es un impedimento pero, con el tiempo y la práctica, debería ser capaz de restablecer las conexiones. Es un territorio más bien inexplorado.

Os damos las gracias a los dos. Byron interrumpió la conexión y se inclinó para besar a Antonietta en el cuello.

—Tu piel está increíblemente suave. Me fascina la textura. ¿Has oído lo que ha dicho? Que estamos en territorio inexplorado.

—¿Tengo que mantener los ojos cerrados?

Byron se giró en la cama hasta tenerla encima de él.

—De eso se trata, aunque también habló de práctica. Sin moverse. Quizá deberías quedarte sentada ahí a horcajadas y mirar a tu alrededor sin moverte.

—Siempre me siento atractiva cuando estás conmigo, Byron —dijo ella, riendo suavemente—. Pase lo que pase, contigo me siento feliz. —Él le cogió los pechos en el cuenco de las manos y con los dedos pulgares le provocó un estremecimiento de excitación que le llegó hasta la columna.

—Hazme feliz e inténtalo.

Antonietta encontró su voluminosa erección, se tomó su tiempo para acomodarse por encima de él, hasta quedar sin respiración cuando él la penetró y sus músculos apretados se abrieron para dejarlo llegar a lo más profundo.

—¿Crees que puedo quedarme aquí sentada sin moverme?

Él respondió con una risa y se acercó para lamerle el pezón.

—Piensa en las recompensas —dijo, volvió a recostarse y le cogió las manos firmemente—. Limítate a mirar hacia la pared. Aquí dentro está oscuro, las cortinas casi no dejan penetrar la luz. Antonietta se agitó deliberadamente, apretó los músculos en torno a él y alzó las caderas para volver a tomarlo, deslizándose lenta y provocativamente.

—¿Quieres que me quede tranquila? —preguntó, y volvió a levantarse. Esta vez sus músculos se contrajeron en torno a él, volvió a deslizarse y se retorció.

—Muy tranquila.

Antonietta tuvo la imagen de unos colmillos blancos.

—Si realmente insistes —dijo y le apretó las manos, intentando no tener miedo. Con mucha cautela, abrió los ojos. La habitación se sacudió y giró. Las imágenes la asaltaron desde todos los ángulos. Se concentró en su contacto con Byron, que la llenaba con su grosor, estirándole los músculos. Aquella excitación y fricción ardiente eran suyas con sólo un simple movimiento de caderas. Dejó que las imágenes en su mente se desvanecieran. Lo que importaba eran los sentimientos. Byron importaba. Su cuerpo, tan masculino, tan duro. Su mente llena de ideas tan perversas y eróticas. Sólo pensar en sus fantasías la inundaba de una necesidad de alivio instantáneo. Cogió una de aquellas imágenes, una especialmente gráfica, ella explorándole todo el cuerpo mientras lo tenía firmemente en la boca.

Byron dejó escapar un gruñido.

—No puedes pensar en ese tipo de cosas. Concéntrate en tu visión.

Ella rió, cuidando de no moverse. No quería pestañear. Demasiadas imágenes acudían a su cabeza.

—Tú eres el que tiene esas fantasías. No tenía ni idea de que ésa era una de ellas. Hubiera cumplido con todo el placer del mundo. Creo que sería mucho más divertido que mirar la pared.

—¿Puedes ver algo? Si no, te aseguro que explotaré. —Byron ignoraba que podía ser tan erótico quedarse perfectamente quieto, conectados, envueltos por la pasión y el fuego. Sus pechos eran tentadores, como si imploraran sus atenciones, pero él sólo podía quedarse tendido, pasivo, mientras ella miraba la pared.

—No sé a qué distancia queda, pero alcanzo a ver el jacuzzi. —Había un dejo de emoción en su voz—. Lo estoy viendo a través de mis propios ojos, ¿no es así? —preguntó, y apenas se movió, un movimiento ligero y lánguido que a él le dejó la frente emperlada de sudor.

—Sí —respondió él, entre dientes. El fuego se había apoderado de sus venas. En ese momento, Antonietta se aplicaba a un movimiento con sus músculos que él consideró injusto—. Se supone que no debes moverte.

Antonietta cerró los ojos.

—No me estaba moviendo —dijo, inclinándose ligeramente hacia atrás, hasta que su cabellera le acarició los muslos cuando ella comenzó a cabalgar—. Esto es moverse. Hay una gran diferencia. Y déjame enseñarte esto —advirtió, y aumentó la velocidad, con golpes rápidos y duros que lo masajeaban y acariciaban. Que lo arrastraban a los límites de la locura.

Byron estiró las manos para cogerle los pechos, observando la expresión de sensualidad que le llenó el rostro. Ella siempre se le entregaba por completo, tanto o más apasionadamente que él, lo cual no hacía más que acrecentar la misteriosa intensidad de su apetito sexual. Le deslizó las manos hacia la cintura y la levantó, al mismo tiempo que alzaba las caderas. Estaba cerca, muy cerca. Le cogió el pelo y la atrajo hacia él mientras intentaba sentarse.

—Toma mi sangre, Antonietta. Siento tu hambre latiendo en mí. Aquella idea lo excitó tanto que su miembro se hinchó aún más, hasta que latía y quemaba.

Vio que Antonietta se estremecía ante su ronca imploración. Ella le rodeó el cuello con las manos. Con la lengua, le lamió la comisura de los labios. Se deslizó hasta el cuello, encontró el punto en su pecho. Un dolor de hierro incandescente le recorrió todo el cuerpo, y los relámpagos bailaron sobre su piel. Avanzó una y otra vez las caderas, salvajemente, entrando en ella, el cuerpo entero arrebatado por un placer tan intenso que lo sacudió y lo dejó temblando con la potencia del orgasmo compartido. La boca de Antonietta era como un hierro de marcar, reclamándolo, fundiendo las carnes en una. Aquella sensación de belleza le quitó el aliento.

La rodeó con los brazos y simplemente la meció. Cuando ella cerró las incisiones con la lengua, él la acunó con movimientos suaves.

—Gracias, Antonietta, por tu generosidad. A veces, dudo que seas real. Hace años, fui capturado por un vampiro y entregado a los humanos para que ellos me torturaran y me

usaran como cebo para atraer a otros de mi especie. Intenté superar el dolor imaginando cómo sería tener una pareja. Mi imaginación ni siquiera se acercaba a la mujer que he encontrado en la realidad.

Ella lo besó. No tenía otra manera de contestarle, demostrarle lo que significaba para ella. Vertió todos sus sentimientos en aquel beso, pero tuvo que parar y respirar.

—Me es imposible tener los ojos cerrados todo el tiempo —dijo, riendo—. ¿Qué vamos a hacer? Sucede que te estoy besando, de pronto levanto la cabeza y abro los ojos casualmente. Y veo que tienes tres cabezas, y que una de ellas gira en el eje de tu cuello. Otra parece tener una especie de hueso que te recorre la frente por el medio. Supongo que no es tu verdadero aspecto. Si no, podrías haberme advertido que aquel hombre atractivo del espejo que me enseñaste no era más que un producto de tu imaginación.

Él respondió riendo y volvió a girarse en la cama hasta que ella quedó de espaldas.

—Tenemos que conseguirte unas gafas muy oscuras que no te permitan ver nada.

—Entretanto, ¿qué debo hacer? ¿Envolverme la cabeza como una momia?

—No creo que a tu familia le haga ninguna gracia. Tasha pensará que te he hecho embalsamar para enviarte a Egipto. Será mejor que uses tus propias gafas hasta que consigamos otras. Deberían servir —dijo, y le entregó las gafas de siempre.

—Gracias —murmuró ella, y se las puso. Él se incorporó.

—Imagínate completamente limpia y duchada. Intenta construir esa imagen.

Ella se incorporó y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Estoy ansiosa de ver a Celt. Debe sentirse tan sólo. ¿Podrá quedarse con nosotros a partir de ahora? Ya sé que no le agradaba quedarse solo. —Antonietta hizo lo posible para imaginarse a sí misma, refrescada después de una ducha, y la mantuvo como la imagen más importante—. ¿Qué pasa con la ropa cuando te transformas?

—Yo me aseguraré de que tengas ropa, *cara*.

—¿Has ido a ver a Paul esta noche?¿Se pondrá bien?

—Sí, está débil y todavía sufre, pero se pondrá bien. Tasha y Justine han pasado la noche con él. En este momento está descansando. Nos ocuparemos de él cuando lleguemos al palacio. Deberíamos irnos. Contarle a don Giovanni que nos casaremos inmediatamente. Pienso que será mejor si le pido tu mano. Entre tanto, tú puedes contárselo a Tasha. Estoy seguro de que se pondrá a tirar cosas por todas partes y, por eso, preferiría no estar presente.

—Cobarde. —La sonrisa se le borró de la cara—. Antes que cualquier otra cosa, tenemos que hablar con Marita. Si está implicada en una banda de ladrones, no puedo permitir que se quede en casa, aunque sea la mujer de Franco. —Antonietta sacudió la cabeza, se tocó las gafas oscuras para cerciorarse de que no se le caerían—. Si está implicada de alguna manera, los niños y Franco sufrirán enormemente.

—No cuesta leer en el pensamiento de Marita, Antonietta. Y creo que ha llegado el momento de que superemos esas barreras para averiguar quién ha estado poniendo veneno en vuestra comida. Tiene que ser alguien de la casa. Por lo que entiendo, desearías que el culpable no fuera de la familia, pero son pocos los extraños que tienen acceso a tu comida.

Antonietta se giró. No soportaba la idea de que un miembro de su familia intentara matarla, o matar a don Giovanni. El anciano a veces era estricto, y llegaba a ser implacable, pero ella sabía que era un hombre cariñoso y generoso cuya vida giraba en torno a la familia.

—¿Estás preparada para intentar mutar? Algo que sea fácil. Un pájaro, algo que te sea familiar. —Byron le cogió la mano, intentando que se desprendiera de los temores y ayudarle a tener una imagen inicial.

—He estado preparada desde que desperté.

Byron se inclinó para besarla.

—Sabía que dirías eso.

Era lo único que podía hacer para no ponerse a saltar en la cama como un niño ansioso. Ahora entendía perfectamente cómo se sentí Josef.

—Dime qué tengo que hacer.

Él la condujo hasta la terraza que miraba al mar.

—Fúndete completamente conmigo. Yo proyectaré la imagen de la lechuza en tu mente. Al principio, quedarás absorta por la belleza del vuelo, pero tienes que practicar para recordar esa imagen por ti misma. Son años de práctica para perfeccionarlo. Y cuando se produce la mutación, te sientes extraño. Es como sumergirse, como sumergir la esencia de tu naturaleza en otra criatura, otra forma. Tienes que controlar aquella forma y todos sus instintos.

—¿A las otras mujeres que han sido convertidas también las ayudan?

—Por lo que sé, sí, lo aceptan sin preguntar. No estoy segura si saben que la imagen y el control es asunto de su pareja. ¿Permanecimos tanto tiempo fundidos que no siempre se sabe quién tiene el primer pensamiento?

Ella asintió con un gesto de la cabeza

—Entonces, hagámoslo.

Los detalles del ave eran asombrosos. Antonietta los estudió atentamente, prestando atención a todos los ángulos, a cada una de las capas de plumas. Tuvo el primer destello de conciencia en su mente. La piel le escoció. Mantuvo los ojos firmemente cerrados y dejó que ocurriera, permitió que su cuerpo se modificara mientras en alguna parte interiormente experimentaba todo el proceso. Se mantuvo muy quieta, temiendo que si se movía podría cometer un error. Temiendo que el cambio no se produciría.

Prueba tus alas.

Con un gesto de cautela, ella estiró las capas de plumas en toda su extensión y batió el aire a modo de ensayo. Sintió un arrebato de alegría. *Soy una lechuza.*

Quédate muy cerca de mí, Antonietta. Y, sobre todo, no pierdas esa imagen.

Tienes que darme un mapa. Si intento abrir los ojos, me desoriento.

Tú quédate cerca de mí. Cuando lleguemos al palacio, podremos practicar cómo sustraernos físicamente a la vista de otros.

¡Dios mío! Es como tener una capa invisible. El hombre invisible. Todo esto es demasiado fantástico.

Eso vendrá después. Esto es ahora. Concéntrate, Antonietta. Puede que tengas problemas, y entonces caerías desde lo alto. Sube aquí a la balaustrada y nos lanzaremos hacia el mar.

Entonces, si me despeño, caeré al mar y me ahogaré, en lugar de caer al suelo a velocidad récord y romperme todos los huesos.

Eso no sucederá. Si lo prefieres, puedo volver a llevarte.

En lo profundo del cuerpo de aquella ave, Antonietta expresó su desprecio por esa idea y de un salto se colocó a su lado en la ancha balaustrada. Antes de que pudiera arrepentirse, dio un salto hacia el vacío con las alas desplegadas. El viento la cogió, la hizo ascender, vibrando contra sus plumas. La sensación de volar era aún más intensa cuando era ella la protagonista. Antonietta olvidó todo lo que Byron le había dicho. La sola emoción de surcar los cielos con el viento y las nubes la llenaba de alegría.

Byron volaba cerca de ella, proyectando la imagen en su mente, cambiando para colocarse ligeramente por debajo de ella e impedir que cayera cuando se entusiasmaba demasiado. No le hizo reproches. Su alegría le traía recuerdos de sus primeras experiencias. Se acercaron al palacio desde el lado del mar, y bajaron buscando el refugio del laberinto.

Antonietta aterrizó con dureza sobre su trasero y quedó impresionada cuando Byron le lanzó a las manos un vestido.

—No pienso preguntar —dijo. Intentaba no reír, mientras se frotaba el trasero—. ¿No es el peor aterrizaje que has visto en tu vida?

Él le cogió la cara y le aplastó los labios en la boca.

—Eres un milagro, Antonietta, y ni siquiera lo sabes. —Ella lo vio ponerse unos pantalones verde musgo y luego una camisa de seda del mismo color.

Oyeron el ruido del follaje, y una rama se quebró en alguna parte. El suave murmullo de voces en la distancia alertó a Byron y Antonietta de los otros que se paseaban por el laberinto. Oyeron a don Giovanni cantando suavemente por lo bajo mientras paseaba por el patio, cuidando sus queridas flores.

Hablaban en voz baja pero estaban enfadados.

—Es Cristopher Demonesini —dijo Antonietta. Se puso las gafas oscuras, tan irritada que ni siquiera preguntó a Byron de dónde las había sacado—. ¿Cómo se atreve a venir a nuestra casa? Franco debería haberlo expulsado sin más.

Byron le puso una mano en el brazo para detenerla.

—Déjame hablarte de las reglas de la invisibilidad, Princesa Guerrera. No puedes empuñar tu espada para ahuyentar al enemigo de tu propiedad. Eres invisible. Puedes recoger información y, lo más importante de todo, no reaccionar a lo que escuchas. Nada de reacciones. Ésa es la clave. —Byron la acogió para atraerla mientras las pisadas se acercaban y las voces se hacían más audibles.

Envuelta en los brazos de Byron, Antonietta hizo lo posible por limitarse a escuchar a pesar de que todos sus instintos la impulsaban a enfrentarse con Cristopher.

—Me da igual quién es usted o cuánto poder tiene su familia, Demonesini. Si quiere, puede llenar el *palazzo* Scarletti con un millón de rosas, pero eso no compensará por lo que ha hecho. —La voz de Diego era como un latigazo de desprecio.

—Esto no es asunto suyo —contraatacó Cristopher—. Natasha es mi prometida y lo que sucede queda entre nosotros.

—Ya no. Ella ha roto el compromiso y le ha pedido muy amablemente que no se le acerque. Sus llamadas y sus flores no son bienvenidas.

—Se diría que no sabe con quién está hablando. Puedo hacer que lo despidan puede que lo recuerde la próxima vez que meta la nariz en mis asuntos. Déjeme en paz de una vez y aléjese de Tasha. —Cristopher lanzó una risotada—. Quizá piense que usted podría ser el próximo, aunque una mujer como Tasha Scarletti jamás caería tan bajo.

—A mí me parece que usted no acaba de entender lo que le estoy diciendo. —Diego se detuvo y se giró hacia Cristopher a sólo unos metros de donde Antonietta y Byron observaban. Ella percibió las imágenes mentales de Byron. Con un gesto rápido, Diego estiró la mano y cogió a Cristopher por el cuello—. Su dinero no me impresiona. Puede amenazarme con que me despidan, pero no me detendrá. Déjela en paz. —Diego estaba a punto de romperle la laringe—. No quiere volver a verlo. No quiere oír su voz. Aléjese de ella porque, si no, se pasará la vida mirando hacia el pasado. Creo que me he explicado con suficiente claridad.

Con esas palabras, soltó a Cristopher, que trastabilló y tuvo un acceso de tos mientras se masajeaba la garganta. El policía se alejó y desapareció detrás de los enormes setos.

¿Puedes leer su pensamiento?

Pensé que no aprobabas esa costumbre.

Quizá él es el jaguar. Siempre ha sido un tipejo presumido, incluso de niño. No ha mejorado con la edad. Debería haber sabido que era capaz de golpear a una mujer. Su padre, desde luego, las golpea.

Tiene la misma barrera que todos vosotros, de modo que los genes del jaguar en él son muy marcados. Byron se materializó frente a Cristopher Demonesini, haciéndolo callar con un gesto de la mano y mirándolo profundamente a los ojos. Antonietta, fundida estrechamente con Byron, recibía el flujo de información que él extraía. Cristopher Demonesini vivía con un monstruo. Su padre era un hombre despiadado con sus puños y gobernaba su hogar como un dictador. No había recuerdos de un jaguar ni de víctimas, pero su padre le había ordenado que se casara con Tasha Scarletti Fontaine. Aquello parecía formar parte de un plan para la fusión de las dos empresas navieras. Cristopher temía a su padre y estaba dispuesto a cualquier cosa para demostrar lo que valía a aquel hombre.

Byron se apartó unos metros, velando la visión de Cristopher y eliminando en él todo recuerdo de haber compartido sus pensamientos. Éste sacudió la cabeza varias veces, maldijo mientras se frotaba la garganta y volvió rápidamente sobre sus pasos al laberinto.

Antonietta se apoyó en Byron.

—Qué horrible debe ser crecer así. Siento vergüenza de mí misma por quererlo tan mal. Tuvo tan pocas oportunidades de ser alguien diferente de su padre.

—Tasha no es como su padre. Todos tenemos opciones, Antonietta. En algún momento tenemos que hacernos responsables de nuestras propias vidas. Cristopher es capaz de convertirse en un monstruo tan odioso como su padre. Diego tendrá que tener cuidado a lo largo de su carrera, porque Cristopher nunca olvidará lo que ha sucedido aquí hoy. Aún así, aunque me hubiera gustado encontrarlas, no había huellas del jaguar en él, si bien los genes están claramente presentes, como en tu caso. Con qué intensidad, no lo sé. No podemos descartarlo como posibilidad, pero no he detectado conspiración alguna para asesinar o incluso para robar.

—Su padre es un hombre horrible. Recuerdo que venía a visitarnos cuando yo era adolescente. Nuestras familias se mueven en los mismos círculos sociales, de modo que a menudo se encontraba en fiestas y celebraciones de instituciones benéficas. Siempre me tocaba. Me rozaba accidentalmente los pechos. Se situaba detrás, se me acercaba y se frotaba. Me ponía enferma. Si yo decía algo, él siempre actuaba como si yo fuera sólo una niña que malinterpretaba lo que había sucedido. Accidentes, ya sabes, y yo era ciega y no podía ver qué ocurría. Hasta que se le ocurrió cortejarme. Yo le tenía tal aversión que ni siquiera podía quedarme en la misma habitación a solas con él. Obligaba a la pobre Tasha a quedarse conmigo cada minuto. Tasha jamás me decepcionó. Ni una sola vez. Él hacía todo lo posible para que Tasha abandonara la habitación, pro ella se pegaba a mí como una lapa. —Tuvo un estremecimiento—. Siempre sé cuándo entra en una habitación. Los pelos se me ponen de punta y me viene ese escozor extraño bajo la piel que siempre asocio al jaguar que desea salir.

Byron sonrió. Ella tuvo la fugaz impresión de que le asomaban los colmillos.

—Estoy ansioso por conocer al padre de Cristopher. Debería encontrarse con un monstruo de verdad y aprender las reglas de la selva.

Antonietta le lanzó los brazos al cuello.

—No quiero que hagas nada en absoluto. Yo te tengo a ti, y su familia no puede hacernos daño. Están desesperados por encontrar una manera de salvar su empresa, pero te aseguro que no será valiéndose de los Scarletti.

El beso de Byron fue tierno y seductor.

—Quiero hablar con tu abuelo y disponer lo necesario para la boda inmediatamente.

—Te pedirá que firmes un acuerdo nupcial.

—Soy un cantor de piedras preciosas, Antonietta. Lo mío es encontrar gemas. No necesito ni quiero la fortuna de los Scarletti. Tú tampoco la necesitas. Lo que tengo es tuyo. Me sentiré más que feliz de firmar cualquier acuerdo que tu abuelo estime necesario, siempre y cuando lo haga redactar inmediatamente. —Le cogió la mano mientras caminaban entre los giros y vueltas del laberinto.

En el patio, vieron a Josef ante un caballete mirando hacia las almenas. Llevaba puesta la boina inclinada y un pañuelo de color chillón al cuello. Tenía salpicaduras de pintura en la cara y la bata llena de manchas.

Sin duda se encuentra en su período de pintor. El tono de Byron era sarcástico. *Cualquiera diría que tiene que pasar por más etapas que cualquier otro niño en la historia.* Antonietta estudió el cuadro.

En realidad no es malo. Tiene talento.

Desde luego que tiene talento. Lo ha criado Eleanor. Se habrá asegurado de que tuviera todas las oportunidades para desarrollar cualquiera sea ese don que tiene. Lo que pasa es que es tan...

¿Niño? Antonietta rió por lo bajo. *¿No se supone que eso es precisamente?*

Josef dejó su pincel y se acercó a un lado del palacio para estudiar las suaves paredes, la riqueza de las esculturas y las vidrieras de colores. Por un momento, su perfil quiso desvanecerse, vaciló y de pronto lo vieron trepando por un lado del palacio, subiendo con pies y manos, una araña humana vestida de negro y con el rostro enmascarado.

—¿Qué diablos está haciendo?

Byron hizo un barrido de la mente de su sobrino y lanzó un suspiro sonoro. *Vicente y Margurite han leído con él un libro de cómics. Se cree Spiderman, y se encarama por los edificios para salvar a la dama en apuros.*

¿Qué dama?

Tasha. Ella no sabe que no es más que el producto de sus sueños infantiles. No está lo bastante oscuro para que intente algo así, y sólo es capaz de hacer una cosa a la vez, de modo que no podrá ocultarse a la vista humana. Tu abuelo está en el patio mirando sus flores. Bastará con que alce la mirada y lo verá.

Antonietta estudió las imágenes en la mente de Byron. Josef subió por el costado de la segunda planta, con movimientos muy parecidos a los de Drácula en las películas. Su forma vibró en el aire, cambió y lo que antes era una cara enmascarada se convirtió en un rostro aterrorizado. Se deslizó por la pared, se dio contra el alféizar de una ventana y se precipitó hacia el patio, más abajo.

Lanzando una imprecación, Byron saltó como un resorte a tiempo para amortiguar la caída del chico. Josef aterrizó con tanta fuerza que lo dejó sin respiración, aunque era evidente que no estaba gravemente herido. Don Giovanni oyó el impacto cuando Josef se estrelló contra un seto de escasa altura y quebró varias ramas.

—¿Qué ha sucedido, joven Josef? ¿Has tropezado? ¿Estás herido?

Josef se incorporó rápidamente, tocándose el trasero.

—Sólo mi orgullo. Parece que no consigo hacer nada bien estos días.

—He mirado detenidamente tu cuadro hace un rato, y me ha parecido bastante bueno. No soy un gran especialista en arte, pero Tasha sí. Tendrá que mirarlo y decirte algo.

Josef siguió al anciano hasta su caballete y cogió un pincel.

—¿Realmente piensa que le gustará? —preguntó y lanzó pintura sobre la tela, esta vez un rojo brillante e intenso de gotas que se escurrieron por todo el cuadro.

Don Giovanni frunció el ceño y observó el cuadro desde diversos ángulos.

—Era un cuadro bastante auténtico hasta que has hecho eso. ¿Qué razonamiento hay detrás de ese rojo?

Ay, ay. Byron gruñó y se tapó la cara. *¿Te importaría mucho si estrangulara a ese chico y lo metiera por el conducto de la lavandería?*

Antonietta hizo todo lo posible por no reír. La práctica para mantenerse invisible y luego delatarse por una risa no le granjearía demasiados puntos. *Dijiste que la clave era no reaccionar ante nada.*

Esa era la clave antes de que Josef viniera al mundo. Ahora es matar o perecer, como en la jungla.

—Es sangre, desde luego. Mire aquí, por encima del palacio. ¿Ve los ojos de un predador? Es el vampiro disimulado en la oscuridad. Ha matado a alguien en las almenas.

Don Giovanni hizo un esfuerzo por mantener una expresión neutra.

—Muy imaginativo. He visto muy pocas villas que tengan vampiros en las almenas.

Josef se encogió de hombros.

—Los cazadores realizan un trabajo bastante bueno y mantienen su número a raya. Yo hubiera sido un gran cazador, pero mi madre no quiere ni oír hablar de ello. —Por un momento, miró fijamente a don Giovanni y sus ojos brillaron como dos ascuas rojas, el rostro contorsionado en una mueca demoníaca.

Don Giovanni dio un paso atrás, parpadeó para ver a Josef con claridad y sólo vio el rostro sonriente de un niño.

Con un gesto de la mano Byron veló los recuerdos de don Giovanni, que quedó quieto. Byron se situó frente a su sobrino y modificó la forma de su cabeza.

No lo hagas. Antonietta le advirtió y se llevó una mano a la boca para no reír. *Es muy poco digno rebajarse a su nivel.*

Josef cogió el pincel para agregar un toque definitivo a una de las gotas. De pronto apareció el hocico de un lobo frente a su cara, enseñando los colmillos, las fauces salivando. Las mandíbulas se cerraron de golpe, y sus ojos eran rojos y malignos, brillando en la penumbra. Josef dio un paso atrás, vacilante, y se defendió del lobo con el pincel, hasta que tropezó consigo mismo y cayó al césped gritando y arrastrándose hacia atrás como un cangrejo.

En un abrir y cerrar de ojos, Byron desapareció, y don Giovanni se quedó mirando a Josef con una expresión de curiosidad.

—Tienes que dejar de tomar drogas, hijo. No obtendrás nada bueno de esa basura. Tienes una buena familia. No querrás que sufran por ti.

Josef miró a su alrededor con gesto de cautela.

—¿Mi familia ha estado aquí? ¿Mi padre o mi tío? —preguntó, quitándose el polvo de la ropa meticulosamente.

—Todavía no, pero seguro que llegarán pronto. Deberías pensar en lo que te he dicho, Josef. Escucha a un anciano que ha vivido mucho. La droga destroza a las familias.

—Sí, señor —dijo Josef, atento—, tiene usted toda la razón.

Byron y Antonietta salieron del laberinto tomados de la mano.

—Buenas noches, don Giovanni, Josef. —La blanca dentadura de Byron lanzaba destellos—. ¿Cómo sigue Paul esta noche?

—Se ha despertado hace poco. Ha dormido todo el día y sigue negándose a que llamemos a un médico. Dijo que esperaría a que llegarais tú y Antonietta. A mí me pareció que estaba pálido, pero no tiene fiebre, gracias a Dios. —Don Giovanni le cogió la mano a Antonietta y se la llevó al pecho—. Estás encantadora, querida. Byron te sienta bien.

—Quisiera hablar con usted de mis sentimientos por Antonietta —dijo Byron—. ¿Le importaría dar un paseo con nosotros?

El anciano Scarletti alzó una mano hacia Byron aún cuando tenía a Antonietta por la mano.

—¿No estarás pensando en robarme a mi nieta?

—Eso nunca, viejo amigo. Estaría demasiado triste lejos de usted. Puedo trabajar aquí tan bien como en mi tierra natal. Sólo tendría que hacer breves viajes. Quisiera tener su permiso para casarme con ella. Más que cualquier otra cosa, quisiéramos su bendición.

Don Giovanni le cogió la mano a Antonietta en el hueco del brazo.

—¿Esto es lo que quieres?¿Estás segura?

—Absolutamente, Nonno. Estamos bien juntos. Confío en él completamente y estoy muy enamorada.

—¿Dónde viviríais?

—Le he pedido a Byron que vivamos aquí en el palacio, y él está de acuerdo.

—Podemos tener más de una residencia. Tendré que viajar a mi tierra natal, pero el palacio puede ser nuestra residencia principal. Preferiría en insistiría en tener una primera planta con sus dependencias. Y esperamos casarnos tan pronto como pueda arreglarse.

—Los abogados pedirán el habitual acuerdo prenupcial, y harán un inventario de todo lo que pertenece a Antonietta.

—No esperaba menos. Yo no le pediré lo mismo a Antonietta. Lo que es mío, lo comparto con ella. No tenemos necesidad de su dinero, pero ella lo querrá para los hijos. —Mentalmente, percibió el asombro de Antonietta, y la miró con una sonrisa infantil—. Si los hubiera.

—Yo ya me esperaba que os enamorarais —dijo don Giovanni y abrazó a Byron y lo besó en las dos mejillas—. Me ocuparé de ello. Me siento agradecido de que no la separes de mí. Espero vivir el resto de mis años cerca de ella.

—Siempre estaré cerca —le aseguró Antonietta.

—Ese perro tuyo ha estado dando vueltas las últimas horas. Estaba bien con Vicente y Margurite, les ha hecho compañía, y luego, más o menos cuando se ha puesto el sol, se diría que estaba algo agitado. Parece que incluso a Marita le agrada. No dijo ni una sola palabra cuando el perro apareció en sus habitaciones y estuvo con los niños.

—¿Está Marita en casa, Nonno?

—Sí. Parece diferente. Triste. Fue a la capilla después de la cena y todavía está ahí. No la he oído pronunciar palabra en todo el día. El capitán de la policía ha venido y ha hecho más preguntas. Alfredo ha vuelto a caer en cama, y ese joven ha tenido que hacer sus primeros pinitos en la cocina. ¿Cómo se llama? Preparó una comida bastante buena, aunque ahora que Paul está tan mal, nadie tiene ganas de comer.

—Esteben. Es un pariente de Helena. Siempre se puede confiar en aquella mujer en momentos de crisis, de modo que quizá le venga de ella. Tendré que agradecerle por recomendarlo.

—La casa está llena de flores de Cristopher. Ha llamado durante horas y ha rogado que lo dejen venir a hablar con Tasha. Espero que ella tenga el criterio suficiente para no permitir que vuelva. Tiró los primeros seis ramos, pero después, renunció a deshacerse de ellos. El palacio huele como un jardín.

—Al menos el tipo tiene buen gusto en materia de flores —dijo Antonietta—. Tengo que hablar con Marita. ¿Te importaría decirle a Tasha que vendré más tarde?

—Tasha querrá tener noticias tuyas de inmediato. Ha estado muy ansiosa por saber de ti. Entre ella y ese perro, no he tenido ni un momento de paz.

—Volveré enseguida —le aseguró Antonietta a don Giovanni, y le estampó un beso en la mejilla.

Capítulo 18

*L*a capilla estaba en penumbra. La única luz provenía de las velas que parpadeaban en un pequeño altar, y bailaba y bañaba el rostro esculpido de la madona situada en un nicho en la pared por encima de las hileras de velas. Marita estaba sentada en un banco frente a la escultura de tamaño real, sollozando quedamente, con un rosario en las manos. Tenía el rostro humedecido por las lágrimas, y Byron vio su expresión de angustia.

Byron y Antonietta se sentaron en el banco junto a ella. Ella mantuvo la cabeza inclinada.

—Sabía que vendríais hoy. Sabía que tendríais que venir —dijo, en voz baja—. Pensaba irme esta mañana, pero sabía que os debía una explicación.

—Marita, ésta es tu casa. Nadie te ha pedido que te vayas. —Antonietta escogió sus palabras—. Somos una familia. Cualesquiera que sean tus problemas, cuéntanos y déjanos ayudarte a solucionarlos.

—Nunca se podrán solucionar. Nunca. No puedo deshacer lo que ha ocurrido y, pase lo que pase, Franco nunca me perdonará.

Antonietta le cogió la mano. En la oscuridad de la capilla, a través de las gafas que Byron le había dado, vio el rostro bañado en lágrimas de su cuñada. A su alrededor, una explosión de luces le retorció el vientre, pero se concentró en Marita, intentando superar las formas borrosas que percibía, para ver sólo a la mujer de su primo.

—Déjame ayudarte, Marita. Te lo pido de hermana a hermana. Yo adoro a Franco y a los niños. Ellos te necesitan. Abandonarlos no es la respuesta adecuada, y creo que lo sabes.

—Margurite no es la hija de Franco. —Aquella confesión brotó bruscamente de sus labios, un horror que ya no podía contener. Volvió a tener un ataque de llanto y sepultó el rostro entre las manos, sollozando como si le desgarraran el corazón.

Antonietta intentó disimular su expresión de asombro. Era lo último que había esperado de Marita.

—No puede ser. Es Imposible.

—Hace años, durante una fiesta en el palacio Demonesini, don Demonesini me violó. Yo estaba muy ilusionada porque me habían invitado —dijo, y sacudió la cabeza—. No sé cómo sucedió. No recuerdo gran cosa. Don Demonesini me prestaba mucha atención, me convidaba a beber. Yo no bebía alcohol, de modo que ni siquiera tengo esa excusa. Recuerdo que me llevó a una habitación. Yo intenté decir que no, intenté rechazarlo, pero no pude contenerlo. No podía moverme. Me hizo cosas horribles. Había alguien en la habitación con nosotros, alguien que tomaba fotos. Es una pesadilla que nunca me abandonará.

—¿Por qué no nos lo habías contado? —preguntó Antonietta, presa de una ira que desató en ella un violento torrente de emociones. No sabía si eran sus sentimientos o los de Byron, pero sintió que un demonio asomaba alzando la cabeza y exigiendo ser liberado. Exigiendo una compensación.

—¿Cómo podía contarle a nadie? Estaba muy avergonzada. Durante días, me dolió mucho la cabeza y estuve muy enferma. Un mes más tarde, no me vino la regla. No hice el amor con Franco durante un par de semanas después de la fiesta. No podía soportar que me tocara. Me sentía sucia. ¿Cómo podía ser suya Margurite? Él la adora. Estaba tan contento cuando me quedé embarazada de ella. No se lo podía contar. No podía romperle el corazón.

—Marita, no fue culpa tuya —dijo Antonietta—. Hay pruebas para establecer la paternidad.

—¡No! No quiero hacerle eso. Margurite ama a Franco y Demonesini es un monstruo. Jamás en mi vida le dejaré saber que es su hija.

—No creo que sea la hija de Demonesini —dijo Byron. *Los patrones cerebrales de Margurite son iguales a los tuyos y a los de tus primos. Las barreras de Cristopher eran algo diferentes, como las de tus criados. Los patrones cerebrales de Helena son muy parecidos que los de Cristopher. Creo que es imposible que Margurite sea de Demonesini.*

—¿Demonesini sabe que tú sospechas que Margurite es su hija? —preguntó Antonietta.

—En varias ocasiones ha mencionado su edad y dice que tiene los ojos de Cristopher. Yo le mentí y le dije que fui a ver un médico para asegurarme de que no nacería ningún bebé, pero no es verdad. No lo hice. —Marita se llevó una mano temblorosa a la boca—. Él tenía las fotos. Me amenazó con venderlas a un periódico sensacionalista. Aquello habría arruinado a Franco. Eso tú lo sabes. Y los niños verían...

—De modo que te dijo que convencieras a Franco de que le entregara esa información para arrebatarnos el contrato con la compañía Drange hace cinco años —concluyó Antonietta.

—Franco jamás les habría dado la información. Ni en un millón de años. Mintió para protegerme. Fui a su despacho y encontré los papeles de los que me había hablado Demonesini, los copié y se los llevé —dijo, y se hundió en su asiento—. Franco sabía, cuando todo estalló, sabía que era yo la culpable. Le mintió a la familia y yo lo dejé. Dejé que todos pensarais que había traicionado a su propia familia. Deberíais haberle visto la cara cuando lo supo, cómo me miró. —Volvió a taparse el rostro con las manos—. Fue como destrozarle el corazón.

Antonietta sacudió la cabeza.

—¿Qué motivos le diste a Franco para haber hecho eso?

—Estaba histérica cuando él se enfrentó conmigo. Estaba segura de que descubriría lo de la violación, y que Demonesini vendería las fotos. Pensaba que Franco temía que fuera necesario recluirme en un hospital. Simplemente dejó de hacerme preguntas y me dijo que no dijera nada, pasara lo que pasara.

—¿Y la partitura de Händel?

—Creí que si le entregaba a Demonesini algo que valiera mucho dinero, él me daría las fotos.

—¿Has cogido algo más del palacio para entregárselo a él, Marita? —Antonietta hablaba con calma pero Byron sentía la orden latente en su voz.

—No —dijo Marita, negando con la cabeza—, no sé por qué pensé en la partitura de Händel. Oí que trabajabas en ella con Justine, y de pronto se me ocurrió. Sólo tuve que esperar, hasta que se me presentó la oportunidad de visitar a don Giovanni y le pedí que me guardara mi collar en su caja fuerte. Él abrió la caja conmigo al lado. Confiando en mí. —Marita se apretó con fuerza las sienes—. Me alegro de que me hayáis descubierto. Me alegro de que hayáis descubierto la verdad. Cuando me vaya, podéis contarle a Franco lo de las fotos. No le digáis nada acerca de Margurite. Le rompería el corazón a los dos, y si Demonesini insistiera en sus derechos, la pobre Margurite estaría en sus manos.

Dice la verdad. No forma parte de la banda de ladrones, no sabe nada de eso.

—Demonesini nunca se acercará a Margurite. Tienes que contarle a Franco lo de las fotos. Eres una mujer fuerte, Marita. Eres una Scarletti, y nosotros no nos amilanamos ante las dificultades ni los escándalos. Si se quiere incriminar a sí mismo vendiendo esas fotos a un periódico, que lo intente. Franco se las arreglará para no sólo arruinarlo sino enviarlo a la cárcel. No conoces a Franco si piensas que dejará que Demonesini se salga con la suya. Confía en él. Cuéntale lo ocurrido. Cuéntaselo todo. Deja que él decida si quiere o necesita una prueba de paternidad. Una vez que se lo hayas dicho a Franco, Demonesini no tendrá más poder sobre ti.

—Tengo mucho miedo —confesó Marita.

—Si se lo cuentas, hay una posibilidad de que lo acepte todo y se una a ti para encontrar una solución al problema. Si lo abandonas a él y a los niños, vuestra vida será una miseria, y tú nunca sabrás qué reacción habría tenido.

Marita le dio un apretón en la mano a Antonietta como muestra de gratitud.

—Gracias, Antonietta, por hacerme sentir que pertenezco a una verdadera familia.

Antonietta la abrazó con fuerza.

—Tú eres parte de la familia, Marita. Ve a hacer las paces con Franco para que podáis bailar en mi boda.

Marita lanzó un grito de sorpresa.

—¿De verdad, os vais a casar?¿Nonno os ha dado su bendición?

—Sí, está muy contento por nosotros. Se lo contaremos a Tasha y a Paul.

—Paul no está bien. Antonietta, pero sigue negándose a ver un médico. Ha dormido casi todo el día, tanto que Justine estaba alarmada, aunque se despertó a la hora del crepúsculo.

Antonietta se incorporó.

—Ve a ver a Franco, Marita. Ve a algún lugar tranquilo y olvídate de Demonesini. Si Franco monta en cólera, y seguramente eso hará, serán contra ese monstruo horrible, no contra ti.

—Las fotos son muy elocuentes.

—Tienes que ser valiente.

Marita asintió con un gesto de la cabeza y salió. Antonietta se quedó un largo rato sentada en silencio, mientras la luz incierta de las velas proyectaba extrañas sombras que bailaban ante sus ojos.

—Es muy triste que no se lo haya contado a su marido inmediatamente —dijo, apoyando la cabeza en el hombro de Byron—. ¿Por qué será que no dejo de tener esta visión de don Demonesini tirado en el suelo muerto y tú, por encima de él, con los dientes afilados y unos ojos diabólicos? Supongo que no estarás pensando en hacerle daño.

—¿Tú no?

—No de la misma manera. Tú pareces un poco violento y no muy discreto. Yo prefiero ser más sofisticada. Quitarle su imperio y exponerlo como el monstruo que es.

—Eso no le impedirá seguir acosando a otras mujeres. La drogó. Ya lo has oído. La drogó, la violó y la extorsionó.

Antonietta percibió el dejo de rabia en su voz. Esta vez, sabía que el demonio en él rugía por ser liberado. Tuvo la imagen de unas garras desnudas, de colmillos que se alargaban, un gruñido de ira contra aquel monstruo capaz de torturar a una mujer y arruinar su vida familiar.

Byron, me das mucho miedo.

Nunca a ti, cara. Se inclinó, la besó en la boca y la llevó al interior del palacio.

Celt saludó a Antonietta a su manera digna, pero a todas luces afectuosa, y se situó a su lado para orientarla por la escalera hacia la habitación de Paul.

Tasha se sustrajo de inmediato a su vigilia junto a la cama y se lanzó a los brazos de su prima con una exclamación de alegría.

—Estaba tan preocupada por ti, Toni. Nadie estaba contigo. Estuviste ausente tantas horas.

—Yo estaba con ella, Tasha —dijo Byron, tranquilo—. Prometo sinceramente que nadie jamás le hará daño cuando esté conmigo.

—Me ha cuidado espléndidamente, Tasha. ¿Cómo está Paul? —preguntó, besándola en la mejilla y dirigiéndose rápidamente a la cama de Paul. Tenía que mantener los ojos cerrados, o se desorientaba y sufría ataques de vértigo. Si se quedaba quieta, podía mirar, siempre y cuando permaneciera alerta y concentrada. *Espero que tu amiga no se equivoque con lo de mis ojos. Es difícil acordarse de mantenerlos cerrados. Incluso con las gafas oscuras, veo objetos que no existen en la realidad.*

Encontraremos una manera de solucionarlo, Antonietta. Ya sé que te desorienta y que te es casi imposible mantener los ojos cerrados.

—Paul ha dormido todo el día. Se despertó hace sólo unas horas —dijo, mesándole el pelo a su hermano—. Justine y yo hemos hecho turnos. Y le hemos dado de beber.

—Paul está pálido y débil, pero vivirá. Tenemos que hacer algo para aliviarle el dolor.

—Me parece bien, Tasha —dijo Antonietta, y le puso la mano en la frente a Paul—. He visto a Cristopher en el laberinto hace un rato.

—Se puso a dar golpes en la puerta —dijo Tasha, con un suspiro—. De pronto temí que la echaría abajo. No conseguía que se marchara pero entonces Franco vino con Nonno y le dijeron que se fuera. No estoy del todo segura de que les hubiera obedecido si no hubiera llegado Diego. En es momento, se fue.

—No exactamente —observó Antonietta—. Diego tuvo una pequeña charla con él en el laberinto. Cristopher le amenazó con arruinarle su carrera y dijo que una mujer como tú jamás se rebajaría a mirar a un hombre como Diego.

Tasha se llevó una mano a la boca, sorprendida.

—No. ¿Cómo pude haber dicho eso? —preguntó, con voz ahogada —. Cristopher es un hombre muy vengativo. Puede que de verdad haga algo para arruinarle la carrera a Diego. ¿Por qué? Solo hemos hablado en un par de ocasiones. No es como si me hubiera acostado con Diego. Es un hombre muy simpático que piensa en sus hijos. Jamás lo implicaría en un escándalo, y Cristopher lo convertiría sin duda en un escándalo.

—No daba la impresión de que Diego tuviera miedo. O quizá protegerte a ti le importaba más que su carrera, porque cogió a Cristopher por el cuello y le dijo que te dejara en paz.

—¿Eso hizo? —Tasha miró a Byron pidiendo una confirmación—. ¿Lo cogió por el cuello? ¿Por mí?

—Estaba muy enfadado con Cristopher por haberte golpeado —dijo Byron, encogiéndose de hombros—. Si Diego no le hubiera dejado claro a Cristopher que no era bienvenido aquí, Franco y yo lo habríamos hecho. —Ante la agitación de Paul, él le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo—. Lo mismo habría hecho Paul, al recuperarse. Lo bueno de tener una familia que te quiere es que te protegen cuando realmente importa.

—Byron me ha pedido que me case con él y he dicho que sí —anunció Antonietta, sentándose en la cama junto a Paul. Intentó decirlo en un tono superficial, como dándolo por sentado, pero la voz le tembló ligeramente.

Celt se arrimó aún más a ella, le puso la cabeza en el regazo para demostrar su amistad. Byron le puso suavemente una mano sobre el hombro, mirando a Tasha, esperando que dijera aquello que Antonietta necesitaba que dijera.

Se produjo un breve silencio, el aire quedó quieto como si todos hubieran dejado de respirar.

—¿Qué ha dicho Nonno? —preguntó Tasha.

—Nos ha dado su bendición —informó Antonietta, frotándole el brazo a Paul—. ¿Cómo te sientes, Paul? Supongo que estás bebiendo mucho líquido. ¿Quieres que te alivie el dolor?

—*Grazie*, Toni, estaba esperando que me lo ofrecieras. Enhorabuena, Byron. No hay nadie en el mundo como nuestra Toni. Será mejor que cuides bien de ella.

—No tienes de qué preocuparte, Paul. Siempre será mi primera prioridad.

Antonietta esperaba que Tasha dijera algo más. Cuando su prima guardó silencio, Antonietta dirigió su atención a orientar la energía curativa a Paul. Ahora sintió el flujo con que Byron la alimentaba, permaneciendo en segundo plano, dejando que fuera ella la que llevara adelante la curación.

Cuando fue evidente que Paul estaba más cómodo, y su agitación por el dolor había disminuido, Antonietta le pasó un vaso de agua.

Librodot

—Tómate esto. ¿Has hablado con Justine acerca de tus absurdas sospechas? Porque tendrás que saber que ella no forma parte de ninguna conspiración para robar. Te lo aseguro, Paul. No te puedo decir exactamente como lo sé, pero tenlo por seguro.

—Entonces, ¿quién vende nuestros objetos? Yo vi el cuadro. Aquel que mamá apreciaba tanto. Lo llevaron a la sala climatizada para conservarlo hasta que pudiésemos remodelar la sala de arte. —Paul se acomodó, buscando otra posición—. Me fascinaba ese cuadro. No hay ningún error, y pienso recuperarlo —avisó, visiblemente decidido.

—Entonces le pediré a Justine que levante un inventario para ver si han desaparecido otros objetos.

Creí que pensabas despedirla.

Paul está enamorado de ella. Estaba dispuesto a morir para que ella no fuera a la cárcel. No puedo ir y despedirla. Si sus sentimientos por ella son tan intensos, es de esperar que Justine sentirá lo mismo hacia él, y que pensaba que le estaba salvando la vida.

Tu problema es que eres demasiado buena persona. No puedo ni imaginar cómo serán nuestros hijos. Josef es un chico desconsiderado porque lo han mimado. ¿Te imaginas a diez pequeños Josef corriendo por el palacio descalzos, trepando por las paredes y experimentando para que las gárgolas cobren vida? ¿Y bailando rap? ¿En qué me has metido?

No puedo imaginar diez ejemplares de nada, y mucho menos diez pequeños Josef. Eso sí, cantarán ópera. ¿Y yo, cómo me he convertido en una persona responsable?

Saliste a escena, y eras tan bella y tan valiente que me cautivaste.

Antonietta soltó una risotada. Se produjo un repentino silencio en la sala.

—Lo siento, estamos discutiendo un problema serio. Sólo que... —dijo, sin terminar la frase, y dándole mentalmente una patada en la pantorrilla a Byron.

Aquel extraño fenómeno de objetos que volaban hacia su cara se había mitigado lo suficiente como para que, manteniendo la cabeza muy quieta, viera a través de las gafas oscuras. Cansada de cerrarlos ojos y deseosa de ver a los de su familia, miró hacia donde sabía que estaba la cara de Paul y abrió los ojos.

—Alguien en esta casa está robando —insistió Paul—. La policía lo sabe, Interpol lo sabe, y sólo un miembro de la familia conocería el camino del pasaje secreto. ¿Quién sino Justine?

Antonietta tuvo un ligero sobresalto cuando el rostro de Paul dejó de moverse. La imagen borrosa se hizo más nítida y ella se quedó mirando a su primo.

—Paul —dijo, murmurando apenas su nombre. Se inclinó para apartarle el pelo de la frente. Sentía una curiosa quemazón detrás de los ojos. *Tiene el mismo aspecto que recuerdo de mi padre. Dime dónde está Tasha. Está tan callada que no sé exactamente dónde se encuentra.*

Byron se acercó a ella y la abrazó por los hombros.

—No sabemos quién podría hacer esto, Paul, pero te creemos. Si es alguien que vive en la casa, no debería ser difícil descubrir quién es. *Tasha está a tu izquierda.* Byron le trasmitió a Antonietta la imagen mental de la altura a la que se encontraba su cara.

Con el corazón acelerado, Antonietta cerró los ojos y giró lentamente la cabeza para mirar a Tasha. Se apoyó en Byron buscando alivio y abrió los ojos. Por un instante, la imagen de Tasha bailó frente a ella, distorsionada y desenfocada. Antonietta persistió, obligando a su cerebro a conectar con sus ojos. Tasha le devolvió la mirada y Antonietta no pudo impedir un pequeño grito de alegría.

—¡Antonietta!¡Puedes ver! Dios, Toni. Puedes verme. ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo es que puedes verme?

Antonietta lloraba, y Tasha comenzó a sollozar inmediatamente con ella. Byron miró a Paul con expresión de impotencia.

—¿Es verdad? —preguntó Paul, cuando vio que su hermana y su prima se abrazaban—. Fuiste tú, ¿no es cierto, Byron? Eres como ella, tienes ese don.

—Tiene que tener cuidado con la luz y el movimiento, pero esperamos que mejorará. La mayor parte del tiempo mantiene los ojos cerrados o se marea —explicó Byron.

—¿Se lo habéis contado a Nonno? —Fue Paul quien hizo la pregunta inevitable.

Antes de que Byron contestara, Tasha le lanzó los brazos al cuello.

—Me da igual que te tenga tanto miedo. Gracias por lo que has hecho. No puedes imaginar cuánto esperaba que algún día encontraríamos una manera de que Antonietta recuperara la vista. Nuestro dinero parecía tan inútil a veces. Ella siempre ha sido muy paciente, pero había tantas ocasiones en que quería un libro en especial y no podía conseguirlo inmediatamente... Tantas cosas. Sinceramente, gracias, Byron.

Él sintió el amor y la gratitud genuina que emanaban de Tasha, y las aceptó con humildad. Las relaciones de familia de Antonietta eran muy complejas, no eran blanco y negro como su propio mundo lo había parecido durante mucho tiempo. Él pensaba en términos de enemigos o aliados. Pero las posibilidades intermedias eran muchas más. Era tanta la alegría que irradiaba de Tasha y Paul al saber que Antonietta quizá recuperaría la visión, que Byron se preguntó cómo había podido sospechar que cualquiera de los dos participaba en una conspiración para matarla. Aún así, tenía que cerciorarse. Cuando se trataba de la vida de Antonietta, no podía darse el lujo de correr riesgos.

Tasha y su prima comenzaron a reír juntas, sentadas en la cama de Paul, cogidas de las manos.

—Creo que se han puesto histéricas —murmuró Paul.

Con un gesto de la mano, Byron impuso el silencio en la habitación.

—Creo que tienes razón —dijo Byron, lanzando una mirada a Antonietta. *Perdóname, cara mía. No me queda más alternativa que* asegurarme*.*

Yo sí estoy segura. Su protesta fue inmediata e imperativa.

Byron la ignoró y se inclinó para mirar a Paul a los ojos. Hizo lo mismo con Tasha. Antonietta interrumpió su contacto telepático, y su rabia se convirtió en una fuerza casi tangible. *Ninguno de los dos está implicado en los robos ni en el envenenamiento, y si pueden mutar de forma, no lo saben. No me gusta la manera en que siento a Tasha. Quiero examinarla. Fúndete conmigo.*

Descubrieron rastros del veneno en las células de Tasha. Antonietta estaba indignada.

—¿Quién podría hacer algo así?¿Cristopher? A menudo venía a comer con nosotros. Podría haber vertido algo en la comida o la bebida de Nonno. Como yo no podía ver, es posible que lo haya hecho con cualquiera de nosotros y yo no me haya enterado. Quítaselo, Byron. Sé que lo hiciste por mí, de modo que quítaselo también a ella. Date prisa. Me pone enferma pensar que lo tiene en su organismo.

—Paul no ha comido nada hoy, tenemos que verificar a los demás. Incluso a los niños. Alguien ha puesto veneno en la comida o en la bebida. —Byron cerró los ojos y se introdujo en Tasha. Antonietta se fundió con él, observando cómo el cuerpo se separaba del espíritu, se convertía en una bola de energía pura y se adentraba limpiamente en el organismo de Tasha, examinando cada célula, músculo y tejido.

Byron le enseñó qué debía buscar, cómo mantenerse fuera del propio cuerpo mientras trabajaba, y la intensa concentración que demandaba. Parecía mucho más débil cuando acabó de extraer el veneno del organismo de Tasha, y dio unos pasos vacilantes cuando volvió a reincorporarse a su cuerpo.

—¿Qué te sucede? —preguntó Antonietta, alarmada.

—No me he alimentado esta noche, y hemos gastado una gran cantidad de energía —dijo, mientras emitía una orden para que sus primos olvidaran su invasión en sus pensamientos. *Tu familia tiene enormes barreras. Se requiere un dominio muy acabado para que ignoren nuestra intrusión. Si no tienes otra alternativa que leerles el pensamiento, recuerda borrarles el episodio de la memoria.*

Ya te había dicho que no están implicados. Su cansancio le preocupaba. No podía impedírselo y dejó descansar la mano en su brazo. *Ve a buscar lo que necesites para recuperar fuerzas. O utilízame a mí.*

Él rió por lo bajo y se inclinó para besarla en la boca entreabierta. *Gracias por la invitación, pero no puedo tocarte delante de los tuyos. Quisiera retirarme a tu habitación.*

Aquella voz suya, una sinfonía aterciopelada de seducción, la hizo sonrojarse. Antes de que pudiera responder, Tasha volvió a pedir su atención, completamente ajena a su interrupción.

—¿Hay algo que puedas hacer para ver mejor?¿Gafas?¿Quizás una operación? Se supone que las técnicas láser tienen resultados milagrosos.

—Yo ya he tenido mi dosis de milagros —dijo Antonietta—. Byron, aún te queda eso por resolver. Si quieres hacerlo ahora, me quedaré aquí haciéndole compañía a Paul.

Tirana y compañera mía. Byron se sentía secretamente halagado con la idea de que Antonietta se preocupara lo suficiente para insistir en que se alimentara.

Antonietta intentó mirar y ver cómo se iba, pero la habitación giró y aquellos objetos de forma extraña acudieron a sus ojos. Los cerró con fuerza.

—Si me muevo, es más difícil. Tengo que mirar algo que esté inmóvil para verlo de verdad. Creemos que cambiará con el tiempo y un poco de práctica.

—Antonietta. —Era Paul que le tendía una mano. Ella respondió inmediatamente entrelazando sus dedos—. Por favor, haz las paces con Justine. Sé que te sientes herida por lo que hizo, pero le conté que iban a matarme. Se lo conté todo. Me rogó que fuera a verte. Me pidió que me escondiera hasta que ella consiguiera el dinero. Tuvimos una pelea horrible. Quizá yo exageré un poco, pro estaba seguro de que ella trabajaba con la banda de ladrones.

—¿Le has dicho lo que pensabas?¿Sabe que casi moriste al quedarte aquí en lugar de acudir a un hospital? Yo no podría haberte salvado la vida, Paul. Byron es el que intervino y consiguió mantenerte con vida.

—Me siento diferente. Y es curioso, Toni, pero juraría que esta mañana oí un ruido, un ruido raro, como un zumbido de motor. Justine lo buscó por toda la habitación. Resultó que era un mosquito, y el ruido eran las alas. Ahora me siento más vivo, aunque la mayor parte del tiempo sufro un dolor de los mil demonios —dijo, rascándose la barbilla sin afeitar—. Justine se casará conmigo. Estaba muy enfadada conmigo, sobre todo porque yo pensaba que era capaz de traicionar a nuestra familia, pero la convencí. Este aspecto patético que tengo ahora me ha ayudado.

—La verdad es que me hizo mucho daño, Paul —dijo Antonietta, con un suspiro—. Confiaba en ella y dependía de esa confianza para trabajar juntas. Y ella acabó con todo eso.

—Fui yo quien acabó. Sabes cómo soy. Tasha, habla con ella, siempre te escucha. Esto es importante.

Antonietta sintió la repentina quietud de Tasha.

—Es verdad, Toni. Es verdad que me escuchas. Siempre te importa mi opinión.

—Es absurdo, desde luego. Te quiero. Tu opinión siempre me ha importado. Sabes lo que siento y lo que pienso. Sabes que eres importante para mí. ¿Qué harías tú? Estimo a Justine pero no sé si podré perdonarla por lo que ha hecho.

Tasha rió suavemente.

—Toni, no seas ridícula. Tú perdonas a todo el mundo, y lo perdonas todo. Tú eres así. No podrías guardar un agravio ni aunque la vida se te fuera en ello. No con los de la familia. Te guste o no, Justine cae bajo esa protección familiar, de modo que, pase lo que pase, la perdonarás. Estás dolida, no enfadada. Ha hablado la voz de la verdadera sabiduría —concluyó, con una mueca de burla de sí misma.

—Estupendo, Tasha, pero no penetras en el meollo del asunto. Yo quería deleitarme en la autocompasión, y tú no me has dejado.

—No es tu estilo.

—Os preguntaré a los dos algo muy curioso. ¿Os habéis sentido raros en alguna ocasión, como si hubiera una bestia en el fondo de vosotros, intentando salir?

—Como un felino —dijo Paul, frotándose el brazo—. A veces siento un escozor y una fuerza increíble.

—Es como si todos los sentidos se despertaran —añadió Antonietta.

—Yo no me siento así —dijo Tasha—, pero puedo hablar telepáticamente con Paul. Lo hemos hecho desde que éramos pequeños. No puedo hacerlo con nadie más que con él.

—Nunca me lo habías dicho.

—Sólo porque no quería que te sintieras marginada —dijo Tasha con un suspiro suave—. ¿Realmente amas a Byron, Toni? —preguntó, y había en su voz un dejo de irritación.

—Más de lo que jamás pensé que fuera posible. No puedo imaginarme mi vida sin él.

—¿Dónde quiere vivir él?¿A qué se dedica?¿Sabes algo de él?

—Trabaja con piedras preciosas. Tiene su propio patrimonio. Tendremos que viajar a su tierra natal, pero viviremos aquí en el palacio. Él puede trabajar sus joyas aquí. Viajará conmigo durante las giras.

—¿Cómo puedes estar tan segura?¿No tienes miedo? —Tasha se miró las manos—. Yo siempre me caso con el hombre equivocado.

—Te casas por razones equivocadas —respondió Antonietta, con voz queda—. Sabes que comprometerse con el matrimonio te hace daño.

—Diego me agrada, me agrada de verdad. Lo digo en serio, Toni. Me hace reír, y me siento bien conmigo misma. Me habla como si de verdad pudiera pensar. Hemos pasado bastante tiempo juntos, sólo hablando. Me gustaría conocer a sus hijos. Pero ¿qué sucedería si no pudiera casarme con un hombre como él?

—¿Quieres decir con un hombre que no tiene fortuna? Tasha desechó el comentario con un gesto de la mano.

—No es el dinero. Con el tiempo, tendré suficiente dinero. Puedo pedírtelo a ti si no lo tengo. Él esperaría que yo fuera una mujer y una madre. Jornada completa. Nunca he hecho nada a jornada completa.

Antonietta rió.

—Tasha, sólo tienes que ser tú misma. Te pasas la mayor parte del día con Margurite y Vicente. Vigilas a Nonno con ojo de águila, aunque eso lo exaspere. Te oigo poniendo las sillas en su lugar cuando camino porque alguien en un descuido las ha dejado mal puestas.

—Detesto dar órdenes a los criados.

—Dudo que Diego tenga criados.

—Tengo que tener criados, Toni. Supongo que no esperará que haga la colada —dijo, estremeciéndose—. La idea de tocar ropa sucia y hedionda es horrible. Pero me gusta cocinar. Seguí ese curso, y funcionó bastante bien. Cocinar era divertido. A veces, Enrico me dejaba cocinar, pero sé que ahora Alfredo no me lo permitirá.

—Por el amor de Dios, Tasha —interrumpió Paul—. Alfredo no es el dueño de la cocina, somos nosotros. Si quieres cocinar, dile que salga y te dije cocinar lo que te plazca.

Justine llamó a la puerta antes de entrar.

—Paul, tienes mucho mejor aspecto.

—Byron y Toni me han salvado con su magia —dijo Paul, tendiéndole una mano—. Ven aquí. Le he contado a Tasha y a Toni que te he acosado hasta que aceptaste casarte conmigo. Toni tiene grandes noticias. Incluso más importantes que las nuestras. —No esperó a que Antonietta desvelara el secreto—. Byron le ha sanado los ojos y ahora puede ver.

—Eso es imposible. Toni ha visto a todo los especialistas posibles y todos han dicho que era imposible. —Se giró hacia su jeja—. ¿Cómo ha podido curarte la vista?

—Posee el don necesario. No es perfecto, Justine. Mi cerebro aún no tiene las conexiones adecuadas entre la visión y los objetos. Intento mantener los ojos cerrados la mayor parte del tiempo y guiarme por mis otros sentidos. Es mucho más fácil. Si tengo los

ojos abiertos y aquello que miro se mueve, me mareo. A veces veo formas y objetos extraños, como si estuviese conectando con la imagen equivocada. Es raro.

—Pero emocionante —añadió Justine—. Toni, sé que estás muy enfadada conmigo. Sé que me lo merezco, pero no quiero que nuestra amistad se pierda. Ésta es mi familia. Te estimo mucho. He cometido un error. No puedo cambiar lo que he hecho, como quisiera, pero tengo que encontrar una manera de demostrarte cuánto lo lamento.

—Estoy dolida, Justine, no enfadada. Quisiera entender.

—Seré la dama de honor de Toni el día de su boda —anunció Tasha—, de modo que no es necesario que os hagáis tan amigas, vosotras dos. Y Marita también puede olvidarse de ello.

—Claro que serás mi dama de honor, Tasha, pero también habrá lugar para Marita y Justine.

—Así limitas mucho tus gamas de colores, Toni —advirtió Tasha—. Marita tiene un aspecto horrible con los colores pasteles y Justine es tan pálida...

—Tasha —le reprochó Paul.

De pronto, Celt levantó la cabeza del regazo de Antonietta. Todos los músculos se le tensaron, alertas. Antonietta se movió incómoda, presa de aquel escozor, y sintió que el vientre se le anudaba, que un pánico oscuro se le acumulaba en la boca del estómago. Tuvo la impresión de que una sombra pasaba por la habitación. Pero era una imagen más mental que real. Un aviso agorero.

—Toni —dijo Tasha, frotándose los brazos como si de repente hiciese frío—. ¿Qué pasa?

—No lo sé. ¿No sientes algo extraño?

Paul se echó hacia atrás sobre las almohadas, le cogió la mano a Justine y cerró los ojos. Justine negó con un gesto de la cabeza en nombre de los dos.

—A mí todo me parece normal, Toni.

—El perro tiene una actitud rara —dijo Tasha—. Tiene un aspecto peligroso.

—Quédate con Paul —dijo Antonietta—. Quiero ir a ver a Nonno. Celt vendrá conmigo, es un buen guía.

—¿Piensas de verdad que pasa algo? —preguntó Tasha—. Puedo llamar a Diego.

Antonietta no contestó. No se molestó en intentar usar sus ojos. Necesitaba ir rápido, y era mucho más fácil fiarse de Celt. El perro caminaba a su lado, y con su cuerpo la hacía maniobrar alrededor de todos los obstáculos en el pasillo y al bajar la escalera. *Byron.* Conectó inmediatamente con él. *¿Dónde estás?* Antonietta le transmitió la imagen de aquella sombra oscura. De un peligro inminente. Del terror que la invadía.

Quédate dentro del palacio. Vendré a dónde estás inmediatamente, y Eleanor y Vlad también vendrán. He intentado conectar con Josef, pero no responde o no puede. Vlad me ha dicho lo mismo. Estaba con Nonno en el patio.

Quédate adentro, Antonietta.

—Y cree que le haré caso —murmuró ella, con gesto rebelde—. ¡Franco! —Antonietta alzó la voz, algo que rara vez hacía, puesto que detestaba interrumpir sabiendo que se trataba de una conversación importante, pero su necesidad fue superior—. ¡Helena! Ven al patio y ayúdame a encontrar a Nonno. Se inclinó hacia el perro—. Celt, cuento contigo. No queremos que nada le suceda a Nonno ni al joven Josef. —Abrió la puerta acristalada que daba a la terraza sobre el patio.

Celt no gruñó, pero un sonido casi inaudible le nació en la garganta, y se volvió tenso y alerta.

Antonietta inhaló hondo y percibió un olor penetrante. Algo salvaje. Algo mortífero. Se agarró a Celt.

—Encuentra a Nonno, Celt. Enséñame dónde está.

—¿Qué sucede, señorita Scarletti? —preguntó Helena, que se le acercó por detrás.

—¿Has visto a mi abuelo?

—Don Giovanni ha ido al jardín, como suele hacer la mayoría de los atardeceres. Ese joven, Josef, estaba con él. Tienen que haber ido al laberinto.

—Por favor, dile a Franco que me siga. Yo iré a buscar a Nonno.

—Sí, claro. Se lo diré de inmediato. ¿Quiere que la ayude a buscarlo?

—Puedes ir a buscar a Franco y decirle que tenga cuidado —dijo Antonietta—, sería estupendo. —No quería exponer a Helena a ningún peligro. Con paso cauteloso, bajo la escalera de la terraza hacia el patio.

—Encuéntralo, Celt, encuentra a Nonno.

El perro temblaba con el esfuerzo de contener su necesidad de cazar. Se dirigió hacia el laberinto, pero al llegar a sólo unos metros de una de las entradas, se detuvo y se giró rápidamente hacia el palacio.

Antonietta dejó ir al perro y abrió lentamente los ojos. Estaba suficientemente oscuro y, gracias a las gafas, desaparecieron aquellas sacudidas horribles y las luces con sus destellos. Miró hacia las almenas, intentando concentrarse en una de las gárgolas, sólo para orientarse. Tardó unos momentos en ajustar la imagen de la escultura. Vio las alas desplegarse cuan anchas eran, como si quisieran lanzarse al vuelo, mostrándolos colmillos, los ojos desmesuradamente abiertos y mirando fijos. Quedó sin aliento cuando vio el cuerpo del joven Josef tendido inerte, su boina colgando de la punta de una de las alas de la gárgola. Encaramado sobre él, había un gran felino moteado.

El jaguar giró la cabeza y miró hacia ella, con un brillo maléfico en los ojos.

Librodot

Capítulo 19

B*yron. Rápido, necesito la imagen de una lechuza. Ayúdame.* Antonietta esperó un segundo que fue como una eternidad, y de pronto descubrió que la imagen estaba en su cabeza. Por suerte, Byron no había cometido el error de hacer preguntas ni de regañarla. Había intuido la urgencia en sus palabras y proporcionado la imagen que ella necesitaba. Ahora, ella sintió una comezón en la piel, mientras su cuerpo se comprimía sobre sí mismo. Cerró con fuerza los ojos al adoptar la forma de un predador nocturno.

Era mucho más difícil alzar el vuelo desde ahí abajo, pro lo consiguió. Al dar el salto, una ráfaga de viento la cogió por debajo y la ayudó a elevarse. Voló recto hacia arriba para no tener que abrir los ojos hasta el último momento.

Contacta conmigo. Era imposible ignorar esa orden. Había en ella una mezcla de miedo y rabia teñida de respeto, pero también era una orden que Antonietta tenía que obedecer. Se apoderó por completo de su mente. La obligó a abrir los ojos. Esperó a que la invadiera aquella ola de mareo extraño que la desconcertaba, pero eso no sucedió. Se dio cuenta de que Byron se servía de sus ojos para realizar aquella conexión. Él entendía lo que veía y se lo tradujo a ella en imágenes.

Un banco de niebla se aproximaba inesperadamente desde el mar. Era tan denso que parecía que las volutas formaban una barrera en el cielo. La lechuza voló en silencio, sigilosa, valiéndose de la niebla para cubrirse. Tardó sólo unos segundos en llegar hasta las almenas y dejarse caer como una piedra cuando el felino inclinaba la cabeza hacia el cuello desnudo de Josef.

Antonietta tuvo un sobresalto cuando oyó un lejano grito de angustia seguido del eco de una voz masculina que gritaba prometiendo venganza. Las garras afiladas como navajas se lanzaron contra los ojos del jaguar, rasgándose y clavándose, haciendo retroceder al felino hasta alejarlo de su presa. El viento silbó como un aullido y casi ahogó el gruñido de la bestia. Ésta escupió y lanzó un par de zarpazos, se giró y se alejó corriendo. Saltando con facilidad por encima de las gárgolas y, luego, aprovechando el parapeto para alejarse hacia el otro lado de la torre.

La lechuza descendió junto a Josef y volvió a adoptar su forma humana. Antonietta se inclinó sobre el joven. Tenía una herida abierta en la garganta y había sangrado profusamente. No le sentía el pulso. *Byron. ¿Está muerto?*

Unas corrientes oscuras giraron por encima de su cabeza. Los relámpagos cruzaron toda la extensión del cielo. Se desataron los truenos y el palacio entero tembló. Unas nubes negras y furiosas chocaron como calderos hirvientes, escupiendo su ira en un desgarro terrible y apenas soportable.

Antonietta avanzó contra la fuerza y la intensidad de la tormenta de emociones que sacudieron los cielos. Con la mano, cubrió las heridas mientras intentaba evaluar el daño sufrido por Josef.

Ha cerrado el corazón y los pulmones cuando le asestaron el golpe. Byron esperaba que fuera verdad lo que Antonietta decía. Josef era aún joven para los de su especie, y cerrar los sistemas después de sufrir una herida mortal no era cosa fácil.

Ahora hemos contactado con él, Eleanor y yo. Su fuerza vital es escasa. Mantenerle vinculado a la tierra nos quitará velocidad. Byron reconoció la voz de Vlad, marcada por el miedo y la determinación. *No puedo ayudarte a buscar al felino.*

Yo me encargaré del felino, Vlad. Tú mantén a Josef con vida.

¿Hacia dónde ha ido el jaguar? Antonietta hacía lo posible por restañar la herida. *Nonno se encuentra en el patio y Franco ha ido a buscarlo. Date prisa, Byron. El felino ha venido con la intención de matar.*

Byron surgió de la oscuridad, una criatura poderosa, dejó atrás a Antonietta y siguió las huellas del felino. Ella sintió apenas el roce de la mano en su cara. *Sabes qué tienes que hacer.* Habló con voz pausada. Una voz llena de fe.

Antonietta tenía descender con el chico. Necesitaba la tierra y su propia saliva. Byron no se lo dijo, pero de alguna manera ella tuvo ese atisbo de certeza gracias a él. Ahora estaba sobre las almenas. *¿Ves a Celt o a Nonno? ¿O a Franco?* Franco podía llevar a Josef al jardín.

Byron voló hacia la ensenada. El felino se dirigiría al agua para disimular la huella de su olor. *No veo a ninguno de ellos.* Intentó conectar con el perro, una costumbre que había desarrollado semanas antes. Por un instante, Byron captó la imagen de setos, un banco, a don Giovanni sentado en el banco, atrapado sin poder levantarse, y a Celt dando vueltas a su alrededor. Byron envió aquella imagen tranquilizadora a Antonietta y voló más cerca del suelo, oculto en medio de la niebla.

El peligro no había pasado. Antonietta quería estar junto a Byron, asegurarse de que estaba a salvo. Toda ella ardía en ganas de mutar. Sintió que en la boca del estómago le nacía una sombra, tan negra como las nubes que giraban sobre su cabeza. Ella suspiró pronunciando el nombre de Byron, queriendo avisarle del peligro, pero temiendo que lo distraería en el momento equivocado.

De pronto llegó a sus oídos el roce de una tela moviéndose entre las esculturas. Se giró hacia el ruido y respiró tranquila.

—Helena. Gracias al buen *Dio.* Por favor, tienes que encontrar de inmediato a Franco. Tenemos que buscar ayuda para este pobre muchacho. Lo ha atacado un felino. El mismo que mató hace unas noches.

—¿Está segura de que es el mismo, *signorina* Scarletti? —Antonietta abrió los ojos con cautela, intentando concentrarse en su ama de llaves. La mujer siguió avanzando hacia ella. Antonietta sabía cuán cerca estaba. El cuerpo estaba deformado. Unas manchas bailaron ante sus ojos, lanzando destellos. Rojos, amarillos. Un azul oscuro. Se hincó las uñas en la palma de la mano para mantenerse anclada y con los ojos fijos en Helena, obligándose a ver.

—Dudo que haya dos felinos, Helena. Por favor, ve a buscar a Franco. Tenemos que salvarle la vida a este chico.

Helena siguió acercándose. Ahora más rápido, el rostro de pronto alargándose hasta que parecía un hocico, y el cuerpo contorsionándose y doblándose hasta que estuvo a cuatro patas.

Antonietta esperó, calculando el salto del felino y se lanzó hacia un lado, utilizando sus nuevas habilidades para sobrevolar al jaguar y aterrizar en el borde de las almenas. El jaguar lanzó un gruñido y adoptó una forma humana. Helena se inclinó sobre Josef, mientras mantenía los ojos fijos en Antonietta. Unos ojos donde brillaba el odio.

—¿Por qué harías eso, Helena? —preguntó Antonietta, con voz queda. Las azotó una ráfaga de viento que agitó el pelaje del gran felino y le soltó unas mechas de pelo a Antonietta que le revolotearon en la cara.

—*Signorina* Scarletti. —Las palabras de Helena fueron como un escupitajo—. Cómo odio ese nombre. Su maravillosa familia. Debería haber sido mi familia. Yo pertenecía a ella, pero ninguno de vosotros quería verlo. Yo vivía ahí, delante de vuestras narices, pero todos os negabais a verlo.

Antonietta se esforzaba en ver con claridad. Helena desplazaba su peso de una pata a la otra, una mezcla de furia y odio. Estiró una mano convertida en una afilada garra para llevar a Josef hasta el borde de la almena. Antonietta no se detuvo a pensar. De un salto, se lanzó contra Helena y le dio una enérgica patada en toda la cara. El impulso la proyectó más allá de su ama de llaves. Se encogió y rodó, volvió a incorporarse frente a Helena, sorprendida

con esa repentina agilidad suya. Entonces, sin vacilar, saltó de vuelta hacia Josef propinando una segunda y poderosa patada a Helena en la cara que la lanzó por encima de la almena.

Helena se agitó en plena caída, cambió por completo de forma y aterrizó de cuatro patas sobre el césped. El jaguar alzó el morro hacia el palacio y gruñó. Se encaramó de inmediato a un árbol cercano y utilizó las ramas como camino para subir deprisa hacia los miradores con un único y mortal objetivo.

Antonietta arrastró a Josef al borde de la almena, lo levantó, cogiéndolo como si fuera un bebé. Cuando el jaguar alcanzó el balcón de la primera planta, Antonietta saltó desde las almenas al césped y aterrizó amortiguando la caída, protegida por la sombrea que proyectaba el palacio. Corrió hasta el jardín, oculta por la densa niebla. Sabía exactamente cuántos pasos eran, y avanzaba contando con los ojos cerrados.

—¿Toni?¿Estás aquí fuera?¿Dónde está Nonno? —Era Tasha que llamaba desde la terraza por encima del patio—. ¿No te parece increíble esta niebla? Se suponía que estaría despejado esta noche.

—Tasha, date prisa. Ven aquí —pidió Antonietta, con voz suave. Era una voz rara y apagada bajo la niebla que giraba a su alrededor. Tendió a Josef sobre el lecho, sin prestar atención a las flores de su abuelo. Tenía sólo unos minutos para hacer lo que tenía que hacer. Cogió unos puñados de aquella rica tierra, la mezcló con su propia saliva y aplicó cuidadosamente los emplastes.

Tasha apareció en medio de la niebla, por encima de su cabeza.

—¿Qué estás haciendo, Toni? —dijo y se inclinó, vio el charco de sangre y se llevó las manos a la boca—. Dios mío, ¿estás loca? Si le pones esa tierra en las heridas lo matarás.

—No hagas preguntas, ayúdame. El jaguar ha hecho esto. Ahora nos está buscando.

Tasha se arrodilló, comenzó a coger la tierra, mirando a su alrededor con cautela. La niebla era demasiado densa para ver.

—¿No deberíamos entrarlo? —inquirió, en voz muy baja.

—Su padre y su madre vienen a ayudarlo. Yo tengo que mantener el jaguar a raya. Nonno estaba en el laberinto con Celt.

Para Tasha aquello no tenía sentido, especialmente con los problemas de visión de Antonietta, pero se inclinó con gesto protector sobre Josef.

—Es un chico agradable, todavía un niño para su edad —dijo, y tembló bajo el viento.

—Es Helena —dijo Antonietta, situándose entre su prima y el césped a sus espaldas—. El jaguar es Helena. Es capaz de mutar y convertirse en felino.

—Eso es imposible, Toni. —Tasha hablaba muy pausadamente, como si le explicara algo a un niño.

—Sí que es posible. Te lo explicaré más tarde, pero la he visto. ¿Por qué nos odia? Me ha dicho que pertenecía a nuestra familia, y que nosotros no lo queríamos ver. No lo entiendo. ¿Cómo puede ser una Scarletti?

—Era ella. Tenía que ser Helena.

—¿Tenía que ser qué?

—¿Qué no te acuerdas?¿Cuando éramos pequeñas? Mi padre abordaba a todas las mujeres que veía. Helena era muy bella. Desde luego que tiene que haberla perseguido. Tiene que haber sido ella la que estaba embarazada. Recuerda que se fue durante unos meses para cuidar de su padre cuando estaba enfermo. Podría haber estado embarazada entonces.

—Era amiga de nuestras madres —protestó Antonietta—. Para nosotros, era como de la familia.

—Yo nunca fui amiga de vuestras madres. —Helena surgió del manto de niebla, la cara ensangrentada y la nariz torcida. Los ojos le brillaban de una forma extraña, como los de un felino. Estaba en el otro extremo del césped, y la niebla se le pegaba al cuerpo, giraba en torno a sus piernas—. Éramos amantes. Tendría que haberse casado conmigo. Lo habríamos tenido todo. Después de eliminar a Antonietta y a sus padres, él habría heredado una gran fortuna. Me habló de ello, pero fui yo la que actuó. ¿Y cómo me lo pagó él? Se negó a

deshacerse de su mujer. La despreciaba, una mujer débil, pero ella se aferraba a él. También tuve que cuidar de ella. Él sabía que yo lo amaba. Llevaba a su hijo en mis entrañas. Habría hecho cualquier cosa por él, pero él quiso que yo me deshiciera del bebé. Dijo que mi hijo era un *bastardo.*

—Cometió un error —dijo Antonietta—. Un grave error. Tenía que haber estado orgulloso de su hijo. —Con la mano por detrás, le hizo una señal a Tasha para que callara.

—Merecía morir. Salía con sus putas, se negó a casarse conmigo, se negó a reconocer a su hijo, incluso cuando lo liberé de su miserable matrimonio. Fue tan fácil, puesto que bebía tanto. Ni siquiera tuve remordimientos —concluyó Helena, y su voz era vibrante, como un gruñido extraño y ronco.

Un relámpago rasgó el cielo y cayó muy cerca a tierra, sacudiendo el suelo bajo sus pies. El aullido de un felino predador acompañó el rugido del trueno. Helena sonrió.

—Mi hijo. Esteben. Está matando a don Giovanni. Pronto no quedará nadie vivo excepto mi hijo para heredar.

El felino volvió a chillar. Una bola de fuego naranja y roja se desprendió del látigo vibrante de un relámpago por encima de sus cabezas y se precipitó a tierra, desapareció en la densa niebla. El silencio se hizo ensordecedor. Antonietta se esforzaba en mantener la vista enfocada en Helena.

—Fuiste tú quien vendiste las posesiones de los Scarletti, ¿no es así?

—Esteben es un Scarletti. Hemos cogido lo que nos pertenecía. Lo que debería haber sido nuestro. Si hubiera hecho lo que le dije, en la cocina, nos habríamos deshecho de la mayoría de vosotros, pero él insistía en simular accidentes. El veneno ha funcionado igual de bien, y podríamos haber culpado a Enrico —agregó, moviéndose ligeramente, con una contorsión.

—Pero Enrico os descubrió, ¿verdad? Por eso lo matasteis.

Antonietta seguía intentando mantener a Helena enfocada. Sus brazos comenzaban a teñirse de manchas mientras la piel se recubría de pelaje y las manchas bailaban y saltaban a los ojos de Antonietta.

Ella respiró hondo. *¿Byron? ¿Has matado a Esteben, verdad? Nonno y Celt están a salvo.*

Tú también, amor mío. No te acerques a ella.

Me resulta más fácil luchar con los ojos cerrados y fiarme de mis otros sentidos.

No es necesario.

Tasha, sorprendida, quedó boquiabierta. Antonietta no dejaba de mirar a Helena, ahora mitad humano, mitad felino.

—¿Qué pasa, Tasha?

—Aparte del hecho de que nuestra ama de llaves es una psicópata asesina, y que en este momento se está trasformando en una especie de poseída, mitad humana, mitad bestia, acabo de ver que la hermana y el cuñado de Byron salían de la nada. Me han dado un buen susto.

—No te acerques, Antonietta —avisó Vlad—. Te necesitamos aquí, para salvar a nuestro hijo. Byron se ocupará del felino. Gracias por proteger a Josef.

—Tasha, quizá deberías volver dentro.

—¿Y perderme todo el drama? Ni te lo pienses. Puedo escupir tan bien como cualquiera. Creo. —Tasha tiró de la mano de Antonietta hasta que ésta se arrodilló junto a ella—. Dime qué debo hacer para ayudar. Byron apareció en medio de la niebla, una figura alta y oscura con el pelo suelto y en la plenitud de su fuerza. La niebla se le pegaba a las piernas y le llegaba hasta los anchos hombros. El viento le susurraba miles de secretos que arrastraba con él. En la distancia, el mar se agitó, embravecido y rabioso de espuma, golpeando y explotando en un ritmo tan viejo como el tiempo. Byron parecía un elemento de la naturaleza, con sus rasgos más allá del tiempo, su mirada antigua. Antonietta lo vio con

claridad a pesar de que se movía. Alzó una mano al cielo y estalló un relámpago que se bifurcó, saltando de nube en nube.

—Antonietta, te necesitamos. —La voz de Eleanor era un leve silbido de ansiedad—. Como lo hicimos con Paul, entraré en él y lo sanaré. Vlad lo mantendrá atado a la tierra. Tienes que cantar y darnos energía, porque en ti tienes un don curativo poderoso. La voz de tu prima también es un don. Enséñale la letra y pídele que se una a nosotros.

—Nadie me había dicho antes que mi voz era un don —dijo Tasha, con la mirada fija en Byron. Éste se encontraba frente a un jaguar adulto. El animal bajó la cabeza con la mirada concentrada en su presa, encogiéndose y preparándose para el ataque. Era algo hipnótico, y Tasha ni siquiera respiraba.

Byron abrió la mano que sostenía en alto con la palma mirando al cielo. De las descargas rojas del relámpago brotaron unas hebras de luz que llegaron hasta sus dedos convertidos en una bola de energía.

—¿Antonietta? —Era don Giovanni que aparecía desde el laberinto acompañado por Celt.

El jaguar cargó sin vacilar ni un instante, pero no contra Byron sino contra el patriarca de la familia Scarletti. Byron se movió tan rápidamente que su cuerpo fue una mancha borrosa que cruzaba esa distancia en un abrir y cerrar de ojos para volver a aparecer delante del anciano. La bola roja de llamas silbó cruzando el cielo oscuro y dejando una estela de chispas que encendieron la noche antes de apagarse. El jaguar se lanzó al cuello de Byron. La bola de fuego interceptó al felino en medio de su salto, lo traspasó y le dejó un enorme agujero chamuscado. El felino cayó sin vida a los pies de Byron.

Éste apenas sí se dignó a mirarlo. Don Giovanni parecía tan sacudido que Byron se le acercó y le ayudó a llegar al banco más próximo donde Josef permanecía casi inerte.

—Déjeme ayudarlos con Josef, don Giovanni, y entonces lo llevaré dentro.

Las voces de Antonietta y Tasha eran suaves y melodiosas, llenaban la noche con aquel cántico curativo. Eran antiguas palabras que aceleraban el proceso curativo y le proporcionaban energía al sanador y una atmósfera propicia para llevar a cabo su tarea. Byron se unió al cántico, aportándole una dosis adicional de energía a su hermana. Ésta trabajaba lenta y metódicamente, asegurándose de cerrar y comenzar la curación de todas las heridas desde el interior hacia afuera. El tiempo no significaba nada para una sanadora. Eleanor trabajó hasta que estuvo segura de haber curado cada tajo y cada desgarro. Cuando volvió a fundirse con su propio cuerpo, el cansancio la hizo trastabillar. Vlad la cogió inmediatamente y la sostuvo.

Tasha intentaba verlos a través de los remolinos de niebla, pero ésta los cubría por completo.

—Deberíamos trasladar a Josef a un hospital. —El chico aún no se movía—. Y Nonno debería entrar y no quedarse aquí a la intemperie.

Byron lanzó una mirada hacia lo alto, y por primera vez se fijó en el viento y la tormenta. Los vientos desatados se calmaron al instante y las nubes comenzaron a disiparse. *Antonietta, tengo que darle sangre a Josef. ¿Llevarás a tu familia al interior de la casa?*

Claro que sí. ¿Qué ha pasado con Esteben?

¿El otro felino? Está muerto en el laberinto. Intentó atacar a tu abuelo. Celt tiene unos cuantos rasguños, no es nada grave pero deberíamos curarlo para impedir que se infecte. Byron le envió una ola invisible de amor y cariño. *Quiero que veas cómo estoy de contenido. No recuerdo que salir fuera parte de nuestra conversación en algún momento. Ni luchar contra jaguares o saltar desde lo alto de los edificios.*

Si tienes la habilidad, ¿por qué no usarla? Antonietta intentaba no hablar como una presumida. Había tantas otras emociones de por medio. Desde que Antonietta recordaba, Helena había sido una más de la casa. Ya era así cuando su madre estaba viva. ¿Era posible que Helena hubiese puesto una bomba en el yate de sus padres? No parecía muy creíble. ¿Y los padres de Tasha? ¿Era posible que hubiese planeado la muerte de los dos? Esteben o

Helena podrían haber envenenado fácilmente la comida o la bebida. Y los dos tenían acceso a cualquiera de los coches. Respiró profundamente y se pasó una mano por el pelo. Se sorprendió al percatarse de que estaba temblando.

—¿Cómo le vamos a explicar todo esto a Diego? —preguntó Tasha, angustiada—. Creerá que estamos locos si le decimos que nuestra ama de llaves y el asistente de cocina se han convertido en animales salvajes. —No quería pensar demasiado en la condición de hermanastro de Esteban.

Incineraré los cuerpos y descargaré un relámpago desde el cielo. Los felinos, Esteben y Helena, sufrirán juntos un trágico accidente.

Pero con la medicina forense, hoy en día...

No temas. Estoy seguro de que el ADN arrojará a la vez rasgos humanos y felinos, si es que queda algo. Un episodio trágico. Acabarán los robos en el palacio. No habrá más veneno en la comida de tu familia y yo no tendré que preocuparme día y noche de que alguien intente hacerte daño. Diego se llevará el crédito por descubrir a Esteben y Helena. Pensará que ha descubierto estas cosas gracias a su investigación.

Antonietta le cogió la mano a Tasha.

—Entremos con Nonno en la casa.

—¿Josef se pondrá bien? —Tasha se aferró a Antonietta cuando se apresuraron a buscar a don Giovanni. El viento se calmó, pero el aire aún estaba frío y el mar seguía golpeando y lanzando espuma. Cogieron a su abuelo por la cintura y lo alejaron del cadáver del jaguar.

—Sí, su familia se ocupará de él. No te preocupes. —Antonietta no volvió a mirar atrás. Los ojos comenzaban a quemarle, cansados. Pero sabía exactamente dónde estaba Byron. Tuvo la impresión de que cogía a su sobrino en los brazos con cuidado.

Sintió el corte en el brazo de Byron cando éste abrió su propia vena. Y su piel apretada contra la boca de Josef mientras Eleanor y Vlad lo despertaban para que se alimentara. Sabía que el flujo de la fuerza vital de Byron hacia su sobrino ayudaría a la recuperación de aquellas células hambrientas y maltrechas.

No te olvides de alimentarte. No quiero que vuelvas a casa con pasos vacilantes, debilitado e incapaz de nada.

Él respondió con una risa leve. *Comienzas a dominar muy bien esto de regañar.*

Lo domino todo bien. Con un chasquido de los dedos, llamó al perro. *—Celt, ven conmigo, chico. Gracias por cuidar de Nonno.* El borzoi ignoró al felino muerto, ahora que no representaba un peligro, y caminó junto a Antonietta.

Espero que podrás sentarte durante toda una noche a escuchar unas lecciones sobre cómo mantenerse fuera de peligro. No puedo estar en dos lugares a la vez.

¿Por qué no? Puedes hacer casi cualquier cosa. ¿Aún no lo has aprendido? Antonietta invocó la imagen de ella abrazándolo y estrechándolo contra su pecho, le envió olas de un cálido sentimiento amoroso.

Don Giovanni flaqueaba al andar cuando abrieron la puerta de la terraza. A sus espaldas, un relámpago alcanzó la tierra y se alzó una columna de humo negro que llevaba el olor a carne quemada hacia las nubes. Tasha miró dos veces hacia atrás e hizo una mueca cuando vio aquel círculo oscuro en el césped donde había estado el felino. No quedaban ni huellas de la presencia de Eleanor, Vlad y Josef.

Tasha y Antonietta llevaron a don Giovanni a su habitación. Él las despidió con un gesto.

—No estoy en mi lecho de muerte. No tengo idea de lo que ha sucedido esta noche, pero no me he hecho daño, sólo tengo frío.

Antonietta lo besó en la mejilla.

—Sí, Nonno, desde luego, te lo explicaremos todo mañana. Esta noche tienes que dormir.

—Es tarde para un anciano —convino él.

Cuando Antonietta y Tasha salieron de la habitación de don Giovanni, Marita se les acercó corriendo, el rostro pálido y oliváceo bañado en lágrimas.

—Ha ido en busca de don Demonesini. Se lo he contado todo a Franco. Se lo he contado todo. Pensé que quizá me echaría, pero nunca pensé que se volvería loco de rabia ni que iría por él. Demonesini lo matará. Sabéis que lo matará. Franco es un hombre bueno. ¿En qué estaría pensando? —dijo, retorciéndose las manos, angustiada—. Tenemos que detenerlo.

—Franco es un Scarletti, Marita. Demonesini te hizo daño. Desde luego que Franco irá por él. Debería haber pensado en eso —dijo Antonietta.

—Llevaba una pistola.

—Eso no augura nada bueno —dijo Antonietta, acariciando la sedosa piel de Celt.

—¿Quieres que llame a Diego? —inquirió Tasha—. Tal vez él pueda detener a Franco antes de que se meta en líos.

—No, no lo hagas —dijo Antonietta, sin dudarlo—. A Franco podrían arrestarlo y acusarlo sólo por el hecho de acudir allí con la intención de infligir algún daño.

—Pídele a Byron que vaya —dijo Tasha—. Franco escuchará sus razones. —Por favor, Toni, te lo ruego, pídeselo. Franco es un hombre de negocios, no un mafioso. No puede ir y amenazar a Demonesini —dijo Marita, mirándose las manos—. ¿Y si algo terrible sucede? ¿Y si a Franco le hacen daño o lo detienen?

Byron. Franco ha ido a enfrentarse a Demonesini. Yo sé que puedo destruirlo en los negocios. Puedo provocar su ruina financiera y debería haberle contado a Franco mis planes.

No habría bastado. Demonesini acosó a la mujer de Franco. La atormentó durante años. Tu primo necesita algo más que quitarle todo el dinero a su enemigo.

¿Puedes ir y asegurarte de que nada le ocurra a Franco? Sé que estás cansado y que deberías alimentarte, pero tengo que pedírtelo.

No tienes que pedirlo. El jaguar está muerto. Dile a Tasha que llame a Diego y le cuente que había dos felinos, no uno solo. Yo mismo hablaré con él acerca de lo sucedido.

Byron miró hacia las nubes. Estaba cansado, y era verdad que tenía que alimentarse pero, más que eso, tenía que hacer feliz a Antonietta. Ella había vivido tantas cosas y las había manejado a su manera habitual, segura y directa. Él sonreía cada vez que pensaba en cómo se había preocupado por una simple cena, a pesar de que podía enfrentarse a un jaguar y volar sobre el lomo de dragones. No permitiría que Demonesini volviera a hacerle daño a su familia.

Byron alzó el vuelo, el método más rápido y más directo para los de su especie. El banco de niebla que había creado casi se había despejado del todo, lo cual le proporcionó una perspectiva clara de la ciudad más abajo. La propiedad de los Scarletti era enorme, y abarcaba el área alrededor del palacio, subiendo hasta los acantilados y, en la otra dirección, hacia los montes. La ciudad quedaba a cierta distancia, y la villa Demonesini estaba construida al borde del mar, justo en el centro de las villas más importantes de la ciudad.

El agua brillaba como un espejo, una capa plateada por encima de una obsidiana negra. Byron se deleitó en su capacidad para ver colores. Sin ser consciente de ello, intentó transmitir su alegría a Antonietta. *Tú me has dado esto, cara mía. Siempre recordaré los días frises y sabré lo que me has regalado.*

La suave risa de Antonietta lo bañó como una caricia. *Diego ha llegado. Está investigando en la habitación de Helena y luego buscará en la de Esteben para ver si hay pruebas de su implicación en la banda de ladrones. Espera encontrar algunos nombres.*

Ahora sobrevolaba las luces de la villa. Antes de interrumpir el contacto, Byron le envió besos, suficientes para envolverla antes de su regreso. La terraza rodeaba toda la casa. Byron adoptó una forma humana y se acercó al porche hasta que encontró una puerta abierta. Entró en la casa y se paseó por el largo pasillo en dirección a las voces airadas que llegaba a sus oídos.

—Segura que esa puta ha dicho que era inocente. —Era don Demonesini que reía, un sonido perverso—. Mira esas fotos. Me rogaba para que la satisfaciera. Me rogaba mis

atenciones. Nada la saciaba —exclamó y le lanzó las fotos a la cara a Franco—. Tu madona, la madre de tus hijos, con las piernas abiertas para otro hombre. Vuelve a casa arrastrándote, Scarletti y, por una vez, actúa como un hombre en tu propia casa. Échala a la calle, que es donde tendría que estar.

Byron captó la perversidad latente en aquel hombre. Había una sensación de triunfo y satisfacción, muy parecido a un vampiro, perverso y vacío, lleno de maldad. Don Demonesini era un hombre que odiaba. Era un odio profundo, encasillado en su propio corazón y alma. Disfrutaba de la dominación que ejercía sobre otros. Su principal objetivo parecía ser la miseria y la ruina de los demás. Franco también irradiaba furor. Ni siquiera miró las fotos desperdigadas por el suelo a sus pies.

—Donde tú debes estar es en la cárcel —dijo, con una voz marcada por el desprecio—. ¿Cuántas otras mujeres has violado y chantajeado? Seguro que mi mujer no ha sido la única.

—Querrás decir tu puta —dijo Demonesini, provocador.

Byron entendió la intención de Demonesini. Quería que Franco perdiera los estribos. Tenía un arma oculta debajo de la mesa, y ya había echado mano de ella, esperando, deseando poder matar a un Scarletti. Después, afirmaría que Franco lo atacó y que él se vio obligado a defenderse. Las fotos serían la prueba ante el mundo, y él tendría la satisfacción añadida de las fotos y de seguir poniendo en ridículo a la familia Scarletti. Era un plan perfecto.

Byron entró en la habitación enseñando los dientes, los ojos oscuros brillando y la bestia intentando imponerse a él.

—Buenas noches, Demonesini. Qué gusto verlo con un aspecto tan saludable. Temí por su bienestar y pensé en pasar a ver cómo estaba. —No esperó a que Demonesini respondiera sino que lo miró directamente a los ojos superando aquella barrera natura. El núcleo mismo de Demonesini era corrupto, perverso. No respondía de la manera habitual a la sugestión hipnótica.

Byron no esperó. Dio un salto por encima de la mesa, cogió a Demonesini por la muñeca y le impidió echar mano del arma. Sosteniéndole así con su enorme fuerza, inclinó la cabeza hasta el pulso que latía con fuerza en el cuello y bebió.

Franco se quedó boquiabierto. Manteniendo un ojo vigilante sobre Byron, recogió las fotos. No dejaba de mirar aquellos incisivos, clavados en el cuello de Demonesini.

Byron bebió lo que quiso y empujó al hombre hasta el otro lado de la sala con un simple gesto de la mano.

—¿Dónde están los negativos y todas las copias que has hecho de estas fotos? —Habló muy quedamente, con una voz aterciopelada, pero tan convincente que hasta las paredes de la sala parecieron expandirse y contraerse—. Quiero que las busques ahora mismo y se las entregues a Franco.

Demonesini se incorporó lentamente, arrastrándose lejos de Byron, los ojos desmesuradamente abiertos por el miedo pero conservando toda la astucia de un animal atrapado, cuando su mirada se detuvo en la pistola que Byron había lanzado a un lado. Cuando Demonesini vaciló, Byron se encogió de hombros y se miró la mano. Una tras otra, sus uñas se alargaron y se convirtieron en garras afiladas como navajas. Sonrió mirándose esas garras curvas antes de alzar la mirada a Demonesini.

—No pienso pedírselo dos veces.

Don Demonesini utilizó una llave para abrir un armario y sacar un cajón. Byron vio que había varios archivos en el interior. Demonesini sacó uno de ellos.

—Póngalos todos sobre la mesa, y cierre la puerta con llave.

Demonesini vaciló. Un gruñido sordo lo convenció. Hizo un montón con los archivos sobre la mesa.

—Son archivos personales.

Franco abrió uno de ellos y lanzó una exclamación.

—Son fotos de otras mujeres, Byron.

—Tal como sospechaba. Asegúrate de que los negativos de Marita están ahí.

Franco hojeó los archivos con una mueca de desagrado pintada en la cara.

—Está todo aquí, Byron.

—Cógelos y vete, Franco. Si encuentras a Cristopher o a alguien más en la casa, detente y ten una agradable charla con ellos. Si te preguntan por los archivos, diles que Demonesini te los ha dado para un proyecto privado. Luego sigue caminando y no mires atrás. Cuando llegues a casa, quema esos archivos sin mirar el resto. Seguro que más de una de esas mujeres se mueve en tus círculos sociales.

—He venido aquí para librar al mundo de este monstruo.

—Ya lo sé. Soy de la familia. Confía en mí para hacer lo que haga falta. —Por el rabillo del ojo, Byron vio a Demonesini acercándose a la pistola tirada en el suelo al otro lado de la mesa.

—Puesto que eres de la familia, no pienso preguntarte acerca de lo que has visto aquí esta noche. Y no vuelvas a hablar de ello. Como contrapartida, no te hablaré de los jaguares y de la cercanía de nuestra familia con ellos. —Franco se guardó el montón de archivos bajo el brazo. Su mirada, cargada de desprecio, se detuvo en Demonesini—. Te mereces todo lo que te espera.

Demonesini se lanzó hacia la pistola. Byron cerró el puño con fuerza mirándole el pecho. El hombre se puso rígido, con el rostro desencajado por el dolor.

Franco vaciló.

—No te detengas —dijo Byron con voz suave y la mirada fija en Demonesini—. Vete, Franco.

Don Demonesini se cogió el pecho y cayó de rodillas. Tenía unas manchas en la piel y los ojos desorbitados.

Franco salió de la sala con los archivos a buen resguardo bajo el brazo. No volvió la vista atrás. Ni siquiera cuando oyó el ruido del cuerpo que caía al suelo. Se dio prisa en salir de la villa, procurando adoptar un talante lo más normal posible, pero se alegró de no toparse con nadie. Había dejado el coche aparcado bajo unos árboles, a poca distancia de la pequeña rotonda y la verja de hierro forjado. Metió apresuradamente los archivos en el maletero del coche, abrió la puerta del conductor y se deslizó tras el volante.

El corazón le dio un vuelco cuando Byron se materializó a su lado.

—¿Qué pretendes?¿Darme un susto de muerte?¡No hagas eso!

Byron le sonrió.

—Creo que deberíamos hablar de esta idea tuya de que yo soy un vampiro. Ya sé que has dicho que preferirías no hablar de ello, pero pienso casarme con tu prima, y sería preferible aclarar las cosas.

Franco se quedó quieto un momento y luego se inclinó para meter la llave en el contacto.

—¿Pretendes decirme con eso que no eres un vampiro?

—No lo soy. Soy algo completamente diferente. Si quieres seguir pensando así, tendría que beber de tu sangre. De otra manera, no me quedará otra alternativa que borrar este recuerdo de tu memoria.

Franco conducía por las calles a mayor velocidad de lo que permitía la visibilidad.

—¿Puedes borrar los recuerdos? Dios mío, Byron, ¿Toni sabe todo esto?

—Desde luego —dijo él, y su voz se volvió grave—. No puedes traicionarnos por ningún motivo, Franco. Si lo hicieras, yo lo sabría, y no tendría otra alternativa que proteger a los míos.

Franco le lanzó una mirada de reojo, observó los duros rasgos de su cara.

—Lo dices enserio, ¿no? Conozco el valor de la lealtad, Byron —advirtió, y una leve sonrisa se le pintó en la cara—. Una vez que te cases con Toni, serás parte de la familia. No creo que te sea tan fácil hacerme daño.

—Tampoco me sería fácil ahora, Franco. Tú eliges.

—Es interesante saber que tienes ciertas habilidades. Puede que en alguna ocasión sean útiles. Sé que Toni no quiere ocuparse de los negocios de la familia y, tarde o temprano, Nonno tendrá que delegarlo en mí. Creo que si contamos contigo en las reuniones de la junta podrías sernos muy útil.

—Helena tuvo una aventura con el padre de Tasha y de Paul. Esteben era su hijo, no su sobrino. Por eso, Helena creía que se merecía la fortuna de los Scarletti. Creo que ella es la responsable de las muertes de los padres de Antonietta, e incluso de los padres de Tasha y Paul. Es probable que Esteben haya matado a Enrico. Helena y Esteben fingieron los accidentes de don Giovanni y pusieron veneno en la comida de tu familia. Los dos podían mutar y convertirse en jaguares. Eran ellos quienes mataban a la gente de la región. Lo más probable es que no hayan podido controlar los impulsos de la bestia cuando se transformaban en felinos.

—Es increíble lo que me cuentas.

—No debes adoptar la forma del jaguar y pretender que tienes las cosas bajo control. Es peligroso.

—¿Y tú, cómo lo sabías?

—Veía que aceptabas mis diferencias con demasiada facilidad.

—Jamás habría sospechado de Helena. Si era como un miembro más de la familia. Es una pena. Si hubiese ido a ver a don Giovanni y le hubiera contado lo de Esteben, los habríamos acogido en la familia. —Estacionó el coche en el amplio garaje—. ¿Marita cree que Margurite no es hija mía?

—¿Qué crees tú?

—Que es una Scarletti de pura cepa. Y yo la adoro. Es mi hija y siempre lo será, y no me importa lo que diga una prueba de paternidad.

—Es un Scarletti —dijo Byron, sonriendo—. No hay error posible, tiene el carácter y los patrones cerebrales de tu familia.

Franco se inclinó hacia atrás en su asiento y sonrió a su vez.

—Gracias, Byron. Haz lo que tengas que hacer para proteger a tu pueblo. Tu familia ahora está unida a la mía. Es lo que haría cualquiera de nosotros.

Y, por favor, date prisa. Me siento muy sola sin ti. Antonietta lo había sorprendido. Aprendía rápido, dejaba una estela en su mente aún cuando él ya no estaba para ayudarla.

Ahora vengo. Con esas palabras, la tranquilizó.

Capítulo 20

—*M*e cuesta creer lo que veo, Byron. Estás nervioso. —Jacques Dubrinsky le dio una palmada a Byron en el hombro mientras daba vueltas a su alrededor para comprobar que la copa de su chaqueta estaba recta.

Byron miró a hurtadillas a los que estaban en la sala. Eleanor y Vlad le devolvieron una gran sonrisa mientras que Shea, la compañera de Jacques, intentó disimular la suya.

—No estoy nervioso. ¿Por qué habría de estar nervioso? Antonietta es mi compañera. Ya estamos unidos por el vínculo, y esto no es más que una ceremonia para complacer a su familia. —Byron se enderezó la corbata y se pasó un dedo bajo el cuello de la impecable camisa blanca—. ¿Por qué serán siempre tan estrechos estos chismes? Es como tener una soga al cuello.

Jacques lo miró riendo.

—Llevas la soga al cuello desde hace tiempo. ¿Y sólo ahora te vienes a dar cuenta?

Shea le dio un golpe a Jacques en el brazo.

—Ja, ja, te crees muy divertido. Tiene un sentido del humor un poco retorcido, Byron, no le prestes atención. Tu prometida está bellísima. La he visto cuando su prima la estaba ayudando a vestirse.

—Ella sí que está nerviosa. Antonietta es muy rara. Es capaz de prestarse a la conversión sin siquiera pestañear, estaba dispuesta a luchar contra un peligroso jaguar, y la he visto salir a un escenario y tocar ante cuarenta mil personas. Pero ahora que se va a casar conmigo se pone tan nerviosa que yo mismo me estoy poniendo nervioso. —Con esas últimas palabras, Byron le lanzó una mirada nada amistosa a Jacques.

—O quizás es al revés —señaló éste—. A mí me parece que estás sudando.

—No le hagas caso, Byron. Jacques es el que está nervioso. Ya sabes cómo adora a las multitudes —dijo Shea, mirando a su compañero con cariño—. ¿Cómo evoluciona la visión de Antonietta, Byron? ¿Conseguirá salir adelante?

—Ha aprendido a interpretar lo que ve, pero la imagen térmica se superpone a menudo a su visión normal, y aún tiene dificultades con la profundidad de campo. Y luego, todavía es muy sensible a las emociones y a las corrientes eléctricas a su alrededor. —En la voz de Byron se adivinaba una leve inquietud.

—¿Por qué no la traes a la montaña durante vuestra luna de miel? —sugirió Shea—. Quizá la tierra pueda acelerar el proceso. Desde hace un tiempo que sospecho que muchas compañeras humanas que demuestran tener habilidades telepáticas son descendientes de la raza de los jaguar. No todas, pero al menos una mayoría significativa. Antonietta es la primera persona que reúne tantos rasgos del código genético de los jaguares. Me interesa mucho observar cómo la conversión potenciará sus capacidades naturales.

La mirada de Byron se oscureció.

—Antonietta no es un experimento.

—Desde luego que no —convino Shea, riendo, y apoyó una mano en el brazo de Jacques para tranquilizarlo—. Quizá es verdad que abuso de la terminología de la medicina y la investigación. Antonietta es una mujer maravillosa y valiente y aporta una rica historia. Supongo que habéis observado que en esta región viven muchos humanos con barreras muy poderosas contra nuestro barrido mental.

—Tiene que ser la influencia de los jaguares —observó Byron—. De hecho, Franco puede mutar, lo que nos llevaría a pensar que su código genético es fundamentalmente jaguar,

aunque, al mismo tiempo, tiene un profundo sentido humano de la familia y es un buen padre y un buen marido.

—He hablado con él —reconoció Shea—. Nos ha prometido que nos dejará ser testigos de una de sus mutaciones. Será interesante verlas diferencias.

—A mí no me ha dicho nada —dijo Byron, dirigiéndole una mirada de soslayo—. Tengo serias dudad acerca de eso. Yo os llevaré a la sala de los relieves. Antonietta también cree que es muy importante para todos nosotros. Pero no quiero que Franco se transforme.

Vlad asintió con un gesto de la cabeza.

—Me veo obligado a coincidir con la opinión de Byron —dijo. Es muy difícil controlar las inclinaciones naturales del jaguar.

—Tiene su importancia —insistió Shea—. Y también Franco tiene importancia, sobre todo con su fuerte sentido de la familia y, al mismo tiempo, con esa gran facilidad para mutar. Se ha mostrado muy cooperador. Antonietta también. Los dos entienden la importancia que tiene para nuestro pueblo desentrañar estos misterios.

—¿Qué pasaría si Franco matara después de adoptar la forma del jaguar? —preguntó Byron, girándose hacia ella—. Posee, además otros rasgos propios de los Scarletti. Por ejemplo, puede ser muy violento. No creas que no lo es. Pero no se perdonaría a sí mismo si, después de haber mutado, le hiciera daño a una persona inocente.

—Los Scarletti son tu familia, Byron —dijo Jacques, con voz tranquila, pero grave—. Mikhail los ha tomado bajo su protección por esa razón, y todos nosotros hemos aceptado, conocemos la intensidad de tus sentimientos hacia ellos. Y he observado que ellos te corresponden con la misma lealtad. Franco quiere ayudarnos. Es imposible que tres machos y tres hembras cárpatas sean incapaces de dominarlo.

—Si puedo observar las diferencias que se producen durante una mutación —dijo Shea—, creo que descubriría cómo ayudar a Antonietta con sus problemas de visión. Los genes del jaguar son muy poderosos en la familia. Ésta podría ser nuestra única posibilidad para reunir la información que necesitamos para ayudar a nuestro pueblo a solucionar tantos problemas.

—Tendré que volver a hablar con Franco de todo esto —insistió Byron—. Quiero que sepa cuáles son los riesgos antes de aceptar.

—Desde luego —convino Jacques—. Y no lo olvides, ha mutado en más de una ocasión, y no ha matado a nadie.

—No lo recuerda —señaló Byron—. Que no es lo mismo que saber a ciencia cierta. Es evidente que no ejercía ningún control sobre la bestia sino que, al contrario, ésta lo controlaba a él.

Shea cruzó la habitación a grandes zancadas, se detuvo delante de la vidriera de colores y observó la intrincada artesanía.

—Sé que estás preocupado por Franco, Byron, pero la verdad es que mi visión no es tan clínica como parece. Me alegro no sólo de que Antonietta ame a este pueblo sino también de que ellos sean tu familia. También me alegro de que nos acepten con nuestras diferencias. Jamás pondría a un miembro de tu familia en peligro por una investigación, aunque sea muy importante para nuestra raza. Sencillamente no lo haría.

Jacques se le acercó y la estrechó en sus brazos.

—Nadie piensa que harías eso, Shea.

Byron negó sacudiendo la cabeza.

—Lo que pasa es que me cuesta entender la genética. Mis conocimientos se aplican a otro tipo de cosas, y no entiendo qué utilidad podría tener observar a Franco convertirse en jaguar, y luego compararlo con Jacques haciendo lo mismo.

—Es fascinante —dijo Vlad—. He visto a Josef intentando mutar, y en ocasiones lo verás con la mitad del cuerpo convertido en pájaro y la otra mitad en otra cosa. No se acuerda de prenderse de una sola imagen.

—Es cuestión de perspectiva —dijo Shea—. Ya que tenemos un problema tan grande para engendrar, la genética tiene una importancia primordial. Al menos para mí.

—Yo también me alegro —dijo Eleanor—. Nuestras mujeres casi han renunciado a toda esperanza de engendrar hijos, o de mantenerlos vivos después del primer año.

—Y, sin embargo, hemos tenido éxito en un par de casos —señaló Shea—. Eso sí, el cárpato que más me fascina es el hermano de Gregori, Darius. De niño, conseguía cosas que nadie antes había logrado. Me encantaría estudiarlo en un microscopio. —Se echó a reír cuando Jacques le dio un codazo—. Ya lo sé, he vuelto a meter la pata.

—De hecho, el otro día Vlad y yo hablábamos de Darius —dijo Eleanor—. Josef todavía tiene que aprender estas destrezas, mientras que Darius es capaz de proyectar imágenes no sólo para sí mismo sino también para otros niños. Nuestros hijos no tienen tiempo de aprender las destrezas necesarias, y las viejas costumbres se van perdiendo.

—Me alegro de ser un cantador de gemas en lugar de un sanador —dijo Byron—. Es demasiado complicado entenderlo.

—Hablando de gemas —dijo Jacques—, Mikhail desearía que vuelvas pronto. Quiere hacerle un regalo especial a Raven y esperaba que pusieras tus destrezas de cantador de gemas a su servicio. Habría venido personalmente, pero hace poco Raven abortó.

Se produjo un silencio breve y pesado.

—Por favor, Jacques, dale mi pésame a tu hermano —dijo Byron.

—Y también de parte nuestra —dijo Vlad, cogiéndole la mano a Eleanor.

Se quedaron mirando con un dolor compartido y profundamente sentido. No era sólo porque aquel niño estaba destinado a convertirse en príncipe de su pueblo sino, también, porque cada hijo que moría era un paso más que acercaba la raza al borde de la extinción.

—¿Raven se encuentra bien? —preguntó Eleanor.

—Desde luego, está deprimida, pero físicamente está bien. Desde hacía tiempo que intentaban engendrar otro hijo, y ahora tienen un terrible sentimiento de pérdida —dijo Shea, con un breve suspiro de pesar. Se llevó las manos al vientre con un gesto protector—. Sea lo que sea que afecta a nuestro pueblo y sus posibilidades de reproducción, debe encontrarse en nuestra sangre o en la propia tierra. Tengo mis teorías, pero aún no es nada concreto.

—Jamás pensé que al convertir a Antonietta, ella tendría que afrontar el dolor de la pérdida de un hijo. Raven dio a luz con éxito a un hijo y yo simplemente daba por sentado que vendrían otros con la misma facilidad.

—Raven tiene sangre cárpata en sus venas, igual que todas nosotras —dijo Eleanor—. Todas esperábamos que a ella no le pasaría lo mismo que a las demás.

Byron se mesó los cabellos.

—Antonietta ya ha sufrido demasiado con la conversión. Debería haber pensado en todo esto antes de tomar la decisión de traerla a nuestro mundo. No quiero que tenga que enfrentarse a la pérdida de sus hijos. —Recordó la profunda angustia de Eleanor cuando perdía un bebé tras otro. Y a Diedre, la hermana de Vlad, que padecía severas depresiones después de sus propias pérdidas.

—No quiero darle a Antonietta la falsa esperanza de que tendremos hijos. Siempre pensé que si encontraba a mi compañera, tendríamos descendencia. En cuanto a ella, se había hecho a la idea de que nunca tendría una familia porque no creía que pudiese encontrar un hombre con quien compartir su vida. No quiero que ahora desee tener hijos sólo para, después, perder el bebé.

Eleanor suspiró quedamente.

—He perdido muchos hijos a lo largo de los años, y Diedre ha perdido a más hijos que yo. Sin embargo no hemos dejado de intentarlo. No es, como muchos piensan, por el bien de nuestra raza sino porque, para nosotras, un hijo es un tesoro, un regalo que no tiene parangón en este mundo. Dile a Antonietta la verdad y déjala escoger a ella.

¿Byron? ¿Me necesitas? ¿Por qué estás tan triste? Es el día de nuestra boda.

Antonietta ya estaba en su mente, como una presencia cálida y tierna. *Siempre te necesitaré ¿Estás nerviosa?*

Ella rió suavemente, y aquel sonido se le quedó en la piel, prendido cerca del corazón. *Me temo que no. Tú estás nervioso, yo no. Yo me siento maravillosamente.*

No tardes ni me dejes ahí plantado esperando como un idiota.

No te imagino con cara de idiota. Antonietta rió y se apartó del espejo. Su habitación estaba invadida por sus parientes, todos reunidos a su alrededor para ayudarla. También estaba la pequeña Margurite vestida primorosamente. Franco la había instalado con cuidado en la silla más cómoda.

—¿Estás hablando con Byron? —preguntó Tasha, curiosa—. Él también puede comunicarse telepáticamente, ¿no? Diego no puede en absoluto. Lo he intentado, pero él no es originario de esta zona y no tiene esa habilidad. Dijiste que no te importaba si lo invitaba, y le he pedido que traiga a los niños. Quiero que todos los conozcan.

Antonietta besó a Tasha en la mejilla.

—Es el día perfecto para que conozcamos a sus hijos. Quiero que toda mi familia esté conmigo y, desde luego, que vengan con sus seres queridos.

Franco se acercó a Antonietta y le arregló un mechón de pelo.

—¿Esto es lo que realmente quieres, Toni? Tu marido será para toda la vida.

—Estoy absolutamente segura, Franco —dijo Antonietta, que se sentía desbordante de alegría—. Es lo mejor que me puede pasar. Es todo lo que siempre quise. ¿Tú no sientes lo mismo con Marita?

—Supe desde el momento en que la vi que era mi media naranja. No le di ni la más mínima oportunidad para escapar de mí. Estuve cortejándola durante semanas, y creo que llegué a asustarla con mi perseverancia —dijo, y se giró para mirar a su mujer.

Ella respondió con una sonrisa tímida. Marita estaba ocupada con el pelo de Margurite. Celt no dejaba de meter el morro en el regazo de la pequeña. Marita no lo regañó y dejó que su hija le acariciara las orejas al perro.

Antonietta bajó la voz.

—Franco, ya sé que hemos sufrido pérdidas al competir con la empresa de Demonesini pujando con presupuestos más bajos en los tres últimos contratos, y sé que el asunto te preocupa, pero no tiene por qué ser así. Les hemos obligado a vender sus acciones para compensar las pérdidas de ingresos, y Nonno se ha dedicado a comprarlas discretamente. Estamos desmontando esa empresa por partes. No he querido decirle nada a Marita, porque parece que ha vuelto a ser feliz. Es horrible la experiencia que ha tenido que vivir.

Franco volvió a besar a su prima, cuidando de no estropearle el vestido.

—Gracias por tu ayuda. Estamos juntos, y lo estaremos siempre. —Él también bajó la voz—. Las obras en la planta baja han terminado y se han llevado a cabo todas las especificaciones de Byron. Paul y yo nos encargaremos de que se ejecuten tus órdenes, Toni. Tú y Byron estaréis totalmente a salvo durante los momentos en que Byron dice que sois más vulnerables.

Antonietta no sabía cómo expresar su alegría, y ni siquiera lo intentó. Simplificaba mucho las cosas el hecho de que sus tres primos se hubieran enterado de su verdadera naturaleza. Sabía que Byron les había dado la opción y que podía controlarlos a voluntad, pero ellos habían aceptado aquella condición sin reservas. Antonietta no había perdido a su familia, ni había renunciado a la vida que tanto amaba.

¿Byron? Si aún no lo he dicho esta noche, o digo ahora. Te amo.

Él le respondió de inmediato. La arropó con su calidez y la estrechó. *Te siento reír. ¿Qué estás haciendo en esta ocasión tan solemne?*

La voz provocadora de Antonietta se derramó sobre Byron con su propia calidez. *Estamos hablando de Josef. Vlad lo sorprendió intentando volver a imitar a Spiderman. Al parecer, no tuvo demasiado éxito y se estrello contra un macetero. Durante su recuperación, Eleanor le ha enseñado algunas cosas.*

Suena como el Josef que conocemos. Me dicen que tengo que irme a la capilla. Ya nos veremos.

El Josef que conocemos. A Byron le gustaba cómo sonaba aquello. En algún momento, la irritación que sentía ante las travesuras de su sobrino se había convertido en auténtica diversión y afecto. Ignoraba cuándo ni cómo aquello había sucedido.

Eleanor se incorporó de la silla junto a la ventana y fue a besar a Byron en la mejilla, lo cual lo sobresaltó y lo sacó de su ensueño.

—Con todas las emociones y traumas que hemos vivido, no recuerdo si le he agradecido a Antonietta por haberle salvado la vida a Josef. Está totalmente recuperado y vuelve a hacer de las suyas.

—¿Quién dijo que el mundo era un lugar seguro? —preguntó Byron, con una sonrisa provocadora.

—Nunca me olvidaré de su actuación ante mi hermano —dijo Jacques, sonriendo—. Me moría de la risa mirando la cara de Mikhail mientras Josef interpretaba su versión de rap.

—No me lo recuerdes —dijo Vlad, tapándose la cara.

Byron le dio un codazo a Jacques.

—Antonietta tiene un estudio de sonido. Seguro que podríamos convencer a Josef para que grave un CD para Mikhail. No me importaría guardarme una copia, y la pondría de vez en cuando para verle la cara a Antonietta cuando escuche las letras.

—Es una idea brillante —convino Jacques—. Es justo lo que necesita mi hermano.

—¡Byron!¡Jacques! —Eleanor estaba horrorizada—. No os atreváis a darle alas a Josef.

Byron la abrazó por el hombro.

—Creo que darle alas al arte es una maravillosa virtud.

—Responderás ante mí si te atreves —dijo Vlad, con su voz más severa.

Byron y Jacques intercambiaron una sonrisa a hurtadillas. Shea disimuló la suya, sacudiendo la cabeza con sus payasadas, y alegrándose de que hubieran recuperado su antigua camaradería.

De pronto, Franco llamó a la puerta con un solo golpe y asomó la cabeza.

—Ha llegado el momento, Byron.

Byron respiró hondo.

—¿Os habéis dado cuenta de lo difícil que es respirar aquí dentro?

Eleanor volvió a besarlo.

—Espero que no nos falles ni te portes como un niño. Te veré en la capilla.

—Ahora ya no hay escapatoria —advirtió Shea—. Tu compañera está radiante —dijo, y siguió los pasos de Eleanor.

Byron miró a Jacques.

—Me da cosa esto de presentarse ante toda una multitud. ¿Por qué a las mujeres les gustan tanto las ceremonias?

—Es para atormentarnos —dijo Jacques.

—En eso tienes razón. —Vlad abrió la puerta y le cedió el paso a su cuñado.

La noche estaba totalmente despejada, el mar estaba en calma y brillaba como un espejo. Las flores de la noche bordeaban el sendero y lo iluminaban con sus vivos colores. La capilla se encontraba en medio de un pequeño bosque. Byron vio luces en el interior, las vidrieras de colores en toda su espléndida belleza. La brisa le rozó la cara, le refrescó la piel y le trajo los olores y sabores del mar cuando la aspiró profundamente. Se alegraba de que Antonietta hubiese escogido un entorno tan natural. Y tan cerca de su mundo. Los tres hombres siguieron el camino a través de los jardines hasta la entrada que los conduciría directamente al altar.

Byron entró por la puerta lateral, flanqueado por Jacques y Vlad. La capilla estaba iluminada por cientos de velas.

Todos estaban presentes. La familia de Antonietta y la suya. Las personas que había aprendido a querer. Franco, junto a Vicente y Margurite. Eleanor, sentada al lado de ellos con los dos niños, susurrándole algo al oído a Margurite. Diego también había venido con sus hijos, que miraban, fascinados, a Tasha, que, junto a Marita, esperaba a la novia ante el altar. Paul y Justine estaban tomados de la mano. Byron se alegró especialmente de ver a Shea sentada muy cerca de Josef. Algo le habría dicho ella, porque a él se le borró la mueca maligna pintada en el rostro y se transformó en sonrisa. Byron se emocionó al verlos a todos sentados juntos, sin que nada los separara.

La música también había acudido a la cita, pero Byron sólo oía el galope desbocado de su corazón. Se detuvo con las manos plegadas por delante, y esperó. Oyó un suave roce a la entrada de la capilla. Un segundo corazón encontró el ritmo perfecto que se acompasó con el suyo. Él se giró cuando los invitados se pusieron de pie. Antonietta había llegado a la entrada de la capilla, la mano enguantada en el hueco del brazo de don Giovanni. Llevaba un vestido de exquisito encajes italiano, un vestido que le ceñía sus preciosas curvas y le caía en elegantes pliegues hasta los tobillos. Llevaba su exuberante cabellera recogida en un intrincado moño adornado de rizos sueltos. Lo miró directamente a los ojos y le sonrió.

El corazón le martilleaba en el pecho. Quedó sin aliento y, por un instante, tuvo la certeza de estar atrapado en un sueño. Antonietta no podía ser real. No podía ser suya. La música llenó el aire de la capilla. Byron dejó que sus miradas se trabaran, y le pidió que viniera a él. El tiempo se detuvo. El mundo se olvidó de girar. Sintió la mano de Jacques que lo retenía, y se dio cuenta de que había comenzado a avanzar hacia ella. Y, entonces, Antonietta se acercó por el pasillo. Byron recuperó su pulso normal, y volvió a respirar, más relajado.

Jacques. ¿Tienes el anillo? Byron había pasado horas en secreto trabajando el anillo perfecto de rubíes y diamantes, utilizando una técnica muy antigua. El engaste era único, hecho especialmente para Antonietta y sus dedos sensibles. El tacto era más importante para ella que la visión y, por eso, Byron había creado un anillo de texturas especiales para complacerla.

Jacques se palpó los bolsillos, lo miró alarmado y luego rió por lo bajo. *Por supuesto que tengo el anillo, imbécil. Shea me arrancaría la cabeza si lo hubiera perdido.*

Estoy escuchando. Era Antonietta, con una ancha sonrisa, que les recordaba su presencia.

Yo también, añadió Shea.

Byron se adelantó un paso para ir al encuentro de la novia. Don Giovanni besó a su nieta y se la entregó a Byron.

—Te la entrego para que la cuides toda tu vida.

—Siempre la cuidaré —prometió solemnemente Byron.

Se giró, hacia el altar y, junto con Antonietta, miraron al sacerdote, Byron desbordante de alegría. Había encontrado a su compañera, una mujer valiente y comprensiva que viviría junto a él toda una eternidad.

La ceremonia fue solemne y el sacerdote se expresó con elocuencia. A Byron aquellas palabras le llegaron al corazón y le tocaron el alma. Sabía que casarse a la usanza de la gente de Antonietta era una decisión acertada. Estaban mezclando dos mundos y los dos importaban por igual. Cuando llegó el momento, declaró su compromiso con voz serena, consciente del sentido de cada palabra. Antonietta habló en voz baja, una voz que se derramó sobre su piel como una caricia.

—Te amo, Byron Justicano. Siempre te amaré —dijo, con voz queda, cuando él le puso su anillo en el dedo.

El sacerdote los declaró marido y mujer.

Byron inclinó la cabeza hacia ella y Antonietta hizo lo mismo. Su expresión de amor era tan apasionada que Byron sintió que el corazón se le desbocaba. La besó con exquisita ternura. *Siempre te he amado, Antonietta.*

Y yo a ti.

—Os declaro señor y señora Justicano.

Byron y Antonietta se giraron hacia sus familias tomados de la mano. Del interior de la capilla brotaron gritos de alegría y felicidad que ascendieron al cielo y se derramaron sobre las aguas del mar.

Librodot